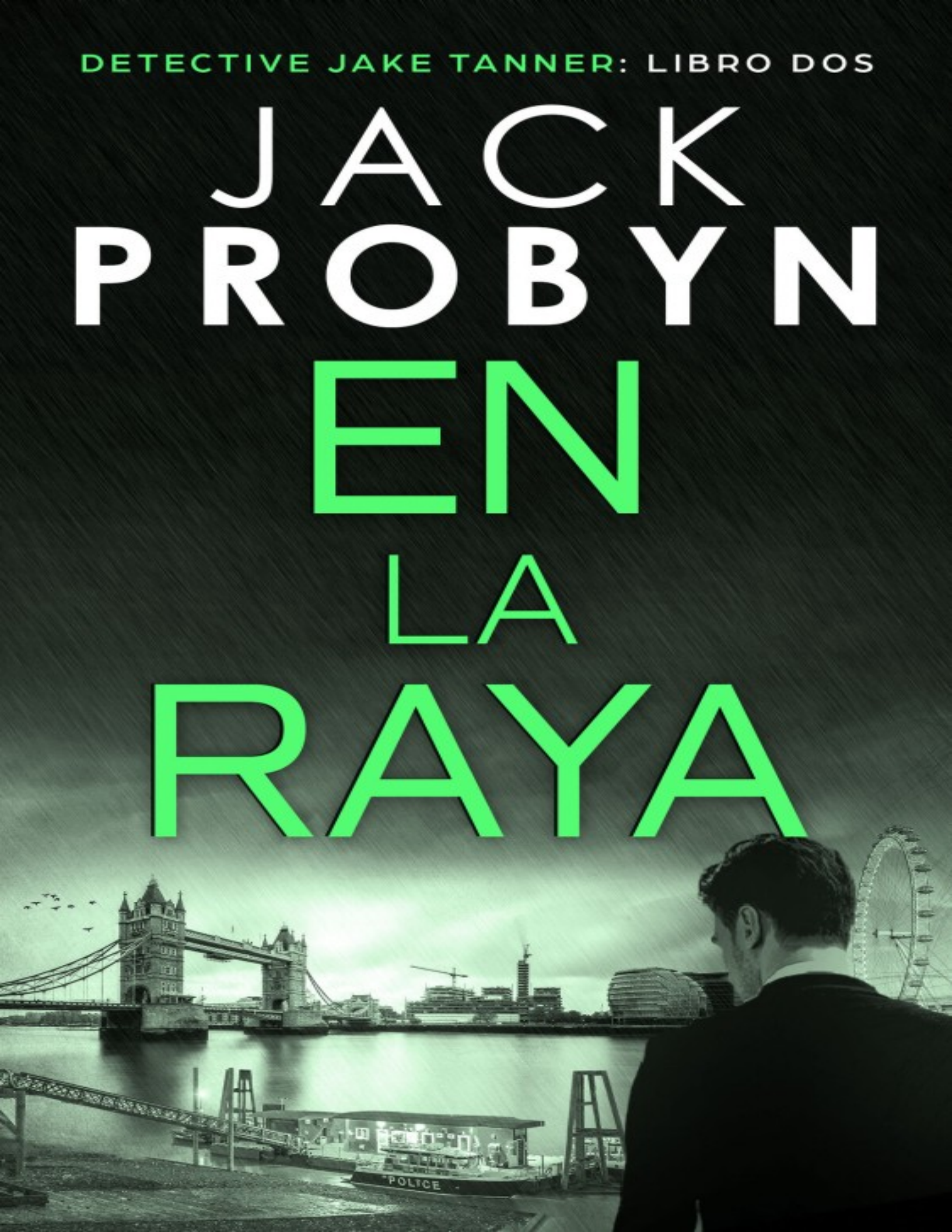
DETECTIVE JAKE TANNER: LIBRO DOS

JACK PROBYN

EN LA RAYA



EN LA RAYA

UN APASIONANTE THRILLER BRITÁNICO DE CRIMEN ORGANIZADO

SERIE DE THRILLERS DE CRIMEN ORGANIZADO DEL DC JAKE TANNER

LIBRO 2

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

ÍNDICE

CONOCE A JAKE TANNER

Parte I
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Parte II
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Parte III
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36

Parte IV

- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51
- Capítulo 52

Parte V

- Capítulo 53
- Capítulo 54
- Capítulo 55
- Capítulo 56
- Capítulo 57
- Capítulo 58
- Capítulo 59
- Capítulo 60
- Capítulo 61
- Capítulo 62
- Capítulo 63
- Capítulo 64
- Capítulo 65
- Capítulo 66

Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Parte VI

Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80

Epílogo

Fin
Serie de novela negra británica del detective Jake Tanner
La serie de misterios de asesinato del DS Tomek Bowen
La Inspectora Stephanie Broadbent: Serie de Thrillers Policíacos
Agradecimientos
GLOSARIO
Sobre El Autor

Copyright © 2026 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-470-1

ISBN: 978-1-80520-471-8

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

CONOCE A JAKE TANNER

Fecha de nacimiento: 28.03.1985

Altura: 1,85 m

Peso: 86 kg

Descripción física: Pelo castaño, barba muy corta, ojos marrones, complexión atlética y delgada, cicatriz en la mejilla

Formación: Grado con honores (segunda clase superior) en Psicología por la University College London (UCL)

Intereses: Cuando Jake no está protegiendo vidas y buscando a los responsables de arrebatarlas, disfruta de los deportes de motor, especialmente de la F1

Familia: Madre, hermana mayor y hermano menor. Su padre murió en un accidente de coche cuando Jake tenía quince años

Estado civil: Actualmente mantiene una relación con Elizabeth Tanner, y no cree que eso vaya a cambiar nunca

Historial profesional: (2008-2009) Agente de investigación en prácticas en la Brigada de Investigación Criminal (CID) de Croydon; (2009-2015) Agente de investigación en la Brigada de Investigación Criminal (CID) de Stratford; (2015-Actualidad) Agente de investigación en el SO15

—Juega con el asesinato lo suficiente y te atrapará de una de estas dos maneras: o te acabas asqueando, o te acaba gustando—.
[Dashiell Hammett, 1929]

PARTE 1

CAPÍTULO 1

LA PUERTA NEGRA

Steven y Jessica Arnholt no tenían miedo de compartir con los demás el lado más oscuro y sórdido de su relación. De hecho, ayudaba. Cuando se trataba del dormitorio —y de lo que ocurría tras sus cuatro paredes—, no había nada que mantuvieran oculto. Esta noche, sin embargo, era diferente. Jessica no estaba preparada para lo que se le avecinaba, y cuando su marido le preguntó si lo estaba, se sintió obligada a mentir. No tenía otra opción. Él sostenía en las manos dos copas de vino tinto; el líquido era tan oscuro y profundo como la sangre. Una copa para él, otra para ella.

—Gracias —dijo Jessica, cogiendo la copa de sus manos y posándola en el escritorio que tenía al lado. Se remangó la camisa de cuadros azules y se sentó en la silla, apartándose de la cara su larga melena pelirroja para recogerla en una coleta—. ¿A qué hora viene?

Steven consultó su reloj. Un antebrazo largo y fibroso y unos dedos esqueléticos asomaban por la camisa de cuadros rojos que llevaba; de la misma marca y tejido que la de ella. Su piel se veía de un blanco fantasmal sobre el rojo.

—En unos cinco minutos —respondió.

—¿Está lista la habitación?

Las comisuras de la boca de Steven esbozaron un leve gesto. Dio un sorbo al vino y se lamió los labios, limpiándose el exceso de la piel—. —La he terminado hace un rato. Deja que te enseñe.

Jessica le cogió la mano y recorrió con él la galería. En la pared de la izquierda había una obra de arte nueva que no reconoció; aquello explicaba ahora dónde se había metido Steven los últimos tres días. Sin embargo, Jessica le prestó poca atención, ya que había cosas más importantes en las que centrarse que en admirar su trabajo y darse cuenta de que no estaba teniendo una aventura. Tenía la mente demasiado distraída. Se sentía inquieta. Nerviosa. Asustada. Había vivido noches como esta antes, incontables veces, de hecho, pero tenía el presentimiento de que esta noche sería diferente; la luna llena lucía en el cielo y sabía que, especialmente en el caso de Steven, despertaría a la bestia. A su bestia.

Steven se detuvo ante una pesada puerta negra que conducía al sótano. Levantó el picaporte y empujó. Una pared negra les devolvió la mirada, iluminada únicamente por la luz danzante de las velas que colgaban intermitentemente de la pared. Jessica fue primero. Sus pies se posaron con delicadeza en los escalones y sus dedos buscaron cualquier punto de agarre en el ladrillo, usando las ranuras y los cortes del cemento como guía. Al llegar al último escalón, un rojo intenso la envolvió.

Lo que hace unas horas era el estudio de arte de su marido, ahora era su mazmorra. Junto a la pared del fondo había una fila de lo que a Steven le gustaba llamar «sus juguetes». Consoladores. Látigos. Bolas chinas. Palas para azotar. Objetos romos. Pero había una nueva incorporación. A la derecha de los demás objetos, había un juego de cuchillos de cocina. No se atrevía a preguntar para qué servían... al menos todavía no; estaba demasiado absorta por la magia de toda la estancia. Su cuerpo experimentó un hormigueo ante aquella visión.

En el centro del espacio había una mesa grande, con cuatro cadenas colocadas en cada esquina. Había sido fabricada siguiendo sus medidas exactas y no permitían margen de maniobra: una vez que la encadenaban, se quedaba allí hasta que la liberaran. En el lado derecho de la habitación había dos postes y, en su parte

superior, otro juego de cadenas; una para cada mano, o pie, según la preferencia de Steven.

Jessica dio otro sorbo de vino.

—¿Qué te parece? —preguntó Steven.

—Está rico. Noto notas de ciruela con un pequeño toque de cereza... ¿verdad?

—No el vino —dijo Steven, soltando una risita—. Me refiero a la habitación. Creo que es lo mejor que ha lucido en mucho tiempo.

Jessica señaló las hojas que colgaban de la pared.—¿Para qué son esas? ¿Quieres que él me mate?

—No te preocupes —dijo Steven, poniéndole una mano en el hombro—. No harán más que dejarte dolorida. Están desafiladas. Les he quitado el filo hace un rato, mientras estabas en el trabajo.

—Más vale. No quiero que me mate.

—Hará exactamente lo que yo le diga. Y exactamente lo que tú le permitas.

Ella le miró profundamente a los ojos. Se habían vuelto de un marrón más oscuro de lo habitual. Fue entonces cuando supo que sus tendencias sádicas habían empezado a consumir su mente y su cuerpo. No pasaría mucho tiempo hasta que toda su personalidad cambiara.

—Sí, amo.

Steven abrió la boca para hablar, pero le interrumpió el sonido del timbre en la planta de la galería. Sin decir palabra, tanto Steven como Jessica subieron; Steven tiraba de Jessica por el brazo, estirándole la piel al agarrarla con fuerza.

La cruda luz fluorescente la cegó al subir el último escalón. Al otro lado de la cristalera de la galería estaba Lester Bain, su víctima. Era un hombre bajito, calvo, y el poco pelo que le quedaba en la cabeza era del color de la paja. Ella nunca se había molestado en preguntar cuántos años tenía, pero estaba segura de que rondaba los cuarenta, aunque el físico de Lester desmentía su verdadera edad. Tenía el cuerpo de un joven de veinte años. Esculpido. Musculoso. Se veía claramente que se cuidaba. Era una auténtica lástima que le produjera repulsión en cuanto la tocaba.

Lester saludó con la mano tímidamente mientras la luz del interior de la galería iluminaba su rostro.

—¿A qué esperas? —le preguntó Steven—. Abre la puerta, zorra estúpida. No podemos dejarle esperando demasiado tiempo.

—Sí, amo. —Jessica inclinó la cabeza, dejó su copa sobre el escritorio y le abrió la puerta a Lester.

Su locura olía fuerte, pero ella se había vuelto inmune a su potencia. Lester entró en el edificio y se quitó los zapatos; era una cortesía que él mismo había exigido la primera vez que se conocieron.

—Jessica, querida —dijo él, besándola en los labios. Su mano bajó por su cuerpo y se posó sobre su pecho. Lo apretó con fuerza.

—¡Lester! —llamó Steven desde el otro extremo de la sala—. No te dejes llevar todavía. Tenemos que esperar. Créeme. Así será mucho mejor.

—¿Es esta noche *la* noche? —preguntó Lester con voz afectuosa, como la de un niño.

Steven asintió.—Precisamente. Queríamos darte una sorpresa. Espero que estés preparado.

—He esperado tres largos meses para esto.

Steven levantó una copa.—¿Tinto? O tenemos blanco si lo prefieres.

Lester soltó el pecho de Jessica como si fuera un objeto inanimado por el que no sentía ningún apego emocional y se dirigió hacia Steven—. Tinto, por favor.

Jessica cerró la puerta tras ellos y echó la llave. Lanzó una última mirada al mundo exterior; a tanta normalidad; al mundo que no tenía ni idea de lo que ocurría tras aquellas cuatro paredes; al mundo que los juzgaría si lo supiera. Ya no había vuelta atrás.

Steven pronunció su nombre. Ella se giró hacia él y acudió de inmediato. Sus amos estaban de pie frente a un cuadro de metro y medio de ancho.

—Le estaba enseñando a nuestro invitado mi nueva obra —dijo Steven.

—Me parece maravillosa —añadió Lester.

—Es un hombre con mucho talento, mi...

Lester le propinó un revés en la cara que hizo que la copa se le cayera de las manos. Se rompió en cientos de pedazos y el vino se extendió por el suelo, manchando sus zapatos y también los calcetines blancos de Lester.

—¡Mira lo que has hecho, joder! —le gritó Lester a la cara—. ¿Qué te he dicho sobre hablar cuando no te toca? Ve a limpiarlo ahora mismo.

Jessica obedeció de inmediato. Atravesó otra puerta que daba a la zona de la cocina, cogió unos trapos, un recogedor y un cepillo, y volvió a la galería. Mientras se agachaba para recoger el cristal y limpiar el vino, escuchó a escondidas su conversación.

—Como decía —continuó Steven—, quería probar algo ligeramente diferente. Quería algo que fuera un comentario sobre la vida.

—Debo decir que es hiperrealista. Me encantaría exponer uno en una de mis propiedades —dijo Lester. Inclinó la cabeza y miró de reojo a Jessica, que estaba en el suelo—. Por un precio simbólico, por supuesto.

—Naturalmente.

Lester volvió a centrar su atención en el cuadro.—Bueno, ya sabes que no entiendo mucho de arte y diría, en mi modesta opinión, que se parece mucho a tus otras obras; pero esta es mi favorita.

—Mi arte muestra la perfección de la vida. El orden. La normalidad. La *banalidad*. Un contraste total con nuestro secretito.

—Hablando de secretitos —empezó Lester—, la Comunidad acaba de alcanzar los quince mil miembros. Hemos llegado a la cifra esta misma tarde.

—¡Si eso no es algo que celebrar, no sé qué lo será!

Las copas de Steven y Lester brindaron mientras Jessica llevaba el recogedor lleno y el trapo empapado de vuelta a la cocina. Regresó con las manos vacías.

Se produjo un momento incómodo entre los tres mientras ambos hombres la miraban fijamente. Los ojos de Lester se clavaban en su piel, y la sensación de que la estaba desnudando con la mirada —cosa que, ella lo sabía, estaba haciendo— la hizo sentir aún más

inquieta. En los pocos meses transcurridos desde que habían iniciado su Comunión con Lester, todo habían sido preliminares. Masturbaciones. Felaciones. Tocamientos intensos. Todo lo que Steven le permitía realizar. Pero ahora Steven había decidido que ya habían provocado a Lester lo suficiente; era el momento de la Comunión Completa. El coito. Ella no quería, pero no tenía voz ni voto en el asunto. Era sumisa, y la elección era de Steven. Pero de todos los demás miembros de la Comunidad con los que habían estado, Lester era el primero que le ponía la piel de gallina. Tenía algo diferente; algo que no le gustaba.

—¿Y bien? —Lester fue el primero en hablar.—¿A qué esperamos? ¿Empezamos?

Steven consultó su reloj.—Creo que ya va siendo hora. —Se volvió hacia la puerta negra e hizo un gesto para que Lester pasara primero—. Por favor. Sígueme.

CAPÍTULO 2

TRAICIÓN

Lester estaba excitado. Ya lo notaba, abultándole en los pantalones. Las palmas de las manos se le estaban humedeciendo y una fina capa de sudor se le había formado en el pliegue del cuello.

Steven abrió la gran puerta negra que Lester había aprendido a amar en los últimos meses. El pulso se le aceleró.

—Después de ti —dijo Steven—. Te daré una vuelta mientras Jessica se prepara. Esta vez lo he dispuesto todo un poco diferente.

Lester sonrió. —Ahora sí que me has entusiasmado.

Cruzó el umbral hacia el hueco de la escalera. Mientras bajaba los peldaños, dio rienda suelta a su imaginación. Se imaginó atándola, inmovilizándola con fuerza para que no pudiera moverse, azotándola, golpeándola hasta hacerla sangrar, penetrándola, sin saber cuándo parar, sin saber si parar, sin saber cómo... todo tipo de actos depravados.

Llegó al final de las escaleras y observó los aparatos colgados en la pared y suspendidos del techo, con la boca abierta. Era todo lo que había imaginado. Más. Más allá de sus sueños más salvajes.

—¿Das tu aprobación? —preguntó Steven, poniendo una mano reconfortante en la espalda de Lester.

—Sí —dijo Lester, casi riendo de la emoción.

—Quería adaptarlo a ti y a tus preferencias.

—Es... es una obra de arte.

Steven soltó otra carcajada y se ajustó las gafas sobre la nariz. —Por algo es mi trabajo diario.

Lester se movió por la habitación y se detuvo ante los juguetes de Steven. Alargó la mano hacia las cuchillas que colgaban de la pared.

—Sabes, llevo muchas semanas pensando en tu mujer. He estado planeando esto en mi cabeza desde el primer momento en que me puse en contacto contigo. —El dedo de Lester recorrió de arriba abajo el filo del cuchillo.

—Ese lo he afilado hace un rato. Los demás no cortan. Quiero que lo uses con Jessica. Con suavidad, pero no demasiada. Con fuerza, pero no demasiada.

—Estoy seguro de que sabré encontrar el punto medio. ¿Y ella consiente? —preguntó Lester, pinchándose el dedo con la punta de la hoja. Tomó nota mental de cuál era.

—Hará lo que yo le diga. Le he dicho que no cortaban. Si supiera que sí, se negaría. Es mejor que se entere así, mientras tiene las emociones y la excitación a flor de piel; de ese modo no podrá echarse atrás. Una vez que empecemos, es toda tuya.

—Esto mejora por momentos.

Lester avanzó por la pared y cogió una pala. Se la pasó por la palma de la mano; las puntas romas le masajearon la piel y estimularon sus receptores sensoriales. Terminó de admirar la sensación y luego señaló el gran escritorio en medio de la habitación. —¿Dónde está la cámara? Quiero asegurarme de que esto quede bien documentado. Para nuestros archivos.

—No te preocupes, está debajo de la mesa. Esta vez iba a grabarlo yo mismo desde la distancia. Ni siquiera notarás que estoy aquí. Al fin y al cabo, es *tu* día especial.

—¿Quizá deberíamos incluirte a ti también? ¿Para aumentar la puntuación? —Estaba disfrutando con lo que oía y no podía esperar a empezar.

—Ya veremos. Si el momento es el adecuado, puede que me una a vosotros. Pero te has portado bien con nosotros... nos has

ayudado mucho a *mejorar*, así que es justo que te lo compensemos de esta manera.

—Sabes, S ha añadido hace poco un nuevo nivel de puntos. Creo que...

Lester fue silenciado por el dedo de Steven. —Guárdate esa idea. Iré a prepararla y luego podrás probarlos con ella. ¿Te parece bien?

Lester asintió con entusiasmo.

—Espera justo aquí.

Dicho esto, Steven se dio la vuelta y desapareció escaleras arriba. Lester lo agradeció. Eso añadía emoción y tensión a la situación. Pero entonces se le ocurrió una idea. Si Jessica se estaba preparando arriba, ¿debería él prepararse abajo? No. Esperaría. Haría que ella lo desnudara. Sí. Esa era la mejor forma. Estaba deseando que llegara ese momento. Su tacto. Su piel. Sus labios rodeando su polla. *Jessica.* Se estremeció al pensar en ella. La deseaba; la deseaba más que a nada. Más que a su próximo aliento. Quería tumbarse a su lado. Despertar a su lado. Estar a su lado. Cada minuto de cada día que pasara despierto. No era justo que Steven la tuviera a ella. No era justo que él pudiera hacer todas esas cosas cuando quisiera y Lester no. Apostaba a que ni siquiera follaban. No como él y Jessica lo hacían cuando estaban juntos en su mente. Apostaba a que habían perdido la química, el romance y la chispa en su sórdida relación. *La maldición de los sádicos y los masoquistas*, pensó, riendo entre dientes.

Lester consultó su reloj. Solo había pasado un minuto, pero empezaban a parecerle diez. A medida que transcurrían los segundos, se impacientaba.

Subió los peldaños a toda prisa, de dos en dos, y cuando estaba a punto de abrir la puerta que daba a la galería de arte de Steven, oyó sus voces, susurrantes, presas del pánico. Su mano acarició el pomo y la mantuvo allí, pegando el oído a la puerta.

—No me siento cómoda. —Era la voz de Jessica. Sonaba diferente. Más preocupada, como si le faltara ese toque de sensualidad y agresividad al que Lester se había acostumbrado.

—No me importa. Harás lo que te diga.

—Piña —dijo Jessica.

—¿Qué?

—Piña. Esa es nuestra palabra de seguridad. Estoy usando nuestra palabra de seguridad. Quiero salir de esto.

—Escúchame bien —dijo Steven—. Vas a seguir adelante con esto hasta el preciso instante en que yo te diga que pares. Cuanto más aguantes, más puntos conseguiremos. —Steven bajó la voz—. Piénsalo. Con esto, podremos superarlo en las tablas de clasificación y entonces podremos deshacernos de él *por fin*. Para siempre. Todo lo que tendremos que hacer después será eliminar a Christopher, y entonces estaremos en lo más alto de la tabla. Intocables. He echado un vistazo en internet y Christopher ya nos ha superado; es viernes por la noche. Se está empleando a fondo. No podemos dejar que nos gane. Si hacemos esto, llegamos a la cima.

—¿Cómo quieres que lo haga? —preguntó Jessica con voz temblorosa.

—Las cuchillas. La que está en el extremo derecho está lo bastante afilada como para cortarle el cuello.

—¡Me dijiste que no cortaba! ¿Y si la usa él conmigo?

—Relájate —dijo Steven—. No dejaré que llegue tan lejos. Hay productos de limpieza y una bolsa debajo de la mesa para recogerlo todo después. Saldrá bien. Te lo prometo. Ahora quítate las bragas y date prisa. Él está esperando.

El cuerpo de Lester se quedó gélido. No podía creer lo que acababa de oír. Su mano se apretó alrededor del pomo hasta que se le pusieron los nudillos blancos y el metal se le clavó en la palma. Iban a traicionarlo. Iban a utilizar su rango y estatus para elevar los suyos y poder pasarlo en la tabla de clasificación. Peor aún, ¡iban a matarlo!

Consciente de que estaban al otro lado, a punto de abrir la puerta, Lester bajó las escaleras en silencio, cogió la cuchilla del extremo derecho de la pared y se la metió en la cinturilla de los vaqueros, sintiendo el frío metal del arma contra su piel.

La puerta se abrió arriba y oyó el sonido de pasos acercándose. La adrenalina le recorría las venas. Temblaba de emoción.

—¿Lester? —preguntó Jessica suavemente—. ¿Estás listo?

—Oh, puedes jurarlo —dijo Lester con una sonrisa en la cara. Su mano aferraba con fuerza el mango de la cuchilla.

Mientras lo hacía, apareció Jessica. Estaba desnuda, pero se había soltado el pelo, que le caía a ambos lados de sus hombros cuadrados, cubriéndole los senos elásticos y los pezones. La luz roja de la habitación proyectaba un aura casi demoníaca alrededor de su esbelta figura, iluminando sus ojos marrones y volviendo su carmín de un tono carmesí aún más oscuro. Parecía una diosa con un lado perverso, una figura efímera que acecharía cada uno de sus momentos de vigilia por el resto de su vida... por todas las razones correctas. Le recordaba a una modelo, alguien que hubiera hecho de su misión en la vida el entretener, provocar y alardear. Y entonces lo vio: los hoyuelos en sus mejillas que solo salían durante la Comunión. Eran como bombillas que podía encender y apagar a su antojo.

Lester se movió alrededor de la mesa para que esta se interpusiera entre él y ellos. Se colocó la parte trasera de la camisa por encima del mango del cuchillo para ocultarlo. Jessica avanzó hacia el centro de la habitación.

—¿Dónde me quieres? —preguntó ella, poniendo las manos en sus curvilíneas caderas.

Lester tartamudeó antes de responder. Estaba aterrorizado ante aquella visión sobrenatural, pero si iba a hacer aquello, necesitaba mantener la cabeza fría.

—En la mesa. Quiero atarte.

Jessica hizo lo que le pedían y se subió a la superficie de la mesa. Se tumbó y sus pechos se desparramaron suavemente a ambos lados. Su caja torácica y su vientre plano se hinchaban suavemente al unísono mientras respiraba. Lester se movió hacia la parte inferior de la mesa y encadenó los tobillos de Jessica. Notó su piel caliente bajo la suya. Imaginó la sangre recorriéndola... y cómo, pronto, se derramaría por todo el suelo.

—¡Espera! —gritó Steven, y su voz resonó por toda la habitación. Estaba a mitad de las escaleras—. No empieces hasta que coja la cámara. No quiero perderme nada.

Lester lo miró y sonrió. —Créeme, no querrás perderte ni un detalle.

Steven se acercó a la mesa, se agachó y sacó una grabadora de vídeo. Pesada. Profesional. Si todo lo demás fallaba con el cuchillo, Lester pensó que podría usar la cámara como un ariete para abrirle el cráneo al hombre.

Steven pulsó un botón del dispositivo y se lo acercó a la cara.

—Listo cuando tú quieras —dijo.

—¿Estás grabando? —preguntó Lester.

Steven levantó el pulgar.

Había llegado el momento.

Lester se desplazó a la parte superior de la mesa y cerró las cadenas restantes sobre las muñecas de Jessica. Se cerraron con un satisfactorio *clic*. Ahora estaba inmovilizada, incapaz de moverse. A continuación, Lester se dirigió a lo que parecía ser una elección deliberada en la pared de instrumentos. Fue directo a la cuchilla del extremo derecho, la que sabía que no cortaba. La descolgó de la pared y regresó junto a Jessica, situándose al lado de Steven. Golpeó el plano de la hoja contra el vientre de ella. En cuanto el metal tocó su cuerpo, ella lanzó un gemido como hacía siempre. Nada inusual. Pero entonces, al darse cuenta de lo que él tenía en las manos, sus ojos se agrandaron y vio cómo el miedo se extendía por su rostro; su mirada se desvió hacia Steven y la cámara.

Lester pasó la cuchilla por su cuerpo, haciéndole cosquillas, y la dejó descansando sobre sus pezones. Cuanto más se acercaba a su garganta, más temblaba y se retorcía ella; más se aceleraba su respiración. Sonriente, le dio la vuelta a la hoja para que el borde romo quedara contra su piel, luego se inclinó sobre su pecho y la mantuvo contra su cuello. A su lado, Steven se movió y mantuvo la cámara cerca de ambos, a la altura de la cintura de Lester. *¡Perfecto!*

Con la mano libre, Lester se llevó la mano a la espalda, cerró el puño alrededor de la hoja afilada y la hundió profundamente en el cuello de Steven. Una fuente de carmesí brotó de su arteria carótida y bañó el cuerpo de Jessica. Gritos desgarradores llenaron el aire mientras Steven se desplomaba en el suelo y soltaba la cámara. La mirada de Lester siguió al hombre mientras yacía allí, indefenso, sin

protección, sujetándose la garganta y dando su último suspiro, retorciéndose sobre el hormigón mientras se ahogaba en su propia sangre.

En cuestión de segundos, estaba muerto. Pero los gritos persistían todavía. Lester miró a Jessica en la mesa. Sus movimientos eran frenéticos, pero todo era inútil. Escupió la sangre de Steven y trató de quitarse de los ojos las salpicaduras que le habían entrado.

—¡No! ¡Por favor! ¡No! —dijo entre sollozos.

Lester la silenció apoyando la cuchilla contra su garganta. —¡Cállate! —le gritó—. ¿Crees que puedes intentar matarme y salirte con la tuya?

—¿Qué vas a hacerme?

Lester apretó la punta del cuchillo contra su piel, extrayendo una gota de sangre. —Todo lo que siempre he querido hacerte. Y después un poco más. Y luego otro poco. Va a ser una noche larga.

Lester se agachó y recogió la cámara del hormigón. Le limpió un poco de la sangre de Steven y la puso sobre la mesa, luego se desvistió, se montó sobre Jessica y volvió a cogerla.

Sonrió mientras la miraba y luego se deslizó dentro de ella.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo he estado esperando para hacer esto.

CAPÍTULO 3

CHIVATAZOS

Jake Tanner trabajaba por el nombre de la placa, no por el nombre que figuraba en ella.

A las siete de la mañana ya estaba en la oficina. Era un madrugador, ansioso por dejar huella, por que se viera su cara y que su nuevo equipo sintiera su presencia. Formaba parte del Equipo de Investigación de Delitos Graves de la Policía Metropolitana, con base en la comisaría de Stratford, Bow Green. El equipo era una unidad pequeña de entre cinco y diez agentes de diversos rangos. En el poco tiempo que llevaba allí, Jake había visto pasar a docenas de rostros nuevos por el equipo como si de una puerta giratoria se tratase. Había, no obstante, unos pocos elegidos que parecían permanentes, como si formaran parte del mobiliario.

Mientras Jake permanecía sentado ante su escritorio, observando el emblema del Servicio de Policía Metropolitana blasonado en su pantalla, sonrió. Le había costado un tiempo conseguir el traslado al nuevo equipo —meses de solicitudes y entrevistas—, pero ahora que por fin estaba allí, sentía que formaba parte de algo diferente. Algo más grande y mejor que cualquier otra cosa. Estaba provocando un cambio en Londres y estaba cambiando vidas. Amaba su trabajo, a pesar de la tarea tediosa y monótona que había estado desempeñando durante los últimos meses. Papeleo. Archivo.

Formularios. Había leído las primeras líneas del formulario MG11 para declaraciones de testigos tantas veces que estaba empezando a recitarlas en sueños. Supuso que aquello era algo bueno si quería progresar como detective.

Jake cargó un formulario en el que había estado trabajando la noche anterior y continuó rellenándolo. Pasó casi otra hora hasta que vio aparecer a alguien más en la oficina. Lindsay Gray. Era la gestora civil de instalaciones de Bow Green y solía ser la primera en asomar la cabeza por la oficina. Rondaba los cincuenta y cinco años y, tras jubilarse hacía unos años, pronto se dio cuenta de que su amor por el trabajo era demasiado grande: tenía que reincorporarse al cuerpo de alguna manera. Había formado parte del Equipo de Investigación de Delitos Graves durante toda su carrera, por lo que se aseguró de poder estar cerca del ambiente tanto como fuera posible mientras servía al resto de los equipos del edificio. Su escritorio estaba en la esquina de la sala del MIT, apartada de en medio pero no fuera del alcance del oído. Con frecuencia, participaba en las bromas y en las acaloradas discusiones que el equipo mantenía mientras se acomodaban por las mañanas o se preparaban para irse a casa por la tarde. A Jake le caía bien. Era un rostro amable y siempre lucía una sonrisa como si no fuera una carga. Por ello, la respetaba y la admiraba. En muchos sentidos, le recordaba a su propia madre, lo cual Jake consideraba el mejor cumplido que podía hacerle.

—Buenos días, cielo —dijo ella con un marcado acento cockney, mientras colgaba el bolso en el respaldo de su silla—. ¿Café?

—Mataría por uno, si no te importa —dijo Jake, inclinándose sobre el escritorio para coger su taza. El café seco manchaba el borde y el fondo de la cerámica, y una gota chorreaba por el lateral —. Con una de azú...

—No te preocupes. Ya sé cómo te gusta.

Jake se lo agradeció y siguió trabajando mientras ella desaparecía a sus espaldas. Cuando regresó, dejó la taza en su mesa y se apresuró a la suya. Él dio un sorbo, hizo una mueca ante el sabor amargo y volvió a dejar la taza sobre el escritorio.

Definitivamente no era como a él le gustaba, pero no tuvo valor para decírselo.

—¿Pasaste una buena noche? —preguntó Jake en voz alta desde el otro lado de la oficina—. ¿Qué tal fue el...?

Antes de que pudiera terminar, fue interrumpido por el sonido de la puerta de la oficina al abrirse. La docena restante de agentes del equipo entró en tropel con una incorporación más uniéndose a ellos. Se reían y se gastaban bromas, con cafés de la tienda de la esquina en la mano. Jake los observó mientras entraban. Estaban todos presentes, no faltaba ni uno. Eran las 8:45 y todos deberían haber empezado hacía más de una hora. A la cabeza del grupo estaba el oficial superior de Jake y jefe del Equipo de Investigación de Delitos Graves, el inspector jefe Liam Greene. Era un hombre bajo —unos centímetros por debajo del metro ochenta— que llevaba su ego por bandera y nunca se tomaba bien que lo ridiculizaran. Sin embargo, siempre que Jake había intentado conocerlo, se mostraba distante y grosero. Liam no temía hacer lo necesario para cumplir con el trabajo y se aseguraba regularmente de que todos en el equipo supieran cuál era su lugar. También desprendía un aire intimidatorio. Aunque Jake supuso que, tal vez, se sentía nervioso a su alrededor porque solo había tenido la oportunidad de hablar con su jefe un puñado de veces desde que se unió al MIT. Al lado de Liam estaba el inspector jefe Hamilton, el oficial al mando responsable de la eficiencia del Equipo de Personas Desaparecidas en la planta inferior, que había decidido acompañarlos en la expedición por el café matutino. Ambos hombres rondaban los cuarenta y empezaban a canear por arriba y por los lados.

—¿Dónde os habéis metido? —preguntó Lindsay, poniéndose de pie. Sonaba como una madre decepcionada cuyos hijos han llegado tarde a casa después de estar jugando fuera.

Liam se quedó en el umbral de su despacho con la mano apoyada en el pomo. —Hemos salido a desayunar todos juntos. Para celebrar. Tenemos las cabezas un poco resentidas.

Ella se puso las manos en las caderas. —¿Y dónde estaban nuestras invitaciones?

—Bueno... —Liam hizo una pausa para mirar a Jake y luego volvió a mirar a Lindsay—. Ninguno de los dos estabais aquí cuando nos enteramos de la buena noticia.

—¿Qué buena noticia? —preguntó Jake, dando otro sorbo a su café e inmediatamente deseando no haberlo hecho.

—¿No os habéis enterado? Han encontrado a Benjamin Pryce. Vivo y bien. Un poco aturdido, pero sobrevivirá. —Liam señaló a Hamilton al otro lado de la sala—. Nuestro pederasta residente de ahí enfrente lo encontró y lo devolvió a casa sano y salvo.

Hamilton respondió con un dedo corazón levantado. Sin decir nada más, se metió en la sala de informes en la esquina derecha de la oficina, agarró algo de su escritorio y salió disparado, arremetiendo contra Liam.

—Eso me recuerda —dijo Hamilton, blandiendo unas tijeras en sus manos— que una apuesta es una apuesta. —Entonces agarró la corbata de Liam y la cortó por arriba.

Las carcajadas estallaron en la oficina.

—Yo gano —dijo Hamilton mientras alzaba la corbata suelta en el aire triunfalmente entre vítores y aplausos.

—Me lo merezco —cedió Liam—. ¿La misma apuesta en la próxima? ¿El primero que resuelva el caso tiene derecho a fanfarronear durante una semana?

—¡O se lo monta con la mujer del otro! —gritó el sargento Drew Richmond. Era el supervisor inmediato de Jake y formaba parte de Investigación de Delitos Graves mucho antes que cualquier otro. Era una de las piezas más antiguas de la oficina.

—¡O podríamos montárnoslo todos con la tuya! —gritó Hamilton ante otra andanada de risas.

—Al menos así uno de nosotros pillaría —replicó Drew.

—Tendrás que ponerte a la cola para eso, chaval.

—Venga, todos a trabajar —dijo Liam, dando una palmada—. El subcomisario viene esta tarde, así que a cualquiera que no esté haciendo nada le van a apretar las tuercas.

Ante eso, el inspector jefe Hamilton abandonó la oficina para volver con su equipo, y el resto del MIT agachó la cabeza. En poco

tiempo, el sonido del teclado y de los clics sustituyó a las risas. De vuelta al tajo, como de costumbre.

Antes de que Jake pudiera unirse a ellos, Liam se acercó a su escritorio. A lo lejos sonó un teléfono.

—¿Mañana ajetreada, Jake? —preguntó Liam, sentándose en el borde del escritorio de Jake.

Jake negó con la cabeza. —No especialmente, señor. Lo de siempre.

—Bien. Si alguien pregunta, estábamos aquí a nuestra hora, ¿entiendes? Nos deja en mal lugar a todos —incluyendo a ti mismo — si alguien se entera de lo contrario.

—Sí, señor. Por supuesto.

Liam le dio una fuerte palmada a Jake en la espalda, reforzando la necesidad de secreto.

—Ese es mi chico.

—¡Jefe! —llamó el agente Pete Garrison, otro miembro de Investigación de Delitos Graves. Era el equivalente a Jake y estaba más que feliz de pasar el resto de su carrera tras un escritorio. Era el caballo de batalla de la unidad, siempre rellenando solicitudes y formularios y todo ese trabajo monótono en segundo plano sin que nadie más en el equipo se diera cuenta de que lo había hecho. Jake no tardó mucho en comprender que no quería vivir una carrera así. Por el contrario, quería estar en primera línea, vigilando las calles y metiendo entre rejas, donde se merecían, a las personas capaces de cometer atrocidades.

Garrison se puso de pie con el teléfono todavía en la mano. —Tenemos uno. Por partida doble. En una galería de arte. Los de uniforme ya están allí.

La emoción afloró en la oficina ante aquellas palabras, y Jake sintió que su propia adrenalina subía un poco. Esta podría ser la oportunidad que necesitaba para demostrar su valía, en lugar de permanecer al margen en la oficina como había hecho durante demasiado tiempo.

—Excelente. Buen trabajo. Pásame la dirección. Sargento Richmond...

—Señor.

—Coge tus cosas. Nos vamos.

Cuando Liam se ponía en marcha, Jake lo llamó.

—¿Señor? Señor, ¿puedo ir?

Liam le lanzó una mirada fulminante.

—¿Para ir cogiendo experiencia?

Liam meditó la petición un momento, rascándose la parte inferior de la barbilla. —¿Por qué no? Al menos así sabré que no te irás de la lengua con lo nuestro.

CAPÍTULO 4

UN DÍA EN LA VIDA DE UN ADOLESCENTE

Jake dio un portazo al salir del Volvo C30 verde de Liam. La lluvia le azotó el rostro, golpeándole los ojos y las cejas, y empapándole el pelo enseguida. Se subió el cuello de la americana sobre las orejas, pero no sirvió de nada.

—Date prisa —le gritó Liam. A su lado estaba Drew, con una sonrisa burlona ante la incomodidad de Jake.

Habían aparcado a unos cien metros de la escena del crimen, detrás de una cola de otros vehículos de los servicios de emergencia. A lo lejos, un agente de policía permanecía detrás de una cinta blanca. Ataviado con un abrigo impermeable fluorescente y con un protector de plástico en la gorra, la lluvia resbalaba por su cuerpo hasta el suelo. Jake, Liam y Drew se acercaron al hombre. En las manos sostenía una carpeta, un bolígrafo y una hoja de papel que se estaba calando a toda velocidad. Los tres firmaron el registro de asistencia y se dirigieron a la parte trasera de la furgoneta de la científica, donde se pusieron los monos de protección. El traje consistía en una capucha, guantes, mascarilla y calzas, y era de talla única. Jake tuvo que meterse en él completamente vestido, remetiéndose la corbata por el interior de la camisa y asegurándose de que el clip metálico estuviera bien sujeto. Se subió la cremallera del mono hasta el cuello y se guardó los pequeños mechones de

pelo castaño húmedo bajo la capucha antes de dejar que el elástico se ajustara contra su frente. El material era fino y áspero y, a los pocos segundos, empezó a irritarle la piel.

A escasos metros de la entrada de la escena había una figura que se fundía con el fondo de las paredes blancas y de los otros agentes de la científica que entraban y salían del edificio.

Los tres se acercaron a ella. Liam extendió la mano y se presentó.

—Poojah Singh —respondió la figura, estrechando la mano de Liam—. Patóloga forense. Estoy a cargo de este grupo. —Señaló con la cabeza a los dos agentes de la científica que acababan de salir del edificio.

—¿No se supone que deberíamos haber llegado nosotros antes que tú? —preguntó Liam.

—No cuando veas lo que hay dentro —respondió Poojah.

—Suena interesante. ¿Qué tiene para nosotros?

—Es mejor que lo veas por ti mismo. Es un asunto espantoso.

A Jake no le gustó cómo sonaba aquello. Era la primera vez que acudía a una escena del crimen importante desde que Luke Cipriano y su madre Candice habían muerto en medio de un pequeño parque, entrelazados el uno con el otro, hacía casi un año. Las imágenes de aquella tarde en Southampton seguían grabadas a fuego en su memoria y, a veces, le provocaban noches de insomnio.

Los cuatro se adentraron en la galería de arte. Jake observó las obras que colgaban de la pared. Magníficas. Complejas. Vibrantes. Algunas de las piezas eran tan anchas y altas como su cama en casa. Jake no sabía mucho —o, de hecho, nada— de arte y tampoco era del tipo de persona que fingía saber, pero sabía apreciar un buen cuadro cuando lo veía. El más llamativo era una pintura de una figura sin rostro que sostenía una pistola contra su barbilla. Detrás de la figura había un halo de sangre y sesos esparcidos por una pared. La obra se titulaba: *Un día en la vida de un adolescente*.

—Tenemos dos víctimas —dijo Poojah, y su voz se fue alejando de Jake. No se había dado cuenta, pero estaban caminando en la dirección opuesta, adentrándose más en la galería—. Ambos IC1.

Las carteras y los permisos de conducir recuperados confirman sus identidades como Steven y Jessica Arnholt.

—¿Algo más? —preguntó Liam.

—Acabo de buscar su nombre en internet, jefe —añadió Drew, móvil en mano—. La biografía de su página web dice que es artista y marchante de arte.

—Tiene sentido. ¿Y sobre Jessica Arnholt? ¿Alguna cosa?

Drew bajó el teléfono y se encogió de hombros.

Se detuvieron al fondo de la sala, ante una puerta de un negro absoluto. Jake observó a un investigador a su izquierda recoger fragmentos de cristal roto y frotar el suelo con un bastoncillo de algodón antes de meterlo en un tubo y, después, en una bolsa de pruebas.

—Los cuerpos están aquí abajo. Os advierto: llevo tiempo en este trabajo y esto es lo más macabro que he visto en mi vida. Preparaos —dijo Poojah.

Jake no creía que pudiera hacerlo. No quería dejar que su imaginación se desbocara. No había entrenamiento suficiente que pudiera prepararlo para un cadáver y, mientras miraba a Poojah con la mirada perdida, todo se le borró de la mente.

Sin decir nada más, ella desapareció por el primer escalón. Sobresaltado, Jake la siguió al final de la cola y entró en el hueco de la escalera. Un tono rojo oscuro bañaba las paredes y, mientras Jake bajaba, rozó los ladrillos con los dedos para apoyarse. Miró hacia abajo, vigilando cada paso, por miedo a resbalar y caerse.

—Las escaleras han sido limpiadas —dijo Poojah—. No hay rastro de que nadie haya puesto un pie en ellas. El equipo aún está recorriendo el resto de la escena del crimen, así que no podremos intervenir demasiado.

—Haremos lo que podamos para ayudar —dijo Drew. Al llegar al último escalón, se detuvo en seco—. ¡Pero qué cojones es esto!

Jake se quedó paralizado detrás de él. Sus ojos se agrandaron y el pulso se le detuvo.

Ante él, extendido sobre una mesa grande, había un cadáver, iluminado por una luz demoníaca que se cernía sobre el torso. Habían quitado la cabeza y la habían colocado a unos centímetros

por encima del pecho de la figura, en posición vertical, de modo que miraba hacia abajo a lo largo del cuerpo. Las manos y los pies habían sido amputados y colocados a ambos lados de la cabeza, apuntando hacia fuera, alejándose del cuerpo. Unas manchas de color púrpura oscuro del tamaño de sandías moteaban los muslos y la espalda de la víctima. Se habían practicado incisiones de siete centímetros de ancho a lo largo de todo el abdomen, y en el pecho habían perforado dos agujeros circulares donde antes hubo un par de pechos. La palabra MENTIROSA había sido inscrita en el vientre de la mujer, con una pequeña gota de sangre coronando la I. Un charco de sangre espesa, ya coagulada por la exposición al aire, cubría toda la mesa, y se habían formado pequeños charcos al pie de las cuatro esquinas donde el exceso de sangre había caído por el borde.

Jake paseó la mirada por la habitación. A su izquierda, en una pared, había una serie de instrumentos sexuales, todos ellos cubiertos de sangre seca. Todos y cada uno de los objetos parecían haber sido utilizados durante los asesinatos de un modo u otro. A la derecha de la estancia, colgando de dos cadenas, había otro cuerpo. Era más alto, más largo y más delgado. También le habían quitado la cabeza, y había un pequeño orificio rojo en la entrepierna donde le habían cercenado el pene. Los agentes de la científica rodeaban el cuerpo, moviéndolo ligeramente mientras se ponían a trabajar.

La visión hizo que Jake tuviera arcadas. Aquella masacre era lo peor que había visto jamás. La bilis le subió desde el estómago, causándole dolor en la garganta. Se llevó las manos a la boca, vomitó un poco y luego subió las escaleras corriendo para salir de la galería. Para cuando llegó a la entrada del edificio, el vómito ya se le escapaba entre los dedos. Impactó con fuerza contra el hormigón del exterior y le salpicó el traje y la cara. El ácido le quemaba el fondo de la garganta y le dolía todo el cuerpo. Vomitó de nuevo. Esta vez se limpió los restos en la manga, se cambió por un traje nuevo y regresó.

Jake recobró la compostura cuando regresó al lugar de la matanza un minuto después.

—¿Estás bien? —le preguntó Drew, dándole una palmada jovial en el hombro—. ¿Es tu primera vez?

—Ver algo tan morboso como esto, sí —dijo Jake.

—La primera vez siempre es la peor.

—Siempre —secundó Liam—. Te acostumbrarás tarde o temprano. Y si no... bueno, quizá no estés en el lugar adecuado.

Jake miró a Liam con severidad.

—No me voy a ninguna parte. Solo quedan un par de meses más y habré terminado la formación.

—Ya veremos. —Liam se volvió hacia Poojah—. ¿Qué creemos que ha pasado aquí?

—Tu suposición es tan buena como la mía —respondió Poojah—. O bien Jessica y Steven se vieron interrumpidos por casualidad durante un rato a solas, o esto ha sido una especie de trío que ha salido mal.

—Yo diría que esto ha salido tan mal como es posible —añadió Drew.

—¿Quién los encontró? —preguntó Liam.

—Una mujer llamada Elisa Talbet. Los encontró esta mañana cuando vino a hablar con Steven sobre un cuadro que quería comprar.

—¿Dónde está ahora?

—Con uno de los de uniforme, respondiendo a unas preguntas preliminares en el coche. Creo que quería refugiarse un poco de la lluvia.

—De acuerdo. —Liam miró a Drew—. Cuando terminemos aquí, quiero que hables con ella. Y luego haz que uno del equipo le tome declaración.

—Sí, señor.

—¿Alguna otra cosa que deba decirnos? —le preguntó Liam a Poojah.

—Hemos confiscado el portátil de Steven, su teléfono móvil y una cámara digital arriba. Los enviaremos a informática forense más tarde. —Poojah hizo una pausa y señaló un trípode de cámara junto a la mesa—. Esta de aquí no tiene tarjeta de memoria, y no hemos

podido recuperarla. Así que, potencialmente, lo que hubiera en esa tarjeta.

—Cualquier guarrada que les gustara a estos, quizá no tenían miedo de documentarla. Ojalá pudiera convencer a mi mujer de hacer algo así —dijo Drew, pero nadie le escuchó.

Poojah se cruzó de brazos sobre el pecho.

—También hemos encontrado múltiples depósitos de semen y saliva por todos los cuerpos, así como huellas dactilares por el lugar. Creo que quien sea responsable de esto intentó limpiar lo que había hecho, pero no consiguió un trabajo tan minucioso como le hubiera gustado.

Liam y Drew asintieron. Liam fue el primero en hablar.

—¿Hora estimada de la muerte?

Poojah vaciló.

—Esto...

—No hay prisa.

—Es difícil de decir...

—¿Quieres que empiece a hacer tu trabajo por ti?

—¿Perdona?

—¿Necesitas que te lo explique más claro?

Poojah resopló y se puso las manos en las caderas.

—Mi *estimación* es de al menos ocho horas. Dado el estado de descomposición en el que se encuentra el cuerpo —las manchas púrpuras en los muslos y la espalda, y las etapas finales del rigor—, yo diría que estamos hablando de entre las diez de la noche y las dos de la madrugada de ayer. Pero no te lo tomes como algo definitivo hasta que sepa más.

—Tal vez el asesino decidió divertirse con ellos cuando ya estaban muertos —comentó Drew.

Nuevamente, nadie le prestó atención. Solía ser así cada vez que Drew decía algo o incluso ofrecía su opinión. No era porque le cayera mal a la gente —aunque Jake estaba seguro de que había personas en la oficina que se sentían así—, sino porque las cosas que decía solían ser inapropiadas y poco profesionales.

—¿Se ha presentado algún testigo aparte de Elisa? —preguntó Liam.

Poojah negó con la cabeza.

—Ese es tu trabajo —dijo ella con una sonrisa burlona.

Liam soltó una risita. En los meses que Jake llevaba en Delitos Graves, había aprendido algo importante sobre Liam: que el hombre era encantador y tenía el poder de desarmar a cualquiera con quien hablara. Jake no sabía cómo lo hacía, pero había visto a Liam salir de varias situaciones peliagudas en el pasado. Quizá fuera porque le daba a su interlocutor la oportunidad de sentirse superior, tal como acababa de hacer con Poojah, actuando como si ella estuviera al mando de la investigación, como si fuera ella quien tuviera todas las respuestas y la carga de intentar encontrar al asesino. Quizá fuera ese desarme lo que le permitía hablar con la gente de la manera que quisiera.

—Gracias por tu ayuda, Poojah. Has estado estupenda —dijo él.

—Si necesitas cualquier otra cosa, ya sabes dónde encon...

—¿Qué hay en la bolsa de ahí? —preguntó Jake, señalando una bolsa de deporte en el suelo, junto al cuerpo de Steven. Su intervención los tomó a todos por sorpresa y los miró con disculpa, dándose cuenta de que había hablado cuando no le tocaba.

—Te dejaré que hagas un par de apuestas —dijo Poojah—. Uno de los objetos que hay ahí dentro es la cabeza de Steven Arnholt. Otro es su pene cercenado. ¿Alguna otra pregunta? —preguntó Poojah, y al no recibir respuesta de ninguno de ellos, continuó—: Si encontramos algo nuevo, me aseguraré de manteneros informados.

Poojah les saludó brevemente con la mano y luego reanudó su trabajo junto al cadáver de Jessica. Jake le lanzó una última mirada, con la imagen hiriendo su memoria, antes de volver a subir las escaleras.

—¿Qué piensa, jefe? —le preguntó Drew a Liam mientras regresaban a la planta de la galería.

—Pienso que ahí dentro han pasado cosas muy jodidas, Drew. De eso estoy seguro. Y no puedo permitirme perder otra corbata.

Drew soltó una carcajada.

—¿Es que ya no te queda calderilla?

En cuanto lo dijo, a Liam se le saltaron los ojos y rápidamente centró su atención en Jake.

—Tanner —continuó Liam—, tú te encargas de las pesquisas puerta a puerta. Ve adquiriendo experiencia con eso. Mira si alguien notó algo, o si alguien tiene algo de lo que quiera hablarnos. ¿De acuerdo? Confío en ti.

Jake asintió.

—No le fallaré, señor.

CAPÍTULO 5

TENACIDAD

El timbre sonó casi tan fuerte por dentro como por fuera. Jake tenía el bolígrafo y la libreta preparados, apretándolos contra el pecho para protegerlos de la lluvia. Ya había estado en otras cinco propiedades de la calle y en ninguna habían presenciado nada, en ninguna habían oído nada; en ninguna sabían que se había cometido un asesinato a poca distancia de su casa. Y ahora que estaba en la casa más alejada de la galería de Steven Arnholt, parecía poco probable que regresara con Liam y Drew con algo de provecho.

La puerta principal se abrió y lo recibió un hombre que vestía un chándal Adidas gris. Varias manchas ensuciaban la parte delantera de su pantalón y la parte superior de su sudadera con capucha. Unas ráfagas de tabaco mezcladas con un ligero toque de marihuana acariciaron el rostro de Jake. Los labios del hombre estaban bordeados por una fina capa de vello negro —el único rastro de vello facial que tenía— y lucía un gran lunar junto al ojo izquierdo. Tenía la cara roja y parecía aturdido, como si Jake acabara de despertarlo.

—Sí… ¿Sí? ¿En qué puedo… ayudarle? —tartamudeó el hombre, mordiéndose las uñas.

Jake mostró su placa. —Soy del Equipo de Investigación de Homicidios de la comisaría de Bow Green, señor. Estamos

investigando un incidente relacionado con dos personas en las Galerías Arnholt.

—¿Aquí?

—Sí, señor. ¿Podría hacerle unas preguntas?

—Mal, mal, mal —respondió el hombre—. No me gustan las preguntas. No debo responder preguntas.

Jake apoyó el bolígrafo sobre el papel. —No pasa nada, señor. —Garabateó el número de la propiedad en la parte superior de la página—. Son muy sencillas. Y no llevarán mucho tiempo. —No hubo respuesta—. ¿Qué tal si empezamos por una fácil… ¿Cómo se llama?

—Archie. Archie Arnold. Archie es mi nombre de pila, y Arnold es mi apellido.

Jake escribió mientras formulaba la siguiente pregunta. —¿Y vive solo, señor?

—Sí —dijo Archie, mirando por encima del hombro hacia el interior de la casa.

Justo cuando Archie terminaba de responder, una figura se movió del fondo de una habitación a otra.

—¿Está seguro? —preguntó Jake, señalando hacia la figura a lo lejos.

—Sí. Una amiga. Es una… una amiga. Amiga. Amiga.

La figura del fondo apareció a la vista. Iba maquillada por completo, con minifalda, tacones altos y una blusa abierta hasta la mitad del pecho, dejando ver el escote. Un grueso mechón rojo destacaba en su pelo. Cogió un bolso del suelo y salió apresuradamente por la puerta, manteniendo la cabeza baja y el pelo sobre la cara. Jake se hizo a un lado para dejarla pasar. Mientras ella pasaba a su lado rápidamente, él vislumbró un tatuaje en la parte interna de su muñeca. Parecía un código de barras y, debajo, había un número inscrito en la piel. Nueve.

—Una amiga afectuosa, ¿verdad? —preguntó Jake, encontrando algo de gracia en la situación. Se esforzó por reprimir una sonrisa impertinente.

—¡La encontré en una cabina telefónica! —dijo Archie, adoptando de inmediato una actitud defensiva y asustada. Jake notó que se le dilataban ligeramente las pupilas.

—¿Perdone? —preguntó Jake.

—Lo siento. No se lo diga a nadie. Por favor, no se lo diga a nadie. La conocí en una cabina telefónica. Diamond Geezers. Amiga. En la esquina de High Street con Carpenters Road. No se lo diga a nadie. No se lo diga a Diamond Geezers.

—Me he perdido.

—Perdón. Lo siento. Perdón. —Archie se rascó un lado de la cabeza y siguió mordiéndose las uñas—. ¿Qué ha… por qué está…? Mal. ¿Galerías Arnholt? Steven… Jessica…

—¡Ah, sí! —dijo Jake, preparando el bolígrafo sobre el papel y olvidando todo lo que Archie acababa de decirle—. ¿Es usted amigo, o conoce, a Steven o a Jessica Arnholt de las Galerías Arnholt, señor?

—¿Están bien?

—Me temo que aún no estoy autorizado para decírselo, señor. —Jake se recriminó mentalmente—. ¿Cuánto tiempo hace que vive en la zona?

—Años. Muchos años. Un montón de años. Casa bonita.

—¿Llegó a tener algún trato con alguno de ellos?

Archie negó con la cabeza.

—¿Hablar con ellos en la calle? ¿Saludarlos? ¿Decirles adiós con la mano?

Archie volvió a negar con la cabeza.

—¿Vio algo sospechoso anoche? ¿Algún ruido que pudiera haberle molestado después de las diez de la noche?

Archie asintió. —Sí. Algo. Fuerte. Muy fuerte. Realmente fuerte.

—¿Qué? —dijo Jake, sintiendo un rayo de esperanza.

Archie vaciló antes de responder. —Hombre. Niña pequeña. Él era negro. Ella era blanca. Se veía mal. No me gustan las cosas malas.

Jake suspiró en silencio. Se estaba metiendo de cabeza en un callejón sin salida.

—Gracias por su tiempo, señor —dijo Jake, subrayando el nombre de Archie en su libreta salpicada por la lluvia.

—Amigo.

Jake metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de visita. —Si recuerda algo, llámeme. O envíeme un correo electrónico. Estoy

disponible a todas horas.

—¿Fines de semana? —preguntó Archie.

—Incluidos los fines de semana —respondió Jake con una sonrisa forzada.

—Bien. Amigo. —Archie olfateó la tarjeta de visita de Jake y cerró la puerta.

Jake se quedó allí un momento, sin saber muy bien qué pensar de lo que acababa de pasar. Ya había entregado cinco tarjetas de visita y, de todas ellas, Archie había sido el destinatario más insólito. Había algo tan desconcertante en aquel hombre que Jake no terminaba de asimilar. ¿Su aspecto? No. ¿Su actitud? No. ¿Sus gestos? Quizás. Jake no lo sabía, pero era consciente de que intentar averiguarlo era una causa perdida.

Cerrando su libreta, Jake dio la espalda a la casa de Archie y se dirigió hacia Liam y Drew. Ambos oficiales veteranos estaban hablando con una mujer joven que vestía una sudadera ajustada de color morado claro y vaqueros. Estaba nerviosa, moviéndose constantemente de un lado a otro, y se frotaba los brazos con fervor. Para cuando llegó Jake, Liam y Drew estaban terminando.

—Por favor, espere a que uno de nuestros colegas la lleve de vuelta a la comisaría —dijo Liam, estrechando la mano de la mujer y entregándole una de sus tarjetas de visita. Debajo de ella, reflejando la luz del sol que empezaba a asomar entre las nubes, se veía el cero de un billete de diez libras.

—¿Quién es esa? —preguntó Jake.

—La testigo —dijo Drew.

—¿Alguna suerte?

Drew se encogió de hombros. —No mucha. Los encontró muertos en esa sala cuando se dio cuenta de que la puerta se había quedado abierta. Entró, los vio y salió de inmediato. Fuimos las primeras personas a las que llamó. Y su coartada cuadra: nos ha enseñado los correos electrónicos entre ella y Steven para organizar la visita para ver una de sus obras de arte. Pero hablaré con ella cuando volvamos a la comisaría.

Jake asintió. Luego observó a Elisa caminar hacia un coche patrulla al otro lado del cordón exterior. Mientras caminaba, su

cabeza giraba de izquierda a derecha y se frotaba continuamente el antebrazo y la nuca con furia.

—¿Se encuentra bien? No lo parece.

—¿Ella? —dijo Liam, interponiéndose en el campo de visión de Jake—. No. Probablemente solo sean los nervios. El impacto. —Extendió la mano y le quitó la libreta a Jake. Hojeó las páginas—. ¿Alguna suerte con el puerta a puerta?

Jake negó con la cabeza. —Nada útil, jefe. Solo un tipo que me ha contado que vio a una niña pequeña caminando con un hombre. Ah, y creo que podría haber tenido a una prostituta en su casa cuando llegué.

—Se ve mucho de eso por aquí —dijo Drew, señalando la hilera de casas de la calle de enfrente—. Y drogas. Les encantan. Ese es el problema con este tipo de sitios, al estar tan cerca de los polígonos. Tienen demasiadas distracciones.

—¿Podría estar relacionado con las drogas? —preguntó Jake, pensando en voz alta.

Ambos hombres lo miraron perplejos.

—Has visto los cadáveres ahí dentro, ¿verdad? No se han recuperado drogas, y eso desde luego no es el típico asesinato por drogas —empezó Liam—. No te preocupes por eso. Encontraremos algo.

A Jake no le gustaba descartarlo de inmediato, pero tenía sentido.

—¿Y ahora qué? —preguntó, recuperando la libreta y sujetándola con fuerza.

—Quiero que vuelvas a la comisaría. Ayuda a Garrison a montar la sala de operaciones. Tú puedes ser nuestros ojos y oídos en la central. Si entra algo, nos avisas de inmediato, ¿entendido?

—¿Y qué hay de ustedes dos, señor?

—El detective Richmond y yo nos encargaremos de sus llamadas. Nosotros nos ocuparemos de los interrogatorios, no te preocupes —explicó Liam.

Jake se aclaró la garganta antes de responder. —Con todo respeto, señor, si le da igual, preferiría que no. Preferiría mucho más salir ahí fuera y hablar con amigos y familiares. Quizá ayudarle como

oficial de enlace con las familias. No voy a aprender nada ni a progresar si me quedo sentado detrás de un escritorio todo el día.

—O podrías volver a la comisaría y hacer lo que se te ordena —intervino Drew.

Justo cuando Drew iba a continuar con su reprimenda, Liam lo contuvo, presionando un brazo contra su pecho.

—Yo me encargo de esto, gracias, Drew —dijo Liam.

Jake sintió que sus hombros se relajaban ligeramente. Había estado deseando soltar eso. Odiaba no hacer nada o, al menos, que pareciera que no hacía nada. Quería estar en primera línea. Marcar la diferencia. Resolver crímenes.

—Admiro tu tenacidad, Jake —dijo Liam, levantando un dedo en el aire—. Tienes agallas. Creo que sería bueno que participaras en algo de lo más interesante. Drew, quiero que vuelvas a la comisaría y nos pongas al día de todo. Haz que uno de los uniformados te lleve de vuelta junto con Elisa. Nosotros nos quedaremos aquí hasta entonces. Jake, ¿te importaría volver a la galería un momento? Solo quiero hablar con Drew a solas.

—Por supuesto, señor. Gracias, señor. —Jake se alejó, con una sonrisa cada vez más amplia en el rostro.

CAPÍTULO 6

TANTEAR EL TERRENO

Había algo tan inofensivo y lícito en Jake Tanner que hizo que Drew sospechara de él de inmediato. Quizás fuera el hecho de que no se había fiado de casi nadie en los quince años que llevaba como oficial de policía —y en los que *sí* confiaba, podía contarlos con los dedos de una mano: Liam y Pete—. O tal vez fuese porque, en sus años de experiencia, había aprendido a desconfiar de los buenos polis, de los que se esforzaban al máximo en todo lo que hacían, porque siempre guardaban un motivo oculto. En el pasado se había quedado cerca de ser acusado de ser un poli corrupto, y haría todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que no volviera a ocurrir.

Drew observó a Jake alejarse, esperando hasta que su colega estuviera fuera del alcance del oído. Hizo un rápido reconocimiento de los que le rodeaban y se aseguró de que nadie pudiera oírle.

Entonces le dio un empujón a Liam en el brazo.

—¿Hablas en serio?

—¿Qué? —respondió Liam bruscamente.

—¿Vas a dejar que se meta en esto? ¿A qué viene que alce la voz de repente?

Liam levantó un dedo en el aire y lo hundió en el pecho de Drew, ignorándolo al instante.

—Me he visto obligado a cambiar los turnos para que haya más solapamiento entre los suyos y los nuestros. Y nunca he dicho que se fuera a *meter* en nada. Solo está ayudando con nuestras líneas de investigación. Ya sabes, ese trabajo que *solías* hacer tú.

—Está demasiado cerca de casa, Liam. ¿Y si empieza a sentir curiosidad y lo arruina todo?

—No lo hará. Yo me encargaré de ello.

—¿Cómo?

—No necesitas saber cómo.

—Sí que lo necesito cuando me concierne a mí. No quiero que me vuelvan a interrogar de mala manera.

—Te concierne tanto a ti como a mí.

—La última vez estuvimos demasiado cerca.

—De todas las personas, creo que yo soy el que mejor lo sabe. Confía en mí, ¿vale?

Drew se detuvo cuando un agente uniformado pasó pavoneándose junto a ellos. Esperó hasta que el hombre hubo desaparecido antes de continuar.

Mientras hablaba, mantuvo los ojos fijos en Jake, que estaba ocupado hablando con un técnico de la policía científica mientras tomaba notas en su libreta.

—¿Crees que sospecha algo?

—No. No ha tenido tiempo. Además, mírale... es como el puto Bambi. Inocente. No tiene ni puta idea de lo que está haciendo.

Drew se rascó la cabeza. —Podría habernos estado vigilando. Escuchando. Informando.

—¿Informando a quién?

Drew se encogió de hombros y se masajeó la barbilla para calmarse. —No lo sé. A cualquiera. A asuntos internos.

—Cállate, te estás volviendo paranoico.

Liam hizo una pausa para observar a Drew. Este sintió los ojos escrutadores de Liam como agujas por toda la piel. ¿Habría sido solo un comentario al azar, o sabía Liam el motivo de su paranoia?

—¿Has vuelto a consumir?

—No —mintió Drew.

—Porque sabes que si hay algo que nos conecte con el asesinato de Steven y Jessica, los dos estamos acabados. ¿Entendido?

Drew alzó las manos al aire.

—Relájate. Relájate. Estoy limpio, ¿vale? Es solo que... —Señaló a Jake—. Me pone nervioso. Durante semanas se ha estado escondiendo discretamente y ahora que surge un caso importante, de repente quiere participar.

—No pasa nada. Déjamelo a mí.

—¿Se puede confiar en él? —preguntó Drew.

—Tendremos que tantear el terreno. Así lo averiguaremos.

CAPÍTULO 7

LA HORA DORADA Y OTRAS TONTERÍAS

Las imágenes del cuerpo mutilado y desmembrado de Jessica Arnholt sobre la mesa atormentaban a Jake. Cerró los ojos en un intento de erradicarlas, pero fue inútil. Estaban grabadas permanentemente en su cerebro, teñidas con una tinta indeleble que ni la terapia más potente lograría borrar.

Jake y Liam estaban apostados frente a la Galería Arnholt. Habían dejado que el equipo de la científica hiciera su trabajo mientras esperaban a que Drew hiciera el suyo. Tardó mucho en regresar a la comisaría y pasarles la dirección de los padres de Steven Arnholt. Al parecer, había habido un problema con los sistemas informáticos de la comisaría y Drew había tenido que esperar a que alguien de informática se lo arreglara.

—Según el tío, ha sido solo cuestión de apagarlo y volverlo a encender —dijo Drew por el manos libres justo cuando Liam arrancaba el motor.

—A veces eres un completo imbécil —dijo Liam, incorporándose a la carretera principal y girando a la izquierda.

Colgó y encendió las sirenas.

Jake y Liam permanecieron en silencio durante la mayor parte del trayecto. No por elección; Jake había querido hablar con su jefe —conocerlo un poco mejor—, pero aunque Liam se había puesto de

su parte frente a Drew, eso no había cambiado lo intimidante que le resultaba. Eso, y el hecho de que Liam era el tipo de hombre que solo permitía que alguien le hablara si él hablaba primero. Y si alguien intentaba desviarse de ese patrón, le soltaba una reprimenda.

Tardaron menos de diez minutos en llegar a la dirección de los padres de Steven, a pocos kilómetros de la escena del crimen. Era un lujo que Jake sabía apreciar: la casa de su propia madre estaba a unos quince minutos de la suya. No demasiado lejos en caso de emergencia, ni tan cerca como para que estuviera allí metida todo el tiempo. Y así era exactamente como a Jake le gustaba.

Liam frenó el coche frente a la entrada de los Arnholt y sacó las llaves del contacto. Mientras caminaban hacia la puerta, Jake se fijó en que Liam no había cerrado el vehículo.

—Señor —dijo él, señalando el coche.

—No deberíamos tardar mucho. Dudo que nos sirvan de gran ayuda de todos modos. Además, quiero decir, mira esto. —Liam señaló los alrededores con un gesto de los brazos; la calle estaba repleta de coches caros y motos que parecían anuncios de ingeniería alemana—. No veo a nadie por aquí intentando robar mi cacharro, ¿tú sí?

Jake se encogió de hombros.

—Quiero que lleves tú la voz cantante, Jake. Intervendré si hay algún problema, ¿de acuerdo?

—¿Qué?

—Tú eras el que quería curtirse un poco y ganar experiencia, ¿no?

Jake asintió. —Así es.

—Pues entonces, esto depende de ti.

Jake exhaló profundamente mientras Liam llamaba a la puerta, y esperaron juntos. Jake permaneció con las manos entrelazadas por delante, a la altura de la cintura, tratando de calmar los nervios respirando hondo. Dar la noticia de un fallecimiento —decirle a alguien que su familiar acaba de morir y que no volverá a verlo nunca más— era una de las partes más difíciles del trabajo. Era un tormento que esperaba no tener que sufrir nunca en persona.

Elizabeth, su mujer, siempre le decía que eso era lo único que temía cada día que él estaba en el trabajo: el sonido digno del timbre, el agente de policía con rostro solemne frente a ella, el tono de su voz al informarle de que Jake había muerto y que se quedaba sola para criar a su hijo —pronto hijos—. El pensamiento le hizo consultar el móvil. Le había parecido sentirlo vibrar. Falsa alarma.

Mientras se guardaba el dispositivo, Jake se mordió el labio inferior, preguntándose cómo debía transmitir la noticia. Sabía cómo querría recibirla él: de forma directa y rápida, como quien arranca una tirita. Con todos los hechos por delante. De esa manera, su mente no tendría tiempo de procesar la información y permitir que sus emociones se apoderaran de él.

La puerta principal se abrió y allí, empequeñecida por el marco de la puerta blanca, estaba la madre de Steven Arnholt. Llevaba una blusa estampada con grandes botones negros. Tenía el pelo con la raya al medio y el rostro encendido por el maquillaje; sus uñas combinaban con el color de sus labios: rosa intenso.

—¿La señora Arnholt? —preguntó Jake, mostrando su placa.

En cuanto ella vio el emblema de la insignia, se le desencajó el rostro. Con cuidado, casi con cautela, asintió.

—¿Podemos pasar? —preguntó Jake.

—S-Sí. Por supuesto. —La señora Arnholt se hizo a un lado para dejarles paso. Estaba temblando visiblemente, y Jake esperó en el recibidor a que ella cerrara la puerta tras ellos—. Por aquí, p-por favor.

Se oyó un sonido en la planta de arriba. —¿Quién es, cielo? — Unos pasos apresurados resonaron en el piso superior y bajaron por las escaleras. Se detuvieron en cuanto Jake y Liam aparecieron a la vista.

Jake tenía su identificación lista. —Buenas tardes, señor. Somos del Equipo de Investigación de Delitos Graves de Bow Green.

—¿Es por Steven?

—Creo que será mejor que nos sentemos, señor. —Jake se volvió hacia la señora Arnholt—. Señora.

—Por favor, llámame Julie. Y él es Tristan.

Jake asintió y siguió a Julie al salón. Tres sofás rodeaban el televisor de cuarenta pulgadas colgado en la pared. Había una gran mesa de centro con un jarrón de lirios en medio. Jake se sentó. A su izquierda había una hilera de puertas acristaladas que daban al jardín. Desde donde estaba sentado, podía ver un columpio de madera junto a la valla trasera.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber? —preguntó Julie mientras Tristan se sentaba frente a ellos—. ¿Té? ¿Café?

—Para mí nada, grac—

—Café. Por favor. Con tres de azúcar. Mucha leche —dijo Liam, con una sonrisa.

Jake le lanzó una mirada llena de desdén.

—Claro —dijo Julie con timidez—. No tardo nada.

Tenía razón. Menos de un minuto después regresó con tres tazas en una bandeja. Jake se alegró de verla; el silencio entre los tres había sido incómodo y se estaba quedando sin cosas que mirar. Julie puso la taza de Liam en su mano y dejó las demás sobre la mesa de centro.

—Y bien... —comenzó Tristan—. ¿En qué podemos ayudarles, agentes?

La mano de Julie buscó la de Tristan sobre su regazo y la apretó.

—Señor y señora Arnholt, no hay una forma fácil de decirles esto... —Aquel era el momento. El momento de dar la noticia devastadora que él esperaba, como padre, no tener que recibir nunca—. Steven y Jessica fueron asesinados anoche en la galería de Steven.

Julie dio un respingo de horror y se llevó las manos a la boca. Tristan se masajeó las manos, luchando contra las emociones tras sus ojos llenos de lágrimas.

—Lamento profundamente tener que darles esta noticia. Sé que es mucho que asimilar, pero hay algunas preguntas que nos gustaría hacerles.

Julie intentó hablar, pero el dolor y la pena ahogaron sus palabras. En el brazo del sillón junto a él, Jake vio una caja de pañuelos. Se estiró y se la entregó a Julie.

—Gracias —dijo ella, cogiendo uno y secándose el ojo con delicadeza para no estropearse el maquillaje.

—¿C-C-Cómo...? —Tristan no pudo terminar—. ¿Cómo ha pasado?

—Me temo que eso no está del todo claro en este momento. —Jake buscó en el bolsillo del pecho de su americana y sacó su cuaderno—. Me preguntaba si podrían hablarme de la relación de Steven y Jessica. ¿Cuánto tiempo hacía que se conocían?

—Unos... siete años más o menos, creo. Se conocieron de vacaciones en Estados Unidos. Steven estaba allí por trabajo. Acababa de vender un cuadro a una galería de Nueva York y nos invitó para celebrarlo.

—¿Así que ustedes también la conocieron allí?

Tristan asintió y Jake tomó nota en su cuaderno.

—Y... ¿cuánto tiempo llevaban casados?

—Casi cinco años —añadió Julie, estrujando el pañuelo de papel entre las manos—. Le pidió matrimonio en Nueva York.

—Qué bien —dijo Jake.

A su lado, Liam se inclinó hacia delante y dejó su taza vacía en la mesa de centro. Jake pudo oler el rastro agrio del café en el aliento del hombre.

—¿Cuáles fueron sus primeras impresiones de Jessica?

—Encantadora —respondieron ambos al unísono.

—No tenía ni un ápice de maldad. Siempre nos trató con mucho respeto y cariño. Siempre nos encantaba que viniera a vernos... ¡los dos! —Julie rompió a llorar de nuevo. Esta vez no le importó el maquillaje y se lo restregó por la cara. Para cuando terminó, unas sombras negras habían aflorado bajo sus ojos, dándole el aspecto del Joker.

—¿Les mencionó Steven algo sobre lo que iba a hacer anoche?

Tristan negó con la cabeza. —La última vez que hablamos con él fue hace una semana aproximadamente.

—¿Se les ocurre alguien que quisiera hacerle daño? ¿Algún trato artístico que hubiera hecho en el pasado que saliera mal o donde alguien no obtuviera el beneficio que esperaba?

Tristan negó con la cabeza.

—¿Mencionó alguna vez sentirse amenazado por alguien? ¿Dijo algo sobre alguien que lo siguiera o quisiera...? —Jake dejó la frase en el aire, permitiendo que Tristan y Julie la terminaran mentalmente.

—No. No —dijo Julie, con las palabras impregnadas de angustia —. Nadie. Nadie querría hacer daño a nuestro preciado Steven. Era amable, generoso, cariñoso y ayudaba a todo el mundo que conocía.

Jake siguió escribiendo en su cuaderno mientras Julie hablaba, mirándola de vez en cuando para demostrarle que seguía escuchando. Mientras garabateaba, sintió que el móvil le vibraba contra la pierna. Sacó el dispositivo y miró la pantalla. Nada. Otra falsa alarma.

—Los únicos problemas en los que se metía Steven eran en el colegio, cuando no hacía los deberes. Ahora es un adulto. No hace ninguna de esas cosas. Es sensato —añadió Tristan. Jake no sabía si el padre de Steven estaba siendo ingenuo a propósito o si era algo que creía de verdad, pero tomó nota de ello igualmente.

Julie echó mano de la caja de pañuelos, se dio cuenta de que se habían acabado y se levantó a por más.

—¡Julie! —dijo Liam, inclinándose hacia delante para coger su taza vacía—. Si no le importa, me encantaría tomar otro café, si le parece bien. Por alguna razón tengo mucha sed. Igual que el anterior, por favor.

El rostro de Julie se contrajo por la sorpresa mientras alargaba la mano lentamente para coger la taza de Liam. Jake miró a su superior con incredulidad. ¿A qué estaba jugando? Pidiéndose otra bebida así como así. ¿Acaso no tenía sentido del decoro o del respeto?

—Por supuesto... —Julie vaciló—. Tres de azúcar, ¿verdad?

—Eso es. Y mucha leche. —Liam se recostó en la silla y se puso el tobillo sobre la rodilla.

Jake abrió la boca, pero las palabras se le quedaron atascadas. Miró a Tristan como queriendo decir «siento el comportamiento de mi colega» y luego se aclaró la garganta—. Como decía... —vaciló, perdiendo el hilo—. Yo... tengo que preguntarles esto porque es pertinente para las circunstancias que rodean su muerte... pero

¿mencionaron alguna vez Steven o Jessica algún interés particular que tuvieran?

—¿Cómo?

—¿Llegaron a... declarar alguna fantasía sexual que tuvieran? ¿Alguna vez se sinceraron con ustedes sobre ese tipo de cosas?

Jake contuvo el aliento al ver el impacto reflejado en el rostro de Tristan y, por puro nerviosismo, pulsó el botón de inicio de su teléfono solo para comprobarlo de nuevo. Seguía sin haber nada.

—¿Tiene hijos, agente? —preguntó Tristan.

—Sí —dijo Jake—. Uno.

—¿Qué edad tiene?

—Dos años.

—¿Entonces aún no ha tenido que lidiar con su crecimiento?

Jake negó con la cabeza y se rascó la pequeña cicatriz que tenía en un lado de la cara, esa en la que no le crecía el vello.

—Bueno, déjeme decirle algo entonces —comenzó Tristan—. Quizá como consejo. Como padre, no puedo imaginar ninguna situación concebible en la que usted le pregunte a su hijo qué le gusta hacer en el dormitorio, dónde le gusta hacerlo y cómo le gusta hacerlo. Eso es cosa de un hombre y su mujer, y así debe seguir siendo. ¡No! Por supuesto que no nos dijeron nada parecido, porque eso es algo profundamente personal. Si usted obliga a sus hijos a compartir esos detalles con usted, no creo que deba ser padre.

Julie regresó con otra taza de café y Jake vio cómo la dejaba sobre la mesa. Se retorció por dentro al repetir mentalmente la pregunta que acababa de hacer.

—Lo... lo siento. —Jake volvió a sacar el móvil, esperando y rezando para que hubiera una notificación que lo sacara de aquella situación tan incómoda. Pero seguía sin haber nada—. Creo que ya tenemos todo lo que necesitamos—

—Sí. Estoy de acuerdo. Es hora de que se marchen —dijo Tristan, casi agitado, comunicando tanto con sus brazos como con su voz.

Jake se levantó del sofá y se guardó sus pertenencias. Liam se bebió lo que pudo del café antes de ponerse en pie. Luego se sacudió la ropa y salió primero. Jake volvió a disculparse con Julie y Tristan, les dio el pésame y salió de la casa.

Mientras Liam y Jake regresaban al coche, Jake no pudo evitar sentirse fatal. Y enfadado. No con Julie y Tristan —no, su comportamiento estaba totalmente justificado—, sino con Liam. Se estaba comportando de forma casi infantil, insolente.

—¿En serio, jefe? —dijo Jake, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué?

—Lo del café. ¿En serio? *Dos* tazas.

Liam metió las llaves en el contacto y arrancó el coche. —Verás, Jake, hay algunas cosas que todavía tienes que aprender. La más importante es que la gente te dará por sentado, como agente de policía, así que tú también tienes que dar por sentadas algunas de sus cosas. Caso práctico: la gente nos aborrece cuando los medios o las redes sociales dicen que estamos haciendo algo mal, o que no hemos estado a la altura de sus expectativas excepcionalmente altas. Pero la gente nos anhela y nos quiere cuando nos necesitan. Cuando roban en su casa. Cuando necesitan que busquemos a su hijo desaparecido. Nadie cree que vaya a necesitar nunca nuestra ayuda —¡por Dios, nadie la *desea* a propósito!—, pero solo nos aprecian cuando cogen ese teléfono, marcan el 999 y acudimos corriendo a ayudarles. Así que, de vez en cuando, tienes que recuperar lo que puedas; tienes que aprovechar esas pocas oportunidades.

—¿Como beberse todo su café?

—Precisamente. —Liam metió primera—. Me habría tomado un par de pastas si nos las hubiera ofrecido. Pero hay que empezar por lo pequeño e ir subiendo.

Jake resopló. Nunca había oído un desprecio tan flagrante por el Código Ético por el que se suponía que ellos, como policías, debían regirse. Era inaudito.

—No... no sé qué decir. ¿Cómo puede...? ¿Y el Código Ético? —Hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo lleva como agente?

—Desde que eras un niño, hijo. —Algo cambió en la expresión de Liam: su rostro se tensó y señaló a Jake con el dedo—. No hace falta que me des lecciones sobre el Código Ético. Lo he visto y estudiado lo suficiente como para saber lo que es. Además, tú tampoco te has portado precisamente como un santo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Jake, sacando el móvil para mirarlo de nuevo.

—A *eso* —dijo Liam, señalando el móvil de Jake—. Has estado con él sin parar. Mirándolo cada pocos segundos. Eso no hace que el público confíe mucho en nosotros, ¿verdad?, si ni siquiera estás escuchando.

Jake miró el teléfono que tenía en las manos. La pantalla se iluminó de nuevo, pero era solo una notificación de Twitter.

—Lo siento —dijo él—. Es que Elizabeth, mi mujer... está embarazada. Sale de cuentas en un par de semanas, y he estado pendiente de los mensajes por si se pone de parto y tengo que estar con ella.

El rostro de Liam se iluminó y le estrechó la mano a Jake.

—¿Embarazada? Eso es magnífico, compañero. Enhorabuena. Bien hecho. Me alegra ver que esos nadadores veteranos funcionan bien... o, en tu caso, nadadores jóvenes. Me alegro mucho por ti. ¿Por qué no has dicho nada antes?

—Yo... hubo un correo electrónico sobre el tema el mes pasado...

—No debí de recibirlo. Se me pasaría por alto. No importa. Bueno, ya sé adónde nos dirigimos ahora —dijo Liam, alejándose del bordillo.

—¿Adónde?

—Al pub con los chicos. Los recogeremos por el camino. Iremos a uno de mis locales favoritos. Para celebrar.

Jake se quedó boquiabierto. —Pero ¿qué pasa con Steven y Jessica Arnholt? Todavía queda una montaña de trabajo por hacer.

Liam le restó importancia con un gesto de la mano. —No pasará nada. Yo soy el inspector jefe, el enlace con la prensa, el oficial de enlace con las familias y el oficial jefe, así que yo tomo las decisiones, y lo que yo diga va a misa. Si algo sale mal, la responsabilidad es mía. Y de todas formas ahora no podemos hacer nada. Los informes de la científica tardarán un tiempo y, cuando lleguen, será cuando nos pongamos en marcha.

—Pero ¿qué pasa con la hora do—?

Liam acercó la mano a la cara de Jake, cortándole el paso. —La hora dorada y otras tonterías. No tienes que preocuparte por eso

ahora. Noto que estás un poco tenso y que necesitas una buena copa. ¿Me equivoco?

Jake guardó silencio, más por incredulidad que por querer responder a la pregunta de Liam.

—Entonces está decidido —continuó Liam—. Encontraremos al asesino. Todo a su debido tiempo.

Se detuvo en un semáforo en rojo. —Eres un buen tipo, Jake. En Delitos Graves nos gustan los buenos tipos. Nada de ovejas negras. No tenemos tiempo para eso. Si quieres formar parte del equipo —*de verdad*—, necesitamos que seas uno de los nuestros. ¿Entendido?

Jake vaciló un momento. Era lo que había estado esperando: una oportunidad para sentirse parte del equipo, y Liam se la estaba sirviendo en bandeja.

Jake asintió antes de alargar la mano y aceptarla.

CAPÍTULO 8

ROVER

El pub se llamaba The Head of the House. Jake había estado allí una vez, cuando era un joven de dieciocho años rebosante de testosterona en una ruta de bares con sus amigos de la universidad del club social de esquí y surf. Había sido la etapa final de un recorrido en el que habían cruzado Londres de oeste a este, lo que les dejó a todos con el engorro de intentar volver al campus de la UCL en el centro de la ciudad. Pero para Jake, aquella noche era una nebulosa. Había bebido demasiado en muy poco tiempo y había obligado al grupo a terminar la juerga antes de tiempo. Todo lo que recordaba era que las copas allí eran más baratas que en cualquier otro sitio y sabían diez veces más fuertes. Y siempre recordaría la mañana siguiente, en la que sufrió la peor resaca de su vida adulta.

Liam y Jake esperaban en la barra. Jake apoyó los brazos en el mostrador e inmediatamente los retiró. Estaba pegajoso y húmedo, con cercos de cerveza y combinados que ensuciaban la superficie.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó Liam mientras hacía una seña a la camarera.

—No, no. No te preocupes, jefe. No puedo beber.

—¿Por qué no?

—Voy conduciendo...

—¡Y una mierda!

—Y además tengo a Elizabeth...

—Por lo menos te puedes dar el gusto de tomarte una. Vamos, Jake. Te lo has ganado. Respeto a la gente que da un paso al frente como has hecho tú hoy. Demasiadas personas esperan que las cosas les caigan del cielo, pero tú has salido ahí fuera y has ido a por ellas. Considera esto parte del rito de iniciación en tu primera salida con los chicos.

Jake vaciló un momento. Una parte de él —una parte importante — quería beber algo. Tenía sed, hacía tiempo que no tomaba nada y quería relajarse un poco. Había sido un día perturbador y estresante. Pero conocía los peligros de beber durante el trabajo. Al principio, era solo una. Luego, a medida que la carga de trabajo y el estrés aumentaban, a una botella le seguía otra de cerca. Y luego otra. Y otra más. No quería que eso ocurriera; tenía una familia y una esposa cariñosa a las que cuidar. No solo eso, sino que sabía que Elizabeth le recriminaría gastar un dinero que no tenían en alimentar una adicción insana y debilitante.

La camarera se plantó ante él y Jake se puso en guardia.

—Buenas tardes, Maggie —dijo Liam.

—Hola, Liam. ¿Quién es este?

—Jake. Carne fresca para ti.

Maggie sonrió con sorna, mostrando una hilera de dientes inferiores marrones. —Me gustan frescos. Al menos su cara será un cambio agradable frente a los caretos de Drew y Pete.

Liam y Maggie rieron entre dientes, pero a los pocos segundos, las risas cesaron y ella volvió a centrar su atención en Jake. —¿Qué te pongo entonces, novato?

—Una Foster's, por favor —dijo él, tragando saliva.

—Marchando dos pintas de meado para la carne fresca y una Guinness para la carne vieja.

—¿Dos? —preguntó Jake, mirando a su inspector con el ceño fruncido.

—Tradición. La primera ronda siempre es doble cuando es tu primera salida con nosotros —dijo Liam, señalando con la cabeza la pinta de Foster's recién tirada que Maggie había puesto ante ellos.

El líquido burbujeaba y pequeñas gotas saltaban en la superficie. Maggie colocó otro vaso junto al primero. Liam pagó y se dirigieron a la mesa más cercana.

—¿Cuándo vienen los demás? —preguntó Jake.

En cuanto rodearon el lateral de la barra, obtuvo su respuesta.

—¡Jefe! —gritó alguien a sus espaldas.

Era Drew, sentado con algunos del Equipo de Investigaciones Mayores y un par de tipos de Personas Desaparecidas. Todos tenían una cerveza en la mano y, tras un rápido recuento de los vasos vacíos sobre la mesa, Jake se dio cuenta de que ya se habían ventilado una ronda.

Jake y Liam caminaron hasta la mesa y se sentaron uno junto al otro. Al lado de Jake estaba el sargento Richard Clifton, un hombre calvo —por elección propia más que por genética— con un labio inferior que sobresalía más que el superior. Era miembro del equipo de Personas Desaparecidas y, por lo que Jake había tratado con él en el edificio, era un ser humano tranquilo y respetable. Para empezar, era el único que parecía hacer un esfuerzo consciente por hablarle en el ascensor, a veces en la cantina o —y a Jake le parecía extraño cada vez que lo recordaba— en el baño.

—¡Enhorabuena, compañero! —dijo Clifton, estrechando la mano de Jake. Su aliento estaba impregnado de olor a alcohol.

Todos los demás alrededor de la mesa le felicitaron, alzando sus vasos al aire.

Drew, sentado enfrente, se inclinó hacia el centro de la mesa y agarró un vaso lleno de cerveza negra. —Perdona, Liam. No sabíamos que ya habías pedido, así que te hemos cogido tu habitual. —Colocó el vaso frente a Liam, derramando parte del contenido por el borde, luego miró a Jake y dijo—: No sabíamos qué querías, así que te hemos traído una Stella.

—Vas a ir a casa con tu mujer después de esto, ¿verdad? —preguntó Garrison, sosteniendo un vaso a pocos centímetros de los labios.

La mesa estalló en carcajadas y Jake también se vio riendo. No era su tipo de bromas habitual, pero si quería encajar, era consciente de que tendría que hacer algún que otro sacrificio. Jake dio un sorbo

a la bebida, evitando cualquier oportunidad de responder a la pregunta retórica. Por suerte para él, otro respondió.

—Se nota que McVitie vuelve a estar dándole a la priva —dijo Drew.

Le llamaban Pete «McVitie's» Garrison porque su marca de galletas favorita era McVitie's. En cualquier momento que pudiera, tenía un paquete de digestive o de hobnobs sobre la mesa o en las manos. Por lo que Jake había observado, era el único apodo que se tenían entre ellos.

—Es fácil para él hablar de maltratadores de mujeres cuando él es el que va a morir solo —dijo Clifton.

Garrison le dedicó a Clifton una peineta.

—Me habré jubilado antes de que vuelvas a mojar el churro, chaval —dijo Garrison.

El grupo estalló de risa.

—Ya empezamos —dijo Drew, poniendo los ojos en blanco—. Jubilarse. Jubilarse. Jubilarse. No cierras la puta boca con el tema. Estamos ju-bilados de oírte siempre lo mismo.

Garrison ignoró la burla y dirigió su atención a Jake.

—Vamos, colega —dijo—. Ahora tienes tres que terminar. No te vas de aquí hasta que te las hayas bajado todas.

—Me va a dar la noche —dijo Jake, antes de dar un largo trago a la primera. Para cuando la devolvió a la mesa, quedaba menos de medio vaso. La repentina ingesta de alcohol hizo que la cabeza empezara a darle vueltas.

—Dime —comenzó Liam, tocándole en la espalda—. ¿Para cuándo sale de cuentas?

—El día veintiocho, señor.

—¿Tenéis nombre ya?

Jake negó con la cabeza.

—Mi madre se llamaba Ellie —empezó Liam—. Una mujer encantadora. La mejor que pudieras conocer. Lo digo en serio. Una auténtica luchadora. No se dejaba avasallar por nadie. Tenía un fuego interior, pero también un lado tierno. Algo en lo que pensar.

—Lo pensaré, jefe —dijo Jake, dando otro trago.

—Venga, Jake. Estamos fuera de servicio. No hace falta esa soplapollez de «señor» y «jefe». Si me caes lo bastante bien, puede que deje que lo dejes del todo. Quizá incluso deje que me llames por mi apodo.

—¿Apodo? No sabía que tuviera uno —respondió Jake.

—Rover —añadió Drew, dando otro sorbo—. Lunar rover. Mars rover. Le va todo eso del espacio. Los alienígenas. Star Trek. Star Wars. Ah, y siempre sueña con tener un Range.

—Gracias por la aclaración, Drew —dijo Liam, frunciéndole el ceño por el exabrupto—. Algún día podrás llamarme así, Jake. Sabe Dios que a Richmond le costó bastante tiempo.

—Voy derribando esas barreras poco a poco. —Drew guiñó un ojo.

—Para entonces me habían caído unos cuantos años encima. Al final decidí rendirme. —Liam dudó—. ¿Es tu primer hijo?

—El segundo.

—Muchísimas felicidades —dijo Garrison. Alzó su cerveza en medio de la mesa y pidió un brindis. Todos celebraron, y el resto de los clientes de The Head of the House se giraron hacia ellos. Jake sentía las miradas sentenciosas clavándose en él, pero no le importaba; estaba disfrutando de las bromas y la camaradería con sus nuevos colegas y amigos.

Garrison se terminó la pinta y la estampó boca abajo sobre la mesa. —Jake, ¿sabes de qué me acabo de dar cuenta?

—¿De qué? —respondió Jake, sintiéndose repentinamente ansioso. Su mente se aceleró intentando pensar en cosas que hubiera hecho mal recientemente... si es que había alguna.

—Esta es tu primera vez aquí abajo con el resto de nosotros... y con Drew. ¿Sabes lo que eso significa?

Jake no respondió.

—Es la hora de las veintiuna preguntas. Así conoceremos al verdadero Jake Tanner.

«Oh, Dios», pensó Jake, preparándose para una andanada de indagaciones vergonzosas y, suponía, profundamente personales.

Drew fue el primero. —¿Cuánto tiempo llevas de policía?

Casi al instante, su pregunta fue recibida con una cacofonía de profundos gruñidos y quejas.

—Esa es una mierda de pregunta, imbécil —dijo Garrison. Jake empezaba a comprender que él era el más ruidoso —además del mayor— del grupo. El patriarca. La figura paterna. El que, a pesar de su rango inferior, mantenía a todos por el buen camino.

—¿Qué? —replicó Drew a la defensiva—. Es importante.

—Vete a casa —gritó Liam—. Eres malísimo en esto. Que nadie le deje volver a entrar, por favor. Tengo una: ¿cuál es tu secreto más oscuro y profundo?

La mesa se quedó en silencio, a excepción del sonido de la respiración pesada y sibilante de Clifton.

Jake hizo una pausa para dar efecto dramático. Sabía la respuesta de inmediato, y no tenía ninguna intención de contársela a ninguno.

—Por algo se llama secreto.

—¡No fastidies! —dijo Liam, poniendo los ojos en blanco y reclinándose en su silla con disgusto—. Tienes que decirnos algo. Podrías mentir y ni siquiera lo sabríamos. Aunque... —se inclinó más hacia Jake—. Estoy excepcionalmente bien entrenado en el arte del engaño. Y noto cuando alguien me está mintiendo. Considéralo tu primer aviso.

La mirada de Liam permaneció fija en Jake, y Jake fue incapaz de apartar los ojos de él. No dudó ni por un segundo que Liam decía la verdad, y que su advertencia era totalmente creíble.

—Tengo una —dijo Garrison, devolviendo la atención de Jake a la mesa—. ¿Cuál es tu mayor miedo?

—Fallar a mi familia —dijo al instante—. No ser capaz de mantenerlos. Todo lo que hago es por ellos. Todo. Son mi mundo, y no pararé hasta que sean felices y tengan lo necesario.

—¿Habéis estado practicando estas preguntas o algo así? —preguntó Garrison, agitando el dedo en el aire entre Jake y Liam—. Es que tu respuesta parece estar muy bien preparada.

—¡Ni de coña! —dijo Liam, saltando en defensa de Jake—. El hombre sabe lo que quiere en la vida. Eso es bueno...

—No, no —añadió Drew—. Eso no es lo que hemos preguntado. Esa es una pregunta totalmente distinta. —Tragó un buche de cerveza antes de continuar—. ¿Qué quieres en la vida, Jake?

Jake se quedó bloqueado. No lo había pensado. Bueno, sí. Pero no profundamente. Sabía a un nivel superficial que quería todas las cosas bonitas —caprichos, coches, casa, mascota—, pero a un nivel más profundo y personal... no lo había reflexionado bien.

—Supongo... —dijo Jake. Necesitaba ser honesto, no solo consigo mismo, sino con Liam y el resto del equipo si quería que lo aceptaran como a uno de los suyos—. Supongo que quiero justicia. Mi padre murió en un accidente de coche cuando yo tenía quince años. Chocó contra un árbol. Murió al instante. Pero alguien más tuvo la culpa. Se le cruzaron delante y le obligaron a dar un volantazo. Pero nunca los procesaron ni nada. Simplemente nos dejaron solos para sobrevivir sin él, con un vacío enorme en nuestras vidas. —Jake necesitaba beber algo y dio un sorbo. Todos a su alrededor prestaban atención—. Por eso quiero estar en primera línea. Por eso quiero ser capaz de evitar que la gente haga daño a otros, como hice con los Crimsons.

Un momento de silencio cayó sobre el grupo mientras bebían de sus vasos. Todos excepto uno. Garrison.

—¿No te has enterado? —preguntó en voz baja, como si hablar más fuerte fuera a despertar a los atracadores armados de sus escondites invisibles.

—¿Enterarme de qué?

—Los Crimsons... Danny y Michael... su juicio... se está yendo todo al garete.

Jake se quedó helado; le dio un escalofrío y dejó de oír el sonido ambiente de risas y charlas del bar. Luego tragó saliva; tenía la boca seca. Imágenes de Danny y Michael Cipriano cruzaron su mente. Sus caras. Burlándose de él. Riéndose de él por todo el trabajo y el esfuerzo que había puesto en arrestarlos, solo para que todo se anulara menos de doce meses después.

—Estás... estás bromeando, ¿verdad? Quiero decir... yo...

—¿Pensaba que te habrías enterado?

Jake negó con la cabeza.

—Pues sí —continuó Garrison—, no conozco los detalles, pero los van a dejar salir de la prisión preventiva. Creo que tiene algo que ver con la fiscalía... he oído que no van a presentar pruebas en la vista del viernes. No me sorprendería que además se las hubieran apañado para sobornar a un par de miembros del jurado por adelantado. He oído muchas cosas malas sobre ellos, tanto sobre los de la policía de Surrey como sobre los hermanos Cipriano.

Jake sacudió la cabeza con incredulidad. Se había quedado sin palabras.

—Siento ser el que te dé las malas noticias, colega. —Garrison hizo una pausa; a su lado, Drew eructó y una nube de aliento a levadura flotó hacia la cara de Jake—. Sé que luchaste duro para pillarles y que les encerraran.

—No pasa nada —dijo Jake. Se terminó la bebida y dejó el vaso en la mesa, luego miró su reloj. Eran las seis y media. ¿Adónde se había ido la última hora? Paranoico, Jake miró su teléfono. Había una alerta de mensaje de Elizabeth en la pantalla de inicio. Con el pánico de que pudiera ser algo importante, abrió el mensaje y lo leyó. Solo quería saber cuándo volvía a casa. Le envió una respuesta diciéndole que estaba de camino.

Jake se levantó, tambaleándose cuando el alcohol se le subió a la cabeza, y se apoyó en el respaldo de la silla para sostenerse.

—¿Estás bien, compañero? —preguntó Liam.

—Sí. —Jake asintió—. Sí. Me voy. La parienta llama. Perdón. Los... los veo luego. *Mañana*.

—¿Seguro que puedes conducir?

Jake levantó el pulgar. —Mejor que nunca.

Se despidió y caminó hacia el coche. Tenía la mente inundada de preocupación. No podía quitarse de la cabeza las imágenes de Danny y Michael Cipriano, los hombres por cuya captura tanto había luchado, y cómo, pronto, serían libres de vagar por las calles como seres humanos civilizados normales.

Al salir, una ráfaga de aire frío le golpeó la cara. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba en condiciones de sentarse al volante, mucho menos de conducir, así que paró un taxi. En el trayecto a casa, hizo un juramento.

Era uno sencillo, uno que no iba a abandonar hasta que se cumpliera.

Jake iba a mandar a los Crimsons de vuelta al lugar de donde vinieron.

CAPÍTULO 9

ASISTENCIA MÉDICA

Una vela de incienso ardía junto a él, su punta anaranjada retrocediendo cada vez más lejos por el palillo. Volutas de humo se agarraban y se hundían en el aire, aparentemente al azar, mientras la atmósfera a su alrededor se desplazaba.

Lester estaba en su comedor, sentado a la mesa. En la cocina detrás de él, un chile con carne apto para microondas se calentaba. El sonido repetitivo del recipiente de plástico golpeando la ventana de la máquina le iba royendo lentamente los nervios.

Lester inhaló, respirando el aire dulcemente perfumado. Manzanilla. Su favorita. Él mismo se había comprado una selección una vez como capricho, y después de quemar todas ellas, había decidido que ese olor parecido al de la margarita era el mejor. Ahora, siempre que iba a la tienda por provisiones y suministros, solo compraba ese tipo. Después de cada Comunión, encendía una. Era parte del ritual que había creado después de su primer encuentro en La Comunidad. Pero esta noche era diferente. Desde que había masacrado a Jessica y Steven, había quemado cuatro, sin parar. Le ayudaba a tranquilizarse, a purificarse, a liberarse de lo que a él le gustaba llamar «Las Asquerosidades».

El microondas sonó, y Lester sacó su cena y la lanzó a un plato, ignorante del calor abrasador en sus dedos, luego cogió un cuchillo y

un tenedor y volvió a la mesa. Abrió su portátil junto a él y ejecutó TorBrowser. Una vez que la conexión al servidor privado se estableció —finalmente conectándolo con la Dark Web y toda su actividad ilícita—, Lester cargó otro software llamado TorSearch. Estaba plagado de todo tipo de actividad depravada. Terrorismo. Tráfico de personas. Pederastia. En ninguna de las cuales Lester tenía intención de involucrarse. Pero la Dark Web albergaba su segundo hogar, el estilo de vida que había adoptado después de descubrirla por accidente una tarde: La Comunidad.

Pero antes de que pudiera permitirse sumergirse en el sitio web, tenía algunas tareas que completar. La primera: comer. No había comido nada desde antes de su encuentro con Steven y Jessica, y estaba famélico. Dirigió su atención a su comida de microondas, se la devoró en cuestión de minutos y luego colocó el plato vacío junto a su portátil, secándose la boca con el dorso de la mano.

Lo siguiente en la lista era hacer una llamada a S. Había pasado mucho tiempo desde que había hablado con su amigo, y estaba ansioso por volver a hablar con él. Lester sacó su teléfono del bolsillo y marcó.

El teléfono sonó. Y sonó. Y sonó. Hasta que finalmente hubo una respuesta.

—Lester —dijo la voz al otro lado. Era débil y ronca.

—S —respondió Lester. El sonido de la voz de S lo emocionó.

—Esperaba haber tenido noticias tuyas hace tiempo.

—Surgió algo.

—¿Ah, sí?

—He estado escondiéndome todo el día. No podía arriesgarme a llamarte demasiado pronto.

Hubo una pausa.

—¿Cómo fue?

Lester se lamió los labios mientras inhalaba profundamente. Pensó en lo que había sucedido hace menos de veinticuatro horas. Steven. Jessica. Su cuerpo. Su cabeza. Su coño. Su piel. Su sangre. Su carne. Lo excitaba. Su cuerpo hormigueaba.

—Perfecto —respondió Lester—. No pudo haber ido mejor.

—¿Tienes pruebas?

—Sí. Un vídeo de todo.

—¿Duró mucho? —preguntó S.

—Más de lo que te imaginas. Unas pocas horas. La más larga que ha habido jamás. Fue la experiencia más pura de mi vida.

Eso era cierto. Lo había sido, y desde entonces, había estado intentando revivirlo mientras se masturbaba en la ducha, evocando imágenes de Jessica retorciéndose y gritando mientras la violaba para ayudarse a llegar al clímax. Pero no había servido de nada. La experiencia era muy diferente de la realidad.

—¿Qué pasó? —insistió S.

Lester sonrió de medio lado mientras miraba fijamente la pantalla del ordenador. —Los maté. Están muertos.

Lester hizo una pausa, esperando una reacción, pero solo hubo silencio.

—Quiero saber más —dijo S finalmente con su voz más suave—. Antes de que envíes el metraje.

—Estaban tramando para matarme. Querían superarme en la tabla de clasificación, pero los agarré primero. Le corté la garganta a Steven mientras estaba grabando. Jessica estaba atada. No podía hacer nada más que aceptar todo lo que le daba. —Lester titubeó mientras recordaba; la sangre le subió a la ingle—. Era mía. Solo mía. Fue perfecto. Exactamente lo que había estado esperando. Le hice todo lo que se me ocurrió. Y luego le corté la cabeza. Ya sabes, nunca me habían hecho una mamada de una cabeza cercenada antes —incluso dos cabezas cercenadas.

—No te creo.

Lester sospechó una pizca de celos en la voz de su amo.

—Es la verdad. Está todo en el metraje. Documenté cada aspecto para tu disfrute.

Lester abrió la página de inicio de La Comunidad e inició sesión. Su contraseña tenía quince caracteres de largo y contenía una combinación de letras, números y símbolos. Era una contraseña que nunca olvidaría.

—¿Sabes lo que esto significa para tu puntuación?

Una sonrisa se dibujó en la cara de Lester. —Significa que soy intocable.

—Quizás tenga que crear otra liga para gente como tú.

—No hay nadie más como yo —dijo Lester, orgullo rezumando a través de él.

—Claro que los hay. Solo es que aún no los hemos encontrado.

—¿Nosotros?

—Si todo sale según lo planeado, puedes ayudarme. Pero tendrá que ser un grupo selecto. Diez. Veinte. Ya tengo conciencia de que La Comunidad se está haciendo demasiado grande. No podemos permitir que se difunda la palabra sobre este nuevo.

—¿Te convertirías en miembro?

S rió por teléfono. —No. Ya sabes que esos días hace mucho que pasaron. Yo ya cumplí mi tiempo.

—Lo recuerdo. Lo recuerdo. Seguiría siendo bueno tenerte como parte de La Comunidad —oficialmente, es decir, acumulando puntos. Podrías impartir algunos consejos —dijo Lester.

—¿Y estarías contento de que los compartiera? ¿Considerando que te he enseñado todo lo que hay que saber?

—Hmm. En realidad. No. No, que te den por esa idea.

Lester se desplazó por la página de inicio de La Comunidad. Ojeó las publicaciones de los miembros y solo amplió algunas de las imágenes que le llamaron la atención.

—¿Cuántos puntos crees que mereces por Jessica y Steven entonces? —dijo S al cabo de un tiempo.

Lester hizo una pausa antes de responder. En la parte superior derecha de la pantalla estaba su perfil —sin icono y discreto— y debajo de eso estaba su puntuación. Lester estaba actualmente en la parte superior de la tabla de clasificación con quince mil puntos. El segundo lugar tenía doce mil.

—Jessica por sí sola valía 1.000. Puedes atestiguarlo. Y en cuanto a Steven… bueno, era solo un apéndice, así que… ¿250?

S no dijo nada. De fondo, Lester escuchó el sonido de un teclado haciendo clic. Fijó la vista en la pantalla y en cuestión de segundos el número que apareció debajo de su nombre cambió. Se ajustó específicamente a lo que habían discutido. Puntos extra de 1.250.

Lester se deleitó con la distancia que lo separaba del segundo lugar. Estaba ganando —por primera vez en su vida— y no iba a

parar ahí.

—¿Qué es lo siguiente? —preguntó S.

—Tengo algo planeado. Simplemente tendrás que esperar.

Cuando Lester estaba a punto de colgar, S lo llamó por su nombre.

—Erm… No me envíes solo los cinco minutos habituales —dijo S —. Yo… erm… Quiero todo. La noche completa.

Anzuelo. Línea. Presa. El aprendiz se había convertido en el maestro.

—Como desees —dijo Lester y colgó. Se dirigió a la cocina para verter un vaso de leche y volvió a la mesa.

Comenzó a navegar nuevamente por La Comunidad, buscando entre perfiles, leyendo las publicaciones y comentarios con más atención ahora. Sí tenía algo planeado. Algo grande. Jessica y Steven no eran suficientes. Lo habían lastimado. Lo habían traicionado. Lo habían hecho sentir pequeño. No se trataba de los puntos. Se trataba de su ego y su vanidad. Necesitaba sentirse adorado y aborrecido al mismo tiempo —esa era la única forma en que podía obtener control. Y, más importante aún, esa era la única forma en que podría revivir la experiencia de Steven y Jessica.

Mientras estaba sodomizando el cadáver de Jessica, se dio cuenta de algo. Amaba a Jessica. *Amaba* a Jessica. No era lujuria; era amor. Y ahora que se había ido, nunca podría amarla de nuevo. Había un vacío en su corazón para ella —un vacío que estaba lleno de cantidad copiosa de ira por lo fácilmente que ella lo había traicionado.

Y necesitaba encontrar a alguien que llenara ese vacío, que disipara esa ira.

Lester movió el ratón a la parte superior del feed de noticias, escribió el nombre Jessica y esperó a que los resultados se poblaran. En la página aparecieron miembros de la comunidad con el mismo nombre. En la parte superior estaba Jessica Arnholt, y por un momento, Lester sintió la tentación de ver su perfil, descargar sus fotos para poder masturbarse sobre ella una última vez —y luego se dio cuenta de que tenía el vídeo. Cambió de opinión.

Hizo clic en el segundo perfil e inspeccionó su imagen. Era bonita. *Muy* bonita, de hecho. Tenía el cabello largo y ondulante de color marrón, ojos marrón oscuro y su sonrisa era radiante. Su nombre era Jessica Mann, y su foto de perfil era de ella en un hospital, sonriendo profusamente a la cámara. El pie de foto debajo de su imagen rezaba: «Lo que más me encanta ponerme es mi uniforme. Puedo ser enfermera durante el día y por la noche».

Tan pronto como terminó de leer eso, Lester se excitó. Jessica Mann era adecuada. Se parecía mucho a Arnholt —de forma inquietantemente similar— y eso era lo que quería. Si iba a revivir la experiencia, tenía que ser lo más similar posible al original.

La vista de Lester cayó en su puntuación en la tabla de clasificación. Quincuagésimo de quince mil. Encomiable. Pero podía hacerla mejor. Y sus últimos puntos eran de hace unas pocas noches, así que todavía estaba fresca y activa.

Lester hizo clic en el icono de mensaje debajo de su nombre. Luego escribió un mensaje, pasó su dedo sobre el botón Intro y esperó.

Después de un breve momento de deliberación, envió el mensaje.

Decía: *Hola, Jessica. Necesito asistencia médica urgente.*

PARTE 2

CAPÍTULO 10

EN ALINKA'S

Las sombras se alargaban por la calle mientras los pájaros despertaban y cantaban desde sus posaderos entre las ramas. Un ligero escalofrío crispaba el aire, haciendo que le dolieran las articulaciones de los dedos y los músculos de la nariz. Los coches pasaban a toda velocidad a su lado, levantando parte del agua de la lluvia que había caído durante todo el día de ayer y la noche anterior.

Lester estaba sentado en el borde de un banco frente a la casa de Jessica Mann. Había dado con su dirección a través de diversos contactos que había hecho en la *Dark Web*, quienes siempre estaban dispuestos a echarle una mano a cambio de algunas de las grabaciones que tenía de sus anteriores Comuniones. Estaba sentado inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza gacha y el sombrero calado hasta los ojos. Habían pasado varias horas desde que le envió el mensaje y no había vuelto a tener noticias. Empezaba a preocuparse. ¿Y si ella le había echado un vistazo a su perfil y había decidido no conocerlo? Lester decidió que todo lo que ella necesitaba era un pequeño empujón, un incentivo. Algo que la animara a responder, y luego, si seguía sin haber respuesta, tendría que tomar cartas en el asunto.

Lester vestía su mejor conjunto. Una camisa Hugo Boss de color azul claro, con los dos botones superiores desabrochados revelando su pecho pálido. Una fina americana azul marino de Guess y pantalones a juego. Un par de zapatos Christian Louboutin de un negro azabache tan limpios que estaba casi seguro de que podía ver el reflejo de su cara en ellos. Y un juego de gemelos Mont Blanc que remataba el atuendo. El conjunto le había costado más de dos mil libras, y siempre se esforzaba por ponérselo en ocasiones especiales. Funerales. Bodas. Bautizos. Y, más habitualmente, cuando conocía a otro miembro de la Comunidad por primera vez. Su padre siempre le había enseñado una cosa que se le quedó grabada: que la primera impresión lo era todo. Y si había algo que a Lester le gustaba más que hacer que la primera impresión contara, era dejar una impresión *duradera*, ya fuera a través de su ropa o de su personalidad única.

Pasaron unos minutos de nada, salvo por unos cuantos corredores que pasaban por su lado, sincronizando sus alientos jadeantes con sus pasos pesados. Verlos le recordó que aún tenía que hacer su rutina de ejercicios del día; ayer se había visto obligado a saltársela porque había pasado demasiado tiempo pensando en Jessica y en la piel todavía caliente de Steven Arnholt bajo la suya. La rutina consistía en veinte flexiones, veinte dominadas, veinte repeticiones de bíceps y luego veinte sentadillas. Era una rutina que había empezado cuando era adolescente y que se había mantenido. Y los resultados tampoco habían sido malos. Estaba satisfecho con su cuerpo, con su presencia física en el dormitorio. Y le encantaban especialmente los cumplidos que recibía de otros miembros de la Comunidad. La forma en que masajeaban sus músculos. La forma en que lo tocaban, excitando cada rincón de su cuerpo. No podía permitirse descuidarlo.

Después de que pasaran otros diez coches y dos corredores más, la puerta de la pequeña casa adosada de Jessica Mann finalmente se abrió. Lester la reconoció al instante por su perfil. Era incluso más guapa en persona: más alta, más delgada y más llamativa de lo que sugería su foto. De hecho, se parecía mucho más a Jessica Arnholt de lo que él había imaginado originalmente. Y eso le excitaba.

Lester la siguió durante la siguiente media milla, manteniendo las distancias y separándose de ella al otro lado de la calle. Su pelo se balanceaba a izquierda y derecha en una coleta mientras caminaba, y el bolso que llevaba al costado rebotaba contra su cadera. Lester admiraba la forma en que su figura se movía al compás de su cabello. Era casi demasiado perfecto.

Cuando se acercaron a una tienda de bicicletas independiente en la esquina de la calle, Jessica aminoró el paso. Lester igualó su ritmo y se mantuvo rezagado. La vio cruzar la calle y entrar en una cafetería llamada Alinka's. El hogar del café artesanal. Significara lo que significara aquello.

Era el momento. Su oportunidad de presentarse ante ella por primera vez. Su oportunidad de causar la mejor primera impresión de la que sabía que era capaz.

Lester se apoyó en una farola cercana con las manos relajadas a los costados. Le empezaban a sudar las palmas mientras esperaba. Observó a través de los amplios ventanales del edificio cómo Jessica pedía su bebida.

Había llegado la hora.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, Lester cruzó el cruce prestando poca atención a los coches, taxis y autobuses que pasaban a toda velocidad. Al subir al bordillo, sacó el teléfono y bajó la mirada hacia la pantalla justo cuando Jessica salía de Alinka's. Ella también estaba con el móvil, atendiendo una llamada. Ninguno de los dos miraba por dónde iba, y Lester no tenía intención de detenerse.

A pocos pies de la entrada, chocaron. Lester dejó caer su teléfono a propósito, dejando que se hiciera añicos contra el hormigón, y el vaso de Jessica salió volando de sus manos. El líquido de color marrón turbio manchó el teléfono de imitación que Lester había comprado de segunda mano por internet, destruyéndolo por completo, y salpicó por todo el suelo.

—¡Madre mía! —exclamó Jessica—. Lo siento muchísimo. ¿Estás bien?

Jessica le tocó el brazo y luego se agachó. Recogió el teléfono con el pulgar y el índice. Gotas de café caían de una esquina.

—Cielo santo —repitió ella. Cortó la comunicación y se guardó su teléfono en el bolsillo—. Lo siento de veras. Tu teléfono… yo… no quería…

—No pasa nada —dijo Lester, intentando desarmarla con su sonrisa.

—Pero se ha roto.

—Está bien. De verdad. No es mío. Es un teléfono de empresa. Lo paga mi trabajo. —Se lo quitó de las manos—. Así que puedes hacer lo que quieras con él. Pártelo por la mitad si te apetece. De todos modos ya no sirve para nada.

Jessica se quedó mirando el teléfono un momento y luego el suelo. Lester siguió su mirada.

—¿Qué estabas bebiendo?

—Té chai.

—Deja que te compre otro.

Jessica negó con la cabeza.

—No. Ha sido culpa mía.

—Bueno, no voy a pedirte que me compres un teléfono nuevo, sobre todo cuando ni siquiera es mío. Vamos, deja que te invite a otra bebida.

—Déjame a mí. Por favor. Es lo menos que puedo hacer. —Jessica se agachó, recogió el vaso del suelo y volvió hacia la cafetería.

Lester no perdió el tiempo en seguirla. Al entrar, se desplazó hacia un lado del local y encontró un montón de servilletas. Limpió el teléfono, lo envolvió en unas cuantas hojas y se lo volvió a guardar en el bolsillo.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó Jessica cuando él se unió a ella en la cola.

—Té chai. Lo mismo que tú. —Olfateó el aire. El aroma que la rodeaba era delicioso: un perfume que no le resultaba familiar. Afrutado. Dulce. Diferente al Chanel que Jessica Arnholt llevaba la otra noche. Si todo salía según lo previsto, tendría que comprarle el mismo. La experiencia debía ser perfecta, inmaculada, exacta.

Jessica sonrió y le dio la espalda. Le dio el pedido al camarero, le dijo su nombre y luego se desplazó con él hacia el otro lado de la caja.

—Escucha —dijo ella, volviéndose hacia él—. Siento lo de tu teléfono, otra vez. No ha sido mi intención… yo… no te he visto. Has salido de…

—¿Qué te he dicho? No pasa nada. No te preocupes. Me alegro de que no me haya caído nada en el traje.

—¿No se enfadará tu jefe? ¿No tendrán que comprarte uno nuevo?

Lester negó con la cabeza.

—No, no creo que se enfade.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo soy mi propio jefe, y estoy bastante seguro de que no puedo estar enfadado conmigo mismo durante mucho tiempo. Y desde luego no puedo estar enfadado contigo; después de todo, no ha sido culpa tuya. Ha sido toda mía. Y ya está.

Jessica sonrió y se sonrojó. Bajó la mirada al suelo y se reajustó el bolso en el hombro para que quedara apoyado contra su cadera.

—Bueno, gracias —dijo ella.

Lester extendió la mano y se presentó.

Jessica la estrechó.

—Encantada de conocerte. Soy Jessica.

Antes de que pudiera responder, el camarero llamó a Jessica y puso los dos vasos en el mostrador frente a ellos. Lester cogió el suyo y le entregó el de ella.

—Ahora estamos en paz —dijo él con una sonrisa—. Ya no tienes que sentirte culpable por nada.

Salieron de Alinka's y, al llegar a la calle, Lester se dirigió a la izquierda y Jessica a la derecha.

—Bueno, yo voy por aquí —dijo él.

—Y yo por aquí —dijo ella, señalando en su dirección.

—Nos vemos —dijo él, y echó a andar.

Apenas dio dos pasos cuando ella lo llamó.

—Espera —dijo—. Perdona. Esto va a sonar completamente extraño, raro y de acosadora. Pero… ¿te conozco de algo? Me resultas vagamente familiar…

Lester le sonrió con suficiencia y se lamió los labios. El aroma de su perfume empezaba a gustarle. Quizá dejaría que se saliera con la

suya.

—No lo creo. —Se encogió de hombros—. Me acordaría de una cara tan bonita como la tuya.

Jessica se ruborizó, bebió un sorbo de su té, se disculpó y se marchó.

Lester esperó un rato y la vio alejarse antes de dirigirse a casa. Su operación había sido un éxito. Ella lo había reconocido. Y él había plantado la delicada semilla de la curiosidad en su interior. Ahora todo lo que tenía que hacer era dejarla crecer.

CAPÍTULO 11

PROMESA DE MEÑIQUE

En cuanto el hervidor dejó de pitar, Jake vertió el agua humeante en su taza y removió. Se había desviado de su norma y había optado por tres cucharadas colmadas de café. Le hacía falta. Le dolía la cabeza y tenía los ojos irritados. El sueño le había esquivado la noche anterior; apenas había logrado dormir cuatro horas como mucho. Y ahora empezaba a sentir los efectos. Pero no era el alcohol lo que le había provocado la inquietud. No, los efectos de aquello se habían pasado tras el trayecto en taxi a casa. Esa era una de las ventajas de vivir a casi una hora de la comisaría, aunque fuera un consuelo menor frente al coste del viaje. En su lugar, la mente de Jake se había visto plagada de pensamientos sobre los Crimson, sobre Danny, sobre Michael, sobre su juicio y sobre su inevitable —e inminente— puesta en libertad entre el público británico. Era una tragedia, un fallo garrafal del sistema judicial y, mientras yacía allí mirando al techo en las primeras horas de la mañana, con el suave sonido de la respiración de Elizabeth a su lado, decidió que iba a investigar el asunto.

Mientras Jake dejaba la cuchara boca abajo en la encimera de la cocina, entró Elizabeth con el albornoz bien apretado, lo que acentuaba la curva de su vientre.

—Has llegado tarde a casa —dijo ella con severidad, apoyándose en la nevera.

—Lo sé —respondió Jake, limpiando la mancha de café de la superficie con un trozo de papel de cocina—. Estaba con los compañeros del trabajo.

—¿Bebiendo? —Elizabeth cruzó la estancia y se sentó en la isla del centro de la cocina. Las sillas tenían una altura lo bastante cómoda para que pudiera bajarse con facilidad cuando necesitaba ir al baño o en cuanto empezaba a dolerle la espalda. En la mano sostenía una carta.

—Solo unas pocas —dijo Jake, sentándose frente a ella. Observó cómo volvía a poner la carta sobre la mesa boca abajo para que él no pudiera leer lo que ponía. No tenía valor para decirle cuánto le había costado llegar a casa, ni cuánto le iba a costar coger otro taxi para ir al trabajo—. Querían celebrar nuestro embarazo. Se enteraron anoche.

—¡Llevas meses trabajando allí!

—Lo sé. Pero estoy empezando a encajar un poco más. Ahora me hablan de cosas que no son de trabajo, lo cual es agradable. —Jake dio un trago al resto de su café mientras Elizabeth posaba su mano sobre la de él.

—Te dije que acabarían aceptándote. Cualquiera tendría suerte de tenerte como amigo. Eres un tío bastante decente cuando no te pones en plan capullo sarcástico. Qué demonios, lo sé yo que me casé contigo, aunque me costó un tiempo acostumbrarme a ti. Y tú mismo dijiste que eran un equipo muy unido. —Elizabeth entrelazó sus dedos con los de él y apretó—. Solo no quiero que te conviertas en alguien que no eres para intentar impresionarlos.

Jake eructó y se tragó el hedor a café. —No lo haré, Liz. Confía en mí.

—¿Promesa de meñique?

—Promesa de meñique.

Los dos entrelazaron sus dedos meñiques y apretaron. Era una vieja tradición entre ellos. Cuando se conocieron en una cafetería durante su segundo año de universidad, Jake le había hecho prometer por el meñique que le devolvería su juego de

subrayadores. Desde entonces, la rutina se había mantenido. Era su pequeño detalle, y un recordatorio de que aún había confianza y honestidad en su relación. La promesa de meñique era un voto sagrado que ninguno de los dos quería romper jamás.

La mano de Elizabeth volvió a posarse sobre la carta.

—¿Qué es esta vez? —preguntó Jake, sabiendo ya lo que podía haber dentro.

—Otra factura —respondió Elizabeth.

—¿Cuál ahora?

—Elige la que quieras. Internet, el móvil, la televisión. Todas están subiendo.

Jake suspiró. Ahora sí que se sentía culpable por las copas de anoche. —¿Podemos mirar otros proveedores?

—Lo haré hoy mismo. —Elizabeth evitó su mirada y bajó la vista hacia la mesa, sumida en sus pensamientos. Jake la observó, la admiró. Pasados unos segundos, ella volvió a prestarle atención, se frotó el vientre y preguntó: —Vamos a estar bien, ¿verdad?

Antes de que Jake pudiera responder, Maisie, su hija de dos años, entró contoneándose en la cocina desde el salón, vestida con su pijama de Peppa Pig y frotándose los ojos cargados de sueño. —¡Papá!

Jake se inclinó para cogerla y la sostuvo en brazos; luego le dio un beso en la mejilla y hundió la nariz en su piel. Maisie soltó una risita y Jake sonrió con ella. Su felicidad, su inocencia y su efervescencia eran contagiosas. Era algo insustituible, y no veía la hora de experimentar lo mismo con el nuevo bebé.

—¿Cómo has bajado aquí? —le preguntó Jake, echando una mirada rápida a Elizabeth.

—Escaleras —respondió Maisie.

—Lo siento —añadió Elizabeth—. Debo de haberme dejado el cierre de seguridad sin poner.

Jake volvió a centrar su atención en Maisie. —Eres una niña muy lista por haber bajado las escaleras tú solita, ¿a que sí? Mamá y Papá tendrán que tener un poco más de cuidado en el futuro... ¿Cómo está mi ángel esta mañana?

—¡Sueño!

—Siento haberte despertado anoche. Papá llegó tarde a casa. —Vaciló y miró a Elizabeth—. ¿Y cómo está mi chica grande?

Ella le lanzó una mirada de reproche. Él sabía que odiaba ese apelativo, pero a él le parecía bastante apropiado.

—Cansada también —dijo ella, arrastrándose hasta el borde del asiento y saltando al suelo. Rodeó la isla y caminó hasta ponerse a su lado—. Por favor, mantén el móvil con sonido hoy. No quiero que pase nada y no poder localizarte.

—No te preocupes. Tengo un cargador en mi escritorio y otro en el coche. La única forma de que no responda es que se me rompa el móvil... o que me muera.

A Elizabeth se le mudó el gesto al final de la frase y le dio un manotazo juguetón en el hombro.

—No intentes hacerte el gracioso —le espetó.

—¿Vas a ver a tu madre hoy? —preguntó Jake.

Elizabeth asintió, apretó las mejillas de Maisie y se dirigió al fregadero. Abrió el grifo y empezó a fregar los platos.

—Viene temprano.

—¿Seguirá aquí cuando yo vuelva?

—No te preocupes, ya se habrá ido.

Jake dejó a Maisie en el suelo. —Bien.

—Sabes, deberías ser un poco más agradecido con ella cuando está por aquí.

—¿Y eso por qué?

—Ya sabes por qué. No estarías en esta posición si no fuera por ella.

Jake hizo una breve pausa. —Me lo pensaré —dijo.

Pasó los siguientes minutos preparando su bolsa para el trabajo y se hizo el almuerzo: sándwiches de atún y maíz, sus favoritos. Para cuando terminó, Elizabeth ya había acabado de fregar y se disponía a darle el desayuno a Maisie.

—Adivina qué descubrí ayer —dijo Jake, sirviéndole a Maisie un vaso de agua.

—¿Qué?

—Lo de los Crimson. —Jake hizo una pausa—. El juicio se está viniendo abajo.

Ella sacudió la cabeza con asco. —Eso es ridículo.

—Lo sé. Me lo contaron los chicos en el trabajo anoche. Voy a averiguar qué ha pasado. Voy a detenerlo si puedo —dijo Jake, entregándole a Maisie el vaso de plástico con agua. Su hija lo cogió y se lo bebió de un trago.

—¿Cómo piensas hacer eso? Son gente peligrosa, Jake. No quiero que salgas herido o que te metas en algo arriesgado. —Se llevó la mano a la parte superior del vientre—. Ni ahora ni nunca.

—No pasará nada —dijo él.

—Prométemelo. —Elizabeth le tendió el dedo meñique.

Jake lo contempló, reflexionando. No quería prometerle que aquello en lo que estaba a punto de involucrarse sería seguro. Pero tampoco quería mentirle. O peor aún, preocuparla.

—Tendré cuidado —dijo él, entrelazando su dedo con el de ella—. Te lo prometo.

CAPÍTULO 12

PARTE DEL EQUIPO

Lindsay Gray ya estaba en la oficina cuando Jake llegó. No le gustaba ser el segundo en aparecer, incluso aunque ella fuera una entidad completamente ajena al Equipo de Investigación de Delitos Graves. Quería demostrar dedicación y determinación. A veces, mientras estaba sentado a su mesa —durante los momentos más muermos del día, o en sus descansos para comer—, fantaseaba esporádicamente con su futura carrera e imaginaba lo que sus jefes y colegas dirían de él, lo generosos que serían en sus elogios.

—Jake era un oficial estelar. Siempre era el primero en llegar a la oficina y el último en irse.

—Nunca he conocido a un oficial que trabajara tan duro como Jake.

—Siempre lo daba todo en su trabajo.

Si se esforzaba ahora, eso le prepararía para toda la gloria posterior.

—Buenos días, soldado —le dijo Lindsay mientras él pasaba por su lado.

La zona de la cocina era vieja y desoladora. Aún conservaba electrodomésticos de los ochenta, ninguno de los cuales había pasado una revisión de seguridad en más de una década y que suponían un riesgo considerable para todos los miembros del equipo

que los usaban. Había otras cosas más importantes en las que gastar el presupuesto, y los electrodomésticos del rincón de la cocina no eran una de ellas.

Allí, Jake se preparó otro café y regresó a su mesa. Cargó la Base de Datos Policial Nacional e introdujo el nombre de Danny Cipriano en la barra de búsqueda de la esquina superior derecha de la pantalla. Mientras mantenía el dedo suspendido sobre la tecla de entrada, la puerta de la oficina se abrió. El sonido le distrajo. Era Liam, con dos tazas de café en la mano. Asintió a Lindsay a modo de saludo y se dirigió directamente hacia Jake.

—He pensado que te vendría bien uno de estos —dijo Liam, tendiéndole la bebida—. No tenías muy buena cara antes de irte ayer. ¿Te encuentras bien esta mañana?

—He estado mejor. —Jake dejó la taza sobre la mesa.

—Qué flojo eres. Solo tienes veinticinco años. ¿Qué te pasa? Deberías poder aguantar más de un par de pintas —dijo Liam, riendo entre dientes—. A tu edad, yo salía de juerga casi todas las noches.

—Mis días de beber mucho quedaron atrás hace tiempo —dijo Jake.

—Tener mujer e hijos te hace eso. —Liam bebió de su café y lo sostuvo en el aire, mirándolo fijamente como si le recordara al fondo del vaso de lo que fuera que había bebido anoche—. Probablemente sea lo mejor. No conviene depender de ello. Ahí es cuando sabes que las cosas se han puesto feas.

Jake no supo qué decir. Por un instante, sopesó la idea de preguntar qué había dentro de la taza de plástico de Liam —la llevaba consigo a casi todas partes y siempre la sujetaba pegada al pecho—, pero luego se lo pensó mejor. No quería insultar al hombre que por fin empezaba a aceptarlo, y ciertamente no quería quemar los puentes que acababan de empezar a construir juntos.

—Oye —dijo Jake, levantando el café casi triunfante—, gracias por la bebida.

Liam puso la mano sobre el hombro de Jake. —Cuando formas parte del equipo, nos cuidamos los unos a los otros. Recuérdalo.

Liam se puso en marcha. Se detuvo junto a la puerta de su despacho y agarró el pomo. Luego consultó su reloj y llamó a Jake.

—Dos minutos. Te quiero en la MIR.

MIR eran las siglas en inglés para la Sala de Investigación de Delitos Graves, el núcleo de toda la actividad policial relacionada con un crimen de gran importancia. Era donde el equipo ponía en común sus recursos y se centraba en la estrategia de su investigación. Mientras Jake y Liam habían acudido a la escena del crimen, Garrison había empezado a prepararla.

Jake echó un vistazo a su alrededor al resto de la oficina. —¿Dónde están los demás?

Liam abrió la boca, pero le interrumpió un zumbido agudo. Los demás miembros del equipo de Investigación de Delitos Graves entraron con paso lento y se dirigieron directamente a la Sala de Investigación 2. Jake se levantó de su asiento, borró lo que había escrito en la barra de búsqueda y se unió a ellos, taza en mano.

—Buenos días —dijo, y al entrar, le recibieron con una ronda de aplausos.

—¡Aquí está! —dijo Garrison, que parecía incluso más animado que la noche anterior. En la mano sostenía una galleta digestive de chocolate, mientras otras dos descansaban sobre su cuaderno—. El hombre del momento. ¿Llegaste bien a casa entonces?

Jake se sentó a su lado. Al frente de la pequeña sala había una pizarra blanca. A cada lado había pizarras de corcho con imágenes de los rostros de Steven y Jessica, junto con los números de las casas de los vecinos con los que Jake había hablado. Era el resumen de su trabajo, y se veía bastante vacío.

—¿Jake?

Jake le miró y se dio cuenta de que su colega le había hecho una pregunta. —Sí. Perdona. Dos horas. Tardé casi dos horas en llegar a casa. El doble de lo que tardo por mi cuenta. Te juro que el taxista cogió la ruta más larga imaginable.

—Vaya desastre. Seguramente quería sacarte más dinero. Podrías haberte tomado un par de copas más en ese tiempo, y probablemente te habría salido más barato. —Garrison le dio un codazo en el hombro.

—A menos que supiera que su mujer le iba a cortar el rabo si lo hacía —dijo Drew. Estaba sentado detrás de ellos, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Al menos tiene a alguien que puede cortárselo —dijo Garrison, saltando en defensa de Jake—. No como tú, capullo solitario. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu mujer?

Justo cuando Drew estaba a punto de responder lanzando un puñetazo de broma a Garrison, entró Liam. Al instante, el aire se quedó inmóvil y el ambiente decayó. El profesor acababa de entrar y reclamaba la atención de la clase sin decir una sola palabra.

—Seré breve —comenzó Liam—. Todos tenemos mucho que hacer. Han pasado más de veinticuatro horas desde que Steven y Jessica Arnholt fueron asesinados, y no hemos obtenido ni un solo indicio de prueba. Me han dicho que los informes forenses sobre el ADN, el portátil y el teléfono móvil hallados en la galería de arte de Steven tardarán un poco más en llegar. Algo relacionado con una serie de cambios de personal en el equipo. Parece que les falta un hombre... o más bien, una mujer.

Liam se acercó al corcho de la derecha y señaló el número de una casa. —Gracias al trabajo detectivesco de Jake, tenemos un sospechoso potencial. Un tal señor Archie Arnold. El vecino de Steven y Jessica calle abajo. Bien, no tenemos pruebas que vinculen a Archie con los asesinatos, pero Jake tuvo la corazonada de que algo no encajaba con él, y ya ha estado en nuestro radar anteriormente por delitos relacionados con las drogas. Creo que es algo que deberíamos investigar y explotar si podemos; traedlo para un interrogatorio más profundo.

Liam hizo una pausa para terminar lo que quedaba de su bebida.

—Las tareas de hoy son sencillas. Quiero que Garrison traiga al señor Arnold. Y Drew, mientras tanto, quiero que amplíes la búsqueda en internet. Elabora un informe de victimología y empieza a investigar los perfiles online de Steven y Jessica, sus actividades. Descubre si hay algo que podamos aprender de ellos. Ese portátil será probablemente la mayor fuente de pruebas cuando por fin tengamos noticias del laboratorio forense. Pero no quiero que dependamos de eso para luego descubrir que es completamente

inútil. Cuando Garrison regrese, quiero que tú también estés presente en el interrogatorio. Y, por último, Jake —Liam señaló otro rostro en el tablero—, Steven es marchante de arte, lo que significa que debe de tener un representante o un contable en alguna parte. Alguien con quien hable con regularidad. Alguien en quien confíe más que en sus padres. Encuéntralos. Habla con ellos. Averigua todo lo que puedas. Vamos.

CAPÍTULO 13

TRABAJO EN CURSO

Liam revisaba sus correos electrónicos de forma distraída. La oscuridad lo envolvía, a excepción de la luz azul artificial que emanaba del monitor del ordenador. Las luces estaban apagadas. Las persianas, echadas. Y él estaba donde le gustaba estar: a oscuras. Y hoy, en particular, lo necesitaba más que nunca. La cabeza le daba vueltas y sentía como si una tonelada de ladrillos estuviera aplastándolo. Casi podía sentir cómo morían sus neuronas. Le provocaba náuseas y delirio, una sensación que empezaba a bajarle por la garganta hasta el estómago. Y, lo que era peor, se había quedado sin alcohol para aplacar el malestar. No quedaba nada en su vaso reutilizable de Starbucks. Abrió el cajón del escritorio que tenía junto a la pierna y vio que allí tampoco quedaba nada. Se había descuidado; se había olvidado de reponer existencias en su última visita a la tienda de conveniencia.

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas, alguien llamó a la puerta.

Liam soltó un pequeño gemido. ¿Quién era y qué narices quería? Se frotó las sienes con las palmas de las manos, con la esperanza de aliviar parte del dolor que nadaba en su cráneo.

—Adelante —dijo Liam con voz débil.

La puerta se abrió y entró Drew.

—¿Qué pasa? —preguntó Liam, evitando el haz de luz que inundaba la habitación—. ¿En qué puedo ayudarle?

Drew entró y se detuvo detrás de la silla que había al otro lado del escritorio de Liam.

Abrió la boca, pero vaciló. —¿Se encuentra bien, señor? Está un poco pálido. Y aquí hay mucha oscuridad.

Drew encendió las luces a pesar de los esfuerzos de Liam, que le hacía gestos con la mano para que se alejara de la llave. Liam se tapó los ojos con las manos para protegerlos, pero no sirvió de nada. Una ráfaga violenta de luz blanca lo desorientó. Intentó parpadear para acostumbrarse, refunfuñando entre dientes mientras lo hacía.

—Es... estoy bien. De resaca, eso es todo.

—Deje que le traiga un poco de agua.

Liam protestó, pero Drew no le hizo caso. A los pocos segundos, su colega regresó con agua en una taza.

—No se le da muy bien escuchar, ¿verdad? —dijo Liam, dejando la taza sobre la mesa. No tenía intención de beberla—. Ahora, ¿qué quiere?

—Tanner. ¿Qué es lo último que se sabe de él?

—Lo he enviado hoy solo. Veremos qué tal se las apaña.

—No me refería a...

—Sé a qué se refería —Liam suspiró—. Ya conoce el plan con Archie, ¿no? Mantenga la calma con él durante un tiempo. No haga nada todavía. Simplemente hágale saber en qué posición se encuentra. Utilice el ángulo de las drogas si es necesario. Y asegúrese de que no me vea la cara.

—Señor —dijo Drew, asintiendo a modo de confirmación—. ¿Y Jake?

Liam inclinó la cabeza. —Es un buen chico. Se lo dije ayer. Le dije que aquí no nos gustan las ovejas negras. Le presentamos al equipo anoche tomando algo. Esta mañana le he comprado un café. Yo diría que le demos unos días más, unas cuantas comodidades caseras más, y entonces estará de nuestro lado.

—¿Completamente? —Había recelo y preocupación en la voz de Drew.

—Llevará tiempo derribar del todo sus barreras. Es un trabajo en curso. Y a todos nos encantan los retos. Hay un buen hombre dentro de él, puedo verlo. Una voluntad y un entusiasmo por triunfar. Eso es solo el novato que lleva dentro. El policía dedicado. Todos fuimos así alguna vez. Solo dele algo de tiempo y se dará cuenta de cómo es esto en realidad. Que no todo son arcoíris y flores; que hay un lado más oscuro en el trabajo policial. Pero si ve cualquier comportamiento sospechoso, venga a decírmelo.

CAPÍTULO 14

PRISIÓN PREVENTIVA

Mientras Jake salía del edificio, cruzaba el aparcamiento y se dirigía a su coche, sostenía el teléfono contra la oreja, escuchando el tono de llamada al otro lado.

—¿Diga? —respondió finalmente la otra persona.

—¿Danika? Soy Jake. Jake Tanner.

—¡Jake! ¡Dios mío, hola! ¿Cómo estás? —Parecía emocionada de hablar con él, aunque Jake no se lo terminaba de creer; ella no se había molestado en contactar con él ni una sola vez desde la última vez que se vieron.

—Las cosas van bien. Elizabeth está embarazada de nuevo. Salimos de cuentas pronto.

—¡Oh, Jake, qué fantástico! ¿Para cuándo?

Jake quitó el cierre de la puerta del coche y se deslizó dentro. —Sale de cuentas en las próximas dos semanas.

—Cuánto me alegro por vosotros —respondió Danika—. Debéis de estar encantados. ¿Sabéis qué vais a tener esta vez?

—Una niña.

—Precioso. Vas a estar en minoría.

—Solo tengo ganas de que lleguen los futuros novios para poder intimidarlos —dijo Jake, y ambos se rieron entre dientes.

Una parte de él echaba de menos su voz, su risa, su personalidad; su tenacidad, su dedicación y ese empeño por trabajar duro y destacar por encima de todos los demás en el equipo. Se habían conocido cuando eran agentes de patrulla hace más de tres años. Y desde entonces, habían soportado juntos el estrés y las presiones de convertirse en detectives cualificados y, más recientemente, en su primer caso como detectives en prácticas, se habían visto atrapados en medio del último atraco de los Crimsons en Guildford. Para Jake, Danika había sido fundamental para ayudarle a derribarlos. Ella había sido sus ojos y oídos durante toda la operación, y sin ella, él seguía manteniendo que no habría sido un éxito.

—¿Cómo te trata la vida en Guildford? —preguntó.

—Aburrida. No hay mucho que hacer por aquí. No hay muchos incidentes a los que responder. Algunos robos. Hurtos. Sustracciones de vehículos. Alguna puñalada en un pub. Algún que otro secuestro. Eso parece ser todo. Nada demasiado emocionante.

—Parece más de lo que tienen la mayoría. ¿Qué esperabas?

—Probablemente no tanto como lo que os llega a vosotros en Londres, ¿eh?

Jake evitó la pregunta y cambió de tema. No quería que la conversación girara en torno a él. —He tenido intención de ponerme en contacto, pero he estado realmente ocupado.

—Igual que yo —dijo Danika, aunque él pudo notar la mentira entrelazada en su voz—. Imagino que estarás desbordado con homicidios, violaciones, tráfico de drogas y todo eso, ¿no?

Jake soltó una risita a medias. Sabía que había una línea entre la confidencialidad de un caso y la confianza de un amigo, pero no estaba dispuesto a cruzarla.

—Supongo que se podría decir así. La carga de trabajo está aumentando, sin duda. —Jake vaciló un momento. Tenía un favor que pedir, pero no estaba seguro de si Danika aún necesitaba un poco más de charla trivial—. ¿Cómo está la familia?

Danika se había casado con alguien de una familia estricta. Tanto ella como su marido habían sido agentes de policía, pero después de que a él lo lanzaran desde un edificio, un incidente que lo dejó

discapacitado, su matrimonio había empezado a desmoronarse. Jake suponía que había una razón por la que Danika había seguido trabajando para la Policía de Surrey en lugar de regresar a su distrito natal en Croydon.

—Tony sigue sin dejar que vea a los niños. Hace cinco semanas que no los veo. Se han ido con sus padres. Dice que soy demasiado inestable y que no soy apta como madre para cuidarlos. Pero él no es mejor; está en peor estado que yo.

—Dan... lo... lo siento mucho. Debe de ser horrible —dijo Jake, sin saber qué añadir—. ¿Y todo fue por aquella noche?

Danika vaciló antes de responder. Estaba claro que era un tema de conversación delicado para ella, pero Jake quería conocer los detalles; quería saciar el hambre de curiosidad que sentía. Además, la otra parte de él se preocupaba por Danika; habían pasado años juntos y quería asegurarse de que estuviera a salvo, tanto física como mental y emocionalmente.

—Sí y no. Aquella noche con Mark fue un error. Espero no tener que volver a verlo nunca más. Pero ya había otras cosas que iban mal en la relación antes de eso. Lo de Mark no ayudó.

—¿Sigue en la Policía de Surrey?

—¿No te has enterado? Dimitió hace un par de meses. Nadie ha vuelto a verlo ni a saber de él. Pensé que te habrías enterado.

—Ya. No. No lo sabía. Resulta que me estoy enterando de muchas cosas nuevas últimamente.

—También resulta que se estaba tirando a Pemberton, *kako zoprno!* —gritó en su esloveno nativo.

Jake sonrió con ironía; una vez le había regalado un diccionario de sinónimos por su cumpleaños como herramienta para que desarrollara su inglés, y era evidente que lo había estado usando, pero siempre volvía a su propio idioma cada vez que se enfadaba.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —continuó ella—. No solo arruinó mi matrimonio, sino que también arruinó el de Pemberton. Su marido se largó y ahora ella tiene a los niños sola. Creo que hubo un ejército de maridos cabreados buscándolo en un momento dado.

—Yo... yo... no sé qué decir. —Jake hizo una pausa mientras pensaba qué preguntar a continuación, abrochándose el cinturón de

seguridad al mismo tiempo—. ¿Y tus padres? ¿Se hablan contigo?

—No hay vuelta atrás tras mi decisión, Jake. Ya está tomada.

—Bueno —dijo Jake—, si necesitas algo... lo que sea, puedes llamarme. Si necesitas un testigo o alguien que testifique contra tu marido, puedes pedírmelo. Quiero que tengas la custodia de los niños.

—No —dijo Danika. Su voz era suave y débil, casi carente de toda esperanza y vida—. Por mucho que los eche de menos, no quiero a los niños. En cierto modo, Tony tiene razón: apenas puedo cuidar de mí misma. Nunca estoy en casa y jamás podría cuidarlos como necesitan. No sería la madre que se merecen.

—Siempre estuviste obsesionada con el cuerpo, ¿verdad?

—Tú no eres mucho mejor —replicó ella—. Los niños están felices con su abuela. Es lo único que me importa. Solo quiero poder verlos, eso es todo. Asegúrate de no cometer los mismos errores que cometí yo, Jake.

Jake se tomó un momento para reflexionar. Sobre sus hijos y su relación con sus abuelos. Sobre que tenía a Elizabeth en casa para cuidarlos y encargarse de ellos. Sobre lo poco que estaba él en casa. Sobre cómo quería poder verlos crecer. Sobre cómo no quería perderse las etapas importantes de sus vidas: sus primeros pasos, sus primeras palabras, su primera risa, su primera sonrisa, su primer día de colegio, su primer romance. Hasta ahora, se había perdido casi todo eso con Maisie, y ella solo tenía dos años. Pero su situación era mucho mejor que la de Danika. Y eso le hizo poner las cosas en perspectiva.

—Lo siento mucho, Dan.

—No pasa nada. Estaré bien. Gracias. —Danika sorbió por el teléfono—. ¿Qué era lo que querías?

—¿Cómo?

—Sé que no llamabas solo para charlar, Jake.

Ahora apenas parecía el momento adecuado para hablar con ella sobre Danny y Michael Cipriano, pero tenía preguntas que esperaba que ella pudiera responder.

—Seguro que ya te habrás enterado...

Danika hizo una pausa antes de responder: —Depende de a qué te refieras.

—Se acabó. Su caso. Se está desmoronando. La Fiscalía.

Otra pausa.

—¿Danny y Michael? —preguntó ella con cautela—. ¿De verdad? Yo... eh... no tenía ni idea. Había oído mencionar algo, pero no sabía que se trataba de eso.

Un agente uniformado pasó junto a Jake y se subió a un vehículo policial frente a la entrada de la comisaría.

—¿No has oído nada al respecto en la oficina? ¿Nadie en el equipo ha estado hablando de ello?

—No, Jake. Lo siento.

—Deben de haber dicho algo. ¿Y qué hay de Bridger? ¿Sigue allí, moviendo todos los hilos? Debe de haber tenido algo que ver. No me extrañaría; él es el motivo por el que nuestra primera entrevista a Michael no pudo usarse en el tribunal. Confié en él para que siguiera los procedimientos al pie de la letra, especialmente teniendo en cuenta que no dejaba de soltarnos esa mierda de que no necesitaba que se los recordáramos porque era una puñetera estrella.

—Venga, Jake. Sabes que ese es un tema delicado. Nadie tiene permitido mencionarlo por aquí. Y él siempre está tan ocupado que apenas lo veo.

—Dan, esto es serio. Se trata del grupo que mató a cuatro personas inocentes, incluida una de las nuestras. Tienes que ayudarme. No sé cómo, pero voy a asegurarme de que sigan encerrados.

Danika vaciló de nuevo y, por un momento, Jake pensó que se había cortado la comunicación. Hubo silencio. Ni siquiera el sonido de las charlas de oficina de fondo. Ni siquiera el sonido de su respiración rozando su oreja.

—¿Danika? ¿Dan? ¿Estás ahí? —Jake miró el salpicadero. Llevaba diez minutos allí sentado.

—Estoy aquí... Hay... *hay* algo. Pero no lo sé... No, no puedo.

—Sí que puedes, Dan. ¿Qué es lo que te frena? Sé que quieres que se pudran en la cárcel tanto como yo. Es donde deben estar.

—No puedes decir nada. Ni siquiera se supone que yo deba saber esto.

—Lo prometo.

—El otro día oí a Bridger hablando con alguien por teléfono sobre Danny y Michael. Escuché a Bridger decir que, una vez que salieran de la prisión preventiva, ambos hermanos iban a ser incluidos en el programa de protección de testigos.

CAPÍTULO 15

IMPULSOS SALVAJES

El agente de Steven Arnholt se llamaba Nathan Hewitt. Era un hombre corpulento, con sobrepeso, gafas de montura de leopardo y nariz de botón. Vestía un traje azul marino —sin corbata— y un reloj de cuero marrón. Los pantalones del traje le quedaban apretados en las piernas y eran demasiado cortos; se le veían unos siete centímetros de calcetines azules con topos entre la parte superior del zapato y el bajo del pantalón.

Jake se había presentado en la oficina de Nathan sin avisar. Drew le había enviado la dirección a su correo electrónico y Jake se había apresurado a ir en cuanto terminó con Danika, con cuidado de no levantar más sospechas sobre su inactividad fuera de la comisaría. Hablar con Danika había sido un gran riesgo, pero necesario; uno que no podía seguir descuidando.

—Gracias —dijo Jake mientras entraba en el centro de la habitación y echaba un vistazo a su alrededor. El despacho era pequeño, casi del tamaño del dormitorio de Jake y Elizabeth, y estaba situado en el centro de una calle llena de tiendas de licores y cafeterías. —Tiene un sitio acogedor.

No lo era. Jake solo estaba siendo educado. En realidad, era un tugurio. No había nada dentro de la oficina salvo un escritorio, dos sillas, un pequeño banco con un cojín de cuero sintético situado

junto a la ventana y una solitaria planta de plástico que parecía comprada de segunda mano en un mercadillo. No había indicios por ninguna parte de que Nathan fuera marchante de arte. Como poco, Jake había esperado encontrar un cuadro en la pared, una obra maestra colgada sobre una impresora o incluso un pequeño retrato apoyado en el escritorio en un marco pequeño. Pero no había nada.

—He trabajado mucho para dejarlo así —dijo Nathan, sonriendo. Al elevarse las comisuras de su boca, la luz del techo iluminó el vello fino y rubio de su labio superior.

Jake enarcó una ceja. —Bueno, creo que ha hecho un buen trabajo. Habrá tenido que soltar una buena pasta.

Nathan buscó su asiento e hizo un gesto a Jake para que se sentara enfrente. En cuanto tocó la silla de plástico duro, Jake supo al instante que había tomado una mala decisión al aceptar la oferta.

—Y bien —dijo Nathan, inclinándose hacia delante. Se sentó con las manos entrelazadas y los codos apoyados en el borde de la mesa —. ¿Se dedica usted al negocio del arte? ¿Quiere comprar o vender?

—No —dijo Jake, cortando la sonrisa de Nathan de raíz. Sacó su placa y se identificó—. Me preguntaba si podría...?

—Yo no he hecho nada. —Nathan se echó hacia atrás en la silla y su cuerpo se contrajo; los hombros se le acercaron al pecho y las manos le cayeron entre las piernas.

—No he dicho que lo haya hecho. —Jake guardó su identificación y sacó el cuaderno de notas y papel—. Solo me preguntaba si podría hacerle unas preguntas sobre uno de sus clientes.

—Oh, Dios. ¿Qué ha hecho Elijah ahora?

Jake tomó nota del nombre para que alguien de la comisaría lo comprobara más tarde. —Me refería a otro de sus clientes: Steven Arnholt... y su mujer, Jessica.

Nathan frunció el ceño. —¿Qué pasa con ellos?

—¿Tenía usted una relación cercana con ellos dos?

—Steven fue mi primer cliente. Confió en mí cuando nadie más lo hizo. A Jessica la conocía de antes que a Steven.

—¿Los presentó usted?

Nathan se encogió de hombros. —Supongo que podría decirse así. Se los presenté el uno al otro. Ellos hicieron el resto; de eso no

puedo atribuirme el mérito. Es un artista increíble.

Mientras hablaban, Jake tomaba notas en su cuaderno. —¿Cómo se los presentó?

Nathan dudó mientras ordenaba sus pensamientos. —Fue en una cena. Yo daba una gran fiesta. Acabábamos de vender una de las obras más importantes de Steven a una galería de Estados Unidos por una gran suma de dinero. Quería celebrarlo. Mi mujer y yo invitamos a nuestros amigos y Steven invitó a los suyos. Jessica era amiga de mi mujer, y luego... bueno, ya conoce el resto.

Jake fijó la vista en el dedo de Nathan —en la ausencia de anillo de boda— y anotó la observación.

—¿Cuánto tiempo lleva con su mujer, señor...? —

—¿Pensaba que esto iba sobre Steven y Jessica? —dijo Nathan a la defensiva.

—Así es. Perdone. —Jake hizo una pausa y se acomodó en una posición más confortable en la silla—. ¿Cómo describiría la relación de Steven y Jessica? ¿Feliz? ¿Triste?

—¿De qué va esto, detective?

Jake ignoró la pregunta y continuó. —¿Oyó alguna vez algo sobre alguna discusión que pudieran haber tenido? ¿Se quejó Steven alguna vez de no ser feliz en la relación? ¿De que quizás estuviera buscando... *otra cosa*?

La tensión en los hombros de Nathan cedió y se relajó. —¿De qué se trata? ¿Qué les ha pasado?

Jake exhaló profundamente. Luego le explicó a Nathan, en los términos más breves posibles, lo que les había sucedido tanto a Steven como a Jessica, asegurándose de omitir todos los detalles macabros.

—Dios mío... —dijo Nathan, limpiándose el sudor del labio superior—. No puedo creerlo. ¿Quién ha hecho esto?

—Por eso estoy aquí. Necesitamos que nos ayude.

—Claro. Lo que sea. *Cualquier cosa* que pueda hacer para ayudar. Responderé a todo lo que necesite.

—Gracias —dijo Jake, asintiendo. Se aclaró la garganta antes de continuar—. ¿Acudió Steven alguna vez a usted con miedos o

inquietudes de que alguien pudiera estar vigilándolo, o de que alguien pudiera querer hacerle daño?

Nathan negó con la cabeza violentamente. Sus papadas flácidas oscilaron de lado a lado. —No. No. No me viene nadie a la mente.

—¿Y las drogas? ¿Estaba involucrado en eso de algún modo?

—No. Bueno, sí. Creo que sí. Solo de forma recreativa. Las tomaba para potenciar su creatividad. Pero nunca le oí quejarse por el dinero ni decir que tuviera deudas con nadie.

Jake tomó nota y prosiguió.

—¿Cómo era la vida personal de Steven y Jessica?

—Yo... yo... no lo sé. Steven nunca hablaba mucho de ello.

—¿Tenía otros amigos?

—Sí. No. Bueno, sí. Solo un par. Mencionó a un par de personas que conoció por internet, pero nunca presté mucha atención.

—¿Los veía mucho? —Antes de que Nathan pudiera responder, Jake continuó—: ¿Cómo diría que se dividía su tiempo, en términos porcentuales? ¿Entre usted y sus otros amigos?

—Es difícil... un setenta por ciento conmigo. Un treinta con los demás, que yo sepa.

—Así que diría que ustedes dos eran cercanos. Que confiaban el uno en el otro.

Nathan inclinó la cabeza lentamente.

—Y, si no le importa que le pregunte —dijo Jake—, ¿cómo es su relación actual con su mujer?

—¿Qué relevancia tiene eso? —dijo Nathan antes de quitarse las gafas y limpiarse la frente con el dorso de su manga.

—Quiere ayudarnos a encontrar al asesino, ¿verdad?

Nathan asintió, volviendo a colocarse las gafas y empujándolas hasta la parte superior de la nariz.

—Bien. Entonces, por favor, responda a las preguntas. Cualquier cosa que nos diga, por pequeña o trivial que sea, podría ayudarnos a encontrar a quien haya hecho esto.

Nathan miró hacia la alfombra y luego se mordió el labio inferior; por un momento Jake pensó que se veía diferente. Ya no era un hombre de ciega arrogancia y confianza. Ya no destilaba ignorancia.

Se veía pequeño, insignificante, consciente de las realidades del mundo.

—Ya no estamos juntos desde hace unos meses. Quería que nos tomáramos un descanso.

—¿Por qué? —preguntó Jake, yendo directo al grano.

Nathan dejó que un suspiro largo y lento silbara entre sus labios. —Nos pilló a Jessica y a mí una noche.

Jake dejó de escribir. El bolígrafo casi se le resbaló de las manos.

—¿Podría... dar más detalles? —preguntó Jake, intentando procesar la información.

—Jessica y yo nos acostamos juntos una noche. Imogen, mi mujer, nos pilló dándole al tema en la galería de Steven.

Jake se irguió en la silla.

—¿Y Steven? ¿Se enteró él?

—Él fue quien lo organizó. Vio lo infelices que éramos Imogen y yo, así que pensó que me echaría una mano.

—¿Dejando que se acostara con su mujer? —preguntó Jake en voz alta. Una imagen inoportuna de sí mismo entrando y encontrando a Elizabeth acostada con otro hombre —un amigo, un colega, un extraño— cruzó su mente e instantáneamente la descartó, deseando que nunca se hiciera realidad.

—No lo entiende —comenzó Nathan—. Imogen y yo estábamos pasando por un mal momento. Él dijo que ayudaría. Y así fue. Durante un tiempo. De hecho, fue muy bien. Necesitaba un desahogo y lo llevaba necesitando mucho tiempo. No sé si la ha visto, pero Jessica es... era otra cosa. Un cuerpo de infarto. Una personalidad de infarto también. Steven era un hombre afortunado. Pero toda la diversión se acabó cuando Imogen nos descubrió. Steven y yo no hablamos mucho del tema después.

—¿Cómo le convenció para que aceptara?

—Steven era... Steven resultaba convincente. Sabía qué era lo que me haría cruzar la línea. Veía a Jessica como una mujer trofeo. La mayoría de los hombres que se cruzaban con ella lo hacían. Y él lo sabía, así que explotaba ese aspecto de ella. Pero a ella no parecía importarle. Parecía disfrutar. Al parecer ya lo habían hecho antes.

—¿Con quién?

—No lo sé. Nunca lo dijeron.

—¿Cuántas veces lo habían hecho antes que con usted?

—No lo sé.

Jake se llevó el bolígrafo a los labios y mordisqueó el extremo. Su mente iba a mil, ramificándose en una red de innumerables posibilidades tangenciales. ¿Quién era esta pareja? ¿Por qué estaban tan decididos a dejar entrar a otras personas en su relación? ¿Y a quién más habían añadido a la lista de tríos?

La voz de Nathan le trajo de vuelta al presente.

—Lo siento —dijo Nathan, subiéndose las gafas a la coronilla y frotándose los ojos—. No quiero hablar más de esto.

Jake tomó aire.

—¿Era esto una fantasía sexual para Steven, lo sabe?

—He dicho que ya basta.

—¿Era una fantasía sexual?

Nathan dudó. —Sí. Creo que sí —dijo, sorbiendo con fuerza y limpiándose la nariz y el labio superior con el dorso de la mano—. Tenía muchos impulsos sexuales extraños y salvajes. Nunca le juzgué por ello; tiene derecho a que le guste lo que quiera. Todo el mundo lo tiene. Pero había algo diferente en lo que le interesaba. —Hizo una pausa—. Dijo que había un grupo grande de personas que pensaban igual y que estaban metidas en el mismo tipo de cosas. Dijo que había una comunidad que se reunía con regularidad y se hacían todo tipo de cosas unos a otros. Steven incluso me invitó a unirme, pero me negué. Ahora... lo siento, pero voy a tener que pedirle de nuevo que se marche. No quiero responder a más preguntas.

Mientras Jake abandonaba el despacho, tuvo la certeza de haber visto una sonrisa cómplice formarse en el rostro de Nathan. O había algo que no le estaba contando, o estaba reviviendo en secreto la experiencia que había tenido con Steven y Jessica.

CAPÍTULO 16

BIENVENIDO A LA COMUNIDAD

Una corriente de aire frío le erizó las mejillas a Lester al abrir la puerta principal de su casa. Aquello le preocupó. El aire debería haber sido cálido, apenas por encima de la temperatura ambiente. Debería haber estado estancado. Exactamente como lo había dejado. Lo cual significaba que había una corriente procedente de algún lugar de la casa, una que no tenía derecho alguno a estar allí.

Al cruzar el umbral, su cuerpo se tensó y su mano se cerró en un puño. Tras cerrar la puerta con cuidado tras de sí, lanzó las llaves a un pequeño cuenco que colgaba de la pared. Irrumpió en la cocina, se lanzó hacia el cajón más cercano a la puerta y hurgó entre el contenido. Sus dedos envolvieron la hoja de cocina de dieciocho centímetros que había robado en la galería de Jessica y Steven Arnholt. Limpia y pulida, servía como recuerdo del tiempo que había pasado con ambos.

Empuñándola con fuerza, empezó a registrar la casa. Primero se dirigió al salón, asomándose tras la puerta. En cierto modo esperaba que hubiera alguien allí, pero no había nadie. Una parte de él deseaba encontrar a alguien. Para poder hacer que se arrepintieran de haber invadido su propiedad. Ahora le había cogido el gusto a la sangre, a la matanza, y nada iba a detenerlo. Aunque sabía que los

puntos serían extraoficiales y no aumentarían su puntuación, no dejaría de ser muy divertido.

Tras asegurarse de que la planta baja estaba despejada, subió las escaleras. Sus pies susurraban sobre los peldaños, con una respiración monótona. Su pulso se mantenía en sesenta.

Al llegar a lo alto de la escalera, se detuvo. Contuvo el aliento. Escuchó.

Silencio. Salvo por el sonido del viento silbando al pasar por una ventana abierta. Venía del cuarto de baño.

Antes de entrar en el baño, revisó el resto de los dormitorios y el despacho. Todo estaba tal y como lo había dejado.

Dio la espalda al dormitorio y se quedó mirando la puerta blanca del baño, que estaba entreabierta. De nuevo, se detuvo a escuchar. Seguía sin oír nada.

Lester se acercó al baño, manteniendo la hoja apretada contra la pierna. Con la otra mano extendida, empujó la puerta. Las bisagras cedieron y chirriaron, y mientras la puerta rebotaba contra la pared del fondo, entró de golpe, con el cuerpo tenso por el subidón de adrenalina.

Exhaló profundamente, decepcionado. Estaba vacío. Frente a él había una ventana abierta. Debía de haberla dejado abierta él mismo.

—Idiota —se recriminó—. Eres estúp...

Algo lo distrajo: el sonido de un movimiento. Su mirada se desvió hacia atrás. En el suelo, rascándose la cabeza contra el marco de la puerta, había un gato.

—¿Qué coño haces tú aquí? —dijo, bajando el cuchillo y relajando el agarre sobre el arma.

Se agachó para coger al felino, pero este se escabulló hacia su dormitorio. Lo persiguió, miró debajo de la cama y lo sacó de un tirón por el collar. El gato le bufó y chilló. Lo sostuvo en vilo, anulando sus garras tal como había hecho cuando era niño. Dirigiéndose hacia el baño, apretó el agarre alrededor del cuerpo del gato y lo mantuvo con el brazo estirado.

Al entrar en el baño, Lester colocó al gato en el borde de la ventana. Había una caída de casi cinco metros entre la ventana y el

suelo firme, lo que, curiosamente, planteaba la duda de cómo demonios había entrado en primer lugar. Pero en ese momento a Lester no le importaba eso. Su única preocupación era cómo bajaría. Y tenía la respuesta perfecta.

Bajo su casa, a la derecha, había una carretera principal. Una pareja que paseaba a su perro deambulaba por allí, cogidos del brazo, hablando entre ellos. Odiaba verlos con sus amplias sonrisas. Imaginó que tenían una vida sexual de mierda. Que era aburrida. Sin chispa. Insípida. Luego imaginó lo que les haría a los dos en una sola noche. Cómo les enseñaría cosas que nunca habían creído posibles. Los pensamientos lo excitaban y le costaba desprenderse de ellos, como una enfermedad de transmisión sexual violenta y agresiva que no dejaba de reaparecer.

El gato lo distrajo, rajándole el antebrazo y provocándole sangre con sus afiladas garras. Lester apretó con más fuerza, asegurándose de que el animal sintiera que estaba en peligro inminente. Se apoyó contra la pared, sacó el brazo por la ventana y luego lanzó al gato como si fuera un dardo. Sus patas se agitaron en el aire mientras salía volando.

Después de lo que pareció un largo rato, finalmente aterrizó sobre la espalda y rodó por la calzada. Se puso de pie tambaleándose, desorientado, dio unos traspiés y se desplomó hacia un lado, donde se quedó completamente inmóvil durante unos instantes. Lester contuvo el aliento mientras lo veía sufrir; deseaba con todas sus fuerzas que cruzara la carretera y fuera atropellado.

Pero no pasó nada. No venían coches. La carretera estaba vacía.

El gato había tenido suerte. Había escapado de la muerte por los pelos. Pero si Lester volvía a verlo, no tendría tanta fortuna.

Se cambió el cuchillo de mano y bajó las escaleras; luego abrió su ordenador portátil e inició sesión en La Comunidad. Era lo primero que hacía cada vez que llegaba a casa, cuando no había animales callejeros colándose en su propiedad. Tras unos segundos, su perfil se cargó y allí, en la esquina superior derecha, bajo su nombre, había una pequeña notificación roja sobre el icono de un mensaje.

Jessica.

Lester leyó el mensaje y, en cuanto terminó, se masturbó agresivamente sobre el muro de noticias de Jessica Mann, apretando el cuchillo contra su pierna y su estómago para obtener un estímulo extra. Unos minutos después había acabado y decidió dejar el desastre en sus pantalones. Había cosas más importantes de las que preocuparse.

Jessica quería quedar con él. Había leído su mensaje inicial anoche, pero se había olvidado de contestar. Pero tras el incidente de esta mañana, ahora recordaba de qué le conocía. Era una cita. En su casa. Esta noche, a las 21:00. Después de que su compañera de piso se hubiera ido.

Estarían ellos dos solos en menos de siete horas. Ahora podrían consolidar su relación con una Comunión. Ahora Lester podría revivir la experiencia y la liberación que había sentido con Jessica y Steven la otra noche.

Bienvenido a la verdadera *Comunidad.*

CAPÍTULO 17

IR DE PESCA

—Gracias por aceptar esto —dijo Drew mientras colocaba un juego de carpetas sobre la mesa—. Va a ayudar mucho en nuestra investigación.

—Bien. Bien. De ayuda —dijo Archie Arnold, sentado muy erguido con los brazos apoyados en las rodillas—. ¿Solo unas cuantas preguntas?

—No es más que eso —dijo Garrison al lado de Drew—. Solo unas cuantas preguntas. Nada serio. Solo queremos dar continuidad a lo que nuestro colega te preguntó el otro día.

—El detective Jake Tanner. Me cayó bien —dijo Archie.

—Bien. A nosotros también nos está empezando a gustar —respondió Drew.

Los tres estaban sentados en la Sala de Interrogatorios 3. Garrison había ido a recoger a Archie y luego lo había llevado de vuelta a la comisaría. Al parecer, el hombre no tenía medios para desplazarse por su cuenta y tenía fobia al transporte público.

La sala de interrogatorios estaba fría y mal iluminada. Decisión de Drew. Una técnica de intimidación leve que había aprendido de un viejo colega cuando estaba empezando. La mayoría de las veces no funcionaba porque el público general estaba cada vez más informado sobre sus derechos y el tipo de condiciones en las que

debían permanecer, pero en la infrecuente y, posiblemente, milagrosa ocasión en que su técnica funcionaba, el éxito era prueba suficiente para que Drew justificara seguir usándola.

Drew fingió poner en marcha la grabación y luego hizo una pausa de otros diez segundos, mirando fijamente a Archie en completo silencio; otro truco que había aprendido del mismo colega.

—¿Cuánto nos puedes contar sobre Steven y Jessica Arnholt, Archie? ¿Eras buen amigo suyo? ¿Quedabais los fines de semana para ir de picnic? ¿Hacías que te leyeran cuentos por la noche antes de dormir?

Oh, esto iba a estar bien. Iba a disfrutar con esto.

—No los conocía tanto —dijo Archie—. De verdad. Lo prometo.

—¿Seguro?

Archie asintió.

—¿No organizabais fiestecitas sexuales con ellos? ¿Ni tomabais unas cuantas drogas con ellos para ayudar a relajaros, para calmar los nervios?

—Malas. Las drogas son malas. Hay que alejarse de las drogas —dijo Archie, gesticulando con las manos—. De verdad. Lo prometo.

—¿Pero las prostitutas están bien? —comentó Garrison y luego volvió a recostarse en su asiento.

—¿Estás seguro, Archie? Creo que hay algún corredor de apuestas por ahí dispuesto a ofrecer una buena cuota por eso. ¿Cinco a uno, tal vez? —Drew hizo una pausa. Arqueó las cejas.

Archie arqueó las suyas también, imitando la expresión de Drew. Entonces Archie empezó a morderse un dedo.

—Yo diría que es una cuota bastante buena, teniendo en cuenta todo —añadió Drew.

—Teniendo en cuenta todo —dijo Garrison, asintiendo hacia Archie—. Así que, ¿qué más nos puedes contar?

—Drogas, malas. Miedo. Alejarse de las drogas.

Drew suspiró pesadamente mientras se inclinaba hacia delante en su asiento. No llegaban a ninguna parte. Era hora de meter presión. —¿Dónde estabas la noche del diecisiete?

—En casa. Viendo la televisión. *University Challenge*, mi programa favorito.

—¿Toda la noche? ¿Desde las ocho hasta las ocho de la mañana? Eso me parece muchísimo tiempo. ¿No estás de acuerdo, agente Garrison?

—Lo estoy, subinspector Richmond, lo estoy. Sé con certeza que yo me aburriría. Puede que incluso saliera a dar un paseo si aún no tuviera sueño. Cosa que... curiosamente, es lo que dice un testigo presencial que hiciste tú. Te vieron caminando calle arriba y calle abajo. Dijeron que te vieron salir de tu casa alrededor de la medianoche y entrar en la galería de arte de Steven y Jessica más o menos a la misma hora en que fueron asesinados. Y luego vieron a una prostituta entrar en tu casa poco después.

Garrison vaciló y Drew observó cómo el hombre se lamía los labios. Sus miradas se cruzaron antes de que continuara. —Una cuota muy buena para eso también. Quizá incluso mejor, de dos a uno.

Durante un largo momento, Archie no dijo nada. Siguió mordiéndose el dedo hasta que se hizo sangre. Los tres hombres en la sala sabían lo que estaba pasando, aunque Archie fuera el que más tardara en procesarlo.

—Archie... —insistió Drew—. ¿Algo que quieras decir a eso?

—No es verdad. De verdad.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿qué estabas haciendo anoche? —preguntó Garrison.

—No pasa nada —interrumpió Drew, ajustándose la corbata—. Siempre podemos tener otra reunión si es necesario. ¿Quizá puedas decirnos si sabes qué les pasó a Steven y Jessica Arnholt? Su asesino sigue ahí fuera, y habría una recompensa bastante significativa si pudiéramos encontrarlo. Por supuesto, nada financiero, pero sentirías un gran orgullo y sentido del deber si pudieras darnos un nombre. Quizá fuera alguien a quien conoces.

Pasó otro breve momento mientras la sala se quedaba en silencio. Drew oyó el sonido de su propia respiración al inhalar con fuerza. —Estás siendo de una ayuda enorme para nuestra investigación, y aún ni te das cuenta.

—¿Habéis terminado? —dijo Archie, poniéndose de pie. La silla rechinó contra el suelo.

—Siéntate —dijo Drew con severidad.

A su lado, Garrison se levantó pesadamente de su silla y se interpuso entre Archie y la puerta. No había escapatoria. Su tarea era sencilla: sentarse, callarse y responder a las preguntas.

Con cautela, Archie se sentó. Apoyó los antebrazos en los reposabrazos de la silla.

—Podemos hacer que esto sea muy sencillo o muy difícil para ti, Archie —empezó Drew, lanzando una mirada rápida a la grabadora para asegurarse de que definitivamente estaba apagada.

—Malas. Cosas malas —dijo Archie, con voz queda.

—Eres nuestro. Tu zona es nuestra. Pero no nos gusta que nos mientas. Sabemos que anoche estuviste trapicheando, y sabemos que tenías a una fulana contigo. No hace falta que te avergüences delante de nosotros. No nos importa. Pero si quieres que tu suministro continúe —tanto el del coño como el del paquete con el que venía—, harás lo que te digamos. —Drew hizo un ligero gesto hacia el dedo que Archie había estado mordisqueando—. Siento curiosidad... ¿eso es un síntoma de las drogas, de la discapacidad o un reflejo nervioso?

Archie observó su dedo como si no fuera realmente suyo, como si fuera un objeto inanimado que hubiera recogido de la mesa.

—Pupita —dijo—. Me has hecho hacerme daño.

—No tanto como el que podemos hacerte nosotros si no nos escuchas. Si quieres que tu amiguito siga trayéndote sus drogas a la urbanización, seguiremos asegurándonos de que estés bien cuidado y de que obtengas un precio competitivo, ya estés fuera o dentro. Aunque he oído que ya te dan buenas tarifas dadas tus circunstancias.

—Yo... yo... ¿Por qué me contáis esto? ¿Qué pasa si lo largo?

Drew sonrió con suficiencia. —Estamos seguros de que no se llegará a eso. Además, ¿a quién van a creer? ¿A un yonqui discapacitado o a dos reputados inspectores de policía que han dedicado años de duro trabajo y entrega al servicio? Creo que sé la respuesta, ¿y usted, agente Garrison?

—La sé —dijo Garrison, asintiendo.

—Archie —continuó Drew, deteniéndose para tragar saliva y aclararse la garganta—. Verás, nuestra nueva relación puede ser beneficiosa para ambos.

—Explica —dijo Archie.

—Si nos ayudas con nuestra investigación, podemos llegar a un acuerdo. Tarifas rebajadas. Una participación importante en las operaciones. Una posición de poder más alta. Por supuesto, esos tres niveles dependen totalmente del trabajo que hagas para nosotros... en caso de que lo necesitemos.

Archie mantuvo su atención en Drew. —¿Qué necesitáis que haga?

—Nada, por ahora. Solo se te requerirá si nuestra investigación no progresa.

—Pesca. Ir de pesca.

—Serás el cebo, sí —añadió Garrison—. O podemos usarte a ti para que cargues con el muerto o —y supongo que preferirás esta vía porque la otra no es tan atractiva— puedes encontrar un sustituto adecuado. Alguien que pueda pringar en tu lugar. Pero esa decisión depende casi por completo de nosotros. Así que será mejor que nos impresiones.

—Y... —Archie vaciló—. No. Di que no. Me niego. Se lo contaré a todo el mundo. Se lo contaré a la policía... ¡se lo contaré a Tanner!

Otra sonrisa de suficiencia se dibujó en el rostro de Drew. Realmente estaba disfrutando con esto. Y quería que continuara. —Puedes intentarlo, pero no valdría la pena ni el tiempo ni el esfuerzo. El agente Tanner está con nosotros. ¿De verdad crees que tendríamos a un miembro en nuestro equipo que no siguiera el mismo camino que nosotros? Estúpido.

—No. Di que no —repitió Archie.

Drew se recostó en su silla, cruzando los brazos. —Desde que estamos aquí, Archie, un par de nuestros agentes se han colado en tu casa y han encontrado de todo con tu ADN. Ropa. Toalla de baño. Cepillo para el pelo. Cepillo de dientes. Estoy seguro de que también podremos encontrar algunos depósitos de semen en tus calcetines. No hace falta más que cabrearnos un poco para plantar esas pruebas por todo el cuerpo de Steven y Jessica Arnholt. No nos

costará mucho convencer a alguien para que vuelva a examinar las pruebas y... ¡espera! ¿Qué es eso? Han encontrado algo. Algo que pasaron por alto antes. ¿ADN que implica a Archie Arnold en la escena del crimen en el momento de los asesinatos? Caramba, increíble. Milagroso. Dios bendiga a la ciencia moderna.

El rostro de Archie se contorsionó mientras asimilaba lo que le estaban diciendo. Estaba jodido, y todos en la sala lo sabían. Drew acababa de poner el último clavo en su ataúd. Y se sentía eufórico.

Durante un buen rato, Archie no respondió. Y entonces, mientras Drew le miraba con desprecio, las lágrimas asomaron a sus ojos y rodaron por sus mejillas. Archie se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y empezó a sollozar ruidosamente.

Drew no quería quedarse a ver esa soplapollez; se levantó de la silla y la deslizó hasta dejarla pegada a la mesa.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo, Archie —dijo, dirigiéndose a la puerta—. Ya puedes buscarte la vida para volver a casa.

CAPÍTULO 18

ENHORABUENA

En cuanto Jake regresó a la oficina y se sentó a su escritorio, el móvil le vibró. Era una notificación de correo electrónico enviada a su cuenta personal por Danika. Abrió el mensaje. No había línea de asunto. Solo contenía una serie de capturas de pantalla tomadas de HOLMES. El cuerpo del correo decía:

NÚMERO DE CASO *05/E9/22312/09. Esto es todo lo que puedo hacer por ti. Espero que lo entiendas.*

JAKE LO ENTENDÍA. Ella había infringido incontables procedimientos y regulaciones al enviarle los documentos, sin mencionar el hecho de haberlos conseguido en primer lugar. Mientras pasaba el dedo sobre la primera imagen, no podía evitar sentirse culpable. Ella había arriesgado potencialmente la carrera que estaba comenzando para poder ayudarlo. Era absurdo e insensato. Todo el juicio de los Crimsons había estado plagado de corrupción desde el principio, y pedirle a Danika que hiciera parte de su trabajo sucio lo hacía tan culpable como los policías corruptos que intentaban sacar de la cárcel a Danny y Michael Cipriano en primer

lugar. Si quería llegar al fondo de su juicio, tenía que seguir las reglas. Para eso estaban.

Jake tragó saliva mientras tocaba la primera imagen adjunta. Era una captura de pantalla del archivo personal de Danny Cipriano. La foto policial de Danny estaba en la esquina superior derecha de la página, seguida de información breve sobre él. Fecha de nacimiento. Altura. Peso. Pero antes de que Jake pudiera leer más, fue interrumpido.

Drew y Garrison pasaron junto a su escritorio y se detuvieron a ambos lados. Al verlos a los dos, Jake bloqueó la pantalla usando el botón lateral, pero cuando dejó el móvil en la mesa, el movimiento despertó la pantalla, mostrando una imagen de él y Elizabeth en su día de boda. Drew se asomó y la miró.

—¿Esa es la novia?

Jake le arrebató el teléfono a Drew antes de que pudiera seguir mirando y se lo metió rápidamente en el bolsillo. —Sí —respondió.

—¿Ella te ha dicho algo?

—Todavía nada. —Jake rió nerviosamente—. Sigo esperando a tener noticias suyas.

—Bien, cuéntanos cuando suceda algo.

—Por supuesto —dijo Jake.

—Ten cuidado con lo que deseas —añadió Garrison—. Este te la quitaría si se acerca. Es un depravado. Un poco depredador.

—Vete a la mierda, Pete —escupió Drew, y los tres hombres rieron incómodamente.

Cuando la breve risa se apagó, un cuerpo salió de la sala de entrevistas a la derecha de Jake. Jake reconoció a Archie inmediatamente. Esa cara. Ese pelo. Ese chándal. Al verlo, Archie le hizo un gesto con la mano. Sorprendido y sintiéndose obligado a corresponder, Jake le devolvió el gesto. Caminando detrás de él, escoltándolo fuera, había un agente uniformado. Después de perder rápidamente el interés en Jake, Archie deambuló por la oficina y luego salió del edificio.

—¿Cómo te fue con él? —preguntó Jake, girándose hacia Drew.

—Oh… ya sabes. Pérdida de tiempo policial al parecer. No parece que vaya a resultar nada. —Se giró hacia Jake—. Aun así,

seguiremos vigilándolo. Si surge algo, te lo haré saber, ¿vale?

—Sí —dijo Jake, con la mente en otra parte—. Te lo agradezco.

Jake estaba distraído. Estaba pensando en el correo electrónico. Quería leer el resto, pero primero tenía que deshacerse de estos dos merodeando detrás de él.

Después de que la puerta se cerró detrás de Archie, Liam salió de su oficina y se acercó a los tres.

—¿Una pequeña reunión de madres? —preguntó. Antes de que cualquiera de ellos pudiera responder, señaló el monitor del ordenador de Jake—. ¿Ni siquiera lo has abierto todavía?

—¿Abierto qué...? —Jake giró la cabeza rápidamente hacia su ordenador. Apoyada contra la pantalla había una tarjeta. Jake la cogió y la abrió. Brillantina y purpurina y confeti cayeron sobre el regazo de Jake, y en su mano había una tarjeta de Enhorabuena. El interior del mensaje le deseaba buena suerte por la llegada inminente de su bebé y todos en la oficina la habían firmado, incluyendo la DCI Hamilton y el resto del Equipo de Personas Desaparecidas.

—Eso fue idea mía —dijo Liam, dándole una palmada en el hombro a Jake—. Antes de que alguien te diga lo contrario.

Jake quedó sin palabras. Nunca había recibido nada así antes —ni siquiera antes de que Maisie naciera, y durante ese embarazo, estaba tan emocionado que no había podido dejar de hablar de ello.

—No sé qué decir —dijo—. Es muy amable. Generoso. Gracias.

—Te compraré un paquete de galletas digestivas la próxima vez que vaya a las tiendas —dijo Garrison por encima del hombro.

—No sabíamos cuándo te ibas, así que pensamos dártelo ahora. —Liam se metió la mano detrás de la espalda y sacó otro sobre—. Esto también es para ti.

—¿Qué es? —preguntó Jake.

—Una piruleta. —Liam le dirigió una mirada ceñuda—. Ábrelo y descúbrelo tú mismo, idiota.

Liam retrocedió un paso y silbó para que todos en la oficina vinieran. Lo hicieron, y mientras estaban allí mirando, Jake sintió la presión de sus ojos sobre él. La tensión. La sensación intensificada de anticipación.

—Si no lo haces tú —dijo Garrison—, lo haré yo.

Jake no perdió tiempo en abrir el sobre. Dentro había un fajo fino de billetes. Los papeles le pesaban en las manos, y el olor del dinero viejo subió por su nariz.

—Hay alrededor de quinientas libras allí. El equipo hizo una pequeña colecta antes de que volvieras. Sabemos que no es mucho, pero es algo para ayudarte si lo necesitas —dijo Liam, volviendo al lado de Jake—. Puedes comprarle algo bonito a la pequeña. O quizá a ti mismo.

Un nudo se le hizo en la garganta a Jake.

—Yo... este... Esto es demasiado —dijo—. No puedo aceptar esto...

—Puedes, y lo harás —dijo Drew. Extendió la mano y Jake se la estrechó—. Enhorabuena de nuevo, colega. Me alegro por ti.

El resto del equipo estrechó la mano de Jake y le dio palmaditas en la espalda antes de volver a sus trabajos. Después de quedarse solo, se sentó en su silla lentamente y miró el dinero. Luego sonrió para sí mismo; no por el dinero extra que cubría los costos de los taxis, sino porque ahora —*finalmente*— se sentía parte del equipo.

Inspirado por su trabajo y sus compañeros, Jake olvidó el correo electrónico de Danika y comenzó a crear un perfil del asesino. Había una pizarra blanca grande detrás de él. Cogió un rotulador y comenzó a escribir en ella. Apuntó todo lo que se le ocurrió —cualquier cosa que Archie, los padres de Steven o Nathan le hubieran dicho.

En medio de la pizarra, rodeó una palabra: Comunidad.

—¿Eso para qué es? —preguntó Drew a su lado.

Jake cerró la tapa del rotulador. —Cuando hablé con el agente de Steven, me dijo que Steven y Jessica estaban en tríos, y que eran parte de un grupo. Creo que el asesino era parte del mismo grupo. Lo invitaron, empezaron a divertirse un poco y luego algo salió muy mal.

—¿Has hecho una búsqueda en pedófilos locales, redes de sexo o alguien en ViSOR?

—Todavía no.

—Probablemente valga la pena echar un vistazo antes de hacer cualquier otra cosa. Al menos así tendremos una lista de nombres que investigar.

Lleno de la emoción que siempre sentía al investigar, Jake se puso inmediatamente a trabajar. Era uno de los pocos detectives de MIT que había sido entrenado y autorizado para usar ViSOR —el Registro de Delincuentes Violentos y Sexuales—. Contenía una lista de personas que habían sido condenadas por delitos relacionados con sexo en el Reino Unido. Los parámetros de la búsqueda de Jake eran ubicación y fecha de condena. Stratford, y cualquiera en los últimos cinco años.

Poco después de ejecutar la búsqueda, tenía una lista de nombres.

Diez.

Ninguno comenzaba con «Lester».

CAPÍTULO 19

JESSICA

Lester llamó al timbre y luego pegó la oreja a la puerta. El tañido resonó al otro lado, seguido del sonido de un vaso al ser posado sobre una superficie y de unos pasos que se aproximaban.

Cuando la puerta se abrió, Jessica Mann le dedicó una sonrisa radiante, luciendo una dentadura incandescente. Llevaba un vestido negro ajustado y palabra de honor que terminaba justo por encima de las rodillas. Su pelo castaño caía suelto, con las puntas moldeadas en rizos apretados. Iba totalmente maquillada, resaltando sus pómulos y cejas, y se había sombreado los ojos de negro, lo que le confería un aire de misterio e intriga que a Lester le encantaba. La Jessica Mann que tenía delante era una mujer completamente distinta a la que se había encontrado antes.

—No te pareces en nada a tu foto de perfil —dijo él, sosteniendo la botella de vino que había traído.

—¿Eso es algo malo? —preguntó ella. Se hizo a un lado para dejarle entrar.

—En esta ocasión, más bien todo lo contrario —respondió él, pensando en cuánto se parecía a Jessica Arnholt. Bajó la vista hacia la botella para distraerse—. Espero que te guste el Pinot.

—Es mi favorito. —Ella cerró la puerta tras él y señaló la cocina, al otro extremo del pasillo. Junto a la puerta de la cocina había un

tramo de escaleras empinadas. Cuando Jessica pasó rozándole, él sintió su mano contra su entrepierna. Ella siguió por el pasillo con total naturalidad.

Entraron en la cocina. Jessica cogió dos copas de un armario, tomó la botella de vino de manos de Lester y sirvió. Mientras esperaba, Lester observó su entorno. La cocina estaba inmaculada y era moderna. Limpia. Blanca. El color perfecto para limpiar manchas de sangre.

—Tienes un sitio muy bonito —dijo él. Por la puerta del comedor a su izquierda, entró un gato con la cola erguida—. Espero que no te hayas tomado tantas molestias solo por mí.

Jessica le pasó su copa de vino. —Tienes suerte de que mi compañera de piso sea una maniática de la limpieza. Dice que tiene un trastorno obsesivo-compulsivo, pero yo creo que solo es una excusa para ser una tiquismiquis con todo; trabajar en un hospital no ayuda.

—Entonces, ¿en qué te convierte eso a ti? ¿En la desordenada? —Lester bebió. El vino estaba templado y le escocía en los labios agrietados, pero bajaba suave por la garganta y dejaba un regusto dulce en la boca. Nada mal por siete libras.

Jessica bebió también y, al posar la copa en la encimera, dijo: —Soy desordenada más allá de lo que puedas imaginar.

Lester sonrió con suficiencia. Tenía hambre. Estaba famélico. El monstruo que había descubierto de niño estaba hambriento, y no deseaba nada más que arrancarle la ropa, partirla por la mitad y saciarse con *las Cochinadas*. Pero tenía que esperar. Primero necesitaba realizar una inspección de la casa; con Steven y Jessica no había sido necesario porque los conocía y confiaba en ellos de sus visitas anteriores. Pero este era territorio nuevo para él, una nueva compañera, una nueva Comunión, y no se sabía qué estaba pasando entre bastidores. Si le estaban tendiendo una trampa para derrocarlo en la tabla de clasificación. O, peor aún, si ella trabajaba secretamente para la policía y le estaba preparando una caída monumental.

Los ojos de Lester se posaron en una fotografía en el alféizar de la ventana.

—Espero que no estemos esperando a que se nos una algún novio —preguntó Lester, mirando la foto de Jessica rodeando con los brazos los hombros de un hombre con una chica al lado.

Jessica se apoyó contra el horno, cruzó los brazos y las piernas y dio un sorbo. —No —dijo, dirigiendo su atención a la fotografía—. Ese es el hermano de mi compañera de piso; vive en Escocia. Y esa es mi compañera con nosotros.

—¿Ah, sí?

—Sí. Eres un hombre con mucha suerte.

—¿Ah, sí?

—Me costó siglos convencerla para que saliera de casa. La llamaron para hacer un turno de noche extra, pero les dijo que no. Yo la convencí de que le vendría bien ir. Necesita el dinero.

Las preocupaciones de Lester aumentaron.

—¿Sabe ella que estoy aquí? ¿Sabe que he venido?

Jessica posó la copa en la encimera y se acercó a él. Le acarició el brazo y le apretó los músculos de la misma forma que había hecho cuando se tropezó con ella en la cafetería.

—Relájate —dijo ella—. No sabe ni una palabra. Si lo supiera, haría mil preguntas. Todo va bien. Nuestro secreto está a salvo. Confía en mí. Puedo hacer que te relajes.

Jessica se inclinó para darle un beso, pero Lester la contuvo. Sus impulsos eran tan fuertes que le costó cada fibra de su ser refrenarse.

—¿Por qué tantas prisas? —preguntó él—. Tenemos el vino. Tenemos tiempo. Vamos a tomarnos las cosas con calma. Quiero que dure toda la noche.

Una sonrisa burlona creció en el rostro de Jessica. Él la estaba desarmando con su encanto, y sabía que era impecable cuando adoptaba ese enfoque.

—Empiezo a entender por qué eres el mejor —dijo ella, volviendo hacia su copa, recogiéndola y dirigiéndose al salón.

—Ten cuidado, señorita Mann: los halagos solo te llevarán hasta cierto punto —dijo él.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para llegar hasta el final.

El salón estaba limpio y ordenado. En la esquina había un televisor de pantalla plana con mandos de PlayStation apoyados al lado. Unos sofás de felpa gris para dos personas miraban al televisor como si lo adoraran en un santuario. Había obras de arte colgadas en la pared y, por un momento, Lester las observó, pero se distrajo con otra cosa: Jessica acomodándose en el sofá. Al sentarse, cruzó una pierna sobre la otra lentamente, dejando ver su ropa interior y dándole a Lester, supuso él, la oportunidad de mirarle bajo la falda.

Lester se sentó en el sofá junto a ella. Bebió un poco más de vino e ignoró la fina capa de sudor excitado que se formaba en su espalda.

—¿Pintaste eso tú misma? —preguntó Lester, señalando el cuadro de la pared. Le resultaba familiar.

—Soy tan artística como una tortuga con una horquilla por pincel. Soy un desastre. —Hizo una pausa—. No, es una obra de un marchante local. ¿Steven Arnholt? ¿Has oído hablar de él?

Lester se tensó. Abrió la boca para hablar, calculando cuidadosamente sus palabras, pero no salió nada. Dio un sorbo a su bebida para ganar tiempo.

—Me ha parecido reconocer el estilo —dijo finalmente.

—Me lo dieron como regalo.

—¿Regalo?

—Ellos también forman parte de La Comunidad. Son CandidCouple. Me lo dieron por ofrecer una *actuación estelar*; palabras de Steven, no mías. No he sabido nada de ellos últimamente. Suelen querer quedar una vez al mes más o menos. Deberías probar con ellos. Me enseñaron cosas que nunca habría imaginado.

Una amplia sonrisa asomó al rostro de Lester y apretó con fuerza la copa que tenía en las manos, poniendo a prueba su resistencia. —Yo puedo enseñarte aún más.

—No habría respondido de no ser por tu alta puntuación. Quiero aprender *mucho*.

—Solo funcionará si aprendes bien.

—También soy rápida.

—Mejor aún —dijo Lester. Terminó lo que quedaba de su bebida y dejó la copa sobre la alfombra—. ¿Tienes algún sitio a donde podamos ir?

Jessica asintió. —Mi dormitorio. Lo he equipado especialmente para esta noche. Es raro que una Comunión ocurra en mi habitación. Suele ser en la de la otra parte. En algún lugar mejor, con mucho más espacio para jugar.

—Para mis métodos particulares, no necesitamos mucho espacio.

Jessica subió la empinada escalera, seguida de cerca por Lester. Llegaron al rellano y giraron a la derecha. Lester echó un vistazo rápido al otro dormitorio y al cuarto de baño, que eran visibles a través de sus puertas abiertas. Consideró que era seguro proceder. No había nadie allí, y tampoco había nada inmediatamente sospechoso en la casa. Pero eso no significaba que no hubiera nada sospechoso en Jessica.

—¿Qué tal en la habitación de tu compañera? —preguntó Lester, justo cuando Jessica entraba en la suya—. Parece más grande. Además, resulta más morboso.

Jessica negó con la cabeza violentamente. Todo su comportamiento coqueto había desaparecido como una estrella fugaz en el cielo nocturno. —No. No podría hacer eso. Su habitación es sagrada. Ni siquiera me deja entrar durante el día cuando ella está aquí, mucho menos cuando no está.

—Venga —dijo Lester, acercándose a la habitación de la compañera de Jessica—. No se enterará si tenemos cuidado. Tenemos tiempo para recoger si ensuciamos algo. Vamos, Jess… lo hará más emocionante. Te dan más puntos si lo haces en un lugar diferente al habitual.

—¿En serio? —Jessica abrió mucho los ojos.

—¿No lo sabías? Te dan cien extra por hacerlo en un lugar que no sea tu Área de Comunión Designada. Por eso te obligan a introducir esa información cuando te registras.

Jessica negó con la cabeza. —Esos cabrones. No me dijeron eso. Si lo hubiera sabido antes, podría haber conseguido casi mil puntos extra.

Encogiéndose de hombros, Lester dijo: —Una pena. Estarías más cerca de mí en la clasificación. —Cruzó el umbral de la habitación de la compañera y miró dentro—. Ahora tienes la oportunidad de conseguir doscientos más.

—¿Doscientos?

—Conozco al fundador. Puedo negociar un trato.

—¿Por qué no vamos a la tuya? Ya tienes puntos suficientes.

«No, no los tengo», pensó él. En su mente, la distancia entre él y la segunda posición no era lo bastante grande. Era de poco más de tres mil, y eso, Lester lo sabía por experiencia, podía lograrse en tan solo cinco Comuniones. Pero eso requeriría algunas actividades depravadas; del tipo que solo una persona había cometido: él.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —empezó Lester—. Tengo una puntuación alta que mantener. En el momento en que me descuide, en el momento en que caiga al segundo… tercero… cuarto… No puedo permitir que eso ocurra.

Durante un largo momento, Jessica no dijo ni hizo nada. Parecía atrapada en un conflicto interno. Lester supo la respuesta antes que ella. Sabía que se daría por vencida y aceptaría. Sabía que ella quería —no, *necesitaba*— esos puntos extra que él podía conseguirle. Sabía que ella se desvivía por subir en el escalafón.

Hacerse miembro de La Comunidad era como una droga. Una vez que la probabas un poco, querías más y más. Se convertía en una obsesión. Una adicción. Solo que esta no te consumía ni te hacía menos humano. En todo caso, tenía el efecto contrario. Creaba vínculos entre las personas, relaciones. Y Lester era la versión de carne y hueso de esa obsesión.

—A la mierda —dijo Jessica—. Ya lidiaré con ella mañana. Ahora mismo, te quiero a ti.

Jessica cruzó el rellano a toda prisa, agarró a Lester por el cuello y lo lanzó sobre la cama. Cerró la puerta de un portazo y gateó sobre él. Lester se excitó al instante, y luchó contra el impulso de quitarse los pantalones.

Ya no quería aquel viejo placer. No, buscaba algo más. Algo nuevo. Algo que, hasta hacía poco, nunca había creído posible. La otra noche, con Steven y Jessica, había experimentado un nivel de

sensación completamente distinto. Había estado en comunión con sus cadáveres; más de lo que jamás podría haber dicho de alguien vivo.

Jessica se subió el vestido y dejó caer su cuerpo con fuerza sobre su entrepierna, lo que hizo que Lester gimiera de dolor.

—Pensé que tú eras la masoquista —dijo él con dificultad para respirar.

—Lo era, pero ahora quiero cambiar de bando.

—No puedes.

Jessica se apartó de él, salió de la habitación y regresó unos segundos después. Llevaba un látigo y unas esposas en las manos.

—Voy a hacerte lo que Steven y Jessica Arnholt me hicieron a mí.

Ahí estaba. Esos nombres otra vez. Los que no quería oír. Los que le hacían sospechar. Los que le provocaban paranoia cada vez que se los oía mencionar a otra persona.

Jessica se quitó el vestido, dejando el látigo y las esposas sobre la cama. Lester se incorporó sobre los antebrazos y miró a su lado, hacia la mesita de noche. No había nada allí que pudiera usar como arma. Decidiendo un plan mejor, se desnudó, arrojando su ropa al suelo, y saltó de la cama, desnudo de cintura para abajo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jessica.

Lester fingió lanzarse a por el látigo en la cama con el brazo izquierdo. Anticipó la reacción de Jessica —ella alargó la mano con la misma rapidez— y, usando su mano derecha, le propinó un puñetazo en la mandíbula. Ella soltó un aullido y se desplomó en el suelo. Se llevó la mano a la boca. En cuestión de segundos, estaba ensangrentada.

—¿Qué estás—?

Lester volvió a golpearla en la cara, esta vez con la izquierda. Su cabeza rebotó y golpeó contra el suelo. Lester se puso a horcajadas sobre ella, inmovilizándola contra el suelo. Ella lo arañaba mientras empezaba a atragantarse con su propia sangre.

Lester le dio un último puñetazo, dejándola casi incapacitada. Los ojos de Jessica se pusieron en blanco mientras su cabeza se ladeaba de un lado a otro. Entonces Lester le apretó la garganta con las manos. La sentía pequeña, delgada, estrecha, como un rodillo de

cocina. Aplicó el peso de su cuerpo sobre su cuello y apretó simultáneamente. Ella boqueó y jadeó por aire, arañándole la cara, intentando obligarle a parar.

Sus esfuerzos fueron inútiles. Lester tenía hambre, *las Cochinadas* estaban de camino, y no tenía intención de rendirse. Nada podía detenerlo ahora.

Nada.

Él le sonrió mientras la vida abandonaba gradualmente su cuerpo.

—Todo forma parte de esto —dijo él, babeando de excitación—. Piensa en los puntos.

Jessica jadeó, pero no salió nada. Más sangre y flema rodaron por su garganta y volvió a tosérselas encima.

Lester aumentó la presión y, tras unos minutos de forcejeos y resistencia, Jessica Mann murió.

Y ahora era suya para jugar con ella durante las próximas ocho horas, hasta que su compañera de piso volviera a casa.

Levantó el cuerpo de la alfombra y lo dejó caer sobre la cama.

—Oh, Jessica —dijo él—. Estaba deseando que llegara este momento.

PARTE 3

CAPÍTULO 20

JUGANDO SEGÚN LAS REGLAS

Lester cerró la puerta delicadamente tras de sí para no perturbar el silencio y la tranquilidad de la calle. Se limpió las huellas dactilares de la manija con la manga y se dirigió hacia el borde del porche delantero. En la distancia, el bullicio de la vida urbana le recordaba que era invisible. Una máscara entre millones. Solo otro individuo ordinario prosiguiendo con su vida sin interferencia alguna, envuelto por el anonimato en las primeras horas de la mañana. No había razón alguna para sospechar de él. A menos que… a menos que hubiera hecho ruido durante la Comunión. A menos que alguien lo hubiera oído profanando el cuerpo de Jessica Mann.

No, ese era un pensamiento ridículo. Era imposible. Había sido silencioso. Se había asegurado de que Jessica ni siquiera tuviera la oportunidad de gritar antes de que la golpeara hasta la muerte. Todo estaba bien, se convenció a sí mismo. Pero aún no había terminado. Aún necesitaba llegar a casa.

Lester se bajó la gorra más sobre la cara y se dirigió por la acera con cautela, manteniendo la cabeza gacha y la vista fija en las grietas de la acera frente a él. Mientras balanceaba los brazos por el aire, se percató de algo. Sus manos aún estaban cubiertas de la sangre de Jessica Mann. Manteniendo una pegada al costado y la otra junto a la cara, haciendo parecer que se frotaba la nariz o se

rascaba la mejilla, lamió la sangre limpiamente. El sabor era delicioso. Metálico. Ácido. Dulce, como lo había sido el perfume de Jessica.

Jessica Mann había sido divertida y una buena conquista. Pero no era nada comparada con Jessica Arnholt. Aún le faltaba algo. Algo que no podía ubicar exactamente. Incluso le había roto algunos dientes y le había sacado la lengua para hacer la felación más satisfactoria. Pero no había funcionado. Quizá era él. Quizá era el único culpable. Algo psicológico, algo en su cerebro que lo impedía disfrutar más. Quizá intentaba encapsular la experiencia demasiado perfectamente. Quizá la próxima vez necesitaría relajarse más, preocuparse menos y ser más despreocupado al respecto. Quizá necesitaba dejar que Los Desagradables lo consumieran completamente.

Lester giró a la izquierda al final de la calle. A veinte metros, acercándose hacia él con sus luces barriendo la carretera, había un coche de policía, iluminado en amarillo y blanco fluorescente por las farolas de la acera. A la vista del vehículo, Lester entró en pánico. Su pie tropezó con una losa de acera desajustada y cayó, su cuerpo se desplomó sobre el hormigón, la piel se le desgarró en las palmas. Soltó un pequeño gemido y esperó que el coche patrulla no lo hubiera visto.

Pero entonces el conductor detuvo el coche y bajó la ventana.

—¿Estás bien, tío? —preguntó el conductor.

Del lado del pasajero del coche, un agente uniformado salió del vehículo y se dirigió hacia él. El pulso de Lester se aceleró. Se levantó y se sacudió el polvo, manteniendo la espalda hacia el policía.

—¿Has bebido un poco demasiado esta noche, tío? —preguntó el agente, deteniéndose a unos metros de distancia.

Lester se reajustó la gorra, tirándola más sobre los ojos. Negó con la cabeza.

—No —dijo, distante.

—¿Adónde vas? —preguntó el agente.

—A casa.

El agente dio un paso adelante y Lester se quedó helado. En su bolsillo, llevaba la hoja que había usado para disecar el cuerpo de Jessica, otro recuerdo, junto con los otros guardados en su abrigo. Agarró el arma con fuerza y se preparó para hundirla bajo la axila del agente. No quería que llegara a eso, pero era físicamente lo bastante fuerte para poder infligir tal daño. Solo necesitaba sorprender al agente. Y poder lidiar con el otro.

—¿Vas a estar bien? ¿No te has torcido el tobillo ni nada? —El agente dio otro paso adelante, y Lester sacó la mano de su bolsillo.

—Estaré bien —dijo, empezando a alejarse—. Gracias de todos modos, Agente. Me siento mucho más seguro cuando estás por aquí.

Lester se fue rápidamente de allí. Ese había sido peligroso. No había forma de saber cuánto de su cara había visto el agente. Solo esperaba que no fuera suficiente para poder identificarlo.

Lester aceleró el paso hacia casa. Le llevó media hora completar el viaje de dos millas. Y mientras caminaba, dirigía la vista a izquierda y derecha, buscando cualquier señal de que el coche de policía lo estuviera siguiendo de forma sospechosa.

No había nada, salvo su propia paranoia carcomiendo sus nervios.

Una vez en casa, Lester cerró la puerta tras de sí y subió directamente. La ventana del baño estaba cerrada. Se desvistió y se metió en la ducha. Disfrutaba del agua fría que se derramaba sobre sus músculos. Se flexionaban cuando el frío se apoderaba de él, y luego se relajaba. Torrentes de agua recorrían su cara y entraban en su boca. Respiraba pesadamente. El pecado se liberaba de su cuerpo. Finas vetas de sangre se mezclaban en el agua que se acumulaba junto al desagüe, girando mientras esperaba descender por la tubería.

Permaneció allí durante cinco minutos, permitiéndose ser purificado. Después de terminar, salió de la bañera, se envolvió una toalla alrededor de la cintura y llevó su ropa manchada al dormitorio. Tirándola al suelo, con la otra mano, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una bolsa de congelador de plástico.

La sangre manchaba las paredes de la bolsa. Se dirigió hacia la cómoda en la esquina de la habitación. Descansando sobre ella había un tarro grande vacío. Lester lo abrió, vertió el contenido de la bolsa de congelador dentro del tarro y desechó la bolsa a la papelera junto a sus pies. Mirándolo fijamente estaban la lengua y los dedos seccionados de Jessica Mann. Había sido un antiguo ritual desde que era niño. No podía recordar exactamente cuántos años tenía cuando había matado por primera vez, pero sabía que era temprano en su desarrollo. Había comenzado con pájaros y ratas que había atrapado en el jardín, volviéndose lentamente más grave a medida que aumentaba el tamaño de los animales. Y eventualmente había comenzado a recibir gratificación sexual de ello. La sensación había llegado a nuevas cotas cuando había masacrado a Whiskers, el gato de la familia. Mientras crecía, había odiado la manera en que el gato le había siseado y le había arañado sin razón, sacándole sangre con el más mínimo rasguño. Así que decidió vengarse y le sacó la lengua y las patas. De esa manera no había posibilidad de que el animal pudiera intimidarlo o hacerle daño nuevamente. Y había el mismo paralelismo con Jessica Arnholt. También le había sacado la lengua. Ahora ella no podría dañarlo con sus palabras nuevamente —esas palabras fatales que habían invocado el miedo dentro de él y habían despertado a Los Desagradables después de que ella le había revelado que lo iban a matar—. Ahora tanto Jessica Mann como Jessica Arnholt habían sido silenciadas por la eternidad. Nunca podrían hablar sobre sus lesiones. Y nunca podrían revelar su identidad.

Lester cogió una botella de desinfectante del interior del cajón y limpió su huella dactilar del cristal hasta que vio su reflejo distorsionado mirándolo fijamente. Luego se vistió y bajó a la cocina para encender su vela de manzanilla. El sol se asomaba por el horizonte, lo que significaba que era casi la hora del desayuno. Le quedaba un día entero por delante, y no le apetecía dormir; la euforia de las últimas seis horas —dos horas menos de lo que le hubiera gustado— era toda la energía que necesitaba para mantenerse despierto el resto del día.

Cuando la hora alcanzó las 6 a.m., la alarma de su teléfono vibró. La detuvo y llamó a S. Era la hora más temprana en que S estaría despierto, y si había una cosa que Lester sabía sobre el hombre que adoraba —pero nunca había conocido— era que no le gustaba ser despertado antes de su hora preestablecida.

—¿Otro más? —preguntó S, respondiendo casi en el momento en que el teléfono había comenzado a sonar.

—Sí —dijo Lester. Iba vestido con pantalones de jogging y camiseta. Para un extraño, parecía una persona normal —alguien que tenía un trabajo normal, una vida normal— y eso era exactamente el pretexto que Lester quería mantener.

—Envíame la prueba.

—Revisa tus mensajes —Lester había grabado vídeos y fotografías de su tiempo con Jessica Mann. Se los había enviado a S de camino a casa—. Deberían estar ya ahí. Pero no tiene exactamente el mismo valor de producción que la cámara de Steven Arnholt.

Hubo un momento de pausa mientras S confirmaba la recepción de los archivos. Respiraba pesadamente a través del teléfono, y mientras Lester esperaba, abrió su portátil, accedió a La Comunidad y comprobó la tabla de clasificación.

—¿Pero qué coño es esto? —dijo Lester.

—¿Qué? —respondió S. Su respiración era pesada, casi excitada.

—Sabes exactamente qué. Segundo lugar. La brecha. Son quinientos puntos. ¿Cómo? ¿De la noche a la mañana? —La respiración de Lester aumentó a medida que la rabia comenzaba a quemar su cuerpo.

—Te está alcanzando.

—Mentira. ¿En un día? Imposible.

—Veinticuatro horas es mucho tiempo.

Lester negaba con la cabeza en incredulidad mientras hablaba. —Si estuviera jugando según las reglas, tendría que comulgar con veinte personas en veinticuatro horas… —Lester hizo una pausa—. Pero no está jugando según las reglas, ¿verdad?

Hubo otra pausa. Lester se mordió el labio de rabia.

—No me ignores —siseó Lester.

—Él vino a mí. Quiso saber cómo mejorar. ¿Qué iba a hacer yo? Vosotros dos sois los favoritos para entrar en la liga separada. Si ya te está ganando, entonces necesitas subir tu juego.

Lester fijó la vista en la pantalla.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré.

CAPÍTULO 21

TROFEOS

Por segunda vez en tres días, Jake se enfundó un mono de protección forense. Esta vez le quedaba aún más ajustado y el material le rozaba las muñecas, los tobillos y el cuello. Él y el resto de la Unidad de Investigación de Homicidios habían recibido una llamada a primera hora de la mañana, alertándoles de un asesinato a menos de una milla de la estación central de Stratford.

—¿Qué tenemos? —preguntó Jake, esperando fuera de la casa, en medio de la calle. Drew, Garrison y Liam se esforzaban por pasar los monos sobre sus zapatos y cuerpos. La calle había sido acordonada y se había establecido un perímetro alrededor de la manzana.

Poojah, la patóloga, salió de la casa y se acercó a ellos—. Similar al del lunes. Mujer, IC1, de unos veinte años.

—¿Nombre? —preguntó Liam mientras se subía la cremallera hasta la barbilla.

—Su compañera de piso la ha identificado como Jessica Mann. El carné de conducir lo confirma. Su tarjeta del NHS dice que es enfermera en prácticas —explicó Poojah.

—Jessica… —repitió Jake—. ¿Demasiada coincidencia?

Liam soltó un bufido—. Llevo demasiado tiempo en este trabajo para saber que las coincidencias no existen.

—También era guapa —dijo Poojah.

—¿Lo era?

Poojah no respondió.

—Creo que vas a necesitar otra bolsa para el mareo, Jake —dijo Drew seguido de un coro de risas de Liam y Poojah.

A su lado, Garrison fue el último en terminar de vestirse. Los cuatro —Liam, Drew, Jake y Garrison— siguieron a Poojah al interior de la casa. Los agentes de la policía científica pululaban por la planta baja como moscas, zumbando de un rincón a otro con total indiferencia hacia los recién llegados. Varios de ellos estaban tomando fotografías del salón, el comedor y la cocina al final del pasillo. Jake subió las escaleras y sintió que la temperatura del aire caía. Había una gélida frialdad en la atmósfera, acentuada por un silencio absoluto, y Jake intuyó que cada uno de ellos se estaba preparando, física y mentalmente, para lo que estaban a punto de ver.

Al entrar en el dormitorio, la imagen hizo que Jake quisiera tener una arcada de inmediato. Una oleada de bilis —el desayuno de esa mañana— burbujeó en su estómago, lista para subir. Pero luchó contra ella, tragándose la sensación. No iba a sucumbir al mismo ataque que la última vez.

Se quedó allí plantado un largo rato, paralizado ante la visión que tenía delante. Quería apartar la mirada, pero no podía. Una fuerza invisible e impenetrable lo mantenía clavado allí.

Los brazos y las piernas de Jessica Mann estaban extendidos hacia las cuatro esquinas de la cama. Sus manos y pies habían sido desmembrados, y un hueco de unos cinco centímetros los separaba del resto del cuerpo, como si fueran piezas sueltas de una maqueta que necesitara tornillos para fijarlas en su sitio. La cabeza de Jessica también había sido arrancada y estaba colocada en posición vertical, mirándolos fijamente, como un faro. Tenía los ojos abiertos, pero estaban vacíos, huecos, de un blanco fantasmal. Le habían hecho una gran incisión a lo largo del cuerpo y lo habían vaciado de su contenido, incluida la sangre.

Jake dio un paso adelante. Luego otro. Y otro más. Al cruzar el umbral de la habitación, le golpeó el fétido hedor de la carne

podrida, de los órganos en descomposición y un sorprendente olor a productos químicos de limpieza.

—Me cago en la puta —dijo Garrison. Esta vez le tocó a él vomitar. Salió corriendo del dormitorio y pasó a empujones entre dos investigadores en el rellano, tirando una cámara al suelo y rompiendo la lente de cristal. Después desapareció escaleras abajo y salió de la casa.

Jake se solidarizó con él.

—¿Sabemos qué la mató? —preguntó mientras sus ojos volvían a posarse en el cuerpo de Jessica.

—La decapitación no habrá ayudado mucho —dijo Drew con sarcasmo. Jake no lograba determinar si estaba bromeando o si simplemente era un gilipollas; en cualquier caso, Jake pensó que era innecesario y poco profesional. Lo mínimo que podía hacer era mostrar un poco de respeto por la fallecida.

Poojah le lanzó una mirada fulminante a Drew, perfectamente visible a través de la capucha y la mascarilla—. La inspección inicial muestra hematomas en las mejillas y la sien, lo que podría sugerir que la mataron a golpes. Sin embargo, parece haber más hematomas en el cuello, lo que indicaría estrangulamiento, aunque podrían ser post mortem. Es difícil de decir. Con este tipo de asesinato, al igual que con el otro, diría que es evidente que se ha utilizado el estrangulamiento como forma de placer sexual. Pero sería imprudente por mi parte decírtelo con seguridad. Tendréis que esperar a mi informe.

Jake continuó observando el cuerpo de Jessica, inclinándose hacia delante y escudriñando el enorme hueco de su estómago. Estaba vacío y parecía como si le hubieran succionado la mitad de la sangre con una aspiradora. Las sábanas que la rodeaban estaban sorprendentemente limpias de sangre, y parecía que se hubieran intentado lavar. Tragó saliva y se limpió el labio superior—. ¿Me atrevo a preguntar qué ha pasado ahí?

—Dos posibilidades. O le han quitado los órganos y se han deshecho de ellos en algún lugar, o quien sea responsable de esto se los ha ingerido. Las marcas de las incisiones son chapuceras, como si hubieran despedazado el cuerpo a hachazos.

Jake la miró con puro asco—. ¿Canibalismo?

Los ojos oscuros de Poojah no revelaron nada—. Nunca lo he visto, pero conozco los síntomas. Si tuviera que hacer una conjetura fundamentada, diría que empezó a extraerle los órganos, pero luego cambió de opinión y usó los dientes en su lugar. Hay marcas compatibles con eso en el interior del estómago.

Justo cuando Jake iba a responder, Garrison regresó a la conversación. El color se le había ido de la cara y apoyaba la mano en el estómago, masajeándolo suavemente. Un pequeño coro de vítores resonó entre el grupo.

Jake esperó a que terminara el revuelo antes de dirigirse a Liam —. ¿Y ahora qué, jefe? —preguntó.

Liam se volvió hacia Poojah y le preguntó dónde estaba el testigo.

—Uno de tus hombres se la ha llevado a comisaría. Estaba inconsolable —dijo ella.

—¿Algún otro testigo? —preguntó Liam.

—Ninguno, señor.

—Se está volviendo más listo… —empezó Liam, pero Drew lo interrumpió.

—¿Qué importancia tienen las partes del cuerpo que faltan? —preguntó él, señalando las manos sin dedos de Jessica—. ¿Y por qué le ha quitado la lengua?

—Mentirosa —dijo Jake sin darse cuenta—. Mentirosa. Jessica Arnholt tenía eso grabado en el pecho, ¿verdad? Así que debió de mentir al asesino de alguna forma, y quitarle la lengua es una forma de silenciarla, de asegurarse de que no vuelva a mentirle ni a hablar de él jamás.

—¿Un examante despechado? —preguntó Drew.

—Posiblemente. O eso o es algo más espiritual. La lengua simboliza la sensualidad. El gusto. El sentimiento —Jake se rascó el lado de la cara, recordando un caso psicológico que había estudiado en la universidad—. Y eso es lo que supone toda esta experiencia para él. Se trata de conectar su alma con la persona a la que está matando. Hizo lo mismo con Steven y Jessica Arnholt, y quizá le esté cogiendo el gusto, literalmente. Tanteó el terreno la primera vez, y

ahora no va a parar hasta satisfacer sus ansias, como el antojo de un alimento o el deseo de beber cuando tienes mucha sed. Con Steven y Jessica simplemente se las cortó… con Jessica Mann, ha pasado al consumo de sus víctimas —Jake vaciló—. En cuanto a los dedos…

Se quedó en blanco.

Poojah continuó por él—. Supuestamente, cada dedo representa una parte diferente del cuerpo. El corazón. El cerebro. La vejiga. Quizá se los esté cortando porque es lo próximo que quiere comerse.

Hubo una pausa mientras Drew, Liam y Jake sopesaban la teoría.

—Pero no comió nada de Steven ni de Jessica Arnholt —dijo Liam.

—No es raro que los asesinos guarden objetos como trofeos —añadió Jake—. Pero hacia dónde irá después… no lo sé. A menos que encontremos el vínculo. Pero su modus operandi está evolucionando, se está volviendo más severo. Y no creo que se haya dado cuenta del todo de lo que es capaz.

—Preferiría que lo encontráramos antes de que haga ese descubrimiento.—Liam le dio las gracias a Poojah, le ordenó que le enviara el informe lo antes posible y luego los cuatro se dirigieron a las escaleras. Al salir de la casa, se quitaron los monos y firmaron en el registro de asistencia.

—Tanner —comenzó Liam—, quiero que vuelvas a la comisaría. Habla con la compañera de piso. Averigua qué sabe. Iremos justo detrás de ti.

Jake asintió, se subió a su coche y se marchó.

CAPÍTULO 22

LA GUARIDA DEL LEÓN

Drew esperó a que Jake desapareciera calle abajo.

—¿Qué es lo último, jefe?

—¿A qué te refieres? —respondió Liam, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Tanner. ¿Está de nuestro lado?

—Has visto que ha cogido el dinero. Estaba encantado. Ha tenido una sonrisa en la cara el resto del día.

—Solo tenemos que decirle de dónde ha salido —añadió Garrison.

—Lo cual me recuerda —dijo Liam, dando un paso atrás. Sacó la mano del bolsillo y se masajeó la barbilla—. ¿Cómo vamos con Archie?

Drew miró a Garrison con timidez.

—Está de nuestro lado, jefe. Ayer nos sentamos con él y charlamos un poco. Es consciente de cuál es su situación. Está listo para claudicar en cualquier momento —Drew vaciló—. Pero tenemos que ser cautelosos con él.

—¿Por qué? —espetó Liam. Un agente de la policía científica pasó pavoneándose con una cámara en las manos, y los tres guardaron silencio de inmediato. Una vez que el mono blanco se hubo perdido de vista, Liam continuó—: ¿Qué le pasa?

Drew miró a Garrison y luego al suelo antes de responder. Se rascó el espeso cabello negro mientras hablaba. —Es que… bueno, por alguna razón parece que se lleva bien con Tanner. No sé cómo ni por qué, pero cuando se vieron ayer, Archie le saludó con la mano. Y durante el interrogatorio, Archie dijo que Jake le caía bien, que era majo.

Liam se frotó el puente de la nariz, sumido en sus pensamientos. —¿No le habéis advertido de las consecuencias de sus actos?

—No hemos podido dejarlo más claro, jefe —añadió Garrison.

—Bien —continuó Liam—, bueno, tal como va esto, cada vez parece menos probable que vayamos a necesitar a Archie. A menos que conozca a alguien a quien le guste follarse a los muertos y comérselos. Pero tenemos que encontrar otra forma de atraer a Jake a nuestro bando. Tenemos que enseñarle de dónde ha salido ese dinero.

—Es demasiado pronto para empezar a atiborrarlo de drogas —dijo Drew con una sonrisa burlona. Su intento de hacer reír a los demás se topó con miradas gélidas y silenciosas. Su sonrisa se desvaneció y su expresión se volvió inexpresiva.

—¿Qué tiene en mente, jefe? —preguntó Garrison.

Liam abrió la boca para hablar, pero se distrajo cuando una gran furgoneta blanca frenó en seco derrapando a unos cuarenta metros de ellos, al otro lado del perímetro. Tres individuos, vestidos con ropa informal, bajaron del vehículo. Uno de ellos llevaba una pértiga larga con un micrófono de cañón en el extremo. El otro sostenía una cámara de vídeo grande en la mano. La última persona en salir del vehículo era una mujer bien vestida, con una chaqueta de raya diplomática y una falda de tubo que le llegaba justo por debajo de la rodilla.

—Aquí vamos —dijo Liam.

Drew giró sobre sus talones y echó un vistazo al equipo que se estaba instalando junto a la furgoneta. Sabía quiénes eran. Todos lo sabían.

—Tanya Smile… Vaya… —dijo Drew, agradecido de no haber verbalizado los otros pensamientos que tenía en la cabeza sobre ella.

Liam consultó su reloj. —Tres horas. No han tardado mucho. Están mejorando.

—O nosotros estamos empeorando —dijo Garrison.

—Dejadmelo a mí —dijo Liam—. Iré a hacer lo mío.

—Ten cuidado —añadió Drew justo cuando Liam se ponía en marcha—. Ya sabemos cómo te gusta comportarte en la guarida del león.

CAPÍTULO 23

A PEDIR DE BOCA

Tanya Smile era una oponente formidable. Al menos eso era lo que él quería que la gente creyera. Se había topado con ella muchas veces a lo largo de su carrera, en diversas reuniones como aquella; en escenas del crimen donde él iba más rezagado de lo que debería. Más rezagado de lo que al público le habría gustado saber. Más rezagado porque confiaba en que otros hicieran el trabajo —y, de hecho, el trabajo sucio— por él.

Liam caminó con parsimonia hacia ella y se olió el cuello de la camisa; el leve aroma del *aftershave* que se había puesto esa mañana aún seguía fresco en la tela. Mientras se acercaba, analizó a Tanya antes de dirigirse a ella: el pelo negro, ondulado en las puntas justo por debajo de las orejas; las gruesas gafas negras; las largas piernas que miró durante más tiempo de lo socialmente aceptable; el lunar en un lado del cuello que ella intentaba tapar con maquillaje a la menor oportunidad. Cuando llegó, el cámara tenía el ojo pegado al visor y el técnico de sonido mantenía el micrófono suspendido sobre el rostro de Tanya mientras le daba instrucciones.

—No te preocupes —le gritó Liam, levantando las manos en señal de rendición—. Te ahorraré el tiempo de buscarme. Estoy aquí mismo.

Tanya giró sobre sus talones. Al verlo, se le dilataron las pupilas y entreabrió los labios, revelando una dentadura de un blanco casi perfecto que le había costado mucho dinero. Se colocó un mechón de pelo tras la oreja y, con ese solo movimiento, lo desarmó. Era su talón de Aquiles, y Liam intuyó que ella se esforzaba por contener una sonrisa.

—Inspector jefe Greene. Puedes resultar difícil de localizar incluso en el mejor de los casos —dijo ella, haciendo una señal al cámara para que bajara el equipo antes de prestarle a Liam toda su atención.

—Depende del humor con el que me pilles.

Tanya se puso la mano izquierda en la cadera. —¿Y de qué humor te he pillado ahora?

—De un humor colaborador.

Tanya abrió mucho los ojos. Se giró hacia el cámara e hizo un gesto para que los dejara a solas. Una vez que este se marchó, volvió a centrarse en Liam. —¿Qué noticia de primera página tienes para mí?

Liam puso los ojos en blanco con una risita y se acercó más a la cinta blanca que los separaba. —Venga, Tan. Sabes que esto no funciona así.

—Sí, lo sé. ¿Te he fallado alguna vez?

Liam enarcó una ceja. —No nos quedemos aquí lo suficiente como para averiguar la respuesta a esa pregunta.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó Tanya. Estaban casi hombro con hombro.

—Algo un poco poco ortodoxo. Tenemos a un novato en las filas.

—¿Cuánto tiempo lleva *contigo*?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —dijo Liam—. Vas a ayudarnos.

—¿Cómo?

—Necesito que metas presión. Que montes un escándalo por el asunto. Que nos pongas en evidencia. Que me pongas en evidencia a mí. Después de que hayas hecho eso, veremos cómo reacciona el novato —explicó Liam. Sus ojos se movían de izquierda a derecha, buscando oídos indiscretos.

—Realmente es una petición inusual —dijo Tanya, frotándose el orificio derecho de la nariz—. ¿Crees que servirá de algo?

—Es un buen tipo, pero si resulta ser un soplón, desenmascararlo es más importante que encontrar a este asesino en serie. Para eso ya tenemos una solución de reserva.

Ambos hicieron una pausa mientras pasaba un coche de policía patrullando. Liam lo observó e hizo un gesto al conductor al pasar.

Tanya le tocó el brazo, reclamando de nuevo su atención. El contacto duró más de lo debido, especialmente en público.

—¿Y yo qué gano con esto? —preguntó ella, frotándose de nuevo el mismo punto de la nariz.

Liam se encogió de hombros, evitando su mirada. —Lo de siempre. Quizás un poco más... *gratis*, obviamente. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo. Dependerá de lo bien que ejecutes tu parte del plan.

Tanya sonrió con picardía y le apretó el antebrazo en tono juguetón. —Me portaré lo mejor que sepa.

—Cuento con ello. Y dile a tu novio que...

—No es mi novio —protestó ella.

Liam continuó sin hacerle caso: —Dile que sigo esperando noticias suyas.

—Ese vago de mierda. ¿Qué ha hecho ahora?

—Aún tiene un cargamento que vender. Y tiene que avisarme si está teniendo problemas con el envío. Si no es el hombre adecuado para el trabajo, entonc—

—¡No! —dijo Tanya, tocándole el brazo otra vez—. Lo es. De verdad. Lo es. Hablaré con él. Déjamelo a mí.

—De acuerdo —dijo Liam—. Ahora, ¿has oído hablar alguna vez de un grupo de crimen organizado llamado Los Carmesíes?

CAPÍTULO 24

LA CAFETERÍA

—Diga su nombre, por favor —comenzó Jake.

—Rebecca Langton.

—¿Qué relación tiene con Jessica Mann, Rebecca?

—Era mi compañera de piso.

—¿Y dónde estaba usted anoche?

—En el trabajo.

Jake alargó la mano hacia una carpeta marrón que estaba cerrada sobre la mesa, a su lado. Extrajo una hoja A4 que contenía información sobre Rebecca Langton. Era una combinación del rápido perfil personal que él mismo había elaborado sobre ella y las breves preguntas y respuestas que los agentes en la escena del crimen habían anotado para confirmarla como una testigo creíble.

—Hospital Universitario de Homerton —dijo Jake, más como una afirmación que como una pregunta.

—Sí —Rebecca asintió—. Me tocó el turno de noche. De seis a seis. La encontré cuando llegué a casa.

Jake cerró la carpeta y puso la hoja encima. —¿Y notó algo sospechoso en Jessica anoche? ¿Se comportaba de forma extraña? ¿De algún modo distinto?

—Ahora que lo pienso, sí. Estaba... no sé. Creo que estaba... no dejaba de decirme que aceptara el turno de noche.

—¿Es que no le correspondía? —Jake sacó un bolígrafo del bolsillo y empezó a garabatear en la parte superior de una página nueva de su bloc de notas.

—Bueno, sí y no. Hace un par de semanas había aceptado hacer horas extra y me llamaron para preguntarme si podía hacer el turno de noche. Les dije que no porque... bueno, porque me daba pereza y no tenía ganas.

—¿Y Jessica le dijo que aceptara el turno?

—Bueno... no. No fue tan sencillo. Yo también necesitaba el dinero. Ella simplemente no paraba de intentar convencerme de que saliera de casa.

—¿Dijo por qué? ¿Mencionó algo sobre haber quedado con alguien para cenar o tomar algo? ¿Una cita?

Rebecca negó con la cabeza. —No me dijo nada.

Jake vaciló un momento. —¿Y durante el día? ¿Le mandó algún mensaje sobre alguien en particular? ¿Alguien sospechoso? ¿Alguien que le hubiera llamado la atención por algún motivo?

Rebecca reflexionó unos instantes. —Creo que mencionó algo de un hombre... —Rebecca echó mano de su teléfono—. ¿Le importa si lo compruebo?

—Póngalo sobre la mesa para que pueda ver cómo lo hace —dijo Jake, asegurándose de cubrirse las espaldas por si acaso.

Rebecca hizo lo que le pedía, desbloqueó el dispositivo y abrió sus mensajes. Pulsó en la conversación con Jessica y subió hasta el principio del chat. El registro de hora de los mensajes indicaba que eran de hacía más de veinticuatro horas.

—Para que conste en la grabación, estoy leyendo los mensajes del teléfono de la señorita Langton.

Jake los leyó y, cuando encontró un mensaje que le pareció extraño, se detuvo.

—«Dios mío» —recitó en voz alta—, «¡acabo de conocer al hombre más raro del mundo frente a la cafetería! Me he chocado con él, he derramado mi bebida y luego le he comprado otra, pero me daba la sensación de que lo conocía de algo, aunque no recordaba de qué».

Jake se desplazó hacia abajo y leyó el mensaje siguiente.

—«¡Dios mío! ¡Ahora ya sé de qué me suena! Creo que lo he visto por internet».

Jake dejó de leer y le devolvió el teléfono a Rebecca. Tragó saliva.

—¿Le mencionó alguna vez Jessica algo sobre citas por internet?

Rebecca negó con la cabeza. —No mucho. Creo que era usuaria de Match.com, pero nunca me contaba nada abiertamente. Era muy reservada para esas cosas.

—¿Así que no se le ocurre nadie que quisiera hacerle daño?

—Lo siento, no. Jessica era una persona cariñosa y atenta. A la única persona a la que hizo daño en su vida fue a sí misma; era famosa por anteponer a los demás. Supongo que por eso se hizo enfermera.

Jake retiró la carpeta de la mesa, se la puso bajo el brazo y dijo: —Entrevista finalizada a las 11:07. —Apagó la grabación de vídeo y luego le explicó lo que sucedería a continuación—. Ha sido de gran ayuda, Rebecca. Gracias. Alguien vendrá enseguida para acompañarla fuera, y aquí tiene mis datos de contacto por si recuerda algo más.

Jake deslizó una tarjeta de visita sobre la mesa, se levantó y se dirigió a la puerta. Al abrirla, se le ocurrió una última idea.

—Ah, una última cosa: la cafetería. ¿Sabe a cuál se refería?

—A la misma a la que iba siempre. Alinka’s. En el extremo de Tomlin’s Grove.

CAPÍTULO 25

ARTÍCULO

Jake regresó a su mesa lleno de entusiasmo y optimismo. Estaba un paso más cerca de encontrar al asesino. Tenía una pista. Tenía un hilo del que tirar. Y tenía la oportunidad de demostrar al resto del equipo que era capaz de sacar adelante la investigación mientras ellos no estaban. Desbloqueó el ordenador e inició sesión. Cuando se disponía a investigar la cafetería situada a las afueras de Tomlin's Grove, le apareció una notificación en el móvil. Era de la aplicación de la BBC News. Pulsó la notificación y cargó el artículo.

Trataba sobre Danny y Michael Cipriano. Sus rostros —imágenes sacadas de las fichas policiales de cuando fueron arrestados— aparecían en lo más alto de la página.

LOS DELINCUENTES *habituales Danny y Michael Cipriano, anteriormente conocidos como miembros destacados del grupo de crimen organizado The Crimsons, van a ser puestos en libertad tras su estancia en prisión preventiva. Los hermanos fueron acusados originalmente de homicidio involuntario, varios cargos de robo a mano armada, posesión de armas de fuego y asesinato. Tras mucha deliberación, se espera que el Servicio de Fiscalía de la Corona no presente pruebas en la próxima vista de declaración y gestión del*

caso de este viernes, lo que significaría que serán puestos en libertad.

EL CUERPO de Jake se quedó gélido. Era oficial. Iban a salir. El viernes. Faltaban dos días. Eso significaba que tenía poco tiempo para actuar, poco tiempo para hacer nada. Y lo que es peor: ahora era noticia de portada. Pero ¿por qué? ¿Por qué había tardado tanto la prensa en informar de ello puesto que habían seguido el juicio desde el principio? Era uno de los casos más mediáticos que el país había visto jamás, y solo informaban de ello *ahora*. No tenía sentido. Se fijó en el nombre de la autora —Tanya Smile— y tomó nota mental de ella para futuras referencias. Tendría que hablar con ella pronto.

Antes de que pudiera darle más vueltas, Liam, Drew y Garrison regresaron de la escena del crimen de Jessica Mann. Drew abrió la puerta con tal fuerza que rebotó contra la pared adyacente. El sonido de los incesantes teclados y los clics de los ratones se detuvo bruscamente.

Liam señaló a Jake y le llamó desde el otro extremo de la sala. —Tanner, a la sala de reuniones. Pronto.

Los tres hombres se dieron la vuelta y se dirigieron a la sala de reuniones, en la esquina más alejada de la oficina. Jake salió tras ellos, cogiendo papel y bolígrafo antes de irse. Había algo serio y preocupante en la voz de Liam. Y sus sospechas se confirmaron en cuanto se sentó. Le recibieron el silencio y unas miradas mudas. La mente de Jake se aceleró con pensamientos paralizantes y nauseabundos. ¿Qué había hecho? ¿Se habían enterado de su interacción con Danika respecto a The Crimsons? ¿Había un conflicto de intereses? ¿Iban a apartarle del caso?

La puerta se cerró y Liam caminó hacia el centro de la habitación. Tenía el rostro plácido y llevaba un portátil en los brazos. Lo dejó sobre una mesa vacía y lo abrió. Unos instantes después, le dio la vuelta y mostró la pantalla a Jake y al equipo.

—Estamos con el agua al cuello, chavales. Y no veo que ninguno de nosotros tenga un puto remo.

En la pantalla había un artículo de noticias de la BBC. En la parte superior de la página había una miniatura de un vídeo, y Liam aparecía en la imagen. Jake entornó los ojos para leer el artículo.

—Tres muertos en los sospechosos asesinatos de Stratford —repitió Jake, inclinándose hacia delante.

Liam se desplazó hacia abajo en la página.

Jake escudriñó el monitor. —Tres cuerpos han aparecido muertos en la zona de Stratford, al este de Londres. La policía está tratando los asesinatos como relacionados. Envían sus pensamientos y condolencias a las familias de los afectados y están haciendo todo lo que está en su mano para atrapar al individuo —o individuos— responsable. El inspector jefe a cargo de la investigación, Liam Greene, ha declarado: «En este momento, no estamos más cerca de encontrar al responsable de este ataque, y tampoco parece probable que podamos hacerlo. Quizá tengamos que esperar... hasta que aparezca otro». El mensaje aquí es claro: ¿podemos confiar en que la policía nos mantendrá a salvo? ¿O tendremos que hacerlo nosotros mismos?

Un silencio atronador resonó en la sala. Por suerte, Drew lo rompió soltando un taco y dedicándole una peineta a la pantalla del ordenador.

—Exacto —replicó Liam, cerrando el portátil de golpe—. Sin remo. Y las cosas solo van a empeorar si no hacemos algo al respecto. Tenemos presión por todos lados, chicos. Y no pasará mucho tiempo antes de que el subcomisario empiece a hundir el barco desde dentro. Si dejamos que entre demasiada agua, nos iremos a pique.

Jake levantó la mano y habló antes de que nadie le diera la oportunidad. —Perdone, jefe. No quiero hacer de abogado del diablo, pero ¿por qué le ha dicho a la prensa que no estamos ni cerca de encontrar a esa persona y que vamos a tener que esperar a que aparezca otro cadáver?

Liam se puso las manos en las caderas, suspiró y bajó la mirada al suelo. —Aún te queda mucho por aprender, Jake. No puedes creerte todo lo que lees en los periódicos. Han cogido esas palabras de otras respuestas que he dado y las han puesto así para hacernos

quedar mal. Son una panda de putos lobos que solo buscan cobrar al mes siguiente.

—Sorprende de la BBC, la verdad —añadió Garrison.

Liam vaciló antes de responder. —He tenido que convocar una rueda de prensa para esta tarde, para que todos tengan lo que necesitan a tiempo para las noticias de las diez. Habrá muchos más que la BBC, creedme. Y necesito poder darles algo concreto.

Liam hizo una pausa mientras recorría la sala con la mirada. A Jake se le erizó la piel mientras esperaba con ansiedad a que la vista de Liam se posara en él. Al final, lo hizo.

—¿En qué estás trabajando ahora mismo, Tanner? ¿Cómo ha ido la entrevista con la compañera de piso de Jessica Mann?

Jake se removió en la silla. —Productiva. Ella no sabía nada de que Jessica se hubiera citado con nadie, pero...

—¿En qué ha sido eso una entrevista productiva? —le espetó Liam.

Jake torció el cuello a izquierda y derecha, liberando la tensión, antes de responder. —Rebecca dijo que Jessica se cruzó con alguien por casualidad. Alguien a quien creía haber visto antes pero no lograba ubicar dónde. —Otra pausa—. Luego recordó que había visto al tipo por internet. En una web de citas. Eso es lo que lo conecta todo. El agente de Steven dijo que Steven y Jessica formaban parte de una comunidad online donde quedaban y hacían cosas juntos. Lo mismo pasa con Jessica Mann. Quienquiera que esté detrás de esto está yendo a por mujeres con el mismo nombre y que se parecen *mucho* entre sí. Si encontramos la web de citas, encontraremos al asesino. Solo tenemos que hacerlo antes de que vuelva a matar... o de que se quede sin Jessicas a las que asesinar. Lo que ocurra primero.

Liam asintió y dio la reunión por concluida, ordenando a todo el mundo que volviera al trabajo. Drew y Garrison fueron los primeros en salir, seguidos de Jake. Mientras regresaba a su mesa, el móvil le vibró en el bolsillo del pantalón. Era otro correo de Danika.

En las últimas veinticuatro horas se había esforzado al máximo por borrar de su mente cualquier idea sobre The Crimsons y Bridger. Steven Arnholt, Jessica Arnholt, Jessica Mann... ellos eran su

prioridad por ahora. Pero al leer el contenido del correo, Jake supo que eso tendría que cambiar.

Sin llegar a sentarse, Jake cogió su chaqueta y las llaves del coche y salió de la oficina.

—¿Adónde vas? —preguntó Liam desde la puerta de su despacho.

Jake había esperado que nadie notara su desaparición, aunque sabía que era poco probable.

—Fuera —dijo. No sabía qué decir, y empezaba a sentirse como un adolescente rebelde que acababa de intentar salir de casa sin que sus padres se enterasen—. Voy a seguir una pista rápido.

—¿Qué pista?

Jake tartamudeó.

—Arch... quiero decir, la cafetería donde Jessica Mann se encontró con el asesino. Quiero hablar con el gerente. Ver si vio algo. Y luego voy a hablar con Archie Arnold de nuevo. Hay algo en él que no me encaja.

Liam lanzó una mirada de reojo a Garrison, que estaba a apenas un par de metros de Jake.

—Seré tan rápido como pueda —añadió Jake.

—Está bien —dijo Liam asintiendo lentamente—. Vete.

CAPÍTULO 26

SEGUIDLO

Liam le dio la espalda a Garrison, cerró la puerta de su despacho tras de sí y bajó las persianas hasta la mitad, volvió a subirlas del todo y luego las bajó una cuarta parte, dejándolas así. Se acercó a su escritorio, encendió el ordenador y cargó Gmail. Los tres utilizaban una cuenta encubierta para comunicarse cuando no querían que nada fuese rastreado o vigilado por el departamento de informática. Todos tenían los datos de acceso y todos podían entrar en la bandeja de entrada a través de un navegador seguro.

Liam hizo clic en el signo más de la parte superior izquierda de la pantalla y abrió un borrador. Esperó hasta que el correo en blanco se guardó automáticamente en la carpeta de borradores.

Dejó pasar unos segundos más y esperó a que los otros iniciaran sesión. No había ninguna notificación que le avisara de que estaban viendo la misma pantalla que él, así que tuvo que valerse de su intuición y experiencia.

Mirando fijamente el teclado, respirando con pesadez, Liam suspiró. Entonces escribió.

Seguidlo.

CAPÍTULO 27

ÁNGEL

Jake se dirigió hacia el oeste por la M25 y luego hacia el sur por la A3. Mantuvo el pie pegado al acelerador, zigzagueando entre el tráfico y amedrentando a los demás conductores para que se apartaran del carril rápido. Tenía prisa y el tiempo corría en su contra. Según el correo electrónico de Danika, Bridger se marchaba del país por la noche y no regresaría hasta dentro de unos meses. Era demasiada coincidencia que escapara al mismo tiempo que Danny y Michael. Todavía tenía tanto que echarle en cara, tantas preguntas que necesitaban respuesta y tantas sospechas que confirmar, que no le importaba haberlo dejado todo, incluso lo relacionado con el asesino en serie. No se sabía cuándo volvería Bridger. *Si es que* volvía. Y Jake no podía permitirse esperar hasta entonces. Para ese momento sería demasiado tarde. Había demasiado en juego.

Tardó una hora y veinte minutos en llegar a Surrey, media hora menos de lo que indicaba el navegador; acababa de pasar la hora del almuerzo y las carreteras estaban sorprendentemente vacías.

Mientras Jake pasaba por la gasolinera de BP en la A3, a unos pocos kilómetros de Guildford, llamó a Danika a través del Bluetooth del salpicadero. Había hecho el trayecto las suficientes veces como para saber que solo estaba a quince minutos de distancia.

—¿Dónde está? —preguntó mientras el velocímetro alcanzaba los 130 km/h.

—Jake, no esperaba que llegaras tan pronto —susurró ella—. Sigue aquí, pero va a terminar antes para preparar sus cosas.

—¿A qué hora se va de la oficina?

—No tengo ni idea. No leo el pensamiento.

—¿Puedes entretenerlo?

—Puedo intentarlo, pero...

—Por favor, Dan. Si se me escapa, se acabó. Todo nuestro esfuerzo no habrá servido para nada. No podemos permitir que se salga con la suya. Solo quiero hablar con él. Nada más.

Hubo una larga pausa en la línea. Jake comprobó el nivel de cobertura para asegurarse de que no se había cortado la llamada.

—Está bien —dijo ella por fin—, déjamelo a mí.

—Eres un ángel.

CAPÍTULO 28

SINCERIDAD ABSOLUTA

La Jefatura de Policía de Surrey, en Mount Browne, había sido el segundo hogar de Jake durante una breve etapa al principio de su periodo como detective en prácticas. El edificio era imponente, de piedra victoriana, y los terrenos que lo rodeaban estaban tapizados de un césped verde y exuberante y robles que centelleaban bajo el sol. Era la antítesis absoluta de Bow Green, en Stratford: gris, lúgubre, abandonado y descuidado.

Una parte de Jake deseaba seguir siendo miembro del equipo de Surrey. Pero ahora que por fin se estaba adaptando al Equipo de Investigaciones Principales, no quería hacer nada que pusiera eso en peligro.

Jake apagó el motor en los límites del aparcamiento que recorría el anillo norte de la jefatura. Lo había logrado en poco menos de quince minutos; su trayecto se vio facilitado, por suerte, por unas carreteras vacías y conductores obedientes que se apartaban en cuanto lo veían rugir tras ellos en sus retrovisores.

Abrió la puerta del coche y salió, y al hacerlo, algo a lo lejos le llamó la atención. Era una figura que justo salía del edificio. Jake estaba a cincuenta metros de la entrada, pero eso no importaba: conocía aquel modo de andar.

Dani, eres un puto héroe, pensó mientras cerraba el coche y se dirigía hacia Bridger.

El veterano sargento llevaba una funda de portátil al hombro y una bolsa de plástico en la mano derecha.

Cuarenta metros los separaban. Jake se preparó para lanzar su ataque contra Bridger. Pero entonces algo le puso en alerta y, de repente, cambió de opinión. Confrontarlo allí era un error. Era demasiado público, estaba demasiado a la vista. Tenía que ser algo más privado, un lugar donde Bridger fuera más propenso a decirle la verdad.

Jake observó cómo Bridger se dirigía a su coche, tiraba las bolsas en el maletero y arrancaba. No había tiempo que perder, así que corrió de vuelta a su propio vehículo y lo siguió, manteniendo una distancia prudencial.

Mientras salía del aparcamiento de la comisaría, era terriblemente consciente de que no podía permitirse perder a Bridger. Bajo ninguna circunstancia.

Jake miró la hora en el salpicadero. Eran casi las trece horas.

Bridger se dirigió hacia el este, saliendo de la ciudad y de Guildford. Condujeron por carreteras secundarias, serpenteando a izquierda y derecha, entrando y saliendo de curvas, subiendo lomas y bajando hondonadas. Durante todo el trayecto, Jake mantuvo las distancias, con la mente trabajando a toda marcha mientras intentaba encontrar el momento y el lugar adecuados para obligar a Bridger a detenerse.

Y entonces, la decisión se tomó por él.

Al llegar a las afueras de Farnham, Bridger giró a la izquierda por un camino estrecho y sin asfaltar, resguardado por las hojas y la maleza que colgaba sobre él. Las luces de freno parpadearon y luego se detuvieron. El coche dio un bote y volvió a bajar cuando Bridger puso el freno de mano y apagó el motor.

Ya estaba. Había llegado el momento.

Antes de salir del vehículo, Jake desbloqueó su iPhone y abrió la aplicación de notas de voz para grabar la conversación. En cuanto Jake bajó del coche, Bridger se quedó petrificado al ver a su antiguo colega.

—¿Usted? —dijo Bridger, con el rostro crispado.

—¿Esperaba a otra persona? —replicó Jake, guardándose el teléfono con cuidado en el bolsillo.

—No. A nadie. Solo me ha sorprendido verle, eso es todo. —La nuez de Bridger convulsionó al tragar saliva—. Tiene... buen aspecto. ¿Le tratan bien en el MIT? —preguntó.

Las comisuras de Jake esbozaron una sonrisa.— Usted no ha cambiado. Me alegra verlo. Aunque creo que le han salido algunas canas más por los lados.

—Y usted se ha ensanchado. —Bridger hizo un gesto con la cabeza hacia la cintura de Jake.

En los últimos meses —desde que Elizabeth se había quedado embarazada de nuevo— Jake había ganado algo de peso. Quizá era por comer debido al estrés. Quizá por ansiedad. Tal vez una combinación de ambas. Pero siempre estaba demasiado cansado para cocinar nada al llegar a casa, así que solían apañarse con comida congelada. Sus finanzas tampoco se resentían, ya que las cenas solían basarse en lo que Jake llamaba las tres «bes»: bueno, bonito y barato.

—¿A qué ha venido, Jake? —preguntó Bridger—. Supongo que no es para ponerse al día; de lo contrario, lo habría hecho allí en Mount Browne.

Jake se detuvo para mirar a su alrededor. Estaban en un tramo más ancho de la carretera que permitía a los conductores apartarse para que otros coches pudieran pasar. La grava bordeaba el asfalto y un matorral de ortigas se mecía a pocos centímetros de su mano con la ligera brisa. —¿Es aquí donde solía reunirse con los Crimson? ¿A organizar juntos sus pequeñas actividades?

La sonrisa de Bridger desapareció y se le demudó el gesto. —¿Entonces se ha enterado de la noticia?

—Creo que sería mejor que Danny y Michael Cipriano se quedaran donde están. Son una amenaza para la sociedad. No podemos permitir que salgan. ¿Quién sabe qué será lo próximo que hagan?

—No habrá una próxima vez.

—¿Cómo lo sabe? —Jake se recolocó el teléfono en el bolsillo para que el micrófono apuntara hacia fuera. Esperaba que eso mejorara la calidad del audio.

—Porque sé esas cosas. No son un peligro para nadie. Ya no quieren hacerle daño, Jake. Nunca quisieron. Todo fue cosa de su imaginación. Solo eran negocios.

—¿Así es como se llama ahora? Negocios.

Bridger sonrió con suficiencia y siguió mirando fijamente a Jake. Pasó un largo momento de silencio entre ambos, y el único signo perceptible de movimiento fue un camión de veinticuatro ruedas que pasó zumbando a sus espaldas.

—¿A qué ha venido realmente, Jake? —Esta vez el tono de Bridger era tenso. Jake no lo había oído antes, pero no sonaba nada acogedor.

—Quiero saber cómo lo ha hecho.

—¿Sigue cabreado porque estoy en nómina? ¿Sigue enfadado porque nadie creía que fuera un poli corrupto?

—Bastante gente lo creía —respondió Jake.

—Pero no la gente adecuada para hacer algo al respecto.

—Sé lo que ha hecho, Bridger. Sé que usted fue el responsable de todo lo que pasó aquel día. Dando largas hasta que llegaron los forenses y los artificieros con aquella milonga del accidente en la autopista. Alejándonos de las llaves que mataron a Candice. Mintiéndome sobre que un superintendente jefe había aprobado aquella entrevista con Michael. Lo sé todo. Y sé que contó con la ayuda de Mark Murphy por el camino. Pero nadie me escuchó. Y ahora quiero saber cómo está ayudando a esos tipos a salir de la cárcel... cómo ha conseguido convencer a la fiscalía para que lo retire todo. ¿A quién ha tenido que pagar? ¿O es al revés?

Bridger levantó las manos. —¿Qué le hace pensar que yo he tenido algo que ver?

—Sigue trabajando con ellos. Sé que es así.

—No tiene pruebas.

—Lo tengo delante de mis narices —dijo Jake, señalando el coche de Bridger—. Coche flamante. Un Jaguar XKR. Le habrá

costado un riñón. Especialmente con el sueldo de un sargento. ¿Cuánto ha sido? ¿Cincuenta... sesenta mil?

Bridger asintió levemente.— Al valor de hoy.

Jake estaba derribando las barreras poco a poco; podía sentirlo. Se sintió confiado y decidió lanzar una piedra para ver si acertaba.

—Y para un hombre con tantas deudas como usted, es un capricho considerable. ¿Lo ha pagado todo al contado?

—¿Cómo lo sa...?

A Jake le costó reprimir una sonrisa.— No lo sabía, pero me lo acaba de confirmar. ¿Ha declarado sus deudas?

Bridger no respondió.

—Porque, y estoy seguro de que es consciente de ello —después de todo, usted era el que me daba la tabarra con lo excelente que es —, es deber de un oficial de policía, según el párrafo cuatro del Anexo 1 del Reglamento de la Policía de 2003, no rechazar ni descuidar voluntariamente el pago de cualquier deuda legítima. Por no mencionar el Artículo 9 del Código ético...

—¿Todavía cree en esa mierda de la ética? ¡Ja! Es usted aún más ingenuo de lo que pensaba, Jake. Nadie sigue eso desde hace años... en todo el tiempo que llevo siendo policía.

Jake decidió ignorarlo y continuar.— Según el Artículo 9 del Código ético, es su deber como oficial de policía informar de cualquier problema financiero que pueda estar teniendo, ya que corre —y en su caso parece muy probable— un mayor riesgo de verse involucrado en el crimen organizado. Yo diría que ya cumple con todos esos requisitos.

Bridger cambió. Su expresión se ensombreció y se lanzó hacia Jake. En cuestión de segundos, el hombre, de complexión dominante, se alzó sobre él, dándole a Jake poco tiempo para reaccionar. Bridger extendió la mano y agarró a Jake por la camisa, soltando el aliento en su cara. Ya se habían visto en un forcejeo similar antes, pero esta vez se sentía distinto. Ya no eran colegas, ya no trabajaban juntos en un caso, así que no había nada que impidiera a Bridger darle un puñetazo en la cara y darle una paliza.

—No tiene ni puta idea de lo que está hablando, Tanner. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Cómo se ha enterado? —siseó Bridger.

—Nadie se lo ha dicho. Se lo acabo de decir: usted mismo me lo ha confirmado.

—¿Quién es su fuente? —Bridger le clavó el dedo en el pecho—. ¿Quién le está dando esta información?

—Nadie. Pero me da la sensación de que tiene miedo —dijo Jake, y Bridger dio un paso atrás—. ¿De quién tiene miedo, Elliot?

—De nadie.

—Deje que le ayude. Cuéntemelo todo y puedo arreglar esto. Si está en problemas, o si se ha metido más a fondo de lo que imaginaba con quienquiera que trabaje, podemos colaborar para solucionarlo. Solo tiene que decirme qué está pasando.

Había algo diferente en el rostro de Bridger. Sus ojos. El color había cambiado; sus pupilas estaban dilatadas. Era evidente que tenía miedo. Que había algo más profundo acechando bajo la superficie.

—Está hablando por hablar, Tanner —dijo Bridger, apretando el puño y manteniéndolo a unos pocos centímetros de la barbilla de Jake—. No sabe de lo que habla. No sabe en qué se está metiendo.

Empezó a caminar de un lado a otro—. No tuve nada que ver con los Crimson el año pasado, y no tengo nada que ver con ellos ahora. Y ciertamente no tengo nada que *usted* necesite saber sobre mi situación financiera personal. Que le den. No soy un corrupto.

Jake se tomó un momento para respirar y ordenar sus pensamientos.

—Se ha contado esa mentira durante tanto tiempo que por fin ha empezado a creérsela, ¿verdad?

Bridger se mordió el labio superior—. ¡Váyase a la mierda! Ya he tenido suficiente. Me largo de aquí. —Levantó la mano al aire y se precipitó hacia su coche.

La puerta estaba abierta a medias cuando Jake le gritó, y su voz resonó por toda la carretera.

—Usted no se va a ninguna parte, Bridger —dijo—. Cree que no tengo pruebas, pero las tengo. Eso es lo que se llama un buen trabajo policial a la antigua usanza, algo por lo que nunca me dio crédito en la policía de Surrey. Así que deténgase y preste atención.

—¿Qué puede tener? He sido impecable.

—Evidentemente, no. —Jake sacó su teléfono y fingió que navegaba por él—. Existe un documento.

Bridger no dijo nada.

—Contiene todo lo que le implica —mintió—. Los fondos que recibió e ingresó en su cuenta. Grandes sumas de dinero. Llamadas telefónicas entre usted y los Crimson. Llamadas entre usted y otros números de prepago no registrados. Mensajes de texto diciéndole lo que tiene que hacer. Grabaciones de voz.

Los ojos de Bridger se agrandaron.— Si tiene todo eso, ¿entonces por qué está aquí? ¿Por qué no ha ido a la IPCC o a Asuntos Internos?

—Porque ambos sabemos que eso lleva tiempo. Un tiempo que no tenemos, no si voy a conseguir que vuelvan a prisión preventiva. No es demasiado tarde para que se entregue y repare lo que ha hecho.

Bridger sacudió la cabeza frenéticamente.

—No puedo hacer eso. Esto es más grande que usted, Jake. Está hecho. Olvídelo. Danny y Michael Cipriano se van a librar. Es demasiado tarde. Unas veces se gana y otras se pierde.

—Cuéntemelo todo, Elliot. Puede pararlo. Devuelva las pruebas contra ellos. Asegúrese de que los condenen a cadena perpetua.

—¿Sabe lo que me harían si lo hiciera?

—¿Quiénes, Elliot? ¿Quiénes?

—Todos ellos. Me encontrarían. Se asegurarían de que no hablara.

—Entonces cuéntemelo todo ahora. Puedo ayudarlo. ¡Dígame qué pasó!

Hubo una larga pausa. Se rompió por un coche que pasaba por el otro lado de la carretera, dándoles un amplio margen. La mirada de Jake lo siguió hasta que finalmente desapareció por la carretera de kilómetro y medio. Le pareció que la matrícula le resultaba familiar. Pero antes de que pudiera pensar más en ello, Bridger lo distrajo. El hombre permanecía con una mano en la puerta de su coche, con la respiración cada vez más agitada y el otro puño apretado; luego le dio la espalda a Jake y caminó de un lado a otro de la carretera, agarrándose el pelo con desesperación.

Los nervios recorrieron el cuerpo de Jake y le temblaron los dedos. Había llegado muy lejos. Había desperdiciado todo este tiempo. Esperaba que no fuera para nada.

—Está bien —dijo Bridger, deteniéndose bruscamente a pocos metros de Jake. El capó del coche de Jake los separaba—. Todo. Se lo daré todo. Pero antes quiero algunas garantías. —Extendió la mano—. Déme el teléfono.

Joder. Estaba a punto de entregar lo único en lo que confiaba para usar como prueba, aunque Jake le hubiera mentido y coaccionado para que confirmara las cosas sin darse cuenta.

—No —dijo Jake—. Elizabeth está embarazada. Necesito llevarlo encima por si llama.

Bridger sacudió la cabeza.— Debería haber pensado en eso antes de venir aquí. Ahora déme el teléfono. Vamos a dar un paseo.

Jake miró su pantalla. En la esquina superior, el banner rojo que indicaba que estaba grabando había desaparecido. Entonces la pantalla se iluminó con el nombre de Liam parpadeando ante él.

¡Mierda!

Antes de tener tiempo de procesar que Liam le estaba llamando, entró en pánico, pulsó repetidamente el botón rojo y rechazó la llamada. Una vez que el teléfono volvió a la pantalla de bloqueo, le entregó el dispositivo a Bridger. Bridger lo lanzó sobre el asiento del coche de Jake.

—Sígame —ordenó Bridger, alejándose ya por la carretera.

Se detuvieron a cien metros de sus vehículos, bien fuera del alcance de cualquier dispositivo de grabación de audio. Al girarse para quedar frente a frente, Jake sintió miedo. Vulnerabilidad. Aislamiento. Como si estuviera a punto de ser emboscado y metido en la parte trasera de una furgoneta, solo para acabar en la otra punta del país atado a una silla en mitad de un almacén desolado.

—Lo hice, ¿vale? —empezó Bridger—. Lo hice. Ayudé a Danny, a Michael y a Luke. Me habían reclutado unos días antes del robo y me dijeron que habría tres hermanos que querían atracar una joyería, y que la mujer que había sido secuestrada también estaría en el ajo. Mi trabajo, con la ayuda de Murphy, era asegurarme de que salieran

del país. A cambio me darían una parte de su botín. Cincuenta mil en total.

—Candice murió —dijo Jake en voz baja—. Usted ayudó a matarla.

—No —dijo Bridger, sacudiendo la cabeza—. Yo no sabía nada de eso. No tenía ni idea de que los pinchos y la carga eléctrica estarían allí. Me dijeron que serían de imitación. Dijeron que nadie moriría. Que nadie saldría herido.

—¿Aun así aceptó hacerlo sabiendo quiénes eran?

Bridger agachó la cabeza—. Yo no... no sabía nada de ellos. Además, no estaba en posición de decir que no. Tenían información contra mí. Sabían quién era yo. Sabían que estaba pasando por apuros económicos y amenazaron con sacarlo a la luz.

—¿Y no podía permitir que eso ocurriera?

—Sigo sin poder permitirlo.

—¿Qué quiere decir?

—Todavía tengo que lidiar con esto. No se ha acabado. Prometí asegurarme de que nunca cumplieran condena en prisión. Pero eso era bajo la condición de que ellos cumplieran su parte del trato y mantuvieran la boca cerrada. Pero ni siquiera pudieron hacer eso. Cuando estaban dentro, empezaron a hablar con la gente... sobre todo Danny. Le encantaba ser el centro de atención. Empezó a hablar sobre la gente con la que hacían negocios, sobre las personas que nos pusieron en contacto. Y yo sabía lo que les iba a pasar si hablaban demasiado.

—¿Cómo?

—Lo había visto antes.

—¿Con quién?

—Con Murphy.

Jake abrió mucho los ojos. Se rascó la cicatriz del lado de la cara. —¿Murphy está muerto?

—¿Por qué cree que hace tiempo que nadie le ve? —preguntó Bridger con expresión impasible.

—Danika me dijo que se marchó después de lo que pasó con Pemberton.

Bridger sacudió la cabeza.— Mark se volvió arrogante, empezó a hablar más de la cuenta con gente con la que no debería haber hablado en primer lugar, y luego simplemente desapareció. Nadie le vio. Nadie supo de él. No podía dejar que les pasara lo mismo a los hermanos, y sabía que ocurriría si seguían mencionando nombres, así que eché a perder su juicio y, en su lugar, conseguí que entraran en el programa de protección de testigos. Al menos de esa manera podrán dar algo de información sobre otras bandas y grupos de crimen organizado que solían considerar competencia. Pero en cuanto pongan un pie en esas casas, habré terminado. Estaré fuera de todo esto.

—¿Y cree que están a salvo en el programa de protección?

—Mientras mantengan la boca cerrada, estarán bien. Pero esa historia ya no tiene nada que ver conmigo.

Jake vaciló, se humedeció los labios.

—¿Y a dónde va ahora? —preguntó finalmente.

—Lejos.

—¿Por qué?

—Necesito marcharme.

—¿Piensa volver?

Bridger se encogió de hombros.

—¿Por qué me cuenta todo esto, Elliot? ¿Por qué ahora, después de tantos meses guardándoselo para usted?

Bridger miró al suelo y suspiró.— Porque... porque usted es un buen policía, Jake. Lo supe desde el momento en que le conocí. Pero tómese esto como una advertencia. Nada de lo que haga ahora podrá detenerlo; es demasiado tarde. Los hermanos van a salir, y usted tiene que pasar página y olvidar esa parte de su vida.

—No es tan fácil —dijo Jake, desafiante.

—Va a tener que hacerlo, porque, durante el resto de su carrera, aprenderá algo más. Y es mejor que lo aprenda ahora, aquí. Esto es más grande que usted. La Policía Metropolitana y cualquier otro cuerpo del país no son el sueño idílico que usted pensaba. Cada día hay personas que pierden su medio de vida a causa de tratos turbios y reuniones oscuras. Tiene que abrir los ojos a todo eso, Jake. Será

mejor para usted si lo hace. Y será todavía mejor si hace la vista gorda.

—¿Cómo puede decir eso? Alguien tiene que ponerles freno.

—¿Y ese va a ser usted, no?

Jake se encogió de hombros.

—¿Así que está dispuesto a que le maten en el proceso? No vale la pena. Créame, lo he intentado. Y si necesita que se lo recuerde más, mire lo que le pasó a Murphy.

Dicho esto, Bridger pasó junto a Jake dándole un pequeño empujón y se dirigió de vuelta a su coche.

—¿Y usted? ¿Cómo sabe que no le pasará lo mismo? —gritó Jake tras él.

Bridger agarró con fuerza la manilla de la puerta, se giró hacia Jake y dijo: —La única forma de que eso ocurra es que usted se lo cuente a alguien.

Jake se quedó petrificado en mitad de la carretera mientras veía a Bridger subir a su coche, arrancar el motor y pasar por su lado, manteniendo la vista en la carretera como si Jake no existiera. Observó cómo el coche de Bridger se convertía en un pequeño punto.

Después de que desapareciera al final de la vía, Jake permaneció allí un momento más, todavía aturdido, asimilando los acontecimientos de los últimos diez minutos. Lo que Bridger le había contado. Las implicaciones que tenía. Cómo Bridger había chantajeado a Jake con su propia vida para que mantuviera la boca cerrada.

Qué hijo de perra más listo, pensó Jake, demasiado incrédulo para pensar en otra cosa. Su mente intentaba procesar y comprender todo lo que Bridger acababa de decirle, pero no lo conseguía. En lugar de eso, la información permanecía en la superficie como el aceite sobre el agua.

Jake volvió a la realidad con un parpadeo y regresó a su coche. Echó mano de su teléfono y miró la pantalla de bloqueo.

Cuatro llamadas perdidas. Todas de Liam.

—¡Mierda! —Jake golpeó el volante con la palma de la mano.

Antes de que pudiera hacer nada más, Liam llamó de nuevo. Durante un momento, Jake se quedó mirando el dispositivo, paralizado. Ya había pasado de largo el punto de no retorno, pero sabía que la situación solo empeoraría para él si no contestaba.

Jake pulsó el botón verde.

—Tanner —sonaba cabreado—, ¿dónde estás?

—En Guildford —dijo Jake sin pensar.

—¿Qué estás haciendo por allí?

—Archie no estaba en su dirección. Hablé con un vecino y me dijeron que tiene familia en Guildford y que había ido de visita.

Liam suspiró al otro lado del teléfono—. Vuelve a la oficina. Los peces gordos llegarán en poco más de una hora, y tú también deberías estar aquí.

CAPÍTULO 29

VIAJE

Bridger tenía la adrenalina por las nubes. Nunca se había sentido tan asustado y tan eufórico al mismo tiempo. Se alegraba de haberle contado todo a Jake; le había agobiado durante demasiado tiempo y sentía que por fin se había quitado un gran peso de encima. Pero aquella verdad había tenido un precio. Había comprometido su posición y toda su credibilidad. ¿Cómo podía la Cábala confiar ahora en él para seguir adelante? ¿Cómo iban a creer que seguía de su lado? Lo único que podía hacer era confiar en que Jake mantuviera la boca cerrada. Su vida dependía ahora de ello.

Bridger se incorporó a la A3 pisando a fondo. Se dirigía al aeropuerto de Southampton, donde podría coger un vuelo nacional a Manchester y, después, un vuelo de larga distancia a México para quedarse allí durante una temporada indefinida. Todo estaba listo. El viaje. El alojamiento. Todo.

Pero su avance se detuvo cuando su teléfono empezó a sonar. No era su smartphone. Era el teléfono de prepago que guardaba en el fondo del bolsillo. Y eso solo podía significar una cosa: únicamente lo utilizaba una persona.

Bridger respondió. Esperó. Contuvo el aliento.

—¿Qué acaba de pasar? —le preguntó la persona al otro lado de la línea.

—Nada. Yo...

—No me vengas con gilipolleces, Elliot.

—No lo hago, yo...

—¿Qué quería Tanner?

Bridger entornó los ojos para evitar la intensa luz del sol.

—No lo sé. Yo...

—¿Qué quería Tanner? —repitió la voz.

Bridger redujo la velocidad del coche por la A3 y se detuvo en el arcén para poder concentrarse en la llamada.

—Quería saberlo todo.

—¿*Todo*? —preguntó la persona al otro lado.

—Todo.

—¿Qué le has dicho? Debes sopesar muy bien tus próximas palabras. Podrían ser las últimas.

Bridger sabía que no era una amenaza en vano.

—No le he dicho nada.

—¿Estás seguro?

—Sí. Pero podrías haberme avisado de lo del artículo de la BBC. Lo vi en la oficina y todo el mundo empezó a hacerme preguntas. No he tenido ni un puto segundo para preparar nada —explicó Bridger. El vehículo se zarandeaba suavemente cada vez que un coche pasaba zumbando a su lado.

—Eso era una prueba.

—¿Para mí?

—Para Tanner.

—Y... ¿la ha pasado?

No hubo respuesta. Esa era la única contestación que Bridger necesitaba.

—Le prometo que no le he dicho nada —empezó Bridger, sintiendo la necesidad de seguir hablando para defenderse—. No tiene pruebas que respalden nada.

—Espero por tu bien que estés diciendo la verdad. Sería una pena verte sufrir un final similar al de Murphy. ¿Le recuerdas? Me caía bien. Tú me caes mejor, pero no pienses que por eso voy a ser más indulgente si nos traicionas.

—Sí... —dijo Bridger, sin palabras.

—¿Tienes ganas de este viaje? —preguntó la voz.

Bridger apretó el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Sabían lo que había hecho. Por supuesto que lo sabían. Era imposible ocultarlo. Lo sabían todo. Y ahora no había escapatoria.

Tenía que hacer algo al respecto. ¿Pero el qué? No podía correr. No podía esconderse. La única opción que le quedaba era dar la cara y luchar. Solo. Sin nadie a mano que pudiera apoyarle.

—No sé de dónde has sacado la impresión de que podías marcharte tan pronto. Los hermanos no salen hasta el viernes. Aún te queda mucho por hacer. —La voz vaciló al otro lado—. Pero ya sabes qué es lo que *yo* tengo que hacer también ahora, ¿verdad?

Bridger metió primera y volvió a salir rugiendo a la autovía.

—Lo sé —dijo—. Lo sé.

CAPÍTULO 30

AGRIO

Liam colgó y guardó el teléfono de prepago en el cajón de abajo; luego cogió la botella nueva de whisky que había comprado un rato antes en la tienda de alimentación —hoy le apetecía un licor distinto— y vertió tres medidas en su vaso reutilizable. Tras enroscar de nuevo el tapón de la botella, sostuvo el vaso en la mano, agitó el contenido en círculos y bebió un sorbo.

La bebida le alivió y le calentó la garganta, dejando tras de sí una ligera sensación de ardor. Liam apretó la lengua contra el paladar y tragó. El cuerpo le tembló. Exhaló con fuerza. Se sentía bien. Sabía bien. Hacía mucho tiempo que lo necesitaba. Algo que le hacía falta desde hacía tiempo. Algo para combatir el dolor de su cuerpo y el mar creciente de náuseas que lo ahogaba en cada momento que pasaba despierto.

Una parte de él solo quería beberse la botella de un trago y perder el conocimiento como había hecho la semana anterior antes de que Drew lo encontrara en su casa. Drew había ido a recogerlo para su entrenamiento semanal de fútbol en la pista de fútbol cinco, pero en su lugar se había encontrado a Liam en estado comatoso. Aunque Drew tampoco estaba mucho mejor. Cuando Liam despertó por fin, Drew estaba sorbiendo por la nariz, frotándosela y subiéndose por las paredes. La única diferencia entre sus vicios era

que Liam tenía un motivo genuino para el suyo, mientras que Drew no era más que un gilipollas que había esnifado demasiada coca una vez y se había dado cuenta de que le había cogido un gusto inmediato.

Liam cerró el cajón y suspiró profundamente. La llamada que acababa de recibir era una que nunca pensó que recibiría. Y ahora tenía una tarea que jamás creyó que tendría que poner en marcha.

Se acercó a la ventana de su oficina y dio unos golpecitos en el cristal. Las cabezas de Drew y Garrison se giraron.

Sabían lo que tenían que hacer.

Al regresar a su escritorio, Liam deslizó el dedo por la madera. Reactivó el ordenador y abrió la bandeja de entrada de Gmail.

Creó otro borrador y esperó hasta que se guardó en la pantalla.

Golpeó su pierna con furia debido a la anticipación. Necesitaba mentalizarse.

El cursor parpadeaba frente a él, mofándose, tentándole a escribir su mensaje.

Finalmente, lo hizo.

NUESTRO BUEN HUEVO SE HA ECHADO A PERDER. SÍRVELO.

CAPÍTULO 31

CAMBIO DE JUEGO

Lester se limpió. Acababa de masturbarse por tercera vez en las últimas dos horas. Y cada vez estaba siendo más dolorosa que la anterior. Pero estaba tardando más en eyacular. Y eso era lo que quería. Necesitaba aumentar su resistencia sexual. Quería prolongar el momento antes de la eyaculación, haciendo que durara tanto como fuera físicamente posible. Lo de Jessica Arnholt y Jessica Mann se había acabado demasiado rápido. Había estado demasiado excitado con ambas. Y ahora que tenía al segundo puesto pisándole los talones, sentía la presión. Iba a necesitar más puntos si quería mantener su supremacía.

El sistema de puntuación era sencillo: cuanto más aguantaras, más recibías. Obviamente, todo dependía del tipo de acto sexual que estuvieras cometiendo, pero Lester llevaba en esto el tiempo suficiente para saber qué tenía que hacer para obtener el máximo número de puntos sin dejar de disfrutar y sintiéndose cómodo con el resultado.

Aunque eso significara que no pudiera orinar bien sin que le escociera, Lester estaba decidido a hacerse aguantar tanto como fuera posible. Su pene se curaría, pero su dignidad y su orgullo no se recuperarían jamás. Poco después de unirse a La Comunidad y haber disfrutado de la Comunión con unos cuantos miembros, había

intentado tratar aquello como un juego, un entrenamiento; una situación en la que o lo daba todo o no daba nada en absoluto. No había término medio.

Lester tiró el pañuelo al váter, se lavó las manos y regresó a su ordenador portátil. Llevaba todo el día buscando a otra Jessica. Pero La Comunidad no le estaba sirviendo de mucha ayuda. Aunque había un puñado de otras Jessicas, su apariencia era demasiado distinta, demasiado alejada de la original. Y no estaba dispuesto a sacrificar los puntos —y la adoración por sus recién descubiertos deseos— por alguien que tuviera un aspecto completamente diferente. No importaba lo cerca que estuviera el segundo puesto. No, la tercera Jessica tenía que ser alta, delgada, morena y de ojos castaños. Cualquier otra cosa no serviría. El juego acababa de cambiar. Él también lo haría.

Poco a poco se estaba enfureciendo. Pasaba un poco de la hora de comer y tenía el portátil abierto en la tabla de clasificación. Las actualizaciones en directo se filtraban cada vez que el servidor se refrescaba, cada diez minutos. Y en las últimas cuatro horas, el segundo puesto había logrado ganar otros quinientos puntos. La distancia se reducía. Y el tiempo se agotaba.

Necesitaba ampliar sus horizontes. Ir más lejos. Incluso si eso iba en contra de las reglas y condiciones de la liga. Si iba a demostrar su valía ante S, tendría que actuar por su cuenta, encontrar a alguien fuera del círculo.

Cogió su jersey del respaldo de la silla y salió, acomodándose el pene contra la pierna. Sabía perfectamente a dónde ir.

CAPÍTULO 32

DIAMOND GEEZERS

Carpenters Road bullía de vida. Los coches se deslizaban a toda velocidad por la calle concurrida. Curiosamente, el sonido de los neumáticos rodando sobre el asfalto lo calmaba. Quizá le recordaba a cuando era más joven y sus padres lo llevaban en coche al camping más cercano para las vacaciones familiares, donde lo golpeaban, y su madre abusaba sexualmente de él en la parte trasera de la furgoneta mientras su padre miraba. Quizá le recordaba la vez que había quemado vivo a un gato callejero en su jardín y sus padres habían llamado a la policía, y lo habían llevado a comisaría en la parte trasera del coche patrulla. O quizá le recordaba la vez que iba en la parte trasera del coche con su madre y su padre camino del hospital, conduciendo al doble del límite de velocidad, y se había bajado los pantalones y había orinado por todas partes antes de que ambos acabaran lanzados a través del parabrisas después de chocar contra un camión. Todos esos episodios eran ejemplos de tiempos más felices, tiempos emocionantes —tiempos donde, en esos instantes, estaba fuera del caos de su vida de mierda y podía disfrutar de lo que pudiera.

Lester estaba de pie al lado de la carretera con la gorra de plato bien calada sobre la cara y la cabeza gacha. A veinte metros delante de él había una cabina telefónica. Se dirigió hacia ella, abrió la

puerta y se metió dentro. Metió la mano en el bolsillo y encontró una moneda de 50 peniques.

Había utilizado este lugar antes. Siempre que había algún problema con su teléfono desechable y necesitaba contactar con S, venía aquí. Era aislado, discreto, imposible de rastrear y, lo más importante, prácticamente sin usar. Estaba seguro de que no había visto a nadie usar una cabina telefónica en más de cinco años, pero eso no le impedía sentir gratitud de que aún existieran.

Encima del teléfono había un tablón de corcho. Tarjetas de negocios locales de taxis y oficios estaban fijadas con chinchetas, ofreciendo descuentos y programas de fidelización para usuarios frecuentes. Pero siempre había una que le llamaba la atención —una que era diferente de todas las demás.

La cogió.

La tarjeta era de un color rojo oscuro, y la silueta de una chica desnuda con estrellas doradas sobre su entrepierna y pezones, en una postura evocadora, le devolvía la mirada. La empresa se llamaba «Diamond Geezers» y había un número de móvil en la parte inferior.

Lester introdujo el dinero en la máquina, marcó el número y esperó. Se balanceaba de un lado a otro y echaba cautelosas miradas por las ventanas, no fuera a ser que viera a alguien que conociera. Su mano temblaba ligeramente mientras sujetaba el auricular contra su oído.

—Hola —respondió una persona al otro lado. Era un hombre, y sonaba bastante despectivo en tono —casi desinteresado.

—Hola… ehhh… me preguntaba… me preguntaba qué tipo de servicios ofrecéis.

—¿Tienes algún consejo que recomendar?

Lester se quedó helado. Confundido, dijo tímidamente: —¿Sí?

—Un momento, por favor.

La línea se cortó, y por un momento Lester pensó que había malgastado los 50 peniques. Pero entonces, después de unos segundos, la línea se restableció. Esta vez era una voz diferente, más áspera que la primera.

—¿Cuál es tu deseo del corazón? —preguntaron. Tenía un acento extranjero fuerte que Lester identificó como ruso o de Europa del

Este. —Negras. Asiáticas. Blancas. Gordas. Delgadas. Jóvenes. Viejas.

Lester quedó sorprendido. No había esperado poder elegir de una selección tan amplia. Todo había cambiado en ese momento porque ahora podía perfeccionar su elección.

—Blanca —comenzó—. Alta. Delgada.

—Sí.

—Joven. Cabello castaño.

—¿Qué tan joven?

—Mediados de los veinte.

—Hmm… Eso no es tan joven como lo que ofrecemos. ¿Algo más?

—¡Sí! —gritó Lester, permitiendo que la emoción se apoderara de él—. ¡Su nombre debe ser Jessica!

—¿Qué?

—Su nombre —repitió Lester—. *Debe* ser Jessica. Debe llamarse Jessica, o no la quiero.

Hubo una pausa. El sudor traspasaba su piel.

—Ah, sí. He encontrado la chica perfecta. Es una de nuestras favoritas. Te gustará. Pero tendrás que conseguirla rápido. Está muy ocupada.

—¿Esta noche? ¿Puede venir esta noche? Pagaré lo que sea.

—Quinientas libras. Jessica. Una noche. Esta noche. Ella lo hará todo.

—¿Todo? —repitió Lester. Se mordió el labio y se pasó la lengua por los dientes.

—Todo lo que tu corazón desee.

—Tenemos un trato. Todo en efectivo. Dame su dirección.

—No. Ella irá a ti. Todo parte del s—

—Escúchame —interrumpió Lester—, dame su dirección. Dile que estaré allí a las 9 de la noche, y te pagaré mil libras. Si me dejas hacer esto, te garantizo que vuelvo y compro más de tus chicas por una noche.

El hombre al otro lado dudó. Pasó bastante tiempo antes de que hablara de nuevo.

—OK. Te doy la dirección. Mil libras. Todo en efectivo. Una noche. ¿Todo?

—Todo.

CAPÍTULO 33

EL ASESINO DE STRATFORD

—Ya era puta hora de que llegaras. ¿Dónde te habías metido?

Jake estaba sin aliento. Acababa de correr desde el coche hasta la comisaría y luego había subido cinco tramos de escaleras hasta la sala de prensa.

—Tráfico —le dijo a Garrison mientras permanecían en el pasillo.

El sonido de una discusión sorda y distorsionada llegaba desde el otro lado de la puerta entreabierta que tenían al lado. Jake echó un vistazo y vio a Liam y al subcomisario sentados a la cabecera de la sala. Había un sitio vacío junto a Liam. Detrás de ellos se alzaba una gran pared azul oscuro con el emblema de la Policía Metropolitana blasonado. Sus rostros se iluminaban intermitentemente mientras la prensa y los medios de comunicación les lanzaban ráfagas de fotos.

—Te están esperando —dijo Garrison, dándole un ligero empujoncito en el hombro.

—¿Qué?

—Se suponía que iba a hacerlo Drew, pero le han llamado para otra cosa. Ahora es tu momento de brillar.

Antes de que Jake pudiera asimilar lo que Garrison acababa de decir, su colega abrió la puerta y lo hizo pasar. Al instante, los flashes de las cámaras y los fotógrafos lo cegaron. Aturdido, avanzó a trompicones hacia la mesa y sacó una silla al lado de Liam.

Intercambiaron una mirada rápida mientras Jake se sentaba. Su jefe no hizo ningún esfuerzo por ocultar la frustración en su expresión.

Liam se inclinó tras Jake y le susurró al oído:

—Espero que tengas algo con lo que alimentarlos. Están muertos de hambre.

La mirada de Jake revoloteó de izquierda a derecha, recorriendo a las diversas personas de la sala que buscaban en él respuestas que no tenía. El cuerpo se le quedó frío y se le puso la piel de gallina. Por el rabillo del ojo, Jake vio que el subcomisario Richard Candy levantaba la mano. El gesto captó la atención de todos los presentes y el silencio no tardó en hacerse, salvo por el sonido de los traseros acomodándose en los asientos y algún carraspeo suave.

—Gracias —dijo Candy, bajando la mano—. Gracias por su paciencia y por estar aquí. Vamos a comenzar. —Resopló antes de continuar—. El diecisiete de mayo, Steven y Jessica Arnholt fueron asesinados de manera brutal y sádica. Sus familias ya han sido informadas y la galería de arte donde fueron asesinados sigue siendo una escena del crimen activa. El asesino continúa prófugo, aunque tenemos varios sospechosos y testigos que están cooperando con el servicio y las autoridades locales para ayudar a dar con el atacante.

Candy hizo una breve pausa para tragar saliva.

—Anoche, día diecinueve, una mujer joven, Jessica Mann, fue asesinada en circunstancias similares. Una vez más, sus familiares y amigos han sido informados y nuestro oficial de enlace familiar está trabajando estrechamente con ellos para ayudarlos a superar este momento trágico y difícil. Estamos casi seguros de que se trata del mismo atacante.

Jake observó con atención cómo el subcomisario Candy giraba la cabeza lentamente, como un búho, lanzando su mirada ominosa por toda la sala.

—Ahora aceptaremos preguntas.

Casi en cuanto Candy terminó, la sala estalló cuando los hambrientos reporteros agitaron las manos suplicando ser los primeros en hablar. Los flashes empezaron de nuevo, cegando a

Jake de inmediato. Había tantos que no sabía hacia dónde mirar. Le costaba mantener los ojos abiertos. Era la primera rueda de prensa a la que asistía y esperaba que, si todas eran así, sus experiencias en ellas fueran muy escasas.

—Subcomisario, ¿cree que el asesino volverá a atacar?

—¿Qué vincula estos dos asesinatos? ¿Por qué está tan seguro de que están conectados?

—¿Quiénes son sus principales sospechosos? ¿Qué pistas tienen?

—¿Qué hará...?

—¿Quién cree...?

—¿Por qué es...?

Era implacable. El vaivén. El hablar unos por encima de otros. El bombardeo constante de palabras, flashes y sonidos desde todos los ángulos. A Jake le costaba hasta oír sus propios pensamientos.

Una jefa de prensa civil apareció a la izquierda de Jake. Iba vestida de forma elegante y llevaba el pelo recogido en un moño. En los brazos, apretada contra el pecho, llevaba una tableta. Señaló con el dedo a la multitud. Todo el mundo guardó silencio. La reportera que había elegido para hablar primero esperó pacientemente hasta que el furor se calmó. Al menos ahora había cierto sentido del decoro en medio de la animosidad que había presenciado solo unos instantes antes.

—Nina Partridge, de ITV News. ¿Qué líneas de investigación tienen abiertas en este momento? ¿Y qué tan cerca están de encontrar al asesino?

La sala se quedó callada mientras todos esperaban una respuesta. Al principio, no llegó. Y entonces Jake comprendió por qué: Candy y Liam lo miraban fijamente, igual que, a esas alturas, hacía toda la sala.

Jake miró al mar de gente, perdido. Entonces le invadió una mareante sensación de claustrofobia, como si las cuatro paredes se le echaran encima. Hablar en público nunca había sido uno de sus fuertes; una vez, durante una presentación en el instituto, sudó profusamente y casi se desmayó, y nunca llegó a recuperarse socialmente de aquello. Cada vez que estaba ante una multitud, su ansiedad aumentaba exponencialmente. Para empeorar las cosas,

sabía que sus respuestas se emitirían en la televisión nacional, lo que le permitiría martirizarse por el más mínimo error. Tragó saliva, intentando ignorar las capas de sudor que se le formaban en las palmas de las manos y en la nuca.

Estaban esperando. Y no se irían a ninguna parte hasta que obtuvieran una respuesta.

—En este momento... —Se atragantó y aclaró la voz—. En este momento... no podemos c-confirmar qué pistas tenemos, ya que son s-sensibles a la naturaleza del caso. —Se frotó los dedos contra las palmas y, a medida que las palabras salían, logró relajarse un poco —. Prevemos que el caso se resolverá y que el asesino será detenido p-pronto.

Cuando Jake terminó, se produjo otra oleada de actividad por parte de los periodistas. La mujer a la izquierda de Jake eligió a otra candidata para hablar y la sala volvió a quedar en silencio.

—Dayna Roberts, de Channel 5 News. ¿Qué opina de que el asesino haya sido apodado el Destripador de Stratford? ¿Cómo pueden estar seguros de que *es* el mismo asesino? ¿Y qué vincula los dos asesinatos?

Jake esperó, con la esperanza de que Liam o Richard respondieran. No lo hicieron.

Se frotó las palmas de las manos.

—N-no tenemos n-ningún comentario sobre el apodo del asesino de Stratford. Hacerlo alimentaría el ego del asesino. El asesinato de Jessica M-Mann presenta ciertos matices que se correlacionan con las muertes de Jessica y S-Steven Arnholt. Por discreción pública, no entraré en detalles, pero hay ciertas c-características que conectan ambos crímenes.

—¿Y qué harán si el asesino vuelve a atacar? —preguntó Dayna Roberts.

Esta vez Jake ni siquiera esperó a que los demás contestaran; sabía que no lo harían.

—Nada va a obstaculizar nuestra investigación. No hay forma de saber si el asesino volverá a atacar. Por supuesto, esperamos que no lo haga, pero si ocurre, estaremos armados con más pruebas y más pasión para atraparlo.

—Entonces, ¿está diciendo que en este momento falta pasión? —preguntó alguien entre la multitud. Se puso en pie y se presentó como Tanya Smile, de BBC News—. ¿Es por eso por lo que aún no han encontrado al asesino, porque no les "importa" lo suficiente?

—N-no. Eso n-n-no es lo que... No quería... No quería decir... —Jake se estaba asfixiando. Había metido la pata y no veía ninguna salida cerca—. Creo... Siento... Sé que hay mucha pasión...

—¿Demasiada? ¿Está nublando su juicio? —continuó Tanya.

Jake sentía sus palabras como un hierro candente que lo marcaba.

—¿Es usted el hombre adecuado para el puesto? ¿Son ustedes el equipo adecuado? ¿Qué va a pasar con las dos Jessicas y con Steven? ¿Van a dejar que su asesino ande libre porque no les *importa* lo suficiente?

Jake parpadeó frenéticamente, intentando ignorar a todos los presentes. Deseaba que se marcharan, pero no lo hacían; cada vez que abría los ojos, los reporteros, las cámaras y los flashes seguían allí, grabándose en sus retinas. Sentía sus miradas vitriólicas perforándolo mientras sus mentes urdían los titulares de los periódicos de mañana.

«Sin esperanza: el caso y los policías que lo llevan».

«Si a ellos no les importa, ¿por qué debería importarnos a nosotros?».

«El Destripador de Stratford petrifica la pasión de la policía».

Jake sintió la mano de Liam en su hombro.

—Es suficiente, señoras y señores —dijo el subcomisario Candy de fondo, con la voz ahogada por la excitación generada por las torpezas de Jake—. Eso ha sido todo por hoy. Gracias por su tiempo.

Liam agarró a Jake del brazo y lo levantó de la silla para sacarlo de la sala.

—Bien hecho, colega —dijo Liam, volviendo a tocarle el hombro, aunque esta vez con menos violencia cuando salieron al pasillo—. Nos has hecho parecer bastante competentes. ¡Supongo que ahora lo único que pensarán es que aquí no hacemos más que rascarnos los huevos!

Candy salió por la puerta y la cerró de un portazo tras de sí. Solo estaban los tres. La respiración de Jake resonaba en las paredes.

El subcomisario levantó el dedo en el aire.

—Me he quedado sin palabras. Liam, me trajiste aquí bajo la impresión de que esta investigación estaba en buenas manos. Pero nunca en mi carrera profesional he visto a alguien cometer un error tan grande y seguir cavando en la puta mierda cada vez más hondo. Primer aviso, detective Tanner. Primer aviso.

Candy se alejó por el pasillo a toda prisa y giró a la izquierda hacia una de las salas contiguas. Jake esperó a que la puerta se cerrara antes de protestar.

—¡Podrías haber ayudado! —le dijo a Liam. Estaban a pocos centímetros uno del otro y Jake sentía la ira y el resentimiento de Liam emanando de sus poros.

—Tú eres el que tiene todas las pruebas. El único motivo para que te sentaras ahí con nosotros era para que pudieras hablarles de Archie Arnold, y ni siquiera has sido capaz de eso. —Liam caminó de un lado a otro, se detuvo y se puso las manos en las caderas—. Por cierto, ¿qué has descubierto? ¿Alguna información?

Jake negó con la cabeza. Se había estado preparando para esto. En el camino de vuelta de su encuentro con Bridger, había ideado un plan sobre qué contarle a Liam.

—Nada —dijo Jake. Tragó saliva y esperó, esperando una reacción. No hubo ninguna, así que continuó—: Archie Arnold no estaba allí. Encontré a su primo y me dijo que ya se había marchado. Intenté buscarlo pero no pude encontrar nada.

—¿Entonces qué has estado haciendo todo el tiempo que estuviste allí?

—Buscándolo...

—Sin éxito.

—Sí.

—Dios bendito, Jake. Pensaba que ibas a ser bueno en esto. Había oído cosas muy positivas sobre ti. Cuando vi tu nombre en mi escritorio con esas solicitudes de traslado, pensé: «por fin alguien que puede aportar algo al equipo». Pensé que tenías ganas, interés por demostrar tu valía y por triunfar...

—Lo tengo —dijo Jake.

—No me interrumpas. —Liam levantó una mano, descartando la réplica de Jake—. Pensé que te convertirías en un miembro del equipo totalmente funcional, capaz de llevar tu carga mientras los demás se ocupan de la suya. Pero me has decepcionado. Muchísimo.

Liam hizo una pausa, metió la mano en el bolsillo y miró un mensaje de texto.

—Bien —continuó—, quiero que te quedes hasta tarde esta noche. Quiero que seas el último en salir de la oficina. Tienes mucho que compensar.

CAPÍTULO 34

NECESIDAD

La noche se acercaba. Pero Lester no podía esperar al amparo de la oscuridad. Estaba demasiado impaciente. Necesitaba salir, ya mismo. Necesitaba participar en la Comunión. Su puntuación estaba perdiendo fuerza rápidamente en las encuestas y tenía mucho que recuperar. Aunque su próxima víctima no fuera estrictamente un miembro de La Comunidad, estaba seguro de que más tarde podría llegar a algún tipo de acuerdo con S. El viejo era tan depravado como él, y confiaba en que S no tendría reparos en ver las pruebas. Lo justo era que, a cambio, le diera puntos.

En las manos sostenía un trozo de papel con la dirección de Jessica. Deslizó los dedos por los bordes, disfrutando de la sensación punzante cada vez que el canto le cortaba la piel.

Lester consultó su reloj. Todavía faltaba una hora.

Se preguntó si a ella le importaría que llegara antes de tiempo. ¡A la mierda! ¿Qué más daba? Al final de la noche iba a estar desnuda de todos modos. ¿Qué diferencia había si la pillaba así un poco antes de lo previsto?

Había llegado el momento.

Lester cerró su ordenador portátil, cogió la cartera y las llaves y salió por la puerta. Se dirigía a Clapton, a unos pocos kilómetros, cerca de Hackney Marshes. Había planificado la ruta de antemano;

de hecho, a los pocos minutos de hablar con el hombre de Europa del Este que le había dado la dirección de Jessica. Tendría que coger el servicio de Overground desde la estación de Stratford hasta Hackney Central y luego hacer el resto del trayecto a pie. Tardaría treinta minutos en total, y aun así llegaría con mucho tiempo de sobra. Era arriesgado estar a la intemperie. Exponerse. Iba en contra de todo lo que S le había enseñado. El anonimato es la máscara del engaño y la corrupción, le había dicho S siempre. Y ahora estaba rompiendo la regla de oro. Pero no podía negar las Atrocidades que bramaban en su interior. No podía negar a la bestia que ya le había cogido el gusto a sus tendencias lascivas. El sentimiento era demasiado fuerte y no podía esperar a que se apoderara de él de nuevo. Ya se había preparado con su rutina de ejercicios y masturbación. Ahora su testosterona estaba por las nubes.

Lester llegó a la estación de Stratford pocos minutos después de salir de casa, compró el billete y subió al andén con paso alegre. Estaba desierto, a excepción de un adolescente con capucha que llevaba una bolsa de deporte al hombro. Tenía unos auriculares puestos y tecleaba en la pantalla de su teléfono. Lester se desplazó al otro extremo del andén, lo más lejos posible del chico, manteniendo la cabeza baja, y esperó a que llegara el tren.

Nueve minutos después, entró en Hackney Central, donde comenzó el siguiente tramo de su viaje: una caminata de veinte minutos hasta la dirección de Jessica. La estación estaba en calma. El aire estaba en calma. Las calles estaban en calma.

Llegaría allí en un abrir y cerrar de ojos.

Al salir de la estación, tiró el billete de tren a la papelera.

Ya no le servía para nada.

CAPÍTULO 35

L DY CO K

Jessica la Prostituta vivía en una casa flotante en el canal de Hackney Cut. Estaba amarrada en el extremo norte de Hackney Marshes, uno de los pulmones verdes de Hackney, y Lester había llegado allí en menos de veinte minutos tras salir de la comisaría.

Estaba de pie en medio del puente que cruzaba el río, vigilando, esperando, observando. La zona estaba vacía, desolada, y no había nadie a la vista, tal y como esperaba a esas horas de la noche. El río no era gran cosa; tenía unos pocos metros de ancho, como mucho, y estaba sembrado de maleza, juncos, botellas de plástico, bolsas de patatas y otros desperdicios que la gente era demasiado vaga para tirar a la papelera. Por encima de su cabeza colgaban esqueletos de ramas y hojas que casi lo sumían en la oscuridad absoluta. La barca de Jessica era larga —Lester calculó que de unos veintiún metros— y estaba mal cuidada. Por lo que alcanzaba a ver bajo la tenue luz del sol poniente que se asomaba entre las ramas, el friso estaba decrépito y se caía a pedazos. El óxido había empezado a formar montañas en la parte inferior, y al nombre de la embarcación le faltaban algunas letras. Se leía: L DY CO K.

Desde su posición ventajosa, era capaz de distinguir dónde estaban el salón, la cocina y también el dormitorio. Al fondo del todo, en el medio y en el extremo más cercano, respectivamente.

Las luces estaban encendidas en cada una de las estancias, y notó una sombra pasar fugazmente tras las ventanas mientras Jessica se movía por su casa, tentándolo desde el otro lado de las cortinas.

Lester ya había esperado bastante. Era hora de hacerle una visita.

Cruzó el puente, recorrió el camino de grava y luego pegó el oído a la puerta de la barca. El retumbar de la música emanaba del interior, pero en cuanto llamó, cesó. Hubo una larga pausa. Luego volvió a llamar.

Esta vez la puerta se abrió. Jessica llevaba un albornoz apretado al cuerpo. Era de un material fino —seda o nailon— y Lester vislumbró sus pezones a través de él. No le causaron ninguna impresión. Observó los pormenores de su rostro. No se parecía en nada a las otras dos. Seguía siendo alta, delgada y tenía el pelo castaño, pero había algo diferente en su cara, algo que no terminaba de descifrar. Quizá fuera la nariz. Las cejas. Los intrincados poros y el vello sobre su labio superior y sus mejillas. Pero... de todos modos, ya era demasiado tarde para echarse atrás. Servía.

—¿Jessica? —preguntó Lester.

Jessica retrocedió un poco. —¿Steven?

—Sí —mintió él—. Soy yo.

—¿Traes el dinero?

Lester jadeó. —¿Tan pronto? Ni siquiera hemos llegado a conocernos todavía.

—Me gusta asegurarme de que mis clientes tienen el dinero primero. Es pura lógica empresarial.

—En *eso* sí puedo estar de acuerdo —dijo Lester, sonriendo. Buscó en su bolsillo trasero, sacó la cartera y extrajo un cheque. Estaba extendido por quinientas libras. La mitad para ti. La otra mitad para el hombre que hizo el trato. Eso es lo que acordamos.

—Un cheque. ¿En serio? Pensaba que se habían extinguido —dijo Jessica, arrebatándoselo.

Lester se lo volvió a quitar y dijo: —Muy bien, quédate sin el dinero entonces.

Ella lo recuperó de un tirón, casi rompiendo la parte superior del papel. —Quédate sin el sexo entonces. —Jessica se lo guardó en el

escote y lo invitó a entrar. Lester se agachó al acceder y sintió que la barca se hundía bajo su peso.

—Llegas pronto —dijo ella—. Estaba terminando de maquillarme.

Lester se quedó parado con torpeza en el estrecho pasillo. Era tan pequeño que sentía como si las paredes se le echaran encima.

—No me importa. De todos modos, no voy a verte mucho la cara.

Jessica lo llevó al dormitorio, a la izquierda. La habitación era de color rojo. Las cortinas estaban echadas y había una manta roja de felpa sobre el edredón. Un espejo colgaba del techo.

Lester lo señaló. —¿Eso es para placer tuyo o mío?

—Para ambos. —Se quitó el albornoz y lo empujó sobre la cama —. ¿Cómo te gusta?

—Salvaje.

—Eso puedo manejarlo —dijo Jessica, guiñándole un ojo.

Lester se levantó de la cama. —¿Dónde tienes el baño? Quiero vaciar el depósito antes de empezar.

—Está... esto... al otro lado, pasada la cocina. A tu derecha.

Lester le dedicó una sonrisa antes de salir del dormitorio. Recorrió con cuidado la longitud de la barca, manteniendo los ojos bien abiertos en busca de una hoja. Se había convertido en otra de sus costumbres: usar las armas de sus víctimas contra ellas; que tropezaran y cayeran a merced de sus propias espadas. En su mente, resultaba curiosamente poético.

Unos segundos después, Lester encontró un cuchillo en la cocina, apoyado sobre la encimera junto a un par de limones pelados y una jarra de agua. Era pequeño —mucho más de lo que estaba acostumbrado—, pero bastaría. Si estaba lo bastante afilado para pelar un limón, lo estaba para rebanar un cuello.

Lester pasó de largo la cocina y entró en el aseo. Allí, un cepillo de dientes yacía abandonado en el lavabo, con manchas de pasta de dientes en el espejo. Esperó allí un momento, fingiendo que orinaba. Transcurridos treinta segundos, tiró de la cadena, fingió lavarse las manos y salió.

Tras cerrar con cuidado la puerta del baño tras de sí, Lester echó un vistazo a lo largo de la barca. Jessica no estaba a la vista; se oía un crujido procedente del dormitorio. Caminó de puntillas por el

pasillo y se metió en la cocina, agarró el cuchillo y se lo guardó en los pantalones antes de volver hacia el dormitorio.

—¿Todo listo? —preguntó, apoyándose en el marco de la puerta.

—Lista cuando tú quieras. —Jessica se sentó en el borde de la cama y dio unas palmaditas en el edredón para que Lester se uniera a ella—. ¿Qué te gustaría hacer primero?

—Tengo una idea en mente.

Lester cruzó el umbral de la habitación —era el momento: ya no había vuelta atrás—, agarró a Jessica por el hombro y la obligó a ponerse a cuatro patas. Ella soltó un leve grito cuando la fuerza de Lester la arrolló. La mayoría de sus encuentros de la Comunión se habían visto sorprendidos por su fuerza bruta, y era halagador saber que esta Jessica no era diferente.

Se subió a la cama y echó la mano atrás. Mientras su mano aferraba el cuchillo de cocina y lo sacaba del bolsillo, Jessica miró hacia atrás. Sus ojos se agrandaron al posarse en la hoja demoníaca, por la forma en que reflejaba la luz sensual de la habitación. Jessica fue la primera en reaccionar. Soltó una patada que impactó en los testículos de Lester. Él salió despedido de la cama y se golpeó la espalda contra un armario de madera. Al instante, Jessica bajó de la cama, agarró su albornoz del suelo y salió pitando del dormitorio. Lester recuperó la compostura y fue tras ella. Ella ya estaba fuera de la barca cuando Lester logró ponerse en pie, y él supo que debía ser rápido. La escasa luz haría que pronto la visibilidad fuera mala, y bajo el manto de los árboles, sería nula.

Lester desembarcó y persiguió a Jessica. Ella había girado a la izquierda y corría por la orilla del río. Gritó de dolor cuando las piedras bajo sus pies le desgarraron la piel. Eso la ralentizó sobremanera y, en cuestión de segundos, Lester la alcanzó.

La rodeó por la cintura con el brazo desde atrás y le hundió la hoja en el cuello. Había clavado el cuchillo tan profundamente en su garganta que, a pesar de su longitud, parecía haber salido por el otro lado. Durante un breve instante, Jessica forcejeó, pero todo terminó en pocos segundos. Tenía las manos y los brazos cubiertos de su sangre, y el cuerpo de ella se sentía pesado contra el suyo. Un

peso muerto. Extrajo la hoja del cuello y dejó que el cuerpo cayera al suelo. Aterrizó con un golpe seco.

Lester se detuvo para mirar a ambos lados del camino. Estaba vacío; no había paseadores de perros nocturnos ni gente practicando *cruising* que pudieran interrumpirlo. Se enfrentaba a dos opciones. Primera: arrastrar a Jessica al dormitorio y hacer allí todo lo que había planeado para ella; o segunda: ahorrarse la molestia de arrastrarla de vuelta a la barca y hacerlo allí mismo por el puro placer intensificado que le proporcionaba.

Lester optó por la segunda opción.

Antes de empezar, le extrajo la lengua de la garganta y se la guardó en el bolsillo. Dejó los dedos para más tarde.

Ahora, podía comenzar.

CAPÍTULO 36

REG 13

—¿Cuánto tiempo más vas a tardar? —preguntó Elizabeth.

Jake suspiró al otro lado del teléfono. —No mucho, espero. Intentaré terminar lo antes posible, pero cuando tienes al peor asesino en serie desde Jack el Destripador en tu distrito, hay muchísimo que hacer.

Jake recorrió la oficina con la mirada. Eran las diez de la noche y a esas horas el despacho se había vaciado. Salvo por uno. Drew. Y durante la última hora, Drew no había hecho más que quedarse sentado fingiendo que trabajaba en el ordenador. No hacía falta ser un genio para comprender que solo estaba allí para prolongar el castigo de Jake por su error anterior.

Las repercusiones del mal juicio de Jake durante la rueda de prensa habían sido inmensas. En cuestión de horas, las mentiras se habían extendido como veneno, diciendo que a la policía no le interesaba el caso y que se estaban relajando hasta que apareciera el siguiente cadáver. Pero la realidad de la situación era que estaban haciendo todo lo posible, que estaban trabajando lo más rápido que podían. Aunque... mientras Jake permanecía allí sentado con la mirada perdida, se cuestionó si eso era necesariamente cierto. ¿Había hecho *él* todo lo posible? ¿Se había dejado *él* la piel para acercarse al asesino? No. Había pasado unas cuantas horas del día

persiguiendo a Bridger, centrando sus esfuerzos en The Crimsons cuando no tenía derecho a ello. Y aquello no era aceptable. Especialmente ahora que Bridger había dejado su vida en manos de Jake y este ya no podía acercarse a Danny y Michael Cipriano sin poner en riesgo la vida de Bridger. No tenía más remedio que centrar todos sus esfuerzos en el Destripador de Stratford. Pero ¿cómo?

Las consecuencias de su metedura de pata serían, sin duda, graves para su carrera. Con su error, había cambiado la percepción pública del Servicio de Policía Metropolitana. Si el público no podía confiar en que Jake y el resto del equipo encontraran al asesino, ¿en quién lo harían? Pero no era solo que el público ya no pudiera confiar en ellos; la desconfianza llegaba más lejos. Hasta las altas esferas de la Met. ¿Cómo iba a concentrarse con toda esa paranoia dándole vueltas en la cabeza?

—Jake —llamó una voz—. Jake.

Era Elizabeth. Poco a poco lo estaba sacando de su ensimismamiento.

—Jake, ¿estás ahí?

—Qué... ah... sí, perdona.

—Es la segunda noche consecutiva, Jake. Por favor, no llegues demasiado tarde —dijo Elizabeth—. Te echo de menos. Maisie te echa de menos. Quería que le leyeras algo para dormir esta noche.

El corazón de Jake se enterneció. —Lo siento, Liz. De verdad que lo siento. Intentaré llegar a casa lo antes que pueda.

—Está bien. Nos vemos cuando llegues. Envíame un mensaje cuando estés de camino.

Y eso fue todo. Elizabeth colgó y dejó a Jake con el sonido del tono de desconexión resonando en su oído.

En la esquina de la sala, Drew estornudó, se levantó de la silla y se dirigió a la impresora. Jake lo observó con suspicacia.

—¿Te queda mucho tiempo? —le gritó.

Drew ignoró su pregunta. En su lugar, cogió las hojas de la impresora, les puso una grapa en la esquina superior izquierda y caminó hacia Jake.

A continuación, dejó los documentos sobre el escritorio de Jake.

—¿Qué es esto? —preguntó Jake, sosteniendo los papeles en sus manos.

—Una notificación de la Regulación 13 —dijo Drew mientras volvía a su propio escritorio y cogía las llaves del coche—. Si por mí fuera, la habrías recibido hace mucho tiempo, así que deberías considerarte afortunado. Ya conoces el procedimiento. Diez días para responder. Prepara tus pruebas. Prepara a tu colega de la policía. Y supongo que nos veremos en tu reunión de rendimiento. Pasa una buena noche, Jake. Saluda a la mujer de mi parte.

PARTE 4

CAPÍTULO 37

ENFERMEDAD

Jake aporreó la puerta del despacho de Liam repetidamente hasta que le dolieron los nudillos. Estaba furioso, y sus emociones no hacían sino amplificarse por el cansancio; no había pegado ojo en toda la noche. Una hora, como mucho. Las otras seis se las había pasado dando vueltas en la cama, mirando al techo y luego a Elizabeth. Ella ya estaba dormida cuando Jake llegó a casa. Al parecer, no se había quedado despierta mucho tiempo después de su llamada telefónica.

Mientras la observaba, había empezado a sopesar las implicaciones del aviso. Era un expediente por su rendimiento, lo que significaba que estaba en situación de incumplimiento inmediato del Código Ético y de la Ley de Normas de Rendimiento Policial, aquella por la que se había regido durante tanto tiempo. Sabía que no supondría el fin de su carrera —el peor de los casos sería una Notificación de Mejora por Escrito—, pero también sabía que constaría en su expediente y que empañaría sus posibilidades de trasladarse a otro equipo o cualquier futuro ascenso al que quisiera optar. Solo llevaba unos años en el cuerpo y no podía creer que ya le estuvieran aplicando un Reg 13. Era vergonzoso y le hacía sentirse insignificante, inútil, como una mierda. Había fallado a todo el mundo —a Elizabeth, a Maisie, al hijo que esperaban, a su madre, a

todos— y nunca antes se había sentido tan pequeño e irrelevante. Su carrera no había hecho más que empezar, comenzaba a desarrollarse y a florecer tal como él había esperado. Y ahora le entregaban esto.

Los nudillos de Jake volvieron a golpear la puerta, esta vez con más fuerza. Las persianas de Liam estaban bajadas y seguía sin haber respuesta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó una voz a su espalda.

Era Drew.

—¿Dónde está Liam? —preguntó Jake, girándose hacia su colega.

—El inspector jefe Greene para ti —corrigió Drew—. No va a venir hoy. Ha surgido algo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque existe una cosita maravillosa llamada confianza. ¿Tal vez has oído hablar de ella?

Jake ignoró el aborrecible sarcasmo de Drew y se dirigió apresuradamente a su mesa. Lanzó la notificación sobre el escritorio y se llevó las manos a la cabeza.

—Sabes que, si de eso es de lo que quieres hablar, podemos comentarlo tú y yo —dijo Drew.

—Prefiero que no —respondió Jake, con la cabeza baja.

—Quieres saber de qué se trata. Sé que sí. Si no, ¿por qué estarías aporreando la puerta de Liam a las ocho de la mañana cuando sabes de sobra que nunca llega antes de las nueve?

—Prefiero esperar a que llegue él —espetó Jake.

—¿Es que no me has oído? Te acabo de decir que no va a venir hoy. No inspiras confianza *y encima* estás sordo... ¡ay!, ¿qué vamos a hacer contigo?

Jake golpeó la mesa con las manos. —¿Qué podría ser más importante que Steven y Jessica Arnholt... Jessica Mann? ¿Eh? ¿Qué podría ser más importante que esto? —Jake agitó el Reg 13 en el aire.

El rostro de Drew se contrajo. Se mordió el labio y negó con la cabeza. —No te enteras de nada, ¿verdad?

—¿Qué? —dijo Jake, manteniendo su aire de desafío.

—No todo gira en torno a ti. Ni siquiera entiendo por qué necesitas hablar con él sobre esto; te enterarás de todo durante la reunión.

—Voy a recurrir, que lo sepas.

—No lo harás. No puedes recurrir hasta que se haya tomado una decisión. Deberías saberlo; te lees todos los reglamentos como si fueran tus amigos. —Drew rodeó a Jake y se detuvo a su otro lado —. Pero no te van a servir de ayuda cuando de verdad la necesites, ¿verdad? No te van a ayudar cuando te estés muriendo por una enfermedad cruel y vengativa a la que le importa una mierda quién seas.

Jake hizo una breve pausa.

—¿Liam se está muriendo?

Drew no respondió, pero aquello fue respuesta suficiente para Jake.

—Yo... lo siento, yo... no lo sabía.

Drew volvió al lado derecho de Jake. —Hay muchas cosas que no sabes sobre ninguno de nosotros. Si sigues por ese camino, las cosas seguirán así.

Drew le dio la espalda y desapareció tras unas pesadas puertas dobles. Jake se reclinó en su silla y exhaló un profundo suspiro. Aquello era peor de lo que había pensado en un principio.

Pero antes de que pudiera darle demasiadas vueltas, su teléfono vibró. Respondió de inmediato.

—¿Está todo bien? —preguntó Jake sin dejar a Elizabeth ni un segundo para hablar—. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—Jake, Jake, Jake —empezó Elizabeth, hablando con respiraciones pesadas y exasperadas entre cada palabra. En cuanto Jake escuchó aquello, supo que no serían buenas noticias—. Tu madre me lleva ahora mismo al hospital.

—¿Qué? ¡Dios mío! ¿Por qué? ¿Vas a tener al bebé?

—No lo sé. Pero me duele mucho... —Gimió al otro lado del teléfono como para darle la razón.

—Vale. Muy bien. Voy para el hospital ahora mismo. Dile a mi madre que me llame cuando lleguéis.

CAPÍTULO 38

FALSA ALARMA

Jake aparcó frente al Hospital Universitario de Croydon y echó a correr hacia las puertas correderas de la entrada, olvidándose de cerrar el coche. El hospital estaba a pocos kilómetros de su casa, pero aún más lejos de la comisaría. Había tardado algo más de media hora en llegar a toda prisa, con la ayuda añadida de las sirenas azules durante el noventa por ciento del trayecto. Una vez dentro, Jake corrió hacia el mostrador de recepción, mostró su placa y finalmente lo condujeron hasta Elizabeth, en la planta de maternidad.

Estaba sin aliento y con las mejillas encendidas. Los nervios le habían atenazado todo el cuerpo durante el tiempo que había tardado en llegar —lo desconocido, la incertidumbre de todo aquello — y nadie se había molestado en darle ninguna actualización, por lo que solo era capaz de pensar que había ocurrido lo peor. Pero, en cuanto vio a Elizabeth descansando en la cama, se relajó un poco.

—¿Estás bien? —preguntó Jake al entrar en la habitación. Señaló el vientre de ella. ¿El bebé?

Elizabeth hizo un pequeño gesto de sobresalto cuando él se acercó.

—Jake, ¿qué haces aquí? ¿Y el trabajo?

—El trabajo puede esperar. Tú eres mi prioridad ahora mismo. ¿Qué está pasando?

Elizabeth tomó la mano de Jake y se la apretó, disparándole de nuevo los nervios. La última vez que había recibido un apretón así en un hospital fue de manos de su madre, cuando le dijo que su padre había fallecido.

—Nada. Todo está bien. Me dolía la barriga, pero los médicos han revisado al bebé y todo estaba bien. El bebé está sano. Yo estoy sana. No hay de qué preocuparse.

Jake se sentó en el borde de la cama, a la altura de las costillas de ella. Le estrechó la mano entre las suyas con fuerza. —Oh, Liz. Estaba muerto de miedo. ¿Por qué no me has llamado antes?

—No quería molestarte. Sé que estás estresado en el trabajo. No quería añadir más carga.

—Tonterías. Habría dejado lo que estuviera haciendo, sin problemas. Todo el mundo en el trabajo está al tanto de la situación. Ya lo sabes.

Ella sacudió la cabeza y aflojó el agarre sobre la mano de Jake. —No, no lo sé. No te he visto en estos últimos días. No me has hablado de ello; de nada, de hecho. Has estado demasiado ocupado. Te oí llegar anoche. Estabas llorando, ¿verdad? Lo oí todo, pero estaba demasiado cansada y cabreada contigo como para hacer nada al respecto. ¿Vas a decirme de qué se trataba, o se supone que también debo quedarme a oscuras sobre eso?

Jake bajó la cabeza avergonzado y luego miró a su alrededor. La habitación estaba vacía salvo por otra paciente en la esquina que estaba durmiendo.

—Lo sé —dijo él—. Me he portado fatal. Lo sé. Lo siento.

Entonces, justo cuando Jake terminaba de hablar, su madre entró en la habitación. Llevaba a Maisie en brazos.

—¡Papá! —exclamó Maisie, estirando los brazos hacia Jake. Él cogió a su hija de manos de su madre y la sostuvo en brazos. Sonrió radiante, un reflejo de la expresión de su hija, y le dio un beso en la mejilla. Sintió un hormigueo de calidez y felicidad por todo el cuerpo, y una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en su rostro, como si toda

idea de la discusión de hacía unos momentos se hubiera esfumado de su mente y nunca hubiera ocurrido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la madre de Jake, Denise.

—Cuando mi mujer me llama diciendo que va de camino a un hospital, creo que lo habitual es esperar que me presente —replicó Jake con brusquedad.

—A mí también me alegra verte, hijo. —Ella se acercó, le dio a Jake un beso en la frente y le pasó el brazo por la espalda. Su sarcasmo lo desarmó al instante.

Un breve silencio flotó en la habitación.

—He hablado con el médico —comenzó Denise—. Solo quieren hacer unas cuantas pruebas más. Asegurarse de que todo esté bien. Y luego te darán el alta...

—Yo te llevaré a casa —interrumpió Jake.

—Eh, vale —continuó Denise—. Por mí perfecto. ¿Te vas a quedar aquí ahora?

—Sí —dijo Jake, asintiendo. Le apretó la mano a Elizabeth. Detestaba que pareciera que su matrimonio con Elizabeth hacía aguas. El matrimonio de su madre y su padre había sido el ideal. Sonrisas. Risas. Abrazos constantes. Siempre hablando. Siempre pasando tiempo juntos. Siempre apoyándose el uno al otro. Jake había querido modelar su relación con Elizabeth siguiendo ese ejemplo, pero, como estaba aprendiendo, era mucho más difícil de lo que había planeado en un principio.

Denise sonrió. —¿Quieres que me quede un poco más?

—¡Sí! —gritó Maisie, agarrándose al hombro de Jake.

—No, no hace falta que... —empezó Jake.

—Sí —interrumpió Elizabeth—. Por favor, quédate. Me gustaría que lo hicieras.

—Lo que sea, cielo.

Jake observó cómo su madre rodeaba el pie de la cama y se colocaba al otro lado de Elizabeth. Justo cuando Jake abría la boca para hablar, le vibró el móvil. Puso los ojos en blanco y suspiró. Luego soltó la mano de Elizabeth, dejó a Maisie en el suelo y salió de la sala. Se puso el teléfono en un oído y se tapó el otro con un dedo.

—Tanner. —Era Drew y, por su forma de hablar, Jake supo que no eran buenas noticias.

—Inspector Richmond —dijo Jake, haciendo gala de cortesía ahora que le habían notificado el Reglamento 13.

—Ha aparecido otro.

—¿Otro? —dijo Jake, alzando la voz. Las enfermeras y el personal de limpieza que deambulaban por el pasillo se detuvieron y se giraron hacia él—. ¿Dónde?

—En Hackney. En el canal Hackney Cut. Cerca de las marismas. Me dicen que no es nada agradable.

—No sé si podré...

—No tienes elección. Date prisa y ven para acá.

Drew colgó.

Jake soltó un juramento en un susurro y se guardó el móvil. ¿Cómo iba a explicar esta? Después de todo lo que acababa de decirle a Elizabeth. Le iba a tocar compensarla mucho.

Jake regresó a la sala fingiendo una sonrisa, pero sabía que las dos mujeres de su vida podían ver a través de él. Se acercó a la cama de Elizabeth y abrió la boca para hablar, pero ella se le adelantó.

—Déjame adivinar: ¿tienes que irte? —preguntó Elizabeth suavemente.

Jake dudó antes de responder. —Lo siento, Liz.

—Está bien. Lo entiendo. Sabía dónde me metía cuando acepté casarme contigo. Pero no creas que lo olvidaré: ya estoy haciendo una lista.

Jake soltó una risita. —Tendré el móvil encendido en todo momento. Si pasa cualquier cosa, házmelo saber, ¿vale?

Elizabeth asintió.

Jake se volvió hacia su madre. —Asegúrate de cuidarla.

—Está perfectamente segura conmigo.

Jake se agachó junto a Maisie, que ahora jugaba con un vaso de plástico en el suelo. Se despidió de ella con un beso y se marchó a paso rápido.

Mientras subía a su coche y arrancaba el motor, Jake imaginó el día en que nacería su segundo pequeño milagro, y cómo tendría a

sus cuatro chicas favoritas en una sola habitación.

El pensamiento lo inspiró. Pero, por ahora, tenía otras prioridades.

CAPÍTULO 39

PROBLEMAS EN EL PARAÍSO

—Su nombre es Jessica-Anne Hart —empezó Drew—. Treinta y un años. Soltera. Su humilde morada era esa casa flotante de ahí arriba. —A lo lejos, a unos cien metros de distancia, una caja rectangular se balanceaba de lado a lado sobre el agua.

La lluvia azotaba el rostro de Jake; su fino impermeable le ofrecía poca protección contra los elementos, mientras el río bajaba torrencialmente y salpicaba por encima de los bordes de la orilla hacia la maleza y los arbustos.

Jake bajó la vista hacia sus pies.

Enterrada bajo la maleza, tumbada boca abajo, se encontraba la última víctima del asesino en serie. Su cabeza seguía unida al cuerpo, pero era evidente que habían intentado decapitarla; se habían realizado cortes de una pulgada de grosor y anchura, dejando al descubierto el cartílago y el inconfundible blanco mate del hueso. Se habían hecho más incisiones por el resto de su cuerpo. En forma de cuadrícula. En zigzag de izquierda a derecha. Un patrón de mosaico de carne y sangre. Y se había practicado una larga incisión desde las nalgas hasta el espacio entre las piernas.

—De todas las que hemos visto en los últimos días, ¿por qué siento que esta es la peor? —dijo Jake, sintiendo que su cuerpo empezaba a tener arcadas de nuevo.

Su afirmación fue recibida con silencio.

Garrison silbó a la izquierda de Jake. El hombre acompañaba a un perito judicial mientras examinaban la densa maleza junto a la orilla del río.

—Drew —llamó—, ven aquí, colega.

Drew se acercó a Garrison a zancadas, dejando a Jake atrás con Poojah.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Jake, acercándose al cuerpo, casi resbalando con la hierba mojada.

—Cuidado —dijo Poojah con una risita—. Dada su posición actual, es difícil de decir. No sabría decirte si se ahogó o si se desangró hasta morir.

—¿Dirías que estas heridas son coherentes con las anteriores?

Poojah asintió. —En cuanto al MO, sí. Le faltan los dedos y la lengua, pero la cabeza sigue pegada, aunque no ha sido por falta de ganas. Pero el resto de sus extremidades está en su sitio y no la han destripado como hicieron con Jessica Mann.

Jake reflexionó un momento.

—Los otros asesinatos han sido más limpios, más calmados, cometidos en la seguridad y la santidad del hogar de otra persona. Eran asuntos privados... pero esto se siente más abierto, más público. Quizá hubo un forcejeo. Ella se dio cuenta de lo que él tramaba e intentó escapar, pero él la alcanzó. —Jake se puso en cuclillas junto al cuerpo e inspeccionó sus muñecas—. ¿Son marcas de ligadura?

Poojah asintió.

—Eso apoya la teoría —dijo ella—. Quizá la derribó, la mató y luego decidió atarla como una metáfora, para simbolizar que ya no podía eludirlo más.

—Las laceraciones en su piel parecen fruto de la frustración.

Jake estiró las piernas. —Un trabajo chapucero. Descargó su agresividad contra el cuerpo en lugar de hacer lo que quería hacer con él.

—No necesariamente —respondió Poojah—. El cuerpo ha estado en el agua durante varias horas, así que es posible que cualquier muestra de semen se haya eliminado.

En ese momento, Drew y Garrison regresaron.

—¿Cómo vamos de testigos? —les preguntó Jake.

—Un dueño de perro la ha encontrado en su paseo matutino —dijo Garrison—. Los agentes de uniforme están rastreando la zona local en busca de otros testigos. No hay casas cerca. Solo un polígono industrial a unos cientos de metros en aquella dirección, pero está cubierto por los árboles, así que nadie ha podido ver nada.

—¿Sabemos de qué se ganaba la vida?

Al principio, Drew no respondió; en su lugar, alzó la vista hacia la casa flotante y luego volvió a mirar a Jake. —Si se puede llamar a eso ganarse la vida... —Se agachó a su lado, sacó un guante de plástico del bolsillo y se lo puso en la mano derecha. Agarró el brazo izquierdo de Jessica-Anne y le dio la vuelta, revelando la parte interior de su muñeca. Tatuado sobre sus venas había un código de barras y un número. Cincuenta y tres.

—¿Qué es eso? —preguntó Jake, mirando fijamente las líneas del código de barras en su piel. Al verlo, recordó imágenes de la mujer que había huido de la casa de Archie Arnold el día que él había realizado las pesquisas puerta a puerta. Ella llevaba un tatuaje similar pero con un número diferente.

—¿Por qué mataría a una prostituta? —preguntó Jake, más para sí mismo que para los que le rodeaban.

—¿A qué te refieres? —respondió Drew.

—Todos los asesinatos anteriores eran personas de esa comunidad en internet de la que todos forman parte. Pero ahora ha matado a alguien fuera de su propio ecosistema, de su propia zona de confort.

—Tal vez se haya quedado sin Jessicas con las que quedar.

—No tiene sentido —dijo Jake, de nuevo, más para sí mismo que para cualquier otro.

—Nada tiene sentido para ti, ¿verdad? —intervino Garrison.

—Solo digo que... —dijo Jake.

Garrison le lanzó una mirada que lo acalló rápidamente.

—Odio admitirlo —dijo Drew—, pero creo que podría tener razón. Este ataque parece más esporádico, más improvisado, más violento.

¿Cuándo podremos tener las muestras de vuelta del laboratorio y verificadas? Quiero saber si realmente se trata del mismo asesino.

El rostro de Poojah se contorsionó. —Me gustaría decir que en veinticuatro horas, pero estos últimos asesinatos nos han desbordado por completo.

Drew soltó una risita. —Si lo consigues en veinticuatro horas, invitaré a comer a todo tu equipo. ¿Cuántos sois?

Poojah miró de un lado a otro de la orilla del río. —Trece en total.

—Pensándolo mejor... —dijo Drew—. Quizá solo a ti. Y ya les dirás a todos lo agradecido que estoy.

Ella rió por lo bajo tras su mascarilla. Luego se agachó junto al cuerpo de Jessica-Anne y sacó unas cuantas fotos más.

—Vámonos —dijo Garrison—. Salgamos de aquí.

Sin decir nada más, Drew y Garrison se pusieron en marcha hacia la casa flotante. Dejaron a Jake solo. Durante un momento se quedó parado, sin saber si seguirlos o quedarse.

Resopló y decidió caminar tras ellos. Mientras lo hacía, Poojah emitió un sonido burlón.

—¿Qué pasa? —preguntó Jake, con el genio encendido.

—¿Hay problemas en el paraíso? —preguntó ella mientras se ponía de pie—. Ayer estabais todos muy amigables y ahora mírate. ¿Alguno de ellos ha dicho algo para molestarte? ¿O ha sido al revés?

Jake entrecerró los ojos y se metió las manos en los bolsillos.

—No pasa nada. Nadie ha dicho nada a nadie.

—Si tú lo dices.

CAPÍTULO 40

EL TIGRE

Jake sabía utilizar un ordenador, pero carecía de conocimientos técnicos sobre su funcionamiento interno. Su experiencia llegaba tan lejos como a abrir el Administrador de tareas en su Windows cuando las cosas dejaban de funcionar… y cuando eso fallaba, recurría al viejo proverbio de apagarlo y volverlo a encender. Por eso, agradecía que el cuerpo contara con técnicos especialistas en informática forense para ayudarlos a hackear los teléfonos y portátiles de las víctimas. Si de él dependiera solucionar un fallo técnico o un error de sistema, la investigación se tambalearía hasta caer. De modo que, cuando Roland Lewandowski, el técnico forense digital dedicado de la MIT, envió un correo a Jake convocándolo en su despacho, este se llenó de entusiasmo. Roland era un individuo con un don para la tecnología y había pasado toda su vida rodeado de ordenadores; prácticamente desde el día en que pudo empezar a usar los dedos. El equipo dependía de él y, en las dos ocasiones en las que Jake lo había visto trabajar, ambas habían sido un éxito.

Jake llamó con los nudillos a la puerta de Roland. Entró en cuanto oyó respuesta.

—¡Ah! —exclamó Roland, levantándose del asiento al ver a Jake —. Amigo mío, ¿cómo estás?

Roland era un personaje arrollador con un estómago acorde a su personalidad. Su dieta consistía exclusivamente en cerveza y curry, y siempre que Jake se cruzaba con él por el edificio, estaba comiendo algún aperitivo o una bolsa de patatas fritas de la máquina de vending de la cantina.

—Todo va bien —mintió—. Todo va bien.

—Me alegra oírlo. ¿Y Elizabeth?

—Bien. El segundo bebé llegará pronto.

—Eso es excelente, amigo mío. —Roland abrazó a Jake y le dio una palmada afectuosa en la espalda—. ¿Cuándo te vas?

—La baja por paternidad empieza en dos semanas —dijo Jake cuando se soltaron.

—Trabajador a tiempo parcial —bromeó Roland con un guiño—. Me alegra que hayas bajado. Hay mucho que tengo que contarte.

Jake cogió una silla y se sentó enfrente.

—Soy todo oídos.

Roland buscó detrás de su escritorio y cogió una bolsa de plástico para pruebas. Dentro estaba el portátil de Steven Arnholt. Roland lo sacó de la bolsa y lo colocó sobre la mesa. Jake contuvo el aliento.

—Me ha llevado un tiempo, pero…

—Ya puedes decirlo…

Roland levantó una mano rolliza frente al rostro de Jake.

—Escucha. Considero que un desafío tan difícil es más bien una prueba para mis habilidades. Sea lo que sea lo que esta persona tuviese aquí dentro, estaba decidida a asegurarse de que nadie más lo encontrara.

—¿Y lo has conseguido?

—He dicho que era difícil, no imposible.

Jake rodeó la mesa rápidamente y se detuvo junto a Roland, inclinándose hacia la pantalla. Su cuerpo temblaba de emoción. Esta era la primera prueba sólida que iban a obtener. Y significaba que estarían más cerca del asesino.

La pantalla de inicio se cargó y Jake se topó con una imagen de Steven y Jessica sonriendo con entusiasmo a la cámara. Al fondo se veía el Gran Cañón. Parecían felices, intocables, como si no hubiera ni un ápice de maldad cerca de ellos. Cómo sus vidas eran

completamente distintas bajo la superficie de la fotografía. Jake supuso que eso era lo que eran las fotos: una representación hiperrealista de la vida —la de alguien, la de cualquiera— que no se acercaba ni lo más mínimo a la realidad.

Roland movió el cursor y abrió un programa llamado TorStream, sacando a Jake de su ensimismamiento. El icono del software era un círculo oscuro con una cámara amarilla en el centro. Jake no lo había visto nunca y, mientras Roland hacía clic en él, se frotó el pulgar contra la yema de los dedos por la anticipación.

—Es la Dark Web —dijo Roland, comenzando a comentar lo que hacía—. Existen diversas aplicaciones y programas que te llevan a diferentes partes de la Dark Web.

—¿Diferentes partes?

—Sí. Si te gustan los niños pequeños, usas un programa. Si te gusta decapitar gente, otro. Para el terrorismo, varios. Y así sucesivamente.

Jake sopló entre los labios.

Roland continuó:

—Este en particular nos lleva a una especie de cultura de bandas sexuales sádicas y sórdidas; no muy lejos de la red de pornografía infantil. —Roland hizo clic un par de veces y las imágenes de la pantalla cambiaron—. He pensado que querrías ver esto primero. He rastreado el historial de navegación de Steven. El problema es que, como es la Dark Web, borra constantemente el historial y lo entierra en lo más profundo de la red para que no puedas encontrarlo.

—¿Pero tú lo has hecho?

Roland sonrió.

—Todo deja rastro, Jake. Si no, tú no estarías aquí. —Volvió a pulsar el ratón y la pantalla cargó una página web. El encabezado superior era negro con letras rojas, mientras que el resto de la página era predominantemente rojo, salpicado de toques en blanco y negro.

—¿La Comunidad? —dijo Jake, leyendo el rótulo.

—Esa es una forma de describirlo —replicó Roland.

—¿Qué se supone que significa eso?

Señalando la pantalla, Roland dijo:

—Mira.

La página web era un hilo de blog lleno de miniaturas de imágenes pornográficas y, a la derecha de estas, capturas de comentarios que habían hecho otros usuarios. En la parte inferior de la página había una tabla de clasificación. Había veinte nombres en total —con la opción de desplazarse para ver más puestos del ranking— y puntos junto a cada nombre.

—Doce mil puntos —dijo Jake—. Diez mil. Nueve mil. Siete mil quinientos. Cuatro mil trescientos setenta y cinco. —Hizo una pausa mientras sus ojos recorrían la página—. ¿Sabemos por qué dan puntos?

Roland movió el cursor e hizo clic en un enlace en la parte superior de la página.

—Hay instrucciones —explicó.

Mientras Jake leía la lista, entornó los ojos. Los usuarios podían adquirir puntos según los actos sexuales que cometieran con otros miembros de La Comunidad.

Trescientos por coito anal.

Cien por vaginal.

Cincuenta por oral.

Veinticinco por cualquier otra cosa.

—Dios mío —dijo Jake, sintiendo que se le hacía la boca agua por la tensión—. Dieciséis mil puntos. ¿Quién está en cabeza?

—TheTopDog —respondió Roland.

—¿Podemos ver su perfil?

—Sí. Pero no hay nada.

Jake se reclinó en su silla y exhaló profundamente.

—¿Sabes cómo funciona?

—Por desgracia, sí.

CAPÍTULO 41

LA COMUNIDAD

—Se llama La Comunidad —dijo Jake a Drew y a Garrison en la MIR. Ambos estaban de pie junto a él, observando la pantalla—. Y es esencialmente un foro de intercambio de parejas en internet, pero con un matiz turbio. Hay poco más de quince mil miembros —y está creciendo de forma bastante rápida; se han registrado dos personas en la última hora— y el objetivo es conocer a gente con gustos afines, es decir, sádicos y masoquistas. Después organizas qué quieres hacer con ellos, dónde quieres hacerlo y, acto seguido, vas y lo *haces*. Lo llaman un acto de Comunión. Y recibes puntos dependiendo de en qué actos sexuales participes. Para conseguir los puntos, tienes que documentarlo con fotografías o pruebas de vídeo. Esa es la parte más importante —explicó Jake—. Los miembros necesitan pruebas de que han hecho lo que dicen, de lo contrario no reciben los puntos.

—¿Es esto legal? —preguntó Garrison, metiéndose una galleta digestive en la boca—. A mí me parece una puta locura.

—A ver... si todo es consensuado... —respondió Jake.

—¿Quién lo vigila? —preguntó Drew con voz intrigada.

—El creador del sitio. Alguien llamado S. Es todo lo que sabemos de él. O de ella. —Jake hizo una pausa—. La mayoría de los miembros envían vídeos y los cuelgan en el canal de noticias. Como

una especie de versión pornográfica de YouTube. También parece haber una correlación entre los puntos y las visualizaciones de los vídeos, porque las posiciones en el ranking cambian cada segundo. En lugar de cobrar derechos por la cantidad de visitas que reciben, obtienen puntos que contribuyen a su posición en la tabla de clasificación. Cuantas más visitas, más puntos.

—Me apuesto lo que sea a que S —o quienquiera que sea el joputa— se pasa el día ahí sentado dándole a la zambomba con cada vídeo que recibe diez veces al día —dijo Garrison con la boca a medio llenar.

—¿Quién está en lo más alto de la tabla? —preguntó Drew. Cogió una silla y se sentó junto a Jake.

—Alguien llamado TheTopDog.

—Qué nombre tan original —replicó Garrison por encima del hombro de Jake.

—¿En qué puesto de la tabla están Steven y Jessica? —preguntó Drew a su lado.

—En el quinto. Tienen unos diez mil puntos; a un mundo de TheTopDog en comparación con todos los demás que están por debajo de ellos.

—¿Cómo se comunican entre ellos?

—A través de mensajes. La plataforma tiene una función de chat directo. —Jake abrió la bandeja de entrada de La Comunidad de Steven y Jessica Arnholt.

Se hizo el silencio mientras los tres hombres leían la pantalla.

—Hay montones —dijo Drew—. Han estado ocupados.

—Les han enviado mensajes a todos los del top veinte —añadió Garrison.

—Incluida Jessica Mann —dijo Drew, señalando la pantalla—. Hace cuarenta y cinco días. Estuvieron los tres juntos.

—Vaya una comunidad de las narices —dijo Garrison—. ¿Seguro que esto no es ilegal?

Jake vaciló. —A ver, aquí no hay nadie menor de dieciocho años.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Drew.

—Roland lo ha comprobado antes. Como parte del proceso de registro tienes que seleccionar tu edad; no puedes tener menos de

dieciocho. Es parte de las normas.

Drew soltó una risita burlona. —Cualquier chaval de quince años puede decir que tiene dieciocho; no hay nada que se lo impida.

—Concedido. Pero al registrarte, te piden los datos de una tarjeta de crédito. En apariencia, todo parece legal. Pero si empezáramos a indagar más a fondo, estoy seguro de que descubriríamos unas cuantas cosas.

—Ya —dijo Garrison riendo. Le dio una palmadita en el hombro a Drew con el dorso de la mano—. Probablemente encontraríamos a Drew merodeando por la parte baja de la tabla, con cero puntos porque nadie se lo quiere follar. Ni siquiera su mujer.

—Que te den —escupió Drew, levantándole el dedo corazón a Garrison.

Jake y Garrison estallaron en carcajadas y, por un instante, Jake sintió que volvía a formar parte del grupo. Que era uno más. Como si su expediente de regulación de rendimiento se hubiera olvidado por completo. Pero aquello terminó en cuanto Drew volvió a abrir la boca.

—¿Qué más necesitamos saber? ¿Cómo se financia? —preguntó Drew, restableciendo el equilibrio y la calma en el grupo.

—Es un modelo de suscripción. Los miembros le pagan a S una cuota de 2 libras al mes.

—Es una de las suscripciones más baratas que he visto en mi vida —dijo Garrison—. Hasta por el *Guardian* te cobran cinco pavos.

—Si tanto te gusta, quizá deberíamos darte de alta. A ver en qué líos te metes.

—Eso te gustaría, ¿verdad?

—¡Chicos! —dijo Jake, intentando poner paz—. Vamos. Hay cuatro personas muertas y lo único que vincula a tres de ellas es esta Comunidad. Si conseguimos averiguar quién es el creador, podrá entregarnos al responsable.

—¿Crees que S sabe quién es? —preguntó Drew.

—Debe saberlo. Este tipo de gente se desvive por obtener puntuaciones más altas. Mirad. —Jake señaló la tabla de clasificación —. Es mediodía y la gente ya está subiendo puestos. Están ocupados. Están en ello. Están decididos a convertirse en los

mejores de los mejores. Eso es lo que el asesino está intentando hacer: está intentando convertirse en el mejor. Se reúne con otros miembros porque sabe que aceptarán sus peticiones, y luego él...

—Eso no explica por qué los está matando —dijo Garrison.

Tenía razón. No lo explicaba.

—Quizá con Steven y Jessica Arnholt la cosa se le fue de las manos, y desde entonces ha estado intentando revivir aquella noche. Intentando revivir lo que fue pasar la primera noche con la primera Jessica.

—¿Qué estás queriendo decir? —preguntó Drew.

Jake giró el cuerpo para quedar frente a ambos. —Digo que Jessica Arnholt es el catalizador. Hay una razón por la que todas las demás chicas se llamaban Jessica y por la que todas se parecen exactamente a ella. Está buscando dobles con el mismo nombre.

—¿Entonces tenemos que encerrar a todas las Jessicas en un radio de veinticinco kilómetros, mantenerlas en casa entre las nueve de la noche y las siete de la mañana y asegurarnos de que no hablen con desconocidos?

Jake miró a Drew con el ceño fruncido. ¿Por qué se comportaba como un gilipollas?

—Tómatelo en serio, Drew. Estamos jugando con la vida de las personas.

Drew se cruzó de brazos. —Está bien, *jefe*. —La última palabra estaba cargada de veneno—. ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Qué tenemos que hacer?

—Es lo que os he dicho —respondió Jake, sacando su teléfono—. Nuestro hombre podría ser cualquiera de las quince mil cuentas restantes. Pero quien sabrá quién es más rápido que nadie es S. Lo encontramos a él y él nos entrega al asesino.

—¿Y cómo vamos a encontrarlo, genio?

Jake suspiró. Los insultos personales empezaban a agotarlo y no sabía cuánto más podría aguantar. Le gustaba pensar que tenía la piel dura, pero esto era otra cosa; durante el instituto y la universidad muchos lo habían adorado y buscado su amistad. Caía bien. Tenía amigos. E incluso ganó más amigos por compasión después de estar a punto de morir en una avalancha durante un

viaje de snowboard con la universidad. Pero nunca había estado sometido a un ridículo y un menosprecio que, muy a su pesar, rozaban el acoso. Era un concepto completamente ajeno para él, uno que no tenía experiencia alguna en gestionar.

—Por suerte para vosotros —empezó Jake—, Roland ha estado trabajando en ello mientras hablábamos y... —Jake miró su teléfono. Justo en ese momento empezó a sonar. Respondió. ¡Roland! ¿Sí...? Excelente... Eres un hacha... Envíamelo al correo. Te debo una. *Te* debemos una.

Casi tan rápido como había respondido, Jake colgó y dejó el teléfono sobre la mesa lentamente.

—Roland ha conseguido encontrar la dirección de S. Y vamos para allá ahora mismo.

CAPÍTULO 42

EL OJITO DERECHO DE MAMÁ

Denise Tanner dejó una taza de té verde en la mesa de centro, al lado de Elizabeth.

—Espero que esté bien —dijo Denise, sentándose en el sofá de enfrente—. Cuando estaba embarazada de Laura, no dejaba de beber té verde. La pequeña dosis de cafeína me mantenía despierta toda la noche porque bebía muchísimos... Supongo que eso explica por qué Laura daba tanta guerra y siempre estaba despierta cuando debía estar durmiendo. En realidad, solo puedo culparme a mí misma.

Elizabeth soltó una risita forzada. Acababan de volver del hospital y se sentía cansada. Le dolía todo el cuerpo. Le dolían las piernas. Le dolía la espalda. Le dolía el cuello. Le dolía el estómago. Estaba convencida de que la iban a ingresar en una cama para el resto de su vida debido al peaje que el embarazo le estaba pasando a sus huesos y músculos.

—¿Estás bien? —preguntó Denise, posando la taza en el plato.

Elizabeth dio un sorbo y tragó. El líquido le escaldó la boca, pero intentó que no se le notara.

—Solo estoy nerviosa —respondió.

—Oh, Liz. Todo saldrá bien. Ya has pasado por esto una vez, así que sabes qué esperar. Además, estoy aquí para lo que necesites si

te hace falta ayuda, y tus padres también.

—Yo... —Elizabeth vaciló—. No me refería al parto. Aunque también me pone nerviosa, porque saber lo que me espera hace que me den más miedo las cosas que podrían salir mal. Me refería a Jake.

—¿A Jake? —replicó Denise, con el instinto maternal aflorando de golpe—. ¿Por qué te pone nerviosa Jake?

Elizabeth no dijo nada. En su lugar, bebió un poco más de té, deseando no haber abierto la boca, y miró por la ventana; un coche pasó y una madre empujaba un cochecito mientras un niño caminaba a saltitos a su lado.

—¿Liz? —insistió Denise.

—Nada. No te preocupes. No debería haber dicho nada. Olvida que lo he mencionado.

Denise se levantó del sofá y se sentó al lado de Elizabeth. Puso la mano sobre la rodilla de su nuera. —Puedes decírmelo, Liz. Especialmente si se trata de mi hijo. Si hace algo que te duela, créeme que lo pondré firme en un santiamén. Te lo prometo.

Elizabeth forzó una sonrisa. Era un gesto amable, y por su tono dedujo que Denise no bromeaba.

—Es solo... Su trabajo. Ha estado muy ocupado estas últimas semanas y me temo que no va a estar ahí para los niños. Que no va a estar conmigo cuando lo necesite. Me preocupa que priorice su trabajo por encima de todo lo demás.

—¿Te molesta que tenga ese trabajo? —preguntó Denise, con tono suave y reconfortante.

—¡No! En absoluto. Me encanta que le apasione lo que hace. Y estoy muy orgullosa de él. No querría que lo dejara por mi culpa. Solo quiero que esté presente... quiero que esté *aquí*, ¿sabes?

Denise se inclinó más hacia ella. —Lo sé, cielo. Lo sé. Cuando Ian y yo empezamos con Laura, no sabíamos qué estábamos haciendo. Cometimos muchísimos errores. Pensamos que simplemente podíamos seguir con la vida que llevábamos antes. Pero no funcionó así. Nos dimos cuenta bastante pronto... bueno, digo «nos», pero en realidad fui yo la primera que se percató... A Ian le costó un poco más. Pero al final lo entendió. Se dio cuenta de que no podía pasar

todo el tiempo en el trabajo, y que tenía que sacrificar algunas tardes con sus amigos para apoyarnos a Laura y a mí. Y si Jake se parece en algo a su padre —y, créeme, lo conozco lo suficiente para saber que sí—, entonces hará lo mismo. Solo tardará un poco en darse cuenta. Obviamente, ser policía es totalmente distinto a ser fisioterapeuta —están en extremos opuestos del espectro—, pero solo intento decirte que tengas un poco de paciencia con él. Confía en él. Todo saldrá bien. Y creo que en el fondo tú también lo sabes. ¡Quiero decir, vas a tener otro hijo suyo! Y si no se espabila, siempre puedes decírmelo y le meteré caña. Es el ojito derecho de su madre; no me puede decir que no.

Elizabeth soltó una risita, pero fue débil. Se sentía un poco mejor, pero no tanto como para poder olvidarse del asunto por completo. Amaba a su marido —haría cualquier cosa por él—, pero esperaba que él demostrara que era recíproco más pronto que tarde.

—Gracias, Denise —dijo Elizabeth, apretando la mano de su suegra—. Gracias. De verdad que te lo agradezco. Te has portado de maravilla durante todo esto... y con Maisie también.

—De nada, cariño. Ojalá Ian estuviera aquí para haberte conocido, y para veros a los dos convertidos en los maravillosos adultos que sois. —A Denise se le saltaron las lágrimas. Evitó la mirada de Elizabeth y vio algo sobre la mesa de centro—. ¿Qué es esto?

Denise se levantó del sofá y cogió una tarjeta naranja.

—No tengo ni idea... —respondió Elizabeth.

Denise volvió al sofá y se la entregó. Elizabeth inspeccionó la tarjeta de felicitación y leyó los mensajes de dentro. Uno de ellos destacó sobre los demás.

RECUERDA: *mi madre se llama Ellie. Nombre maravilloso. Persona maravillosa. Liam.*

—QUÉ DETALLE —dijo Elizabeth, cerrando la tarjeta y dejándola en el brazo de su sillón—. Es de los chicos de la comisaría. Qué buenos son. No sabía que nos habían dado esto.

CAPÍTULO 43

EN EL REGISTRO

Sivía en Bratendon Tower, un edificio de gran altura que formaba parte de la urbanización Ruthwell, en el sur de Stratford. El edificio era alto, estrecho, gris, ruinoso y poco inspirador. Destacaba drásticamente contra la llanura del resto del paisaje. Era uno de los puntos neurálgicos de Stratford y la comunidad lo consideraba habitualmente como un nido de mierda.

—Cualquiera pensaría que la gente vive allí por elección propia —dijo Drew. Se inclinó hacia delante en el asiento del conductor y escudriñó el edificio con la mirada.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Garrison.

Jake se había resignado a ir en la parte de atrás y no había rechistado. Estaba en el último peldaño de la jerarquía y lo sabía.

—Esto es lo que me ha enviado Roland, sí —respondió Jake—. ¿Ha salido algo en el PNC?

Garrison sacó un ordenador portátil del espacio para los pies, lo abrió e inició sesión en el Crimint, el Sistema de Inteligencia Criminal. Era una base de datos que contenía información sobre cada criminal condenado en el país. Nombre. Ubicación. Fecha del delito. Naturaleza del delito. Pruebas contra ellos. Condena cumplida. Última dirección conocida. Todo. Era como una enciclopedia del crimen.

En la esquina superior derecha apareció la imagen de un hombre de edad avanzada. Tenía el pelo largo y ralo, y su nariz era puntiaguda y aquilina. Sus ojos estaban hundidos en el rostro, con las pupilas de un tono negro cadavérico. Le recordó a Jake al Pingüino de Danny DeVito.

—Parece ser su tipo —observó Garrison.

—¿Qué dice? —preguntó Jake, asomándose entre los asientos de Garrison y Drew. Sus ojos se esforzaban por leer el texto en la pantalla.

—Dame un segundo.

Jake esperó mientras Garrison asimilaba la información.

—Sampson Decker. Condenado por violación en serie...

—¿Violador? —interrumpió Drew y se giró hacia Jake—. ¿Apareció en tu búsqueda de delincuentes sexuales del otro día?

Jake se encogió de hombros. —No me parece... —La verdad era que no recordaba los nombres, y tampoco recordaba haber hecho un seguimiento de ellos. Habían pasado tantas cosas desde entonces que se le había olvidado por completo. Pero no iba a confesárselo a ninguno de los dos; no quería dar más motivos para el aviso por bajo rendimiento.

Garrison se aclaró la garganta, indicando que quería continuar. —Aquí dice que se le declaró culpable de violar a trece mujeres en el espacio de un mes en 1970. Tenía veintisiete años. Luego cumplió treinta años de prisión y ha estado viviendo del subsidio desde entonces. Tiene reuniones semestrales con un terapeuta para tratar y, cito textualmente, «sus graves impulsos sexuales desviados»...

—Dios —dijo Drew, golpeando la ventanilla con el puño—. Sabe que, si él no puede violar a nadie, puede conseguir que otros lo hagan en su lugar.

—Qué asco —dijo Jake—, es más que perturbador. ¿Vamos?

CAPÍTULO 44

B-A-I-N

La dirección de Sampson Decker era el número cuarenta y dos de la sexta planta. Para cuando llegaron a la puerta principal, esperando a que se abriera, los tres estaban sin aliento.

Unos segundos después, se abrió. El hombre que vieron frente a ellos no era el mismo que habían visto en el ordenador hacía unos minutos. Parecía más viejo ahora, y mucho peor. La piel de la cara le colgaba con más peso y sus ojos estaban hundidos aún más profundamente en el cráneo, cubiertos por varias capas de profundas grietas en la piel. Dos tubos asomaban por sus fosas nasales, conectados a un respirador con ruedas detrás de él. Su respiración era pesada y ronca, y sonaba como un Darth Vader moribundo.

La expresión de Sampson permaneció inalterada ante la vista de los tres hombres apostados en su umbral. Quizá fuera porque no tenía fuerzas suficientes en el cuerpo para reaccionar. O quizá porque había ocurrido tantas veces en el pasado que ya estaba acostumbrado.

—¿Sí? —dijo, con una voz que era poco más que un susurro.

—¿El señor Decker? —preguntó Drew, poniéndole su placa frente a la cara—. Nos gustaría entrar, por favor, ¿si le parece bien? ¿Hacerle unas preguntas?

—¿Tenéis una orden? —preguntó Sampson.

—No es necesario —replicó Drew—. Solo unas preguntas. Eso es todo. No os quitaremos mucho tiempo. A menos que tengáis algo que queráis contarnos.

—No lo tuve hace cuarenta años. Tampoco ahora.

—Ya lo veremos —dijo Drew, forzando la puerta y entrando en el piso de Sampson Decker. Garrison le siguió. Por un momento, Jake se quedó donde estaba, debatiéndose entre irse o quedarse.

Mientras Jake vacilaba, Garrison se volvió hacia él.

—Vamos —dijo—. Te necesitamos en esto, colega.

Aquella invitación fue suficiente. Jake cruzó el umbral y entró en el piso de Sampson.

Lo primero que notó fue el olor rancio que asaltó sus sentidos. Era inexplicable, como si hubiera habido un perro o un gato que hubiera vivido y muerto allí... y aún estuviera en la vivienda, enterrado en algún lugar bajo el desorden y la basura.

Los cuatro hombres se dirigieron al salón al final del pequeño pasillo. Jake se detuvo y miró a su alrededor. Había un televisor de tubo en la esquina de la habitación, apoyado sobre una pila de revistas y cajas de zapatos. A su lado había un montón de CD apilados con esmero hasta la altura del televisor, y unos cuantos más desperdigados por el lugar. Junto al televisor había un radiador arcaico. Estaba tapiado y protegido por una pared de periódicos. Había un sillón al lado del radiador, y Sampson se lo adjudicó en cuanto entraron. Al anciano le costó sentarse y se vio obligado a usar los brazos del sillón como apoyo.

—¿Va a llevar mucho tiempo? —preguntó Sampson mientras Drew y Garrison buscaban asiento en el sofá de enfrente. Jake se quedó de pie.

—Llevará el tiempo que haga falta... *S* —dijo Drew.

Un silencio incómodo cayó sobre la habitación mientras esperaban una respuesta.

Sampson sonrió, lo que se convirtió en una risita y luego en una tos. Glóbulos de flema y saliva salpicaron su mano y rebotaron en su cara. Dejó que se secaran allí.

—¿Así que de esto se trata? —dijo Sampson tras recobrar la compostura.

—¿Prefieres decirnos lo que queremos saber? ¿O tendremos que preguntarte?

—Lo segundo. Os haré perder el tiempo como vosotros me hicisteis perder treinta años del mío. —Sampson intentaba hablar con fluidez, pero le resultaba demasiado difícil. Se veía obligado a toser entre respiraciones, y cada tos sonaba peor que la anterior.

—Si me preguntas a mí, fue un tiempo bien empleado. Conseguimos mantenerte fuera de las calles durante mucho tiempo —dijo Drew. Había veneno en su voz, y Jake se estaba dando cuenta rápidamente de que aquello se estaba convirtiendo en un asalto en lugar de un interrogatorio.

—Señor Decker —intervino Jake, sacando su bolígrafo y su libreta del bolsillo de la americana—. Nos preguntábamos qué podría decirnos sobre La Comunidad.

—Ya lo sabéis, si no, no estaríais aquí.

—Queremos oírlo de tu boca. Tú la creaste.

Sampson no dijo nada.

—Yo no la creé. Es la visión de otra persona.

—¿De quién?

—Muerto hace mucho. Nunca lo encontraréis. Un compañero de celda. Compartíamos los mismos puntos de vista. Él la creó. Yo la engendré —explicó Sampson. Sus ojos eran fríos y acerados, sin revelar nada—. No me dais miedo. No me queda mucho de vida, caballeros. No hay cantidad de daño que podáis hacerme que vaya a asustarme o escandalizarme.

Cuando Jake abrió la boca para hablar, Garrison le interrumpió.

—¿Qué sabe de Steven y Jessica Arnholt?

Sampson se volvió lentamente hacia Drew, sonriendo con sorna.

—Ahí lo tenemos, hijo. Una pregunta de verdad. Podrías aprender un par de cosas de tu superior.

Sorbió con fuerza y se limpió la mucosidad de la nariz con el dorso de la mano.

—Son miembros. Buenos miembros. Forman parte de La Comunidad desde hace bastantes años. De los primeros en

registrarse cuando abrí el foro.

—¿Sabías que fueron asesinados hace unas noches? —indagó Jake.

—He visto cosas en las noticias. Trágico.

—Trágico, desde luego. Asesinatos horribles. Verdaderamente horribles. Pero ya lo sabías, ¿verdad? Has estado viendo todas las grabaciones. Así que ¿por qué no nos dices quién los está cometiendo y te dejaremos en paz?

Sampson se miró el regazo y luego levantó la cabeza despacio.

—Él fue el primero... El mismísimo primero después de que subiera la web. En menos de veinticuatro horas ya estaba allí, registrado y pagando la suscripción reducida de cincuenta peniques. Por aquel entonces solo era un coste de mantenimiento. No sé qué buscaba, pero consiguió encontrarme muy rápido. Y me alegro de que lo hiciera. Sin él, la voz no se habría corrido tan bien como lo hizo. Tenía una red estrecha de gente en la que confiaba.

—¿Cómo se llama? —espetó Jake, perdiendo la paciencia.

Sampson se detuvo. Miró por la habitación, deteniéndose en cada uno de ellos durante unos segundos. Luego levantó lentamente sus dedos esqueléticos y señaló a Jake.

—Este no me gusta —dijo.

—A nosotros tampoco —comentó Drew, manteniendo la mirada fija en Sampson—. Pero su pregunta sigue en pie: danos un nombre.

Sampson suspiró.

—Nunca lo cogeréis, ¿sabéis? Ha conseguido matar ya a cuatro y no tenéis ni idea de quién es. Es demasiado listo para que lo atrapen. Y atacará de nuevo antes de que lo encontréis. De eso estoy seguro.

—¿Cómo se llama, Sampson? —dijo Garrison.

Sin respuesta.

—Cuéntanoslo todo sobre él.

Sampson soltó una risita.

—Esa es una larga historia, amigo mío. ¿De cuánto tiempo disponéis? Es el mejor que hay. Hay una razón por la que encabeza la tabla de clasificación, y no es solo porque lleve en este negocio más tiempo que nadie. Es inteligente en lo que hace y a quién elige.

Pero no siempre fue así. Cuando se unió por primera vez, no sabía nada. Ni siquiera se había acostado con una chica. Solo había tenido fantasías. Se masturbaba mucho.

Una esencia de vida y entusiasmo se restauró en la voz de Sampson; era evidente que estaba disfrutando, hablando de su tema favorito. Jake pensó que debía de ser porque lo había tenido reprimido mucho tiempo. Dudaba de que Sampson tuviera a mucha gente con la que compartir este tipo de cosas.

—Lo acogí bajo mi mando —continuó Sampson—. Le enseñé todo lo que sabía. Hubo algunas cosas que aprendí en prisión. Se las transmití. Lo absorbió todo rápido y lo puso en práctica unas semanas después. Le organicé una prostituta. Más tarde ese día, regresó siendo un hombre. Pero a medida que el número de miembros en La Comunidad crecía, también lo hacía su deseo. Se obsesionó con llegar a lo más alto de la tabla de clasificación. Obcecado con la idea de ser bueno en algo. Nunca destacó en nada de niño. Nunca ganó ningún premio deportivo, académicamente no era inteligente y nunca se llevó a la chica. Así que cuando tropezó con La Comunidad, se sintió en casa.

—Vaya hogar —replicó Drew.

—¿Entonces por qué está matando gente? —preguntó Jake—. ¿Qué ha cambiado? ¿Por qué mató a Steven y Jessica Arnholt?

Sampson vaciló antes de responder.

—Fue su Comunión especial. Llevaba mucho tiempo organizando esa noche con Jessica. Fue el momento en que Steven finalmente le dejó follársela. Antes de eso, solo habían hecho de todo menos el coito. Y cuando llegó allí, descubrió que iban a traicionarlo; descubrió que iban a matarlo. Tuvo que encargarse de ellos primero. Y lo hizo. Me lo envió todo. Y ahora le está costando quitarse el sabor de los labios. —Sampson se lamió sus propios labios al terminar de hablar, mostrando media dentadura con manchas negras y amarillas.

—Tú le has estado diciendo qué hacer, ¿verdad? —dijo Jake—. Está viviendo tu fantasía.

—Al principio, lo hacía. Pero ahora ha empezado un camino diferente, uno del que nadie podrá traerlo de vuelta. Probó lo que

era experimentar esas cosas. La mutilación de un cadáver. La necrofilia. El sabor de la carne humana. Todo ello. Y ahora intenta revivirlo una y otra vez.

—¿Sabes a dónde irá después? ¿Sabes qué va a hacer?

—No —dijo Sampson.

«Mentiroso», pensó Jake. No se fiaba de una palabra de lo que decía aquel hombre.

—Has dicho que te lo envió todo —continuó Garrison. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. ¿Es a través de la mensajería directa de la web de La Comunidad?

Sampson negó con la cabeza.

—No usamos eso desde hace mucho. No se fía. Es demasiado fácil que lo pillen. Os he dicho que era demasiado bueno para eso.

—¿Cómo entonces? —preguntó Jake.

Antes de que Sampson tuviera oportunidad de responder, Garrison interrumpió en voz alta y se puso delante de Jake, tapándole la visión.

—Me pregunto, Sampson. ¿Tienes un portátil o un ordenador por aquí que podamos echar un vistazo? ¿Quizá incluso algunos álbumes de fotos donde hayas impreso tus favoritas? Me gustaría mucho verlas.

En cuanto terminó de hablar, Garrison se tomó la libertad de darles la espalda a los tres y salir del salón hacia el pasillo. En cuestión de segundos, los sonidos de armarios de cocina abriéndose y vasos siendo movidos resonaron por el piso.

—¡Oye! —dijo Sampson, incorporándose con dificultad del sillón, usando su bastón como apoyo—. ¡Vuelve aquí!

Sampson salió de la habitación, jadeando.

Una vez que estuvo fuera de vista, Drew metió la mano en su bolsillo y sacó tres pequeños objetos negros.

—¿Qué es eso? —preguntó Jake, confundido.

—Nuestra prueba —respondió Drew.

Se movió por la habitación y colocó los objetos en lugares discretos: en la parte inferior de una lámpara junto al sillón de Sampson, en la parte trasera del radiador y en la parte superior del marco de la puerta que daba al pasillo.

—Espera, no puedes... —empezó Jake.

—¿Por qué no? —respondió Drew, centrando su atención en el brazo del sillón de Sampson.

—Porque no tenemos una orden.

En el brazo del sillón había un viejo teléfono móvil Nokia. Drew ignoró a Jake y se agachó para cogerlo. Empezó a desplazarse por la agenda, asintiendo mientras absorbía los nombres de los contactos de Sampson.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jake. Se inclinó sobre Drew y le arrebató el teléfono de las manos—. ¿A qué estás jugando?

—Podría preguntarte lo mismo —replicó Drew.

—No. Se acabó. Ya he tenido suficiente. No dejaré que lo hagas. Ni siquiera tenemos una orden para confiscar nada, no si queremos poder usarlo como prueba. —Jake se volvió y señaló la lámpara de la pared—. ¿Y qué hay de esos? ¿Tienes una orden para esos?

—Está en la oficina. Todo esto es parte de mi estrategia. Recuerda, soy el subdirector de la investigación cuando Liam no está por aquí. Confía en mí.

Jake bajó la mirada hacia el teléfono. Por un momento se preguntó qué clase de horrores habría dentro. Qué clase de imágenes y mensajes indecentes y vídeos le habrían enviado a Sampson a lo largo de los años desde que comenzó La Comunidad. Pero no tenía permiso para mirar, no sin una orden. Cumplir con los reglamentos y procedimientos era una de las cosas más exasperantes de ser policía, pero estaban ahí por una razón. Ayudaban tanto a que la policía rindiera cuentas como a las víctimas y testigos. Era un arma de doble filo, una que, a veces, Jake deseaba que no existiera.

—¿Qué estabas buscando de todos modos? —preguntó Jake, saliendo por fin de sus pensamientos.

—Un nombre.

—¿Qué nombre?

—El nombre de nuestro asesino, genio. —Drew le arrebató el teléfono a Jake y empezó a desplazarse por los mensajes de Sampson—. Y aquí está, maldita sea. Lester Bain. B-A-I-N.

—¿Cómo puedes estar seguro de que es él?

Drew giró el teléfono y se lo plantó a Jake delante de la cara. A pocos centímetros de sus ojos, en la pantalla fuertemente pixelada, había una miniatura de la imagen del cuerpo mutilado y desmembrado de Jessica Mann. La visión hizo que Jake sintiera náuseas. Por alguna razón, era peor verlo en la pantalla, como si la imagen fotográfica de sus restos lo hiciera más real de algún modo.

—Podemos usar esto —dijo Jake después de que Drew bajara el teléfono—. Es cómplice de todo esto. ¿Por qué no lo arrestamos ahora?

Drew negó con la cabeza y se tocó el lateral de la nariz con el dedo.

—Estrategia, Jake. Todo forma parte de la estrategia.

Antes de que Jake pudiera responder, Sampson irrumpió en el salón, agitando su bastón. Por encima de su hombro estaba Garrison, de pie en la oscuridad del pasillo.

—¡Fuera! —Sampson señaló la puerta principal—. ¡Fuera de mi casa! ¡Todos! ¡No tenéis derecho a estar aquí!

—Sabemos salir solos —dijo Drew, dejando el teléfono móvil justo cuando Sampson volvía su atención hacia Garrison. Mientras Jake y Drew pasaban junto a Sampson en el umbral, continuó—: Volveremos pronto. En cuanto hayamos encontrado a tu amiguito, vendremos a por ti.

—Nunca lo encontraréis —fue el último comentario de Sampson.

Los tres hombres se detuvieron fuera del umbral.

—Si no lo hacemos, sabemos dónde encontrarte a ti. Con eso nos basta.

Drew cerró la puerta tras ellos.

—Vamos —dijo—, larguémonos de aquí de una puta vez. Cuanto menos tiempo pase en este sitio, mejor.

Mientras se apresuraban hacia el ascensor, el teléfono de Jake vibró. Miró el identificador de llamadas y sus ojos se agrandaron, su pulso se aceleró.

—Perdonad —dijo, levantando la mano mientras Drew y Garrison entraban en el ascensor—. Tengo que coger esto. Me reúno con vosotros en el coche en unos minutos.

Drew y Garrison refunfuñaron y luego cerraron las puertas del ascensor tras ellos.

—¿Liz? ¿Qué pasa? —dijo, respondiendo justo cuando Drew y Garrison desaparecían.

—¿De qué estás hablando? —dijo una voz masculina—. Soy yo... Elliot.

CAPÍTULO 45

SORPRESA INESPERADA

Lester se había dedicado al negocio inmobiliario casi toda su vida. Había sido una herencia deliciosa de sus padres después de que él los matara. Recibió su imperio cuando tenía dieciocho años; lo suficientemente mayor, a ojos de la ley, para gestionar las propiedades y supervisarlas en el día a día. Y, desde entonces, había mantenido las propiedades funcionando en segundo plano. Era lucrativo y era un dinero por el que no tenía que trabajar duro. Su cartera constaba de diez casas en la zona de Stratford que generaban capital suficiente para costear su estilo de vida sosegado: ocho que el gobierno conocía, registradas a su nombre; dos que estaban fuera de los libros, archivadas bajo un alias. Los motivos para hacerlo eran dobles: venía de maravilla para los impuestos y era perfecto por si alguna vez necesitaba escapar de la mundanidad de la vida. Pero, en todos esos años desde que se hizo cargo del negocio, nunca había experimentado algo tan repentino como esto: un inquilino quería rescindir su contrato de alquiler con efecto inmediato, y quería que Lester estuviera allí para finalizar todo el papeleo e inspeccionar la propiedad antes de marcharse. Era un inconveniente. No solo obligaba a Lester a dedicar tiempo a buscar a otra Jessica —ya fuera por internet o mediante otro proxeneta—,

sino que también le obligaba a dar la cara en público durante el día. Y eso era algo que no le gustaba arriesgarse a hacer.

Y había un problema adicional. Las Bestias estaban volviendo a sentir hambre; podía percibirlo. Jessica, la prostituta, había sido una experiencia terrible. Su intento de fuga se lo había arruinado. Le había desconcertado y le había impedido actuar al máximo nivel. Todavía le dolía la mano por las múltiples puñaladas que le había infligido. Tenía que hacerlo mejor la próxima vez. Debía ser más controlado, más delicado, y necesitaba un lugar donde poder dedicar más tiempo a la Comunión. Desde que empezó, siempre había mantenido la regla de reunirse para una Comunión en el lugar de la otra parte. Los motivos eran sencillos. Primero, y más importante, era por seguridad. No quería que nadie descubriera su dirección particular y lo delatara a la policía. Segundo, era por los puntos extra que le otorgaría en la tabla de clasificación. En las raras ocasiones en las que se había visto obligado a hacerlo en su casa, había sido extremadamente cuidadoso y se había esforzado al máximo para asegurarse de que no conocieran la dirección exacta: a menudo quedaba con ellos en un lugar público y se los llevaba a su casa desde allí. No era un método infalible para evitar que supieran su dirección, pero era mejor que nada. Y ahora era el momento de un cambio. Las últimas Comuniones habían sido arruinadas por la amenaza de que un compañero de piso llegara a casa temprano o de que alguien pasara por allí en medio de la nada. Necesitaba un lugar. Y ahora que lo pensaba, tal vez la brusca partida de su inquilino fuera en realidad un regalo.

Lester se acercó a la puerta principal y llamó. Era una casa de un dormitorio que había reformado por completo hacía unos años. Le había puesto una cocina nueva. Un baño nuevo. Un salón nuevo. Un dormitorio nuevo. Era una ganga, y se la había dado al inquilino actual con un contrato renovable todavía mejor que requería un preaviso de treinta días para la cancelación. Era beneficioso para ambas partes y nunca había tenido ningún problema con ellos. Hasta ahora.

La puerta se abrió.

—Hola, Sampson.

—Hola, Carl. Me alegro de verte. ¿Estás bien? —Esbozó una sonrisa y, por un instante, casi olvidó que debía fingir que su nombre era Sampson.

—Mejor que nunca, gracias. ¿Quieres entrar?

Lester entró en el estrecho pasillo sin responder. ¿Quién se creía Carl que era, preguntándole si quería entrar en el edificio que le pertenecía? Era su casa. El canijo de mierda no era dueño de nada.

Carl cerró la puerta mientras Lester giraba a la izquierda hacia el salón... y se detuvo en seco. De pie, en el mirador de la ventana, había una chica de pelo oscuro. Llevaba unos vaqueros ajustados que acentuaban sus curvas y una mochila al hombro. Se balanceaba de lado a lado sobre las puntas de los pies.

—Hola —dijo Lester con cautela.

La chica se dio la vuelta. —Ah, hola.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Lester, intrigado.

—Es mi novia, Jessica —dijo Carl.

Lester estuvo a punto de soltar un bufido de risa por la nariz. Extendió la mano y estrechó la de Jessica. Era suave, cálida, húmeda, quizá un poco sudorosa.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Lester.

El rostro de Jessica mostró sorpresa.

—No te preocupes —continuó Lester sin darse cuenta de que lo había dicho—. No tienes motivos para estarlo.

Carl intervino, situándose entre Lester y Jessica como un perro que protege a su dueño de una amenaza cercana. En la mano sostenía una carpeta fina con documentos.

—Todo está ahí —dijo Carl—. Las últimas facturas. También todas nuestras facturas anteriores. Las cartas del ayuntamiento. Y una dirección por si tienes que reenviar algo.

—Excelente —dijo Lester, cogiendo la carpeta.

—¿Necesitas algo más?

—No. —Lester arrojó la carpeta sobre el sofá cercano—. Creo que eso lo cubre todo. ¿Te importa si echo un vistazo por el sitio... ya sabes, para asegurarme de que todo esté bien? Verificar que no haya nada roto. Ni cuerpos muertos que tengáis escondidos en el armario o algo así.

Lester soltó una risita, pero su intento de humor no fue bien recibido. Carl y Jessica se quedaron mirándolo inexpresivos.

—No sois muy fans de los chistes de muertos, ¿eh? —Lester se encogió de hombros—. Es un público difícil.

—Esto... —dijo Carl. La emoción de su rostro se había esfumado —. Por mí no hay problema. ¿Necesitas que nos quedemos mientras lo haces?

—Sí —dijo Lester con brusquedad—. Por favor. Solo por si necesito consultar cualquier cosa. ¿Te importa si empiezo por aquí?

—No, no. Por supuesto que no.

—Genial, gracias. Podéis iros de aquí. Preferiría que estuvierais en otra habitación de la casa. Pero podéis dejar vuestras cosas aquí, ¡solo para asegurarme de que no vais a salir corriendo!

Lenta y cautelosa, Jessica dejó caer su bolso al suelo y siguió a Carl fuera del salón, cogida de su mano. En cuanto oyó sus voces bajas en la cocina, se puso manos a la obra. Se precipitó hacia el bolso de Jessica, metió la mano y sacó una de sus tarjetas de débito de la cartera, deslizándola en su bolsillo antes de colocar el bolso de nuevo de forma tan perfecta como lo había encontrado. Luego, durante los minutos siguientes, fingió llevar a cabo una inspección de la casa, moviéndose de habitación en habitación. No le importaba si estaba hecha trizas o si había marcas de rozaduras en las puertas y paredes. Tenía dinero suficiente para pintar encima, y seguiría habiendo gente interesada en alquilársela independientemente de su aspecto. Necesitaban un lugar donde vivir y él podía satisfacer esa necesidad.

Una vez que terminó, Lester se detuvo al pie de la escalera y los llamó para que volvieran.

—Todo despejado —dijo—. No he encontrado nada. —Extendió la mano—. Has sido un gran inquilino. Me dará pena perder el dinero que me has estado dando durante los últimos dieciocho meses.

—Seguro que encuentras a alguien pronto —dijo Carl, forzándose a sonreír.

—Seguro que sí. —Lester soltó la mano de Carl y se dirigió a Jessica. Le cogió la mano entre las suyas—. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente.

—Espero que vosotros dos viváis una vida muy larga y feliz juntos.

—Bueno —dijo Carl, agarrando el brazo de Jessica—. Cogeremos nuestras cosas y nos iremos. Tenemos que estar en un sitio.

—¿Adónde vais? —preguntó Lester mientras los seguía.

—Nos vamos a viajar una temporada. Sudamérica. Luego Asia. Quizá busquemos algún trabajo por allí mientras estemos fuera. La dirección que te hemos dado es la de mi madre. Ella podrá encargarse de cualquier cosa si surge algún problema.

—Suena fantástico —dijo Lester, fingiendo una sonrisa—. Espero que os lo paséis de maravilla. Venga, no dejo que os entretengáis más. ¡Andando, fuera de aquí!

Carl y Jessica desaparecieron en el salón y regresaron momentos después con una mochila y una maleta cada uno. Salieron apresuradamente por la puerta y se dirigieron al Mini de Carl antes de lanzar su equipaje en el asiento trasero y salir a toda velocidad.

Lester estimó que habían tardado treinta segundos en salir de allí. Quizá cuarenta. Era como si formaran parte del equipo de mecánicos de un equipo de Fórmula 1. Le habían dejado claro que tenían prisa y que querían largarse de allí lo antes posible. Lo cual le venía perfecto, porque ahora tenía un motivo para volver a llamarlos. Miró su reloj. ¿Cuánto tiempo debía darles? ¿Diez minutos? ¿Quince? No. Esas cifras eran demasiado altas. Tenía que reducirlo a unos pocos minutos. Hacer que pareciera que acababa de encontrarlo. Pero necesitaba prepararse. Tenía que dejar listos los utensilios para la carnicería que estaba a punto de desatarse.

CAPÍTULO 46

UN PEQUEÑO PLAN ESPECIAL

Elliot no sabía el nombre del individuo que le encañonaba con la pistola, pero estaba bastante seguro de que no era alguien con quien quisiera pasar mucho tiempo. Sus instrucciones habían sido sencillas: llamar a Jake y explicárselo todo. Pero en ese momento, mientras sostenía el teléfono contra la oreja y miraba fijamente el cañón de la Glock 17, se dejó llevar por el pánico, con la boca abierta y paralizada.

—¿Qué estás haciendo, Bridger? —dijo Jake, haciéndole reaccionar poco a poco—. ¿Dónde estás? ¿No se suponía que ibas a estar fuera del país?

—Yo... yo... esto... —sostenía entre las manos el guion que le habían dado—. He cambiado de opinión. Si me marcho, sabrán que algo va mal. Estoy más seguro aquí.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?

—Solo necesito saber que no has hecho ninguna estupidez.

—Una estupidez. ¿Cómo qué?

—No habrás mencionado nada de lo que te conté, ¿verdad?

—No. Por supuesto que no.

—Bien —respondió Bridger. Miró de reojo la pistola y luego a su dueño—. Tienes que seguir así, Jake. Por tu propia seguridad. Y por la de tu familia. Es demasiado tarde. Los engranajes ya se han

puesto en marcha. Para el viernes, Danny y Michael estarán en el programa de protección de testigos.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Elliot? Me lo dijiste ayer.

—Solo necesito asegurarme de que lo entiendes. Esta gente es peligrosa.

—Lo entiendo, pero puedo ayudarte.

—No puedes ayudar a todo el mundo, muchacho.

—No a menos que me dejes intentarlo.

Bridger suspiró. El maldito idiota no entendía lo que estaba pasando. No entendía que estaba intentando protegerle.

—Prométemelo, Jake —comenzó Bridger—. Prométeme que no dirás nada a nadie. No es seguro. Tienes una familia que mantener.

Jake soltó un juramento por lo bajo. El sonido de unos pasos pesados resonó a través del altavoz.

—Vale. De acuerdo. Está bien. Lo prometo. Prometo que no diré nada. Pero ha sido una canallada jugar conmigo de esa manera. ¿Por qué me confiaste tu vida?

Una mueca de autosuficiencia asomó al rostro de Bridger. —Porque eres un buen tipo, y sabía que no harías nada con esa información. Pero ahora necesito estar absolutamente seguro. Porque te encontrarán si lo haces. No les resultará difícil.

—Dime quiénes son, Elliot. Dame algunos nombres.

—Cuando un nombre desaparece, otro aparece en su lugar. Están en todas partes, Jake. En todas partes.

Bridger colgó y tiró el teléfono al espacio para los pies. El dispositivo rebotó en el suelo y se detuvo contra su pie. Golpeó repetidamente el volante con la palma de la mano y gimió.

—Muy bien —dijo el hombre que sostenía la pistola—. Muy convincente. ¿Te ha creído?

—Sí —respondió Bridger, evitando la mirada del hombre.

—No se preocupe. Todo esto habrá terminado en cuanto los hermanos estén fuera.

—¿Qué pasará entonces?

—Recibirá su parte. Tal como prometimos.

—No me refería a eso.

—No se preocupe —dijo el hombre—. De momento está a salvo. Si le necesitamos para otros trabajos, nos pondremos en contacto. Pero si descubrimos que ha estado largando sus secretitos, nos aseguraremos de que haya una bala en la recámara reservada para usted. En cuanto a los hermanos... la Cábala tiene gente que puede encargarse de ellos. Puede que no sea ahora. Puede que sea en unas semanas, meses o años. Todo depende de cómo les vaya y de en qué líos se metan. Mi consejo sería que se mantuviera alejado de ellos.

—¿Y qué hay de Jake? —preguntó Bridger, girándose lentamente hacia el hombre. Tenía el pelo rubio y espeso, la nariz rota y una barba rubia descuidada—. ¿Qué le pasará a él?

—Tanner ya es mayorcito. Sabe cuidarse solo. Pero no tiene que preocuparse por él. La Cábala tiene un pequeño plan especial para Jake Tanner. Todos lo tenemos.

CAPÍTULO 47

BAÑO DE SANGRE

Quince minutos después, seguía sin haber rastro de ellos. Tras haber llamado a Jessica para avisarle de que se había dejado la tarjeta de débito, Lester había aprovechado el tiempo con maestría. Se había aventurado en la cocina, había vaciado el cajón de los cubiertos y había alineado seis cuchillos de carne sobre la encimera, junto al fregadero. Después, caminó hasta el fondo del jardín y encontró las herramientas de jardinería que venían incluidas con el alquiler. Seleccionó unas tijeras de podar, un martillo, un puñado de clavos de doce centímetros y una sierra de mano.

Mientras los llevaba a la casa, su cuerpo volvió a experimentar un hormigueo. Los Horrores estaban de camino, esperando a ser liberados en cuanto pusiera los ojos en Carl y Jessica. Iba a ser una euforia total. Su propia casa. Todo el tiempo del mundo. Sus propias herramientas. Se recriminó no haberlo hecho así antes.

Y entonces recordó algo. Pronto habría otro obstáculo que tendría que superar: el desastre que habría que limpiar después. Pero aquello no era un problema. Había pasado el tiempo suficiente en la Dark Web como para saber que podía enviar los cadáveres a una granja de cerdos, o tal vez incinerar los restos en una hoguera, o quizás trocearlos y disolver su existencia en una bañera llena de productos químicos. De las tres opciones, la tercera parecía la más

amena: contemplar su lenta y gradual descomposición hasta la nada absoluta.

Un coche se detuvo ante la propiedad, distrayéndolo.

Se quedó paralizado. Contuvo el aliento. Se tocó el pene y se frotó los testículos.

Segundos después, sonó el timbre.

Lester dio una palmada y se frotó las manos. Dejó la tarjeta de débito en la cocina, se guardó la hoja más pequeña y discreta en el bolsillo y corrió hacia la puerta.

Era Carl.

—Gracias por volver tan rápido —dijo Lester, con una sonrisa radiante en el rostro—. Espero que no estuvieras muy lejos.

—No, no pasa nada. ¿Dónde está la tarjeta?

—Por aquí —indicó Lester, entrando en la casa. Carl se quedó donde estaba—. Puedes pasar, ¿sabes?

A regañadientes, Carl siguió a Lester al interior. Este llevó al joven a la cocina y se detuvo. Los ojos de Carl se agrandaron al posarse en los bártulos que había sobre la encimera.

En cuanto se dio cuenta de que estaba en graves apuros, Carl intentó echar a correr. Pero era demasiado tarde. No hubo tiempo para salvarse. Lester sacó la hoja del bolsillo, agarró la cabeza de Carl por detrás y lo sujetó. Lester lo superaba considerablemente en fuerza y peso. Era casi como forcejear con un niño. El joven no pudo hacer nada.

Lester hundió la hoja en el cuello del hombre y tiró hacia abajo hasta llegar a la clavícula de Carl. Una fuente de sangre brotó de la garganta del hombre y explotó por todas las paredes y el suelo. Lester dejó entonces que el cuerpo de Carl cayera desplomado sobre el suelo de madera y lo observó ahogarse en su propia sangre.

Se lamió lo que pudo de la sangre de Carl de las manos, hasta que estuvieron casi limpias, y luego se las metió en los bolsillos mientras salía disparado de la casa. Aquello no era más que una precaución temporal; en cuanto Jessica estuviera en la casa con él, se cubriría con la sangre de ambos. En los últimos días le había cogido gusto al sabor. Ese toque metálico. La textura espesa. El aroma dulce.

Caminó a saltitos hasta el final del patio, giró a la izquierda tras unos arbustos y aminoró el paso al ver el Mini de Carl. El vehículo estaba orientado en la dirección opuesta, lo que significaba que Lester contaba con la ventaja de la sorpresa.

Se acercó tambaleándose al coche, fingiendo estar herido, y golpeó el cristal de la ventanilla del copiloto con el puño. Jessica dio un respingo y se llevó la mano al pecho por el susto. Lester abrió la puerta del coche de un tirón.

—¡Jessica, rápido! Tienes que venir pronto. Le ha pasado algo a Carl. ¡Se ha desplomado! ¡Se ha golpeado la cabeza! ¡Está sangrando!

El rostro de Jessica se puso blanco de miedo. Se desabrochó el cinturón, saltó fuera del coche y siguió a Lester de vuelta a la casa a ciegas. *Ah*, pensó él. *Las cosas que hacemos por amor.*

Lester se aseguró de que ella entrara primero. La chica soltó un grito ahogado al ver el cuerpo de Carl tendido allí, empapado en su propia sangre. Intentó gritar, pero nadie podía oírla. Lester cerró la puerta tras de sí y le tapó la boca con la mano para silenciarla.

Mientras intentaba levantarla en vilo, Jessica se retorció bajo su agarre y le hincó los dientes en la mano, mordiendo carne y hueso. Gruñendo, Lester se vio obligado a soltarla.

Ella se lanzó hacia la puerta. Pero solo llegó a la mitad del pasillo antes de que Lester la agarrara de la mano que llevaba retrasada y tirara de ella. Le propinó un puñetazo en un lado de la cara y la derribó. Después, usando el mismo cuchillo que había empleado con Carl, le rasgó la camisa y le metió el exceso de tela en la boca para acallarla. Ella tuvo arcadas y forcejeó, y Lester le dio otro puñetazo, sonriendo mientras los ojos de la chica se ponían en blanco.

Calculó que no faltaba mucho para que recobrara el conocimiento, así que corrió a la cocina, cogió los cuchillos, el martillo y los clavos, y regresó mientras los ojos de Jessica seguían totalmente en blanco.

Ella masculló algo incomprensible tras el trapo que tenía en la boca. Lester derramó los clavos en el suelo, esparciéndolos por la madera, luego agarró una de sus manos y la inmovilizó contra el suelo, atravesándola con el cuchillo de cocina de veintidós

centímetros que acababa de traer. La hoja desgarró la piel y se enterró en el tablón de madera.

Jessica gritó, escupiendo el trapo de la boca. Entraba y salía de la consciencia, y Lester no perdió el tiempo en clavarle la otra mano al suelo.

Una vez que los cuchillos estuvieron clavados, afianzó su posición usando el martillo y los clavos. En su ropa, en sus tobillos, en sus hombros, en los gruesos mechones de su pelo castaño. Cada vez que el martillo golpeaba la cabeza del clavo y el sonido metálico perforaba sus tímpanos, él gemía. Notaba que se estaba excitando. Gotas de su flema caían sobre la boca de ella, acariciándola, empapándola con sus fluidos. *No será el único fluido*, pensó.

Después de haber clavado con éxito el cuerpo al suelo, le propinó una bofetada. Quería que estuviera despierta para aquello. Quería que fuera testigo de todo lo que iba a hacerle. Con los otros había terminado demasiado rápido. Había tenido miedo de perderlos, de que escaparan... y aquello había estado a punto de ser una realidad anoche. Pero ahora era distinto. Esta era su propia casa, su propio terreno. Podía hacer lo que quisiera. Y nadie se enteraría de nada.

CAPÍTULO 48

ESTRATEGIA

Lester Bain. Lester Bain. Lester Bain. Jake repetía el nombre en su cabeza. La reunión con Sampson Decker había sido un éxito. Por fin tenían un nombre, un sospechoso, alguien a quien podían empezar a investigar con ahínco. Y tampoco habían tardado mucho en encontrar algo. Tras una rápida comprobación en el censo electoral y una breve búsqueda en internet, Jake se las había apañado para elaborar un informe del perfil del sospechoso para Drew y Garrison.

—Es un próspero magnate inmobiliario —empezó Jake, leyendo un artículo del *Stratford News* de hace diez años—. Y también un narcisista, a juzgar por las declaraciones que dio en este reportaje. Heredó el negocio de sus padres tras la repentina muerte de ambos cuando él tenía doce años. Los dos perecieron en un accidente de coche. Lo he investigado y, al principio, no parecía que hubiera nada extraño. Pero después de indagar un poco más, resulta que mis sospechas eran correctas. El informe dice que ninguno de sus padres llevaba puesto el cinturón de seguridad en el momento del accidente, lo cual, según las declaraciones de testigos, familiares y amigos, era algo extremadamente impropio de ellos.

—¿O sea que el pequeño Lester se los soltó y se quedó mirando cómo salían disparados por el parabrisas?

—Es una posibilidad —dijo Jake—. Pero nunca se llegó a investigar nada más. Tras la muerte de sus padres, Lester fue a parar a un centro de acogida, donde tuvo mucho contacto con los servicios sociales. Recibió asesoramiento psicológico y, cuando tenía dieciséis años, una de sus terapeutas presentó unos informes inquietantes. Intentó abusar de ella, pero al final la cosa no pasó a mayores. Era la palabra de ella contra la de él. Pero, y aquí viene lo interesante, Lester relató varias experiencias en las que, de niño, su madre abusaba de él —tanto física como sexualmente— y sus padres se lo llevaban a un descampado de caravanas en mitad de ninguna parte solo para hacerle perrerías.

—Ahora ya sabemos de dónde le viene —añadió Garrison, con una galleta suspendida frente a los labios.

—¿Y qué hay de su dirección? —preguntó Drew, ignorando el comentario de Garrison—. ¿Y de sus propiedades? ¿Tenemos ya algo sobre eso?

Jake asintió. —Es el casero registrado de ocho propiedades. Todas están alquiladas actualmente bajo su gestión.

—¿Y su domicilio habitual?

Jake alzó una hoja de papel en el aire en señal de triunfo. —Aquí mismo.

Drew dio una palmada y se levantó del asiento de un salto. —Fantástico. Prepara una orden, que la apruebe el magistrado y llévate a algunos agentes de uniforme contigo.

Jake sonrió, henchido de orgullo. —Ya está hecho —dijo—. La orden está redactada. Solo tengo que ir a los juzgados.

Drew se dirigió al centro de la sala de operaciones y garabateó la información en la pizarra blanca, debajo del nombre de Lester que figuraba en la parte superior. Unos segundos después, se volvió hacia Jake y Garrison.

—Creo que también tenemos que comprobar las otras propiedades. Por si acaso —le dijo a Garrison.

—Me pongo a ello —respondió el hombre, levantándose de la silla.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó Jake a Drew mientras se detenía en el umbral de la puerta.

—Voy a hablar con Liam un momento. Todo forma parte de la estrategia, chicos.

CAPÍTULO 49

PLANES DE CONTINGENCIA

Sin nombres. Esa era la máxima. Nada de nombres, bajo ninguna circunstancia. Ninguno.

Y, en lo que respectaba a Liam, lo había mantenido así. Elliot Bridger no tenía ni la más remota idea de sus credenciales. Liam se enorgullecía de ser capaz de ocultar secretos a sus allegados, y se sentía aún más orgulloso por haber logrado ascender en el escalafón de los bajos fondos de la Cábala. La Cábala era un enigma de los tiempos modernos, una nueva versión de Voldemort, cuyo nombre no debe ser pronunciado en voz alta, sobre todo en público. En parte porque muy pocos conocían el nombre —ni siquiera aquellos en las altas esferas con los que Liam había intentado congraciarse— y en parte porque cualquiera que lo pronunciara solía acabar bajo tierra poco después.

Liam estaba sentado en el aparcamiento del Farnham Golf Club tras su reunión con Bridger. Al teléfono, pegado a su oreja, estaba ese mismo enigma.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la Cábala.

—Hecho.

—¿Bridger sabe lo que tiene que hacer?

—Sí —respondió Liam.

—¿Y Jake?

—Él todavía más.

—¿Es una amenaza para nuestras operaciones?

Liam se acomodó en su asiento de cuero y bajó el volumen de la radio hasta que se quedó casi en silencio.

—Jake Tanner no es ninguna amenaza —dijo—. Es inofensivo. Está encantado de formar parte del equipo. Es nuevo, está atento a todo y todavía se cree que el servicio es el mejor del mundo. Pero en cuanto se dé cuenta de que no es para tanto, cambiará de parecer.

—¿Y si te equivocas?

—Entonces le daremos donde le duele.

—¿Y sabes dónde es eso?

Liam reprimió una sonrisa, aunque no hubiera nadie cerca para verla. —No estaría haciendo bien mi trabajo si no lo supiera. Hizo una pausa. Sus finanzas. Siempre le ha costado llegar a fin de mes. Sus antecedentes en ese aspecto resultan de lo más interesantes.

Por supuesto, también estaba la familia de Tanner —y sus hijos —, pero eso era ir demasiado lejos para Liam.

—No te encariñes, Liam —dijo la Cábala—. Ya te acuerdas de lo que pasó la última vez.

—No lo hago. No lo haré. —Liam cogió el vaso de plástico reutilizable del soporte que tenía al lado. Dio un sorbo y disfrutó del sabor empalagoso del whisky mientras le bajaba por la garganta. —Va a sonar extraño, pero Jake Tanner tiene el poder de lograr que todo salga de maravilla. Tiene mucho potencial.

—Tampoco lo idealices —dijo la Cábala.

—No lo hago. Y no soy el único que lo ha dicho. Bridger está de acuerdo. Cree que Jake tiene potencial para llegar lejos.

La Cábala guardó silencio. Era el tipo de persona que hacía pausas solo para poner nervioso al interlocutor por lo que vendría a continuación. Y Liam odiaba cada segundo de aquello.

—¿Cómo vamos con todo lo demás? —continuó la Cábala.

—Bien. —Liam asintió—. Los cargamentos están llegando sin problemas ni retrasos. Los correos están colocando el material en las calles. Y los chicos de la Brigada Móvil y de la de Estupefacientes me han mantenido al día de todo lo referente a su lado.

—¿Y qué hay de Henry?

—Nada que no pueda manejar —dijo Liam.

—Ya veremos. —Hubo otra pausa. Fue más corta que la primera —. ¿Cuándo puedo esperar que los Crimson estén operativos?

—El viernes —respondió Liam—. Está previsto que salgan el viernes. Protección de testigos. Isaac está al mando de todo. En el mejor de los casos, hablamos de un par de meses; hay que esperar a que las aguas se calmen primero. Ahora mismo hay demasiada vigilancia sobre ellos.

—¿Y en el peor de los casos?

—Que abran la boca.

—¿Planes de contingencia?

—Muchos. Conozco a gente. Conozco a gente que conoce a gente. Y ellos conocen a más gente todavía.

—Bien. Lo último que quiero es que a Danny y a Michael Cipriano —nuestros mayores activos— se les llene la cabeza de más pájaros de los que ya tienen.

—Yo me encargaré de que eso no pase —respondió Liam y colgó.

CAPÍTULO 50

UNA EXCEPCIÓN A LA REGLA

Frente a Jake se alzaba la casa de Lester Bain. Era una pequeña propiedad adosada en la esquina de Widdin Street. Pasaba desapercibida entre el resto de las casas de la calle y, para el ojo inexperto, parecía normal. Pero no tenía nada de normal. El hecho de que albergara a uno de los asesinos en serie más atroces y célebres de la ciudad aterraba a Jake. ¿Cómo era posible que Lester se integrara en la sociedad con tanta facilidad? ¿Que pudiera simplemente salir de casa, masacrar a un puñado de individuos desprevenidos y luego regresar a la normalidad como si nada? El pensamiento le inquietaba y, mientras esperaba sentado a que llegasen el resto de los agentes uniformados que había solicitado para que le acompañasen en el registro y la detención, intentó desviar sus pensamientos hacia otra cosa.

Entusiasmo.

Anticipación.

Lester Bain estaba a menos de veinte metros. Lo tenía al alcance de la mano. Jake se encontraba a solo unos minutos de arrestar al cabrón y de aportar algo de credibilidad y notoriedad a su carrera. Pero debía tener cuidado en esta situación. No podía aceptar todos los elogios y el reconocimiento. Había sido un esfuerzo de equipo, y

esperaba que el resto de los compañeros se diera cuenta de ello. Con un poco de suerte, Liam retiraría el aviso por bajo rendimiento.

Eso esperaba Jake.

Detrás de él, un coche patrulla se detuvo. Había llegado el momento.

Jake salió del coche, asintió a los agentes uniformados, les explicó lo que estaba ocurriendo y luego, como un pequeño ejército, se dirigieron a toda prisa hacia la casa de Lester. Eran diez en total y, al final del convoy, dos agentes portaban la herramienta conocida como el Enforcer: un ariete capaz de golpear una puerta con más de tres toneladas de presión.

El equipo de registro se desplegó a ambos lados de la puerta principal, dejando una vía libre para el ariete. Dos agentes balancearon el instrumento en el aire y lo estrellaron contra la puerta. Esta cedió tras el primer impacto. Jake y el resto de los agentes se filtraron en la propiedad, dispersándose de inmediato. Todos tenían órdenes estrictas de buscar a Lester Bain y cualquier prueba que pudieran incautar más tarde. Pero de momento, la prioridad era Lester.

Jake esperó en medio del pasillo mientras permitía que los agentes realizaran un barrido completo de la casa. Menos de treinta segundos después, todo había terminado.

—Ni rastro de él —dijo un agente.

—No está arriba —añadió otro.

—Ni por aquí abajo, compañero —añadió un último—. Estamos comprobando la parte de atrás ahora mismo, pero no parece probable.

Jake suspiró, desanimado. Su única oportunidad de encontrarlo, su única oportunidad de pillarlo desprevenido se había esfumado.

Justo cuando Jake iba a abrir la boca, otro agente apareció en lo alto de las escaleras, interrumpiéndolo.

—Jake, creo que vas a querer ver esto. ¿Viene la policía científica de camino?

—No...

—Deberían.

Jake ordenó a alguien que estuviera cerca que hiciera la llamada y luego se abrió paso educadamente entre los agentes que tenía delante. En el descansillo superior, siguió al agente hasta un dormitorio. Al principio, le golpeó el olor a manzanilla que le llegaba al olfato. Y entonces lo vio.

El tocador.

Los frascos.

Las lenguas.

Los dedos.

—Madre de Dios —murmuró Jake para sus adentros. Tenía razón. Lester guardaba recuerdos. Había conservado las partes de sus cuerpos como símbolos de sus asesinatos.

La visión de aquello le formó un nudo en el estómago y le provocó náuseas. Apartó la mirada del tocador y se centró en el resto de la habitación. En el orden de todo. En la banalidad. En la limpieza.

La cama de Lester estaba perfectamente hecha, casi al estilo militar. En la mesita de noche había una pequeña lámpara y una flor. En el suelo, un par de zapatillas con un calcetín reposando en cada una de ellas. Las paredes estaban desnudas, pintadas de un color crema apagado, el alféizar de la ventana estaba vacío y el cesto de la colada junto a la puerta carecía de contenido. Era casi como si Lester no hubiera vivido allí en semanas. Contrastaba radicalmente con el modus operandi de Lester, con la suciedad de sus crímenes, con la depravación de su alma. Durante la universidad, Jake había aprendido que el dormitorio de una persona era como mirar a través de una ventana hacia su alma, pero cuando se trataba de Lester Bain, nada podía estar más lejos de la realidad. En este caso particular, Lester era una excepción a la regla.

Y por alguna razón, eso era lo que más asustaba a Jake.

CAPÍTULO 51

ESCUCHANDO

Jake, Drew y Garrison estaban apiñados alrededor del escritorio de Drew, encorvados ante la diminuta pantalla de un ordenador portátil. En las horas transcurridas, Jake y el resto del equipo de búsqueda, con la ayuda de la brigada científica, habían llevado a cabo un registro detallado de la propiedad de Lester Bain, incautando los objetos más valiosos pertinentes al desenlace del caso, incluidos los trofeos que guardaba sobre su cómoda. Mientras la brigada científica continuaba con el resto del registro en la propiedad, los objetos que ya habían confiscado se habían enviado a analizar, pero pasaría algún tiempo antes de que recibieran los resultados.

Lo siguiente en el orden del día, sin embargo, era encontrar a Lester Bain. De nuevo. Si no estaba en su casa, surgía la duda de por qué. ¿Le habría dado el soplo Sampson? ¿Habría visto los coches de policía frente a su casa y habría salido huyendo? Jake no lo sabía. Ninguno lo sabía. Pero, por suerte para él, a Drew se le había ocurrido una idea.

Los tres estaban escuchando las grabaciones de audio en directo del interior del piso de Sampson Decker en la sala de operaciones especiales de la segunda planta del edificio.

—¿Estás seguro de que deberíamos hacer esto sin...? —empezó Jake, recordando su conversación anterior con Drew. La idea de que habían pinchado ilegalmente el piso de Sampson Decker sin las órdenes judiciales necesarias le rondaba por la cabeza.

Sin responder, Drew echó mano al cajón lateral y le entregó a Jake tres folios grapados.

—Ahí tienes tu orden —dijo Drew—. Antes de que empieces a quejarte.

Jake soltó un ligero suspiro de asombro. Se sintió ofendido por la insinuación. —¿Quién ha dicho que fuera a quejarme?

—Esa vocecita de tu cabeza. Ahora cállate y escucha.

Jake recorrió con la mirada la mitad superior de la orden de vigilancia intrusiva, comprobó que había sido firmada y fechada correctamente por el subcomisario Richard Candy, y luego volvió a centrar su atención en el portátil.

En el monitor se mostraban frecuencias de sonido y, cada vez que Sampson tosía, las frecuencias fluctuaban y daban picos.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Jake.

—Cualquier cosa. Cualquier cosa que pueda decir para incriminarse más. Puede que llame a Lester, o que Lester lo llame a él. Y cuando eso ocurra, estaremos escuchando y grabando cada palabra que... —Drew se vio interrumpido al instante por el sonido de una llamada procedente del ordenador.

—Alguien lo está llamando —dijo Jake, sintiéndose contagiado por la emoción del momento.

Los tres esperaron con gran expectación a que Sampson respondiera al teléfono. Al final lo hizo. El sonido era granulado y estaba lleno de estática, pero seguía siendo audible. Drew se abalanzó sobre el escritorio para coger el ratón y pulsó el botón de grabar.

—¿Lo has vuelto a hacer? —preguntó Sampson con voz baja, casi como un susurro.

—Ha sido glorioso —dijo una voz. Era profunda y ronca, pesada y exasperada; llena de emoción y felicidad. Todo lo contrario a la de Sampson.

—¿Cuántos?

—Dos. Una pareja. Ella se llamaba Jessica. No pude evitarlo. Le clavé clavos en las manos y me la follé mientras estaba viva y sangrando. Él ya estaba muerto para cuando le pasó algo a ella. Era a ella a quien quería. Tuve que quitar de en medio al novio primero. Pero hice cosas con los dos, no te preocupes.

—¿Qué le hiciste a él? —preguntó Sampson. Jake no estaba seguro, pero creyó detectar un atisbo de curiosidad genuina en su voz, como si Sampson fuera a excitarse con lo que oía.

—De todo. Sus dedos eran una delicia. Y el resto de él sabía delicioso.

Se oyó un leve gemido de Sampson. Pasó un rato antes de que respondiera.

—¿Tienes las pruebas?

—Por supuesto.

—Envíamelas.

—No. Primero quiero negociar. ¿Cuántos puntos me vas a dar? El segundo puesto está solo a unos cientos por debajo de mí. Esto es inaceptable. Necesito el doble de lo que me has dado hasta ahora.

—Lester...

—¡Dame más puntos! —gritó Lester.

—Mil —dijo Sampson. Su respiración se estaba volviendo pesada y, con cada bocanada, sonaba más y más sibilante.

—Dos mil.

—No te daré nada si sigues así.

—Si haces eso, tal vez tenga que ir a por tu cuerpo. Te faltan unos cuantos dientes, ¿verdad?

A Jake se le volvió a formar el nudo en el estómago, solo que esta vez le subió un poco de bilis a la garganta. Estaba experimentando por primera vez la cruda brutalidad del extremo opuesto del espectro de la emoción y la psique humana, y no le gustaba. Había estudiado casos sobre gente como Lester en la universidad, pero se sentía más seguro leyendo sobre ellos en libros de texto o viendo documentales. Esto era distinto. Jake lo estaba viviendo. Jake lo estaba experimentando en sus propias carnes.

—Que... te den... —Sampson acabó preso de un ataque de tos. Era suave y débil.

—¡Dame mis dos mil puntos!

—Solo si prometes parar.

—¿Parar? No puedo parar ahora. Me queda mucho más por lograr. No sabes lo que se siente. No pararé. *No puedo* parar.

—Tienes que hacerlo —dijo Sampson.

—¿Por qué? —preguntó Lester—. ¿Qué ha pasado?

—La policía. Van tras de ti. Han venido... a mi casa hace poco.

—¿Qué? No. ¿Qué les has dicho?

—Nada. Les he dicho que no sabía dónde estabas. Pero tienes que salir de la ciudad. Del país. Pasa desapercibido un tiempo. Desaparece del mapa.

—No —dijo Lester—, ya he ido demasiado lejos.

La línea se cortó y un silencio ensordecedor resonó en los oídos de Jake. Se quitó los auriculares y los dejó sobre la mesa, luego miró a Drew y a Garrison. Parecían enfadados. Peor aún, mostraban una emoción que nunca había visto en sus rostros: miedo. Temían lo que Lester fuera a hacer. Tenían miedo de cómo se las había apañado para masacrar a otras dos víctimas como si no fueran más que ganado; de cómo iban a atraparlo antes de que volviera a atacar. Joder, Jake también lo tenía. Y sabía que el miedo no lo abandonaría hasta que capturaran a Lester.

CAPÍTULO 52

ELIMINACIÓN

La Dark Web era un lugar maravilloso. Era la fuente de tanta información y conocimiento que le había costado absorberlo todo.

Después de haber masacrado y profanado a Carl y a Jessica, Lester comprendió la necesidad de deshacerse de ellos de una manera eficiente y eficaz. Para eso, necesitaba acceso a un ordenador. Pero ni el de Jessica ni el de Carl habían funcionado; ambos estaban bloqueados por sus contraseñas. Y el suyo estaba al otro lado de la ciudad.

Así que, como último recurso, había robado el Mini de Carl, había corrido de vuelta a casa, donde todo estaba tal como lo había dejado, había cogido su portátil y se había apresurado a regresar a la casa. Estaba seguro de que nadie lo había visto. Había sido rápido, discreto y ninguno de los vecinos le prestaba atención de todos modos, así que ¿por qué iban a notar que llegaba en un Mini azul que no era suyo?

No lo harían.

Desde que recuperó su portátil, se las había arreglado para localizar proveedores de grandes cantidades de ácido fluorhídrico que necesitaría para disolver los restos de Carl y Jessica, así como los contenedores de plástico necesarios para meterlos dentro.

Pero esto aún no había terminado.

Según sus investigaciones, los cuerpos tardarían días en desintegrarse y, en ese tiempo, tendría que asegurarse por completo de que nadie viniera a preguntar por ellos dos. Vale, Carl y Jessica le habían dicho que tenían previsto viajar al otro lado del mundo, pero ¿y si habían quedado con algún amigo antes? ¿O si pensaban pasarse por casa de sus padres para despedirse? No podía arriesgarse.

Necesitaba un plan de contingencia para desvincular su nombre de ambos lo máximo posible.

Afortunadamente, conocía a las personas adecuadas.

Lester se había topado con la Dark Web en un cibercafé cuando tenía dieciocho años. Fue el primer lugar donde conoció a S, y fue el primer lugar donde empezó a hacer algunos amigos muy queridos. No caía muy bien en persona, pero en internet, oculto tras el manto del anonimato, era capaz de convertirse en quien quisiera.

Y había una persona con la que había conectado rápidamente.

Lester solo lo conocía como The Mandate, un alias que había adoptado en la Dark Web. The Mandate era capaz de hackear sitios web del gobierno. Podía cambiar nombres, falsificar documentos, asignar nuevas identidades, hacer desaparecer a la gente... y todo con solo pulsar un botón.

Y eso era exactamente lo que Lester necesitaba.

Mientras se relajaba en el sofá, con la mirada fija en el techo, recibió el mensaje de su compañero confirmando que todo estaba solucionado.

Carl y Jessica habían tomado su vuelo desde Heathrow a las ocho de la tarde y ya habían aterrizado en Brasil. Sus tarjetas de débito estaban anuladas y todo rastro de que Carl fuera inquilino de la propiedad había sido reescrito.

Era casi como si ni Jessica ni Carl hubieran existido jamás.

Y, mientras Lester se acomodaba un poco más en el sofá, comprendió que eso era exactamente lo mismo que tendría que hacer con S.

PARTE 5

CAPÍTULO 53

JAQUE MATE

La oscuridad lo envolvía. Las estrellas salpicaban el cielo, parpadeando como bombillas a punto de fundirse. El aire a su alrededor era frío y sintió que el vello de sus brazos se erizaba en señal de protesta. No estaba seguro de si se debía al gélido abrazo que le recorría el cuerpo o a la adrenalina que le corría por las venas. Sampson Decker —S, su mentor, su buen amigo— lo había traicionado. Por supuesto, Sampson le había enseñado todo lo que sabía, pero Lester no tenía ninguna duda de que Sampson se lo había contado todo a la policía: dónde estaba, qué había hecho y qué pensaba hacer. Para Sampson, Lester era prescindible, un engranaje más en la maquinaria de La Comunidad, un medio para un fin. Lester podía ser sustituido por cualquiera que estuviera en segunda posición, así de fácil. Nadie se enteraría de nada.

Aquello era inaceptable. Había que hacer algo al respecto.

Lester estaba de pie frente al bloque de pisos de Sampson. La calle estaba mal iluminada y se servía de las sombras para ocultarse. Estaba junto a un contenedor, justo detrás de un coche. A lo lejos, a la derecha, había un grupo de adolescentes con capucha. Algunos iban en bicicleta, dando vueltas unos alrededor de otros, fingiendo que iban a chocar para desviarse en el último momento. Unos

pequeños puntos naranjas brillaban en sus rostros como luciérnagas, con nubes de humo suspendidas en el aire sobre ellos.

Lester les prestó poca atención. Tenía otras cosas más importantes de las que preocuparse.

Esperó allí cinco minutos, con la mirada fija en la ventana de Sampson. La luz estaba encendida y unas sombras envueltas en un resplandor azul cruzaban la cortina mientras las imágenes se sucedían en la pantalla del televisor de Sampson. Con cada segundo que pasaba, Lester era consciente de que se estaba poniendo un obstáculo mayor. No sabía si la policía estaba cerca, de camino, o si habían abandonado a Sampson por completo. Intentó pensar con lógica. Pero no había ningún destello de lógica que inundara su cerebro. No había ni rastro de calma o precisión en su pensamiento. En su lugar, estaba lleno de rabia y del deseo de herir y desmembrar. Tal vez trataría a Sampson como a la Jessica número 5.

Lester cruzó la calle y se adentró en el bloque de pisos. Subió los escalones del edificio y aminoró la marcha al llegar a la sexta planta. El viento arreció y silbó suavemente al azotar las galerías y los huecos de las escaleras. El frío acentuó su piel de gallina.

Lester se detuvo al final del tramo de escaleras y esperó. Escuchó.

Reinaba el silencio.

Dobló la esquina y caminó por el corredor exterior del edificio. Un muro de hormigón le llegaba a la cadera a su izquierda. Las luces de Londres centelleaban a lo lejos y, desde allí arriba, podía ver cualquier coche que pasara. De momento, no había ninguno. Pero tomó nota mental de los coches y motos que eran visibles: tres de los primeros, una de las últimas.

Su respiración era pausada y, al llegar al piso de Sampson, el número cuarenta y dos, contuvo el aliento y llamó a la puerta. El sonido de sus nudillos contra la madera resonó por toda la urbanización, amplificándose exponencialmente al reverberar en los distintos edificios y muros. Se detuvo de nuevo y aguzó el oído por si había provocado alguna atención indeseada e indebida. Tendría que guardar silencio si quería pasar desapercibido.

La puerta se abrió.

—¿Lester? —dijo Sampson, frotándose los ojos—. ¿Qué haces...? Es casi medianoche.

Lester entró de un empujón, ignorando al hombre que le cerraba el paso, y se precipitó hacia el salón.

—¡Lester! —gritó Sampson mientras cerraba la puerta de entrada de un portazo. Fue tras él hasta el salón a paso cojo y se detuvo en el marco de la puerta—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar —dijo Lester con voz tranquila—. Solo quiero saber qué le has dicho a la policía. Eso es todo.

—Nada —dijo Sampson, negando con la cabeza. Los tubos que le colgaban de la nariz oscilaron de un lado a otro.

—Mientes.

—No miento. Te lo prometo. Lester, vamos. ¿Por qué iba a decirles nada?

—¿Entonces qué has dicho? No te habrás quedado ahí sentado en silencio.

La respiración de Sampson era casi inexistente, boqueando cada segundo en busca de aire. —No les he dicho nada de lo que querían oír. Les he hablado de La Comunidad. De lo que era. De cómo surgió. De lo bueno que eres. De que nunca te encontrarán.

—Y así seguirá siendo, ¿verdad, Sampson? Te asegurarás de ello, ¿no? —Lester dio un paso hacia Sampson y se puso la mano a la espalda—. Te asegurarás de que no sepan adónde voy ni qué voy a hacer después.

—¿Qué vas a hacer después? —preguntó Sampson, suplicando información. Aún se percibía una nota de miedo en su voz.

—Ya te gustaría saberlo.

Sampson volvió a negar con la cabeza. Esta vez pasó el tanque de oxígeno de un brazo al otro. —No hagas ninguna estupidez. Tienes que marcharte. Estás cerca, Lester.

—¿Cómo van a estarlo? Pensaba que no les habías dicho nada. —Lester esperó una respuesta, pero al no recibirla, continuó—: ¿Qué han dicho de mí? ¿Has preguntado? ¿Les has preguntado cuánto sabían?

Sampson se encogió de hombros. —Vinieron preguntando precisamente eso. No saben dónde vives. No saben quién eres en la

tabla de clasificación. Ni siquiera saben tu nombre. Pero tienes que pasar desapercibido un tiempo. Especialmente en La Comunidad. Sin duda tendrán acceso a ella.

Lester sonrió con suficiencia. —Ahora me estoy alejando de La Comunidad. A algo más grande. Mejor.

—¿Adónde? ¿Qué vas a hacer?

Lester abrió la boca pero vaciló. Sus sospechas crecían. Sampson hacía demasiadas preguntas. Dio otro paso hacia S. Al acercarse, su mentor tosió y se limpió la mucosidad y la saliva de la cara. Tenían un matiz de color carmesí oscuro.

—¿A qué viene tanto interés de repente? —preguntó Lester—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Te estás volviendo paranoico.

—¿Te han incitado ellos a esto? ¿Llevas un micrófono?

—Tienes que esconderte, Lester.

—No digas mi puto nombre.

—No... No quería... Yo...

Lester dio otro paso. Los separaban apenas unos palmos. El sudor y el mal aliento de Sampson asaltaron sus sentidos; entonces, una sonrisa asomó al rostro de Lester. Primero soltó una risita, que luego se transformó en una carcajada siniestra. Veía el miedo en los ojos de su mentor, pero no era suficiente para despertar su compasión. Nada lo era.

—¿Por qué iba a traicionarte así? —suplicó Sampson, escupiendo más flemas y sangre en sus manos—. Ya cometí esos errores en el pasado y sufrí las consecuencias. No pienso volver a cometerlos.

Lester miró al suelo y sacudió la cabeza con asco.

—Eres un buen mentiroso —dijo—, pero ya he tenido suficiente de tus gilipolleces. No puedo creerme ni una palabra de lo que dices. Me has traicionado. Sé que lo has hecho.

Aquí estaban. Las Voces Crueles. En pleno apogeo. Lester sacó del bolsillo la cuchilla que había usado con Carl y gritó de rabia y frustración. Su cuerpo estaba empapado en sudor.

—No puedo escuchar más tus mierdas. ¡Lo has arruinado —el corazón le latía con fuerza y el pecho le subía y bajaba con esfuerzo —, lo has arruinado todo!

Al ver el arma, Sampson empezó a llevarse la mano al pecho. Su respiración se volvió corta y superficial, y el color abandonó sus mejillas. Entonces le flaquearon las piernas y se desplomó en el suelo, sin soltarse el pecho. Sampson abrió la boca para hablar, pero no salió nada.

Lester se acercó despacio, con cuidado. No quería perturbar la belleza y la serenidad de lo que estaba ocurriendo justo delante de él. Quería saborear el momento. Era algo precioso. Siempre había considerado a Sampson como una figura paterna. Sampson lo había guiado desde sus inicios en La Comunidad hasta donde se encontraba ahora, y el hombre había hecho un buen trabajo. Pero siempre faltaba algo, siempre había algo que no encajaba del todo. Tal vez fuera el hecho de que Lester se sentía como un peón en el juego particular de conquistas sexuales de Sampson por toda la ciudad.

Y ahora Lester había hecho su último movimiento. Acarició la cara de Sampson y lo miró a los ojos mientras dejaba que el hombre muriera en el suelo, con el frío; para él, era un sufrimiento más largo y prolongado de esa manera. Las Voces Crueles podían esperar.

Jaque... mate.

CAPÍTULO 54

COSTUMBRES

Jake bostezó al entrar en la oficina. Llevaba una taza de café en la mano. Ya era la segunda del día y ni siquiera eran las ocho de la mañana.

Jake se sentó en su mesa y saludó a Lindsay con la mano. Ella ya estaba tecleando en su ordenador y le prestó poca atención. La noche anterior se les había vuelto a hacer tarde. Se habían quedado en la oficina hasta las once de la noche, escuchando a Sampson moverse por el piso y ver reposiciones de *Only Fools and Horses* en el canal de televisión Gold. Entre los tres habían decidido —tras una partida de piedra, papel o tijera— dejar a Drew a cargo de monitorizar las grabaciones mientras Jake y Garrison se marchaban a casa a descansar.

No había ni rastro de ninguno de los dos.

Las puertas dobles de la oficina se abrieron y la mirada de Jake se desvió hacia la persona que acababa de entrar. En cuanto se dio cuenta de quién era, se levantó de un salto.

—¡Jefe! —preguntó Jake, corriendo hacia el despacho de Liam, intentando llegar antes que él—. ¿Puedo hablar con usted?

—Ahora mismo no, Tanner. Tengo cosas que hacer —dijo Liam mientras se abría paso a codazos. Metió las llaves en la cerradura, abrió y entró en su despacho.

Cuando iba a cerrar la puerta, Jake interpuso el pie y la mano.

—Por favor, jefe. Es importante.

—Si es por su evaluación de desempeño, ya sabe que no puedo discutirlo con usted. Tendrá que esperar a nuestra reunión.

—Solo quiero saber por qué ahora. Justo cuando parece que por fin me ha aceptado en el equipo, va y me suelta esto. Siento que estoy aportando mi granito de arena. Cumplo con mi trabajo. Sí, he cometido algunos errores, pero ¿quién no los ha cometido en su momento? Sigo aprendiendo y sigo absorbiendo todo lo que puedo de vosotros. Sois todos excelentes y envidio lo unidos que estáis. También envidio el éxito que tenéis.

Liam no dijo nada. Dejó su taza de café de plástico sobre la mesa y se acercó a la puerta. La abrió un poco, apartándola del pie de Jake, y se apoyó en ella.

—¿Desea saber lo que pienso, Jake? —preguntó Liam con voz severa.

Durante una fracción de segundo, Jake consideró decir que no. Había un matiz en la voz de Liam que obligó a Jake a dudar de si quería escucharlo o no.

—No creo que sea el adecuado para el equipo —continuó Liam—. Quiero decir, parece que todo gira en torno a usted, ¿verdad? Jake, Jake, Jake, Jake, Jake. Supongo que Drew le ha contado dónde estuve ayer. Tiene la costumbre de compartir cosas que no son asunto suyo ni de nadie más. ¿Se lo ha dicho?

—No me ha dado muchos detalles, pero me he imaginado el resto.

—Ya, bueno. ¿Y qué es lo primero que me dice en cuanto vuelvo? Quiere hablar de *sus* problemas, de algo que le afecta a *usted*. Nada sobre mí. Ni siquiera un «buenos días, jefe, ¿cómo se encuentra hoy?». —Liam vaciló. Su pecho subía y bajaba con pesadez—. Nada. Parece que solo se preocupa de sí mismo, hombre. Y no creo que encajara bien en el equipo. Esta evaluación de desempeño es algo completamente independiente, pero ambas cosas van de la mano.

Jake se quedó allí un rato, en silencio. Se había quedado sin palabras.

—¿Cómo se siente? —preguntó Jake con vacilación. Su mente tomó el control y empezó a funcionar en piloto automático.

Liam soltó un bufido de desdén. —Llega unos minutos tarde para eso, ¿no cree? Preséntese en la sala de reuniones en un par de minutos. Los demás no tardarán en llegar. Quizá allí pueda redimirse.

Liam le cerró la puerta en las narices.

En ese momento llegó Garrison. Pasó por delante de Jake y soltó su mochila sobre la mesa, aplastando un paquete de galletas medio abierto. Acto seguido, entró en la sala de reuniones.

Jake le siguió.

CAPÍTULO 55

ERROR

—Muy bien —dijo Liam, cerrando la puerta tras de sí. Cruzó la habitación y se detuvo junto a la pizarra blanca—. ¿Dónde está Drew?

Antes de que Jake o Garrison pudieran responder, la puerta se abrió de par en par y Drew entró de forma accidentada con una sonrisa radiante en el rostro, como si acabara de regresar triunfante tras haber perdido la virginidad—. Siento llegar tarde, jefe. He estado durmiendo en la sala de operaciones toda la noche.

—¿Te has quedado dormido? —preguntó Jake, incorporándose en su silla.

Drew se encogió de hombros—. No puedo evitar estar cansado, tío.

—A partir de ahora vamos a tener que asumir que tu segundo nombre es Incompetente —replicó Garrison.

—¡Basta! —Liam levantó una mano en el aire, aplacando a ambos hombres—. No tengo ganas de aguantar vuestras mierdas hoy. Todavía tenemos mucho que hacer y no quiero tener que soportar vuestras gilipolleces.

Acomodándose en su asiento, Drew se aclaró la garganta. Preguntó: —¿Cómo se encuentra, jefe? ¿Ha ido bien el tratamiento?

—Sí, ha ido bien, gracias. Los médicos han dicho que he empezado a responder bien. Gracias por preguntar.

Liam lanzó a Jake una mirada de reojo y luego se acercó al escritorio más cercano. Se sentó en el borde y se cruzó de brazos—. ¿Qué ha estado pasando, entonces?

—Mucho, jefe —dijo Drew, apoyando una pierna sobre la otra rodilla—. El hombre al que buscamos es un tal Lester Bain. Propietario de inmuebles. Algunos lo llaman magnate. Yo lo llamo ty*cunt*. Hemos registrado todas las casas de las que es el casero oficial y nada. Nadie sabe dónde está. Ni siquiera sus inquilinos; todos dicen que hace tiempo que no lo ven. Por lo visto, eso les parece bien: lo último que necesitan es a un casero de pacotilla soplándoles en la nuca cada dos segundos —Drew hizo una pausa—. Jake y un grupo de uniformados asaltaron su casa, pero no había nada allí. Excepto sus trofeos... lenguas... dedos.

—¿Y qué hay de Lester? ¿Estaba allí? —preguntó Liam.

—No, señor —respondió Jake.

—¿Qué están haciendo los uniformados ahora? Tienen que estar apostados frente a esas propiedades esperándolo.

—Ya se ha hecho, jefe.

—Bien. ¿Por qué tengo la sensación de que hay algo más que debo saber?

—Otros dos muertos —dijo Drew, asumiendo el papel de pelota que tiene toda la información—. No sabemos quiénes ni dónde, ni tampoco cuándo. Pero sí sabemos cómo. Esta vez ha sido otra pareja.

—¿Una segunda parte de Steven y Jessica Arnholt?

—Nosotros... —comenzó Drew.

—No —interrumpió Jake. Era su oportunidad de redimirse y no iba a dejarla escapar—. He estado reflexionando. La chica se llamaba Jessica, pero por lo que parece, el novio no tenía nada que ver con el asunto; simplemente estaba por medio. Sea como sea, sigue intentando satisfacer su obsesión con mujeres llamadas Jessica. Pero me da la impresión de que esta ha sido aleatoria. No ha habido nada premeditado al respecto. Por teléfono, con Sampson Decker, parecía casi sorprendido de haberlo logrado. Pero no creo

que fuera aleatoria en el sentido de que se tropezara con ellos por la calle. Más bien, eran personas a las que podría conocer, o personas que había conocido en el pasado.

—¿En qué sentido?

Jake se encogió de hombros—. Es totalmente posible que tenga una lista de propiedades que desconocemos. Ya sea que no estén a su nombre o que estén registradas en alguna cuenta en el extranjero. Quizá eran inquilinos.

Liam asintió mientras Jake hablaba, animándolo a continuar.

—Seguiría el patrón de su último asesinato con Jessica-Anne: alejarse de La Comunidad. Mientras se parezcan a Jessica y tengan su mismo nombre, irá a por ellas.

Liam asintió con aprobación, luego se dio la vuelta y garabateó unas notas en la pizarra de detrás. Volviendo su atención al equipo, dijo: —Buen trabajo. Estoy impresionado. Parece que vosotros sí que sabéis sacaros las manos de los bolsillos cuando no estáis ocupados tomándoos el pelo los unos a los otros. La única pregunta ahora es: sabemos quién es Lester, sabemos qué le gusta y qué busca, pero ¿cómo cojones lo encontramos?

Un momento de silencio cayó sobre la sala mientras meditaban. Era la pregunta que había estado rondando la mente de Jake desde que asaltó la casa deshabitada de Lester. Y tenía la respuesta perfecta.

—Lester sabe que vamos tras él, ¿verdad? —dijo Jake de forma retórica—. Sampson le dijo que mantuviera un perfil bajo durante un tiempo. Así que eso es lo que va a hacer. Se va a quedar bajo techo. No se va a aventurar muy lejos, no si sabe que lo buscamos. Así que sus dos únicas opciones para encontrar a sus próximas víctimas son, o bien regresar a La Comunidad y encontrar a alguien allí con quien conectar, *o bien* buscar a otra prostituta. Si opta por lo segundo, nos será difícil gestionarlo y encontrarlo. Pero tenemos que... —Hizo una pausa para crear efecto—. Tenemos que hacerlo volver a La Comunidad de alguna manera.

—¿Cómo nos comunicaríamos con él? No podemos usar la cuenta de Steven y Jessica. Él sabe que están muertos —dijo Liam.

—Y —añadió Garrison, balanceando un bolígrafo en una mano y media galleta en la otra—, tras leer los mensajes de Lester con los Arnholt, le gusta llevarse las cosas fuera de internet. Hizo lo mismo con Jessica Mann. Nunca ha revelado ni un solo dato sobre sí mismo. Siempre pide primero el número de móvil y luego contacta por esa vía. Lo más probable es que también haya estado usando un teléfono de prepago, igual que Sampson. Sin registrar. Y condenadamente difíciles de rastrear. No quiero ni empezar a pensar en lo que habrá ahí dentro. Ya había suficiente porquería en su chat con Steven y Jessica.

Garrison dio un último mordisco a la galleta mientras terminaba de hablar.

Liam les dio la espalda, garabateó una palabra en la pizarra y la subrayó varias veces.

ERROR.

—EL HECHO de que aún no haya dado su dirección a nadie no significa que no lo vaya a hacer —dijo Liam, poniendo la tapa al rotulador con un ruido seco. Empezó a caminar de un lado a otro.

Lentamente, Jake levantó la mano como si estuviera en un aula.

Liam dejó de caminar—. No hace falta que hagas eso aquí, Jake.

Jake bajó la mano con torpeza—. Tengo una idea, jefe. Pensaba que las ideas siempre justificaban levantar un poco la mano.

Las comisuras de la boca de Liam se curvaron brevemente—. Escuchémosla entonces.

Jake se aclaró la garganta antes de empezar—. Quizá podamos decirle dónde ir.

—¿A qué te refieres?

Drew y Garrison se giraron en sus asientos para mirarlo. Se sentía como si lo hubieran llamado para leer ante el resto de la clase.

—Sugiero que creemos un perfil en La Comunidad. Llamarnos Jessica. Establecer nuestra ubicación en la zona local, en el epicentro de donde han muerto las otras chicas, y luego enviarle un mensaje.

Pedirle que nos veamos. No hay garantías de que llegue a verlo o leerlo, pero podemos intentarlo. Probablemente sea la mejor oportunidad que tenemos ahora mismo de encontrarlo. Atraerlo hacia una trampa que no pueda resistir.

—Jake... —comenzó Liam mientras Jake se preparaba para ser reprendido—. Una idea brillante. Pongámonos a ello.

CAPÍTULO 56

PERFILES EN LÍNEA

Los cuatro estaban apiñados alrededor del portátil en la sala de informes. Jake se encargaba del ratón y el teclado mientras los demás observaban. Frente a ellos, en la pizarra de la izquierda, había un mapa de Stratford. Había chinchetas colocadas en cada uno de los lugares donde habían caído las víctimas de Lester, con dos chinchetas adicionales a un lado para las víctimas no identificadas de la noche anterior, y en el centro del mapa estaba el lugar donde montarían la trampa: Maryland. No era algo definitivo, pero era la mejor suposición fundamentada que podían hacer.

En la pizarra de la derecha estaban los perfiles de las víctimas de Lester, encabezados por las fotos de las fichas policiales sacadas de los carnés de conducir o de sus cuentas de redes sociales. Se había trabajado mucho en segundo plano para trazar el perfil y conocer toda la información posible sobre cada una de ellas, no solo por parte de Jake sino también del resto del equipo, y ahora le complacía ver que se le daba un buen uso.

Jake abrió TorBrowser y esperó a que la barra de estado recorriera toda la pantalla. Una vez establecida la conexión segura a la red, Jake cargó la página web de La Comunidad sabiendo que su conexión estaba enmascarada varias veces y oculta en el anonimato.

Entonces, Jake bajó hasta el final de la pantalla y pulsó el enlace que les permitía crear un perfil.

—Necesitamos una foto —dijo Jake—. ¿De dónde podemos sacar una?

—Tengo una idea. Dadme un minuto. Alguien me debe un favor —dijo Liam mirando la pantalla de su móvil. Se llevó el teléfono al oído y salió de la habitación para que no le oyeran.

—Nombre… —dijo Jake en voz alta. El cursor flotaba sobre el campo del nombre.

—Richmond —dijo Garrison—. Jessica Richmond.

—Vete a la mierda —escupió Drew—, ese es el nombre de mi hermana.

Garrison soltó una risita algo burlona. —¿Qué te parecería que se convirtiera en la señora Jessica Garrison?

—Te lo juro por Dios —comenzó Drew, apretando el puño—. Tienes edad para ser su abuelo.

—La experiencia viene con la edad, hijo.

—Callaos los dos de una vez —les espetó Jake.

Ambos hombres se quedaron en silencio y volvieron a centrar su atención en el portátil. Jake ya había introducido un apellido en el campo correspondiente.

—Tanner. ¿Jessica Tanner? —dijo Drew—. ¿Seguro que quieres hacer eso?

—Sí. ¿Algún problema?

—Oye, es tu apellido familiar.

Jake ignoró el comentario y siguió rellenando el perfil.

—Edad…

Drew consultó el tablero de las víctimas anteriores de Lester. —Veinticuatro. Veintisiete. Treinta y uno. Veintinueve. La edad media parece estar a mediados de la veintena.

—Pongamos veinticinco —dijo Jake, completando la información mientras hablaba.

—¿Algo más?

—Aficiones e intereses. —Jake hizo una breve pausa—. ¿Supongo que esto se refiere a aficiones sexuales?

—Déjalo en blanco —dijo Drew.

—¿Y la información personal? —Jake vaciló—. ¿Qué tal esto?: «Sigo viviendo en casa con mi madre, pero siempre está fuera trabajando. Trabajo de peluquera. Tengo una gatita, y mi otra gatita necesita algo de emoción en su vida».

Jake sintió un toque en la parte posterior del hombro. Era Garrison. —¿Tenemos que preocuparnos por ti, colega? Parece que ya has hecho esto antes.

Jake le ignoró. Continuando, dijo: «Nunca he tenido una relación seria, pero he tenido algunos escarceos en el pasado. Mi ex me metió en este tipo de cosas y desde entonces no he mirado atrás. Abierta a cualquier cosa».

Jake terminó de escribir y pulsó con fuerza la tecla del punto. —Esa es nuestra coartada. Alguien de La Comunidad le dio los detalles.

En ese momento, Liam regresó. Se guardó el móvil en el bolsillo con una sonrisa en el rostro, enseñando los dientes del lado izquierdo.

—Hecho. Mirad vuestros correos.

Jake lo hizo en su móvil y cargó un selfie de una mujer joven y atractiva, de veintitantos años. Tenía el pelo castaño que le caía por debajo de los hombros, la nariz pequeña y las cejas pobladas. Jake echó un vistazo a Jessica Arnholt en la pizarra y notó que encajaba casi a la perfección. Sería demasiado irresistible para que Lester la rechazara.

—¿Quién es? —preguntó Jake, fingiendo no haberse dado cuenta todavía de que era la reportera de BBC News que le había lanzado un ataque mordaz tras la rueda de prensa del otro día.

—Eso no importa —respondió Liam—. Nos ha dado permiso para usar su imagen. Eso es todo lo que necesitas saber.

—¿Sabe *ella* para qué es?

—Sí. —Liam fue brusco y directo al grano—. Te lo he dicho, me debe una. Todo es legal. Confía en mí. No tienes de qué preocuparte.

—Me pregunto qué habrá hecho para que uses esto como el favor que te debía. Debe de haber sido algo terrible —añadió Drew, frotándose la parte inferior de la nariz.

—Nada que no me hayan hecho a mí antes. —Liam levantó la pantalla del portátil para que estuviera a la altura de sus ojos—. ¿Está todo listo?

—Una última cosa —dijo Jake. Pulsó Continuar y la pantalla cargó el siguiente paso—. Solo el pago. Tenemos que pagar la suscripción de dos libras al mes.

—¿No hay un periodo de prueba de catorce días? ¿Acuéstate con toda la gente que quieras en ese tiempo y decide si quieres pagar por el mismo privilegio en el futuro? —El rostro de Drew se iluminó al aflorar de nuevo su faceta de payaso de la clase. Nadie le prestó atención.

—¿Cómo vamos a solucionar esto? —preguntó Liam mientras señalaba la pantalla.

—No lo haremos —dijo Jake—, a menos que llamemos a Sampson y logremos que nos exima de las cuotas.

—No hay tiempo —dijo Liam. Puso la mano con firmeza en la espalda de Jake—. Parece que te toca a ti.

—¿Qué? —Jake giró en la silla y estiró el cuello para mirar a Liam.

—Estamos usando tu apellido… así que bien podríamos usar los datos de tu tarjeta. Tienes que ir a por todas si vas a hacer esto, Jake.

Jake abrió la boca, pero no salió nada.

—No podemos usar la tarjeta de la Met; el nombre que figura es diferente, y tú no tienes una propia. Si alguien pregunta, finge que eres el hermano de Jessica o algo así y que ella está usando tus datos. —Le apretó el hombro—. No te preocupes, se te devolverá el dinero.

—No me preocupa el dinero —respondió Jake—. Me preocupa más poner mis datos ahí fuera, en la Dark Web. ¿Y si me la clonan?

—Te lo solucionaremos. Estoy seguro de que Roland puede encargarse de que eso no pase. En cuanto introduzcas los datos y pagues el primer mes, bloquearemos la suscripción.

Jake bajó la mirada a la mesa. ¿Qué estaba haciendo? Siempre le habían advertido sobre poner sus datos en internet, y en la Dark Web sería diez veces peor. ¿Y si alguien hackeaba su cuenta? ¿Y si

alguien le robaba todo el dinero? Los riesgos superaban el beneficio. ¿O no? Lester Bain iba a matar a más y más gente si no hacían algo al respecto. Y si hacía esto por Liam y el equipo, ¿significaría eso que podrían aceptarle un poco más?

Antes de que Jake pudiera seguir pensándolo, Liam habló: —Todo esto depende de ti, colega. Quieres atraparle, ¿verdad? Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

—Mejor tú que yo, amigo —añadió Drew.

Jake miró fijamente a los ojos de Liam durante un momento. Eran implacables, poderosos. Y le dio a Jake la reacción que esperaba: una ligera sonrisa. Nada que revelara demasiado, pero lo suficiente como para insinuar que hacer aquello *era* un paso en la dirección correcta para arreglar la situación entre ambos.

Jake buscó en su bolsillo, sacó la cartera y extrajo una tarjeta de débito Barclays VISA plateada. Introdujo la información pertinente y pulsó Enviar. La página web se quedó en blanco por un breve instante y luego apareció el icono de un círculo girando. Unos segundos después, les recibió una página que confirmaba que habían completado el registro.

Liam volvió a darle una palmada en la espalda a Jake. —Buen trabajo, muchacho. Ahora busca a ese capullo y mándale un mensaje.

CAPÍTULO 57

BANDEJA DE ENTRADA

Lester tenía hambre. Un hambre de un tipo distinto. Y la empeoraba el remordimiento que sentía en el estómago. Ni siquiera la manzanilla de emergencia que había comprado en el supermercado lograba calmarlo. Debería haber matado a Sampson, haberlo degollado, haberle hecho sufrir una muerte dolorosa y satisfactoria, en lugar de dejar que su corazón se rindiera por él. A Lester no le importaba que aquel hombre se lo hubiera dado todo, que se lo hubiera enseñado todo; aquello no bastaba para superar la traición. Y ahora sería demasiado peligroso volver al piso. Sin duda, la finca de Sampson estaría plagada de policías. Había demasiado riesgo.

Necesitaba ducharse, a pesar de tener que compartir el cuarto de baño con los restos en descomposición de Jessica y Carl. Necesitaba despejar su mente de todo. Necesitaba dejar que el pecado se lavara y se hundiera por el desagüe.

Mientras Lester se levantaba de la silla, su ordenador emitió un sonido. Había estado en modo de suspensión durante toda la noche anterior y esta mañana, interrumpido solo de vez en cuando cuando él quería consultar su bandeja de entrada. Aunque sabía que nadie le escribiría, no podía evitar mirarla cada diez minutos.

Pero ahora alguien *le había* escrito.

Lester desbloqueó su portátil, hizo clic en la notificación roja junto a su bandeja de entrada y se detuvo.

—Jessica Tanner —dijo mientras sus ojos recorrían el nuevo mensaje. Ignoró el contenido y pinchó en su perfil.

Su imagen lo intrigó. Era guapa, joven, de pelo castaño y ojos marrones. Sonriente. Feliz. Parecía casi la personificación perfecta de Jessica Arnholt.

Leyó su perfil.

—«Joven, tonta y viviendo de mamá. Soltera... y en busca de algo de diversión, espero». —Lester hizo crujir los nudillos—. Bueno, Jessica, estoy seguro de que puedo enseñarte unas cuantas cosas nuevas.

Volvió a centrar su atención en la bandeja de entrada.

HOLA, *¿cómo stás? Encantada de conocerte. Esto es muy violento porq es la primera vez q hago esto y no tngo ni idea de qué stoy haciendo o si lo hago bn, pero vi tu perfil y vi q eras el primero del ranking, y me preguntaba si podrías enseñarme algunas cosas. Tngo muxas ganas de aprender.*

LESTER SONRIÓ. Normalmente, odiaba todo ese lenguaje de mensajes de texto. No tenía ni idea de cómo alguien podía entenderlo. Durante un tiempo había intentado adoptarlo, para ver si era más rápido. Pero no lo era, así que había vuelto a la forma correcta de ortografía y comunicación. No había excusa para una mala gramática.

Escribió su respuesta.

—ENCANTADO DE CONOCERTE, Jessica. Tienes un nombre precioso. Por supuesto que puedo enseñarte un par de cosas. No suelo permitirme mezclarme con novatos; no hay suficientes puntos en ello para los dos. Pero por ti puedo hacer una excepción especial. Todos tenemos que empezar por algún sitio. Sin mencionar que eres

una chica muy guapa, y ojalá te hubieras unido antes para que hubiéramos podido pasar más tiempo conociéndonos.

LESTER PULSÓ ENVIAR Y ESPERÓ. No sabía cuánto tiempo tendría que esperar por una respuesta. Podía ser ahora. Más tarde esta noche. Mañana. Una semana. No había forma de saberlo, y odiaba la incertidumbre de todo aquello. ¿Qué iba a hacer para ocupar el tiempo ahora? No podía meterse en la ducha; estaba demasiado emocionado. Necesitaba un desahogo.

Mientras esperaba, Lester cogió un rollo de papel higiénico del baño de abajo y se masturbó en la mesa sobre la foto de perfil de Jessica Tanner. Imaginó cómo sería verla desnuda, y lo que le haría en el dormitorio... antes de despedazarla. Aquello lo excitó, y unos minutos después, mientras se limpiaba, apareció un mensaje en su bandeja de entrada.

—¡Sí! —susurró, estrujando el papel en su mano.

Lo abrió y leyó.

¡AH, *genial! ¡Me daba paranoia q pareciera muy tonta y estúpida! De verdad q soy nueva en todo sto, así q ¿cómo funciona ahora?*

EN LA ESQUINA superior derecha de la página de Jessica había un pequeño punto verde que indicaba que estaba conectada. Si le escribía de inmediato, podría organizar el encuentro lo antes posible.

—NO PASA NADA. Me gusta cuando las chicas se hacen las tontas. Resulta entrañable. Todo lo que tenemos que hacer es organizar una hora y un lugar, y eso es todo. Quedamos, hacemos lo nuestro y luego recibimos los puntos por ello. Obviamente, seré suave contigo, ya que eres nueva en todo esto.

LESTER CERRÓ el mensaje con un emoticono de un guiño. Pulsó enviar e, inmediatamente, vio que el mensaje había sido leído por su

próxima víctima. Esto era perfecto. En unas pocas horas podría conocerla y satisfacer a Los Asquerosos.

Llegó otro mensaje. Jessica era buena en esto. Aplicada. Entusiasta. Quería que le enseñaran los trucos del oficio. *Oh, madre, las cuerdas*. Todas las cosas que podría hacerle con cuerdas. Lester gimió y se limpió el exceso de saliva que le goteaba de la boca con el dorso de la mano. Y mientras lo hacía, llegó otro mensaje.

¿PUEDES VENIR *a mi casa si quieres? Tendría q ser más tarde, eso sí. No salgo de currar hasta tarde, pero mi madre se ha ido fuera un par de días y quiero q estemos solos, ¿te parece bien?*

LESTER RESPONDIÓ.

—SUENA PERFECTO.

MENOS DE UN MINUTO DESPUÉS, Jessica respondió con su dirección particular y le dijo que estuviera allí sobre las ocho de la tarde.

—Sí, señorita —dijo Lester, sonriendo a su portátil. Cerró la tapa y se fue a la ducha para asearse.

CAPÍTULO 58

EL PERRO

—Hecho —dijo Jake, dando una palmada—. Creo que ha mordido el anzuelo.

—Más vale que así sea. Es la única oportunidad que tenemos. —Liam garabateó en la pizarra la hora en la que habían acordado reunirse con Lester y la rodeó con un círculo varias veces—. De lo contrario, se percatará de nuestros métodos y desaparecerá del mapa durante un tiempo.

—Será mejor que nos preparemos, entonces —dijo Drew.

—¿Qué necesita que hagamos? —preguntó Jake.

En cuanto lo hubo dicho, se le ocurrió una idea. Era algo en lo que había pensado antes pero que no había podido profundizar. Jessica-Anne y la prostituta en casa de Archie Arnold. Existía la clara posibilidad de que ambas pertenecieran a la misma organización. Y había una posibilidad aún mayor de que, si su plan fallaba, Lester regresara para repetir la jugada.

—Quiero agentes de AFO del SO19 apostados en la casa, por la calle y en el vecindario —ordenó Liam—. Quiero un ejército de uniformados —y de paisano— en la escena, preparados y a la espera. Algunos pueden estar con nosotros. La unión hace la fuerza y todo eso. Tenemos menos de cuatro horas para prepararnos. ¿Creéis que podemos tenerlo listo para entonces?

—¡Sí, jefe! —dijeron los tres al unísono.

Liam dio por terminada la reunión y les ordenó llevar a cabo sus tareas. Mientras regresaban a sus escritorios, Jake giró a la izquierda y se dirigió hacia la salida.

—¿A dónde vas? —le gritó Garrison desde su mesa, que estaba situada justo al lado de las puertas dobles.

Jake sonrió con sorna. —He quedado con un tipo para un asunto propio.

CAPÍTULO 59

BUENA PERSONA

—¿A dónde va? —preguntó Drew, apoyado en el escritorio de Garrison.

Garrison se encogió de hombros y se metió otra galleta en la boca con el pulgar.—No lo sé. Ha dicho que se marchaba a resolver un asunto.

—¿Le seguimos?

Garrison se encogió de hombros de nuevo.

En ese momento, Liam salió de la sala de reuniones y atravesó la oficina a paso ligero. Drew le dio un silbido para que se acercara y le explicó la situación.

Hablaba en susurros—. ¿Qué me dices, jefe? ¿Se nos ha echado a perder el chico bueno?

Liam echó una mirada rápida hacia la puerta y sacudió la cabeza. —No. No va a ningún sitio que deba preocuparnos. Esta vez creo que se está portando como una buena persona.

CAPÍTULO 60

MONEDA DE CAMBIO

Jake redujo la velocidad de su coche hasta detenerse en un apartadero frente a un supermercado Co-op. La cadena de tiendas bullía de vida y de clientes que cargaban con bolsas de la compra y botellas de alcohol recién compradas. Jake apagó el motor y se apeó. A pocos metros, tras él, había una cabina telefónica en la esquina de la High Street con Carpenters Road.

Jake observó los alrededores, girando la cabeza a izquierda y derecha, estudiando a los personajes que lo rodeaban, asegurándose de que no lo seguían ni de que estaba interrumpiendo nada... ni a nadie. Luego, con cautela y las manos en los bolsillos, se acercó a la cabina. A medida que se aproximaba al objeto, un olor a orina y alcohol le subió por las fosas nasales. Le hizo poner una mueca y, por un momento, se preguntó cuánta gente habría usado la cabina como refugio nocturno.

Jake cerró la puerta tras de sí y miró el tablón de anuncios lleno de tarjetas de visita que había sobre el teléfono. Había docenas. Albañiles que buscaban trabajo. Casinos que acababan de abrir en la misma calle. Y las que más le llamaron la atención: clubes de alterne locales con fotos de mujeres vestidas de forma provocativa y sus números de móvil impresos en letras blancas y gruesas debajo. Jake

buscó la que Archie le había recomendado: Diamond Geezers. La encontró en la parte inferior del tablón, la cogió y marcó el número.

El tono de llamada sonó en su oído.

—¿Diga? —preguntó una voz. Tenía acento de Europa del Este, aunque Jake no lograba discernir de dónde exactamente. Posiblemente ruso. Posiblemente letón. Posiblemente rumano.

—Eh... Sí... —dijo Jake, tartamudeando. Nunca había hecho algo así—. Me... Me preguntaba si podría concertar una cita para esta noche.

—Lo siento, ya no nos quedan. Adiós.

—¡Espere! ¡Por favor! —dijo Jake. Se apoyó contra el lateral de la cabina y se apretó el auricular contra la oreja. La persona al otro lado de la línea seguía allí. Aún podía oír su respiración. —Esto es importante. Lo siento. Nunca he hecho esto antes.

Vaciló de nuevo, intentando pensar cuál era la mejor manera de proceder. —Necesito saber si recibieron una llamada el otro día, el veinte. ¿Un hombre preguntando por una prostituta llamada Jessica?

Hubo silencio al otro lado y, por un instante, Jake se asustó. Pensó que se había acabado el tiempo de la llamada.

—¿Qué es esto? —preguntó la voz—. ¿Quién es usted?

—Por favor. No tiene problemas ni nada de eso. Estoy investigando el asesinato de Jessica-Anne. Estamos muy cerca. Solo necesitamos su ayuda para atrapar al tipo.

—¿Policía? ¡Me está jodiendo! ¡Nosotros no hablamos con policía!

Mierda. Esto no estaba saliendo como él esperaba.

—¿Acaso no quiere atraparlo? ¿No quiere saber qué le pasó, ayudarnos a detener al responsable?

—No. Nosotros no fiamos de policía. No llame más a número.

—Está bien —dijo Jake con calma—. No volveré a llamar a este número. Llamaré al otro en su lugar. Y luego al siguiente. Y al siguiente. Somos la policía. ¿Cree que no podremos volver a contactar con usted? Seguiremos llamando, y la próxima vez no será de forma tan amable como esta.

La voz soltó una risa profunda. —¿Cree que encontrarnos? Ni encuentra a puto asesino.

—Con tiempo lo haremos. Con tiempo le encontraremos a usted *y* al asesino.

—Si eso es verdad, ¿por qué necesita de nosotros?

Jake tragó saliva. Había llegado el momento. La moneda de cambio.

—Necesitamos su ayuda. Tengo que pedirle un favor. No hace falta que nos cuente nada. No hace falta que nos veamos. Solo necesito que haga algo...

Jake dejó la frase en el aire. Esperaba haber puesto suficiente intriga en su voz como para captar la atención del hombre al otro lado.

—¿Qué necesita que yo haga?

Jake soltó un suspiro de exasperación. —Creemos que va a intentar ponerse en contacto de nuevo —mintió Jake—. Creemos que pronto pedirá otra chica. Si lo hace, quiero que me avise. Eso es todo. Solo tiene que decirme dónde se reunirá con la chica y cuándo. Sencillo.

—¿Eso es todo?

—Sí —dijo Jake—. Puede llamar desde un número diferente si lo prefiere. No se rastreará.

El hombre tosió. —Bien. Por Jessica.

—Y otra cosa —añadió Jake.

—¿Qué?

—Si llama a alguien más, quizás a algún competidor suyo, haga que me llamen también. El asesino va a utilizar todos los canales a su disposición. Tenemos que asegurarnos de encontrar el correcto. No podemos permitir que mate a otra persona.

—¿Y yo qué saco de esto? ¿Qué hay para mí?

Jake suspiró para sus adentros. —Puedo asegurarle que la policía les dejará en paz. No interferiremos en su negocio. Ustedes van por su lado y nosotros por el nuestro. Sencillo.

—Sencillo.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Jake le dio al hombre su número de móvil del trabajo y colgó. Suspiró profundamente mientras colocaba el auricular en su sitio. Ya

estaba hecho y agradecía que hubiera terminado.

Jake cerró la puerta de la cabina y esperó, conteniendo el aliento.

Sus sentidos se agudizaron y de repente se sintió muy vulnerable. Como si lo estuvieran vigilando. Desvió la mirada del hombre que cargaba con las bolsas de la compra y se alejaba de él hacia la pareja que cruzaba la calle cogida del brazo, y después hacia el chico del patinete a cien metros de distancia. Ninguno de ellos lo vigilaba; ninguno de ellos miraba siquiera en su dirección. Solo era paranoia: miedo a que Lester lo observara desde la distancia, o a que fuera la gente de la que Bridger le había advertido, calculando cada uno de sus movimientos.

Al final decidió que estaba siendo un estúpido y se dirigió de nuevo a su coche. Pero cuando iba a arrancarlo, lo interrumpió el sonido de su teléfono. Era su móvil personal.

Jake respondió sin comprobar la identificación de llamada. No le hacía falta; sabía perfectamente de qué se trataba.

—¿E-Elizabeth? —preguntó tartamudeando, esforzándose por articular las palabras.

—¡Jake! ¡Jake! ¡Jake! Voy de camino al hospital. Ven rápido. Estoy con tu madre. ¡Voy a tener al bebé!

CAPÍTULO 61

ZONA VERDE

El impulso de Jake era tan fuerte que tropezó y casi se cayó al suelo al atravesar las puertas giratorias del Croydon University Hospital. La sección de urgencias a su izquierda estaba abarrotada de gente que esperaba pacientemente en la zona de asientos, mientras sus familiares se paseaban de un lado a otro, lanzando torrentes de improperios a las enfermeras y al personal auxiliar que intentaba ayudarlos. Jake apenas les prestó atención y se apresuró hacia el mostrador de recepción, golpeando la superficie con las manos. Estaba sin aliento y le goteaba la nariz. —Mi mujer —empezó, jadeando entre respiraciones—. Elizabeth Tanner. Se ha puesto de parto. Tengo que encontrarla.

La mujer tras el mostrador le lanzó una mirada inexpresiva. Supuso que era porque estaba acostumbrada a ver a tipos como él: locos y frenéticos. Y, de un modo extraño, aquello le ayudó a calmarse.

—Permítame que lo compruebe —dijo ella.

Empezó a teclear en el ordenador. Lentamente. Jake había visto a Maisie teclear más rápido que eso, y solo tenía dos años. En su cabeza, le imploraba en silencio que se diera prisa.

—Aquí está —dijo la mujer después de lo que le pareció una eternidad—. ¿Ha dicho Elizabeth Tanner?

—Sí.

—Muy bien, ha ingresado en el centro de maternidad Lucina. Zona verde. Planta baja. Hace más de una hora.

—Gracias —Jake levantó el pulgar en señal de gratitud antes de salir disparado por el pasillo. Corrió de un extremo a otro del hospital, zigzagueando entre enfermeras, pacientes, médicos, limpiadores, personal sanitario y familiares. Para cuando llegó a la entrada de la Zona Verde, le ardían las piernas y estaba extenuado, con el cuerpo consumido por una potente mezcla de miedo, adrenalina y pura emoción. En ese instante, nada más ocupaba su mente, salvo la creciente presión de exasperación y sentimiento que notaba en el pecho. Aminoró la marcha hasta detenerse, se dobló por la mitad y apoyó la mano contra la pared para no caerse.

Sin previo aviso, su visión se volvió blanca y su cuerpo se quedó entumecido, frío. Visiones de la nieve y las montañas de cuando se quedó atrapado en el alud aparecieron en su mente. No podía respirar y la habitación daba vueltas. Las paredes empezaron a cerrarse a su alrededor, acercándose un poco más con cada aliento desesperado. Entonces, su cabeza golpeó el suelo. Y cuando lo hizo, el muro blanco cedió para volverse negro.

CAPÍTULO 62

ZONA C

Jake se despertó con la sensación de que lo tocaban. Sentía como si estuvieran moviendo su cuerpo, dándole toques, examinándolo. A lo lejos, tenues, casi como si fueran solo figuraciones de su imaginación, oyó voces. Al principio eran sordas, pero luego, a medida que su conciencia se abría paso lentamente de vuelta hacia él, se volvieron más claras, más nítidas.

—¡Señor! —Era una voz suave. Calma. Reconfortante. Como la de Elizabeth cuando intentaba que se volviera a dormir después de haber tenido uno de sus episodios.

¡Elizabeth!

Jake abrió los ojos de golpe, revelando el mundo ante él. Estaba rodeado por tres enfermeros que intentaban devolverlo a la realidad. Uno de ellos tenía un dedo en su muñeca, tomándole el pulso; otro estaba junto a su cintura y el otro a su cabeza.

—Elizabeth —dijo él, incorporándose con pesadez sobre los codos —. Elizabeth.

—Señor, tiene que quedarse quieto —ordenó la mujer que intentaba sostenerle la cabeza.

—Estoy bien. Estoy bien. Tengo que encontrar a mi mujer. —Se sentía fatal. La caída le había revuelto el estómago, y ahora una sensación nauseabunda impregnaba el resto de su cuerpo.

—Seguro que ella está bien. Estoy convencida de que podrá verla. Seguro que sigue por aquí en alguna parte.

La enfermera situada junto a su cintura se levantó y le trajo un vaso de agua. Regresó y se lo tendió. —Beba.

A Jake no hizo falta decírselo dos veces. Se bebió el agua de un trago.

—Está dando a luz. Tengo que... tengo que encontrarla. —El repentino torrente de agua fría le entumeció el cerebro, provocándole un dolor de cabeza, y se encogió de dolor.

—Primero tenemos que asegurarnos de que usted está bien —dijo uno de los enfermeros. Se colocó a la espalda de Jake y le sirvió de apoyo.

—No me están escuchando —dijo Jake—. Estoy bien. Ya me ha pasado antes. Solo es un ataque de ansiedad. No hace falta que me ayuden. Necesito ver a mi mujer.

Jake se puso en pie tambaleándose, a pesar de las protestas de los enfermeros, y caminó con paso errático hacia el centro de maternidad.

La planta estaba a veinte yardas de donde se había caído, aunque, antes de desmayarse, le había parecido que estaba mucho más lejos.

—¡Señor! —llamaron los enfermeros, pero él los ignoró. Había sufrido ataques de ansiedad con demasiada frecuencia como para que ya le preocuparan. Formaban parte de su vida y había aprendido a convivir con ellos. Al principio, tras el accidente, habían sido frecuentes. Y si no era un ataque de ansiedad, eran mareos intensos, náuseas, claustrofobia. Pero en el último año, más o menos, había aprendido a controlarlos gracias a su propia recuperación autodirigida y a la ayuda de un terapeuta. Tras varios intentos logrados de mitigarlos, Jake pronto se había dado cuenta de que sus episodios solo aparecían cuando se veía sometido a una presión y un estrés inmensos. Y estaba dispuesto a luchar contra ellos. No quería que su vida estuviera encadenada y dictada por sus acciones y procesos cotidianos.

Jake abrió la puerta de la planta y se encontró con otro pasillo largo, aparentemente interminable. A lo largo del lado derecho había

una fila de bancos, ocupados por grupos de personas —familias, amigos, parejas—, y a lo largo del izquierdo había una serie de paritorios.

A veinte yardas, Jake vio a su madre, Denise, balanceando a Maisie sobre su rodilla.

Esbozó una sonrisa radiante mientras se acercaba a ellas.

—¿Dónde está? —preguntó, pillándolas a ambas por sorpresa.

Denise bajó a Maisie de su rodilla, abrazó a Jake y luego tomó a Maisie en brazos.

—Está ahí dentro. —Denise señaló la habitación de enfrente.

—¿Está todo bien? ¿Algún problema?

—Se la han llevado para hacerle una cesárea.

—Oh, Dios mío —dijo Jake, llevándose la mano a la boca.

—No te preocupes. Todo va a salir bien. Ya la han anestesiado. Han dicho que no debería tardar mucho. Todo lo que podemos hacer es esperar y desear que le vaya bien.

CAPÍTULO 63

ELLIE

—Ya puede verla —le ha dicho el médico—. Está despierta... pero cansada.

Al instante, Jake se ha levantado de un salto del asiento y ha corrido hacia la sala de partos, agarrando con fuerza el pomo de la puerta. Allí, descansando en la cama con la cabeza apoyada en la almohada, estaba su mujer. Tenía el rostro cubierto por una fina capa de sudor que brillaba bajo la luz fluorescente, y su cuerpo estaba conectado a cuatro goteros y máquinas diferentes. A su lado, el monitor del electrocardiograma pitaba monótonamente.

—Hola, Nelly —ha dicho él, sonriendo sin poder evitarlo.

Nelly era el apodo que le había puesto después de que ella le contara que el narval era su animal favorito. Los amaba tanto —y él la amaba tanto a ella— que, por su cumpleaños, él había encontrado una empresa que le permitió apadrinar un narval en su nombre. Lo llamó: Nelly el Narval.

—¿Cómo te encuentras? —ha preguntado Jake, tomándole la mano y besándole la frente.

—Cansada —ha respondido ella, parpadeando despacio—. ¿Está... está bien ella?

—Sí. Los médicos se han ocupado de ella. La están limpiando ahora mismo. Estoy seguro de que podremos verla pronto. Estoy

muy orgulloso de ti.

Jake le ha dado otro beso en la frente y la ha estrechado con fuerza entre sus brazos. Tenía la piel caliente. Se sentía quebradiza y delicada, como si fuera a romperse o desgarrarse con solo tocarla. Elizabeth era una de las cosas más preciosas de su vida, y nunca haría nada para herirla. Había hecho ese juramento hacía tres años, y seguía significando tanto ahora como entonces.

—Te quiero —ha dicho Elizabeth.

Justo cuando Jake abría la boca para decirle que él también la quería, la puerta se ha abierto. Ha entrado una matrona con su hija recién nacida en brazos.

—Aquí está —ha dicho la matrona—. Está echando una cabezadita.

—No, está bien despierta —ha dicho Jake, señalando a Elizabeth, que le ha dado un manotazo de desaprobación en el brazo mientras la matrona reprimía una sonrisa.

Elizabeth ha estirado los brazos y ha tomado a su hija de manos de la matrona. Ha soltado un gemido suave mientras acariciaba la carita de la niña. Jake se ha inclinado y ha hecho lo mismo, acariciando la frente del bebé y la de Elizabeth. Una alegría y una felicidad puras —una emoción que solo había sentido cuando nació Maisie y el día de su boda— lo han recorrido por completo. Era increíble. Invencible. Nada podía superarlo. Todas las tensiones de la última semana —Lester, Bridger, las Jessicas, Liam— han desaparecido de su mente como si nunca hubieran existido.

—¿Habéis pensado ya en un nombre? —ha preguntado la empleada del hospital, rompiendo el silencio.

Jake ha mirado a Elizabeth justo cuando Denise y los padres de Elizabeth entraban en la habitación.

—No —ha dicho él, distraído—. No lo hemos hecho, todavía n—

—Ellie —ha dicho Elizabeth, pillando a Jake por sorpresa. ¿De dónde se había sacado ese nombre? Y entonces se ha dado cuenta: Liam. Debía de haberlo visto en la tarjeta que le había entregado el equipo.

—¿Ellie? —Jake le ha apretado la pierna con una sonrisa.

—Ellie.

—Ellie —Jake ha asentido. Le gustaba. Era sencillo y hermoso. Igual que su preciosa niña.

Sus familias los han rodeado. Martha y Alan se han colocado a un lado, mientras que Denise se ha puesto al otro. Se cernían sobre el bebé, tocándole las mejillas y sosteniendo sus manitas. Alan se ha acercado y le ha estrechado la mano a Jake, y en cuanto han terminado, Denise ha rodeado la cama y le ha dado un abrazo. Lo ha apretado con fuerza.

—Me alegro mucho por los dos —ha dicho ella, con los ojos empañados en lágrimas.

—No empieces, mamá. Que me vas a contagiar.

—Llorar no tiene nada de malo, ¿sabes? Está bien llorar a veces. Tu padre solía hacerlo.

—No tengo cuerpo para llorar.

Denise ha sonreído con sorna. —Seguro que podemos cambiar eso. Quiero decir, solo hay que mirarla un segundo para que se te salten las lágrimas y te pongas todo tierno.

—Creo que eso solo te pasa a ti, mamá.

Denise ha rebuscado en su bolso y ha sacado una cámara. —¿Os importa si hago unas fotos? Todo el mundo necesita fotos de un recién nacido. —Antes de que Jake pudiera responder, ella ha tomado la iniciativa—. Martha, Alan, ¿os importa si hago un par de fotos para los álbumes de todos? Puedo mandarlas revelar y ponerlas en marcos para vosotros.

Los padres de Elizabeth han asentido y han dicho: —Sí, sería estupendo.

Mientras Denise dejaba a Jake en paz para hacer fotos con su cámara, Martha se ha movido por el borde de la cama y ha decidido que era su turno de hablar con él.

Le ha puesto la mano en el brazo para que supiera que estaba allí. —Jake, ¿me podrías conceder un momento a solas ahí fuera?

Se le ha quedado el cuerpo frío. —Sí, claro —ha respondido él con el ceño ligeramente fruncido.

El pasillo estaba en silencio, y Jake solo oía a Denise indicándoles a Elizabeth y Alan cómo posar para la cámara. El olor a aire estéril,

con un toque de productos de limpieza y spray antibacteriano, flotaba en el ambiente.

Martha Clarke era una mujer hermosa, a pesar de que le doblaba la edad con creces. Llevaba el pelo corto, en una melena tipo bob que se curvaba hacia arriba por las orejas y bajo la mandíbula. Sus pestañas estaban cargadas de máscara y sus labios oscurecidos con un vibrante tono de pintalabios rojo. Vestía una americana azul oscuro y una falda de tubo por encima de la rodilla. Como secretaria de Estado de Vivienda, Comunidades y Gobierno Local, era miembro del Gobierno, pero la ausencia de ojeras sugería todo lo contrario: como si tuviera un trabajo exótico en un país aún más exótico.

—¿Va todo bien? —ha preguntado Jake.

—Me alegro por vosotros dos. Es solo que estoy... *preocupada*, eso es todo —ha dicho ella con un deje de descontento en la voz. Jake ya sabía que esto no le iba a gustar nada. Como parte de sus responsabilidades gubernamentales, parecía que consideraba necesario resultar intimidante en cada faceta de su vida. Al menos, así era como se sentía Jake a su lado.

—¿Por qué? —ha preguntado él.

—¿Por qué no me avisaste de que Elizabeth se había puesto de parto? Pensé que habíamos acordado que yo la traería.

—No supe que se había puesto de parto hasta que ya estábamos de camino. Además, ninguno de nosotros esperaba esto. Ellie se ha adelantado un par de semanas... probablemente estarías ocupada en el trabajo o algo así —ha dicho Jake, poniéndose a la defensiva. Martha sabía cómo sacarlo de sus casillas y siempre lo conseguía. Por muchas veces que intentara defenderse de ella, no servía de nada; siempre lograba dejarle cicatrices.

—¿Y tú dónde estabas? —ha preguntado ella, cruzándose de brazos.

—En el trabajo. Igual que tú.

—¿Y qué tal va eso? He oído que te están presionando mucho.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Mi hija. Todavía me habla, ¿sabes?

Los músculos de los hombros y los brazos de Jake se han tensado. —¿Qué más te ha dicho?

—¿Hay algo que desees decirme *tú*?

Jake ha guardado silencio un momento.

—El trabajo ha sido complicado últimamente —ha dicho despacio.

—¿Por qué?

Ha suspirado antes de responder. No tenía sentido guardarle secretos; se acabaría enterando tarde o temprano. —Me han puesto en una revisión de rendimiento —ha confesado—. Mi supervisor me entregó una notificación de la Regulation 13 el otro día. Significa que...

—Sé lo que significa —le ha cortado Martha—. ¿Qué has hecho? ¿Por qué te la han dado?

La forma en que lo ha dicho ha molestado a Jake. Hacía que pareciera que él era el culpable, como si todo fuera culpa suya. Cuando no era así. Estaba sacando conclusiones precipitadas, como hacía siempre, y a él no le hacía ninguna gracia.

—Nada. Estoy intentando hacer mi trabajo —ha dicho Jake.

—Venga ya, Jake. Eres tú; algo habrás hecho para que te entreguen eso. Estas cosas no pasan porque sí.

—¿Hemos terminado? —ha preguntado Jake, poniendo la mano en la puerta.

—Quiero saber qué vas a hacer al respecto. No olvides que fui yo quien te ayudó a conseguir este puesto en el MIT después de tu pequeño fiasco con la Policía de Surrey y de toda la mierda de la que decidiste acusar a la gente después. Y si ahora le pasa algo a tu carrera, puede que yo no esté ahí para recoger los pedazos —no es que deba tener que hacerlo, de todos modos— y necesito saber cómo va a afectar esto a mi pequeña...

Jake ha soltado un gruñido de insatisfacción. —Oye —ha dicho, dando un paso mínimo hacia Martha—. Le hice una promesa a tu hija hace mucho tiempo: que la mantendría y la protegería. Y eso es exactamente lo que voy a hacer. No creas que se me ha olvidado. Amo a esa mujer más que a mi propia vida. Amo a mi familia más que a mi vida. Voy a luchar contra esto y voy a resolverlo, ¿de acuerdo? Y no necesito que tú ni nadie me diga cómo hacer mi trabajo, ni como padre ni como marido.

CAPÍTULO 64

SECRETOS

—¿Qué está pasando? —gritó Liam al entrar en la sala de investigación donde Drew y Garrison estaban trabajando. Eran casi las siete de la tarde y Jake no aparecía por ninguna parte —. ¿Sabe alguien adónde coño ha ido?

Ambos hombres se encogieron de hombros.

—He intentado llamarlo, pero no lo coge —gruñó Liam.

—Ya le dije que debíamos vigilarlo, jefe —dijo Drew en voz baja —. Sabía que ese tipo era un traidor. Más le vale no estar haciendo buenas migas con los de la IPCC. De lo contrario, yo...

—¿Qué? —replicó Liam cerrando la puerta a medias tras de sí—. ¿Qué harás exactamente, Drew? ¿Pegarle? ¿Matarlo? Los días de la brutalidad policial han pasado, colega; así que vas a tener que ser mucho más listo si quieres que cierta persona se fije en ti.

Liam suspiró y tosió repetidamente hasta que el pecho y los pulmones le dolieron. Al terminar, se inspeccionó la mano y se limpió el pequeño rastro de sangre en la parte trasera de la pernera del pantalón. —Ahora callaos, y que uno de vosotros lo llame de nuevo; me da igual quién. Solo aseguraos de que esté aquí antes de una hora.

Drew echó mano al teléfono de su escritorio y marcó el móvil de Jake. Mientras tanto, Liam regresó a su despacho y cerró la puerta.

Se apoyó contra la madera y descansó la cabeza en la puerta. Su mente empezó a divagar por un bosque de paranoia donde cada árbol era un pensamiento debilitante distinto. ¿A qué estaba jugando Jake? ¿Dónde estaba? ¿Estaba ayudando con el caso o trabajaba contra ellos? ¿Estaba con Bridger? ¿Trabajaba con la IPCC? ¿Había descubierto lo que estaba pasando?

No. Por supuesto que no. Bridger le había dicho que se mantuviera al margen. Y Jake era un buen detective, pero no era idiota. Ingenuo, sí. Un novato, sí. Ajeno a las realidades de Delincuencia Grave, sí. Pero Jake sabía lo que le convenía y sabía cuándo seguir un consejo. Al menos eso era de lo que Liam intentaba autoconvencerse, pero no funcionaba; no impedía que los pensamientos entraran en su mente aturdida por la bebida y la asolaran como el cáncer que le devoraba los pulmones.

Mientras Liam regresaba a su mesa, el teléfono de su bolsillo izquierdo sonó. Era el móvil de prepago que guardaba para toda su actividad ilícita. Su teléfono personal estaba en el derecho y, en esta ocasión, no prestó atención a cuál de los dos sonaba.

—¿Tanner? —dijo sin mirar la identificación de llamada.

—No. Soy Martha.

El nombre tardó un poco en registrarse en la mente de Liam. —¿No habíamos acordado que ya no trataría contigo?

—Los planes cambian —habló ella con su habitual determinación gélida y severa que hacía que al hombre se le erizara el vello de la nuca y amenazara con romperse en sudor.

—¿Qué necesitas ahora?

—Es por mi yerno —dijo Martha—. Él...

—¿Dónde está? Hemos estado intentando contactar con él.

—Déjame terminar —le espetó Martha—. Está en el hospital. Mi hija acaba de dar a luz.

Liam tragó saliva, ganando tiempo para intentar pensar qué decir. —Oh... ya veo... felicidades.

—No le daré el mensaje, pero gracias por el detalle —Martha hizo una pausa. A través del teléfono, sonaba como si alguien acabara de pasar y ella hubiera saludado cortésmente, más por necesidad que por otra cosa.

—¿Está todo bien con el bebé? —preguntó Liam.

—Sí. Los dos están bien. Jake podrá contarte todo cuando lo veas. Pero, de momento, necesito que me expliques algo.

Liam hizo una mueca. —¿El qué?

—¿Cómo es posible que a alguien en su posición se le notifique una amonestación bajo la Regulación 13, incluso estando en periodo de formación?

—Yo... él...

—Sabes que eso es una sarta de mentiras, Liam.

—Tu yerno no lo sabe —respondió Liam, sintiendo que recuperaba la voz—. Para ser alguien a quien le gusta hacerlo todo según las normas, no tiene ni idea de la Ley de Regulaciones del Desempeño Policial.

—Tiene una familia que crece y a la que mantener; tiene muchas cosas en la cabeza y no necesita que tú aumentes su estrés.

Liam guardó silencio un momento. Llamaron a la puerta y entró Drew, quedándose en el marco mientras apoyaba el peso de su cuerpo contra la puerta.

—Sigue sin haber nada, jefe —susurró Drew.

—Vale —dijo Liam, consciente de que la mujer le respiraba al oído—. Déjalo por ahora. Ya daremos con él. Aún queda tiempo para el encuentro.

Drew asintió y cerró la puerta.

—¿Encuentro? ¿Qué encuentro? —preguntó Martha en cuanto Liam abrió la boca para hablar.

—El asesino en serie. Lo hemos atraído a una trampa.

—¿Y necesitas a Jake allí?

—A ser posible.

Martha suspiró por teléfono. Sonó tan fuerte que pareció que una ráfaga de viento acababa de entrar en su despacho y se arremolinaba a su alrededor.

—Muy bien —comenzó ella—, esto es lo que quiero que ocurra. Quiero que lo llames y le pidas que vuelva. Probablemente diga que no, pero yo lo convenceré para que vaya. Me aseguraré de que todos entiendan que es necesario. Después, podéis ir todos y hacer lo que sea que tengáis que hacer. Una vez que todo este asunto se

haya zanjado, quiero que rescindas la amonestación que le diste. Dile que fue una broma pesada o algo así, o que cometiste un error.

—Lo fue —interrumpió Liam. Disfrutaba interrumpiendo a Martha y bajándola de su pedestal; era una victoria poco frecuente que le gustaba saborear.

—¿Qué fue lo que fue? —preguntó Martha.

—Una broma. Se la di para meterle un buen petardo en el culo. Necesitábamos resolver este caso y pensé que esa era la forma. Era parte de su iniciación.

—Cristo, Liam —dijo Martha. Casi podía sentir cómo ponía los ojos en blanco al otro lado de la línea—. Te hacen falta unas clases de humor. Ahora vete. No me obligues a volver a llamarte, porque la próxima vez las consecuencias serán peores.

A Liam le tembló una ceja. —¿Y cuál es la consecuencia ahora, entonces?

—No hay ninguna. Ese es precisamente el punto. Esta es tu oportunidad gratuita. Y quién sabe cuánta información podría airear. Solo hace falta un *error* para que los secretitos de todos salgan a la luz.

CAPÍTULO 65

BINGO

Lester contaba impaciente las horas, los minutos y los segundos en la casa. Había intentado pasar el tiempo removiendo el contenido de los recipientes de plástico que había comprado en la Dark Web, que contenían los cuerpos de Carl y Jessica, pero pronto se había aburrido. Y entonces había tenido una idea brillante. Podía hacer un reconocimiento de la casa de Jessica Tanner. Quizá incluso verla de lejos, comprobar cómo era en carne y hueso. Había sido una empresa arriesgada —salir de casa a plena luz del día— y un fracaso. No solo no había visto a Jessica en absoluto, sino que empezaba a sentir que algo en la Comunión no encajaba. Parecía un montaje. Demasiado bonito para ser verdad. Y si algo había aprendido Lester en su vida era que, si algo parecía demasiado bonito para ser verdad, por lo general lo era.

Sí, la dirección había resultado ser correcta. Y, sí, había visto a una figura moverse tras las ventanas. Pero seguía habiendo un problema. Seguía habiendo una pequeña parte de él —el lado racional que no había sido devorado por completo por el monstruo que llevaba dentro— que sospechaba que había gato encerrado.

Jessica Tanner. *Jessica Tanner*. *Jessica Tanner*, repetía.

Sopesó sus sospechas mentalmente. Primera: Jessica le había enviado el primer mensaje. Ella había sido quien había iniciado la

conversación. Segunda: era nueva —novata, de hecho— y no tenía puntos. ¿Por qué le enviaba un mensaje a él de inmediato? ¿Por qué había intentado atacar al pez más gordo del estanque cuando debería haber empezado por los pequeños?

Y luego estaba la sospecha número tres: el apellido. Tanner.

Le resultaba demasiado familiar para sentirse cómodo, aunque no lograba determinar exactamente por qué.

Sabía que le sonaba, que era reciente, un nombre que o bien había leído o bien había escuchado de pasada.

Y entonces cayó en la cuenta.

Lester abrió su ordenador portátil y entró en la página de inicio de BBC News. El artículo principal era sobre él. Habían difundido su rostro al público general —una captura de pantalla tomada de las imágenes de CCTV de él frente a la cafetería donde se había tropezado con Jessica Mann— y el periodista que escribía el artículo le había apodado el Destripador de Stratford. Lester no quería estar tan cerca ni ser comparado con Jack el Destripador, principalmente porque se consideraba mejor. Era más inteligente en todo lo que hacía. Más técnico. Más lógico al elegir a sus víctimas. Más avanzado en sus métodos. No obstante, Lester se había resignado al hecho de que, cuando todo esto terminara, viviría en la infamia; que aparecería en los libros de historia como uno de los peores asesinos en serie que Londres hubiera conocido jamás.

Quedará bastante bien en el currículum, reflexionó.

Lester leyó el resto del artículo, pasó por alto las imágenes que el periodista había sacado de los perfiles de redes sociales de las víctimas y luego encontró un vídeo insertado al final. La miniatura mostraba a tres hombres, vestidos formalmente con traje, sentados a una mesa. El escudo del Servicio de Policía Metropolitana estaba impreso en el fondo, tras ellos. Se había colocado un micrófono delante de cada uno, y el hombre de la izquierda tenía su propia placa identificativa.

Bingo.

Lester vio el vídeo. Era la rueda de prensa que se había televisado hacía unos días. La recordaba con afecto; al hombre de la derecha, el detective Jake Tanner, le habían dejado solo para

responder a todas las preguntas. Y lo había hecho fatal. El hombre había puesto de manifiesto la ineptitud de la policía y cómo no estaban ni un paso más cerca de encontrarlo.

Fue en ese momento cuando Lester supo que era demasiada coincidencia que Jessica y Jake compartieran el mismo apellido.

Esto era una trampa.

CAPÍTULO 66

EL REGRESO

Nada podía distraer a Jake en este momento. Se encontraba en su propio estado de felicidad, con Ellie en brazos, sintiendo cómo el calor y la alegría le recorrían el cuerpo. Era un tesoro. Y se sentía tan orgulloso de ella por haber sobrevivido a un parto prematuro... Era un milagro que siquiera hubiera llegado a nacer; según los médicos, Elizabeth no podía concebir, lo que hacía que el nacimiento de Ellie fuera aún más especial. Tanto el de Ellie como el de Maisie.

Pero cuando Martha lo llamó desde el otro lado de la habitación pidiendo hablar con él, supo que debía prestar atención.

Por segunda vez, salieron de la sala de maternidad al pasillo.

—Tienes que ir a trabajar —dijo Martha, yendo directamente al grano. Jake supuso que esa era su única cualidad redentora.

—¿Por qué?

—Ha llamado tu gerente. Me ha dicho que te diga que «ha llegado la hora».

Jake miró su reloj. Eran las siete de la tarde. ¿Adónde se había ido el tiempo?

—¿Por qué te ha llamado a *ti*? —preguntó Jake.

—No lo ha hecho —respondió ella, con gesto compungido. Aunque, tratándose de Martha, resultaba difícil saber qué estaba pensando en cada momento.

—¿Cómo se ha enterado entonces?

—Ha llamado al hospital y le han pasado la llamada a alguien de aquí. Tú estabas demasiado ocupado, así que cogí el recado por ti.

Jake guardó silencio un segundo y escrutó el rostro de Martha. Quería ver si había algún indicio de que estuviera mintiendo. Pero no había nada. Sus pupilas no se dilataron y no apartó la mirada. Era una maestra controlando sus propias expresiones faciales.

—Gracias por avisarme.

—Vete. Yo se lo diré a Elizabeth.

—No —dijo Jake, poniendo una mano en el hombro de Martha—. Puedo decírselo yo mismo, gracias. También me gustaría despedirme de mi pequeña.

—Haces que parezca que no vas a volver.

Jake abrió la puerta. —Bueno, esperemos que lo haga.

CAPÍTULO 67

PRONTO

De camino a Stratford, Liam y Jake habían acordado encontrarse a ochocientos metros de la dirección falsa de Jessica Tanner. Eran las 19:45 y el resto del equipo estaba en posición. Los miembros de la SO19 estaban armados y operativos, esperando pacientemente en la parte trasera de una furgoneta blanca que pasaba desapercibida, mientras otros agentes de paisano se habían desplegado por la zona. El coche de Liam estaba aparcado a un lado de la carretera, resguardado por las ramas de un árbol. Cuando Jake salió del vehículo, sintió una ráfaga de viento inquietante rozarle los pies y subirle por la pierna.

—Supongo que las felicitaciones son obligadas —dijo Liam, estrechando la mano de Jake mientras este cerraba la puerta tras de sí—. ¿Cómo están todos?

—Están bien. Estupendamente. Sanas. Guapas. Increíbles. —A Jake se le acabaron los adjetivos. Se encontraba en un nivel emocional totalmente distinto y lo único que esperaba era que todo aquello no se desmoronara en los próximos veinte minutos.

—Me alegro mucho por ti —dijo Liam.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Jake, centrando de nuevo su atención en el presente.

Quería concentrarse. Maldita sea, *necesitaba* concentrarse. Necesitaba apartar todos sus pensamientos y sentimientos sobre Elizabeth y Ellie para poder enfocarse en el ahora. Uno de los asesinos en serie más sádicos y despiadados de Londres estaba suelto, y esta era su oportunidad para atraparlo.

Jake no podía permitirse ninguna distracción.

—Ya están en la propiedad. Drew, Garrison, todo un ejército de AFO. En cuanto Lester Bain toque el timbre, se le echarán encima.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jake.

Una sonrisa ladina asomó al rostro de Liam.

—Sígueme.

Liam dio media vuelta y echó a andar hacia el punto de encuentro. El cuerpo de Jake estaba en alerta máxima. Su mirada iba de izquierda a derecha, buscando constantemente cualquier señal de vida al otro lado de la calle. Era consciente de que había llegado con el tiempo justo. Había tardado algo más de cuarenta minutos en llegar y conocía de sobra la puntualidad de Lester. En el fondo, esperaba que Lester no se adelantara. Jake sabía que iría con la naturaleza del asesino; que sería impaciente; que querría llegar a la ejecución lo antes posible. Por lo que sabían, habían pasado más de treinta y seis horas desde la última... y tendría hambre.

Se detuvieron frente a una casa a su derecha. Era un antiguo edificio victoriano, alto y estrecho, que a Jake le recordó a su propio hogar. De hecho, era casi idéntico, salvo porque la de Jake parecía más moderna y estaba construida con ladrillos que no se estaban desmoronando. Subieron un pequeño tramo de escaleras y cruzaron la puerta con la llave de Liam. El interior estaba inundado de agentes, a muchos de los cuales Jake no reconoció. La mayoría estaban de pie en el vestíbulo, manteniéndose fuera de la vista.

Liam condujo a Jake al salón que estaba al otro extremo del pasillo. Un grupo de agentes se agolpaba alrededor de una mesa de centro; la luz del techo rebotaba en sus bandas reflectantes. Junto a la ventana estaba Garrison, ojeando a través de las cortinas.

—Desde aquí lo controlamos todo —dijo Liam. Señaló los ordenadores que había sobre la mesa.

—¿De dónde hemos sacado la casa? —preguntó Jake—. ¿No será otra persona que te debe un favor?

Liam soltó una risita.

—No exactamente. Esta era la antigua casa de un traficante de drogas. Se las apañó para acumular muchas deudas con gente aún peor. Confiscamos la casa y todo lo que había dentro, y resultó que el tipo ni siquiera era el dueño. No pagaba alquiler y nadie ha podido localizar al casero.

Quizá sea Lester, pensó Jake, arrepintiéndose de inmediato.

CAPÍTULO 68

CIELO

Lester deambulaba por las calles como un perro callejero. Nadie le dedicaba una segunda mirada; la primera bastaba para que algo innato en los transeúntes les hiciera temerle y cruzar a la otra acera. El viento azotaba entre las casas adosadas y las calles estrechas, golpeando los bajos de sus vaqueros y su abrigo. Empezaba a refrescar y la humedad del aire había bajado drásticamente. Estiró el cuello hacia arriba y perdió la vista en el firmamento. Las nubes eran densas y negras como el carbón.

La lluvia era inminente.

Perfecto, pensó.

Estaba a menos de un kilómetro y medio de la casa de Jessica Tanner. A pesar de haberse dado cuenta de que le estaban tendiendo una trampa, una parte de él quería ver lo que había creado. Era el monstruo de su interior el que hablaba. Los Malos. Quería ver cuánto esfuerzo había invertido la policía para atraparlo. Quería reírse mientras los observaba esperar por él para luego entrar en pánico al darse cuenta de que no iba a aparecer. Podían llamarlo narcisismo. Podían llamarlo sociopatía. Podían llamarlo como les diera la real gana, pero Lester solo quería demostrarles que seguía yendo un paso por delante, un cadáver por delante de ellos.

Giró por Colegrave Road con las manos en los bolsillos. Tenía una milla de largo y al otro extremo, a la izquierda, se encontraba la supuesta casa de Jessica Tanner. A veinte yardas de él había un árbol. Se detuvo a su lado y realizó una llamada.

—Stratford Cabs —dijo la operadora al otro lado.

—Buenas noches —comenzó Lester—. Me gustaría pedir un taxi, por favor. En la esquina de Colegrave y Dunmow. Una persona. Tan pronto como sea posible.

—¿A dónde va, cielo?

—Al centro de ocio Missoula, en la ciudad —respondió Lester.

—Sé cuál es. No hay problema. Alguien estará allí en unos cinco minutos. ¿Cómo se llama, cielo?

CAPÍTULO 69

MOMENTO OPORTUNO

Fueron cinco minutos muy largos. En ese tiempo, el cielo se había oscurecido, y las nubes con él, y había empezado a caer un ligero chaparrón que le rociaba el rostro con suavidad. Mientras esperaba a un lado de la carretera, se cruzó de brazos para conservar el calor corporal. Dio golpecitos con el pie contra la acera y se balanceó de un lado a otro. La emoción iba en aumento. La adrenalina iba en aumento. La anticipación iba en aumento. Los Demonios iban en aumento. Así que, ¿por qué cojones tardaba tanto el taxista?

Justo cuando Lester estaba a punto de llamar a la compañía de taxis para meterles prisa, un coche se detuvo. Estaba cubierto de pegatinas y logotipos de Stratford Cab y parecía sacado de un juego de Hot Wheels.

La ventanilla bajó y Lester se asomó.

—¿Qué pasa, jefe?

—¿Un taxi para Jake Tanner?

Lester sonrió con suficiencia. —Ese soy yo.

El taxista le indicó con el pulgar que subiera atrás y él hizo lo que le decía. El interior del vehículo era de cuero y olía intensamente a fresas y frambuesas; un ambientador de Jelly Bean colgaba del espejo retrovisor y se balanceaba mientras Lester cerraba la puerta tras de sí.

—¿A dónde va, amigo? —preguntó el conductor.

—Al centro, por favor —dijo Lester con una sonrisa forzada.

El taxista giró a la derecha por Colegrave Road y empezó a avanzar por la calle. Lester se golpeó la pierna con voracidad mientras se acercaban más y más a la casa de Jessica Tanner. El pulso le pitaba y resonaba en los oídos, el corazón le latía con furia contra el pecho. Se lamió los labios, saboreando el gusto de su propio sudor.

—¿Qué tal va la noche? —preguntó el taxista, interrumpiéndolo con rudeza de su estupor.

—Bien —respondió él. Lo último que quería era entablar una conversación innecesaria.

Lester siguió mirando por la ventana. Observó las casas y contó los números en sentido descendente. Cuarenta y nueve. Cuarenta y siete. Cuarenta y cinco.

Algo despertó el interés de Lester en el lado derecho de la carretera. Era una casita unifamiliar, diez números antes de la supuesta residencia de Jessica Tanner. Tras el ventanal delantero, a través de un fino velo de tela, se veía a una mujer menuda atendiendo a un bebé en una trona.

Antes de que pudiera fijarse más en la mujer de la ventana, la atención de Lester se desvió hacia la casa de Tanner. Al acercarse, notó un coche estacionado que no estaba allí por la mañana, ocupado por dos personas en los asientos delanteros. Sabía exactamente quiénes eran y para qué estaban allí.

—Hoy no —susurró Lester para sí mismo.

—¿Cómo dice? —preguntó el taxista, frenando al llegar a un badén. Sus ojos relampaguearon en el espejo retrovisor.

—Nada.

El taxista tenía una última oportunidad. Si hablaba una sola vez más, Lester le rebanaría el cuello al hombre con la misma hoja que había usado con Carl y Jessica. Tenía que callarse si quería sobrevivir. Así de sencillo.

Mientras el taxi pasaba por delante de la casa de los Tanner, Lester sonrió de oreja a oreja. La casa quedaba a su izquierda, y él estaba sentado en el lado derecho. Se inclinó sobre los asientos para

ver mejor. Era hermoso. La policía se había tomado considerables molestias. Habían preparado una habitación roja, con iluminación ambiental roja, en la ventana superior izquierda, y habían apagado todas las demás luces.

Suponían que aquello actuaría como un faro para él; un faro de lujuria en medio del abrumador mar de negro y azul.

Se equivocaban.

Lester saludó levemente a la casa con la mano, como burla final, antes de que esta desapareciera de su vista.

Al final de la calle, la lluvia empezó a azotar las ventanillas, creando un repiqueteo sordo en el techo del coche. Lester cerró los ojos y se dejó envolver por lo terapéutico del sonido.

El taxista giró a la izquierda por Major Road, acercándolos al centro. Pero había un problema. Lester no estaba satisfecho. No era suficiente. No se sentía contento solo con ver la casa. Tampoco le bastaba con haber saludado. Quería estar cerca. Quería estar lo más cerca posible. Quería dedicarle a la policía un último corte de mangas.

A menos de medio kilómetro de la casa de Jessica, fingió que le sonaba el teléfono.

—¿Estás bien, amor? —dijo al teléfono, fingiendo su mejor acento cockney de Londres. El taxista echó un vistazo por el retrovisor y cruzaron las miradas. —Sí. Dios mío, ¿estás bien? No. Sí, claro. Por supuesto que puedo. Llego en un momento.

Lester se puso el teléfono en el regazo.

—Lo siento, jefe, pero ¿podríamos dar la vuelta? Mi mujer se acaba de cortar y creo que tengo que llevarla a urgencias.

—¿Qué? —preguntó el taxista, desinteresado.

—Es una faena, lo sé. Pero no hace falta que se quede por allí. Yo mismo puedo llevarla al hospital.

El taxista dio un volantazo para hacer un cambio de sentido. —No hay problema —dijo.

Condujeron en silencio mientras regresaban hacia la casa de los Tanner.

—¿Qué número era, amigo? —El taxista se inclinó hacia delante y estiró el cuello para ver por el parabrisas.

—El cuarenta y uno —dijo Lester justo cuando la casa apareció a la vista. La luz seguía encendida, pero afortunadamente no había nadie allí.

El taxista se detuvo delante y paró el taxímetro: 5,60 £.

Lester le lanzó un billete de diez, le dio las gracias por las molestias, le dijo que se quedara con el cambio y salió del coche. Se bajó a la acera y se acercó a la casa —con cuidado—, mentalizándose. Todo residía en la actuación. En la confianza: hacer que pareciera que sabía lo que estaba haciendo, como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí.

Lester caminó despacio hacia la casa con el brazo protegiéndose la cara de la lluvia y de cualquier posible método que la policía pudiera tener para identificarlo. Para cuando llegó a la puerta, el taxi ya se había perdido de vista y ya no se oía el motor.

Esperó. Petrificado. El cuerpo empezó a hormiguearle. El pulso le rebotaba bajo la piel. Sus músculos se tensaron. La boca se le llenó de saliva y la lluvia le golpeaba el rostro. A los pocos segundos de estar allí parado, ya estaba empapado. El pelo. Los hombros. Las piernas. Los pies.

Lester llamó a la puerta con fuerza, ignorando la sensación de adormecimiento que le recorría el cuerpo.

No hubo respuesta.

Llamó de nuevo, esta vez aún más fuerte. Al otro lado de la puerta llegó el sonido de un bebé llorando.

Seguía sin haber respuesta.

Lester lo intentó de nuevo. Sopesó la idea de gritar pidiendo ayuda, pero sabía que eso atraería una atención no deseada; aunque comprendía que había policías apostados dentro de vehículos, no sabía cuántos eran ni a qué distancia podrían estar. Al menos, el sonido de sus golpes quedaba amortiguado por la lluvia que repicaba sobre los techos de los coches cercanos.

Justo cuando Lester levantaba el puño para llamar otra vez, la puerta se abrió de par en par.

Lester no dio a la mujer que tenía delante ninguna oportunidad de reaccionar. Arremetió hacia dentro, la empujó contra la pared y cerró la puerta de un portazo. Antes de que ella pudiera abrir la

boca para gritar, la mano de Lester la sofocó. Luego presionó su otro brazo contra la garganta de la mujer y pegó su cuerpo contra el de ella, inmovilizándole las piernas con los muslos. A ella se le salieron los ojos de las órbitas, revelando el asombro y el horror que aparecen en el rostro de alguien instantes antes de darse cuenta de que algo malo le va a suceder. A él le encantaba esa mirada. El blanco de los ojos. Las pupilas haciéndose cada vez más pequeñas, más pequeñas, más pequeñas. El aliento entrecortado. El pecho agitado. Todo trabajaba en armonía como en un coro de muerte. Y él era el director.

Lester olfateó y sintió el miedo que emanaba de sus poros. Se acercó más y, en cuanto lo hizo, ella cerró los ojos. Sonriendo, le lamió la frente, moviendo la lengua de izquierda a derecha, y luego de derecha a izquierda. La mujer gritó bajo su mano y se retorció. Sabía bien; no era lo mejor del mundo, pero sabía bien. Satisfactorio.

—Shh —chistó Lester, poniéndole el dedo en los labios. En la otra habitación, el llanto del bebé empeoró. Si te callas, todo irá bien, ¿de acuerdo? No quiero hacerte daño. De verdad. No quiero. Solo tienes que calmarte. Asiente con la cabeza si entiendes lo que acabo de decirte.

Con los ojos muy abiertos, la mujer inclinó la cabeza.

—Voy a quitar mi mano de tu boca ahora, vale, y cuando lo haga, quiero que te quedes callada. Puedes hacerlo, ¿verdad?

La mujer volvió a inclinar la cabeza y Lester aflojó la presión en su boca, pero la mantuvo en todo lo demás.

—¿Hay alguien más en casa?

Ella negó con la cabeza frenéticamente; Lester le creyó.

—El bebé... necesito que lo calles. Por favor.

La mujer gimió, abriendo la boca para protestar, pero no salió nada.

—Por... Por favor...

—No pasa nada —dijo Lester, rodeándola con el brazo—. No tienes por qué tener miedo. Solo tenemos miedo cuando nos asomamos a lo desconocido. Mírame a mí, ¿acaso tengo miedo?

La mujer no sabía cómo reaccionar, así que Lester respondió por ella. —No tengo miedo porque sé exactamente qué va a pasar, y tú tampoco tienes por qué tenerlo.

El bebé seguía en su trona en la cocina, en la parte delantera de la casa. La carita de la criatura se había puesto roja y su boca estaba cubierta de restos de comida y bebida. En cuanto él aflojó el agarre, la madre corrió hacia el bebé y lo cogió. Lo acunó en sus brazos y le acarició la mejilla.

—Dámelo —dijo Lester—. *Por favor*.

La mujer retrocedió, apretando al bebé contra su pecho hasta que chocó con la pared. Lester sonrió. No tenía a dónde ir. Él estaba en el umbral, entre ella y la salida. Su mirada se posó en el bebé. Nunca había hecho nada con uno todavía. Esa era una experiencia que estaba deseando tener.

—Por favor —dijo ella, señalándolo con el dedo, como si eso pudiera mantenerlo a raya—. Por favor, llévate lo que quieras. ¿Dinero? Tenemos mucho. Por favor, no nos hagas daño.

Lester negó con la cabeza. —Tu seguro te devolvería todo el dinero por los daños. No... Yo quiero algo más especial que eso. Quiero tu coño.

Lester agarró a la criatura, la arrancó de los brazos de la madre y la lanzó al suelo. El bebé rebotó sobre el suelo de piedra y se quedó inmóvil. La madre gritó, con un tono que le perforó los oídos. Tenía que silenciarla.

Lester le dio un puñetazo en el estómago, le estampó la cara contra la encimera de la cocina y dejó que cayera al suelo. Se quedó allí de pie con el pecho jadeante sobre los dos cuerpos inertes.

PARTE 6

CAPÍTULO 70

PUEBLO FANTASMA

En la última hora, Colegrave Road había estado como un pueblo fantasma. Lo único que habían visto en la carretera que mereciera algún interés había sido un taxi que llegó y se marchó. Liam, como SIO y oficial al mando de la investigación, lo descartó rápidamente. Al principio, Jake protestó, afirmando que debería investigarse, pero después de que vieran a un hombre protegiéndose de la lluvia entrar en una casa más abajo, Jake y el resto del equipo lo desestimaron.

—No me lo puedo creer —dijo Liam, mirando su reloj mientras paseaba por la cocina. Agitó el dedo en el aire—. Esta era nuestra *única* oportunidad de atraparlo y la hemos jodido. ¿Cómo? ¿Qué le impidió venir? ¿Qué le puso sobre aviso? Y lo más importante, ¿*quién* le puso sobre aviso?

Todos en la habitación guardaron silencio. Una respuesta se les escapó, y nadie estaba dispuesto a perseguirla y traerla de vuelta.

Liam levantó las manos al aire. —¿Es que estoy hablando solo?

—Es listo —intervino Jake—. Más listo de lo que le dimos crédito. Debe haber pensado que era demasiado bueno para ser verdad. Jessica Tanner había salido de la nada, y en medio de todo lo demás que ha pasado, seguía queriendo acostarse con él. Creo que lo vio a través de eso enseguida.

—Bueno, me alegra que abras la boca ahora —dijo Liam.

—Fue mi idea, guv. No entiendo por qué—

—¡Porque sigue ahí fuera, y podría estar matando a alguien en este mismo momento e irrespetando su cuerpo mientras hablamos! —Liam golpeó las manos sobre la encimera de la cocina. Los cubiertos que estaban en el escurridor junto al fregadero temblaron por el impacto.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió, y entró un agente uniformado, respirando con dificultad.

—Disculpa la interrupción —comenzó, con la lluvia goteando de su gorra—. Guv, será mejor que vengas a ver esto. Se ha llevado a otra.

Jake vio los ojos de Liam abrirse de par en par. Él lo imitó.

—Tienes que estar de broma —dijo Liam—. ¿Otra mujer?

—Disculpa, guv, pero es mejor que lo veas. Especialmente tú, DC Tanner.

El agente no dijo nada más y salió de la habitación. Durante un largo momento, Jake y Liam se miraron fijamente, horrorizados. ¿Qué quería decir? ¿Por qué Jake específicamente?

Él y Liam siguieron al agente uniformado fuera de la casa y hacia la lluvia. Al final del camino, giraron a la derecha y corrieron por la carretera. A lo lejos, a unos cincuenta metros al otro lado de la carretera, tres vehículos policiales estaban estacionados fuera de una casa. Los agentes uniformados ya habían establecido un perímetro y estaban comenzando a desenrollar la cinta blanca por el medio de la calle.

A Jake no le gustaba cómo se veía esto.

Tragó saliva con dificultad cuando llegaron al primer peldaño, donde fueron recibidos por otro agente uniformado que sostenía un portapapeles, protegiéndolo de los elementos escondiéndolo dentro de su impermeable. Jake y Liam firmaron su asistencia y se dirigieron a la puerta principal.

Mientras subía el pequeño tramo de escaleras hacia la entrada de la propiedad, algo en la ventana llamó la atención de Jake. La luz estalló desde el interior de la habitación, y había una fina cortina de gasa distorsionando su visibilidad de lo que había dentro. Desde su

posición, vio gotitas y manchas de rojo adornando el cristal de la ventana y la cortina. Pero había más al otro lado. Mucho más.

Cautelosamente, Jake entró en la casa. Todo lo que podía oír era el sonido pesado de su respiración y el destello de las lentes de las cámaras del equipo forense.

Se detuvo en el umbral de la habitación. Ante él había una masacre. En el suelo, desnuda, había una mujer y un bebé. Ambos habían sido gravemente mutilados —la madre más que la pequeña —. Le faltaban los miembros y el contenido de su estómago había sido esparcido por toda la encimera de la cocina y el suelo. En la mitad inferior de su cuerpo, se habían hecho incisiones alrededor del área vaginal y del muslo. La sangre seguía goteando por su cuerpo y acumulándose en el suelo. El bebé, tirado a unos metros de ella, estaba casi intacto, excepto por los dedos y la lengua que le faltaban.

Un nudo se formó en la garganta de Jake.

—Esto es lo que quería que vieras —dijo el agente, señalando hacia la pared directamente enfrente.

Los ojos de Jake se elevaron de los cuerpos muertos y cayeron sobre la pared. Su boca se abrió y su piel se heló.

Inscrito en la pared había cinco palabras: ***Más suerte la próxima vez, Tanner.***

La mente de Jake se quedó en blanco. Se sintió mareado. Desorientado. Débil. Nauseabundo. Como si quisiera estar de vuelta en la avalancha donde la pared de nieve lo atrapaba y lo sofocaba. Esta mujer había muerto como resultado de él.

—Dios mío —dijo Liam. Sacó su teléfono y llamó a Drew, le dijo que bajara a la propiedad inmediatamente y luego colgó. A los agentes uniformados, dijo: —¿Cuánto tiempo hace de esto?

—La sangre aún está fresca —comenzó el agente.

—Sus cuerpos aún están calientes —llegó otra voz desde detrás de ellos. La dueña se acercó a ellos y se presentó: Patóloga forense Olivia Tointon.

—¿Dónde está Poojah? —preguntó Liam.

—Día libre. Estoy cubriendo por ella. Ambas estamos igualmente cualificadas, no te preocupes. —Dudó, le lanzó a Liam una mirada

despectiva y luego se giró hacia los cuerpos muertos—. Juzgando por el estado de esta escena del crimen, diría que entró, y luego—

—¿Cuál es el marco de tiempo? —interrumpió Liam.

—No pudo haber sido hace más de treinta, quizá incluso hace tan solo veinte minutos —añadió Jake, trayendo su mente al presente. Y entonces se dio cuenta de en qué casa estaban—. Guv —continuó—, esta es la casa… el tipo que bajó del taxi. Vino aquí. Fue… fue Lester. Entró en la casa sin que ni siquiera nos diéramos cuenta de quién era.

—Justo bajo nuestras puñeteras narices.

—¿Quién los encontró? —preguntó Jake, girándose hacia el agente uniformado.

—El marido. Volvió del trabajo tarde. Está en la casa del vecino de al lado ahora —dijo el agente.

—¿Vio algo? ¿Vio a alguien saliendo de la casa?

—No lo sé. Pero la puerta trasera ha sido destrozada y hay restos de sangre en el jardín y a lo largo de la valla.

—Maldita sea —dijo Jake. Se giró fuera de la cocina y salió a través de la puerta principal. La lluvia continuaba cayendo, y resbaló en el peldaño final. Agarrándose a la barandilla de metal, se estabilizó y corrió hacia la carretera. Miró arriba y abajo, izquierda y derecha.

Nada.

Habían perdido a Lester. Y lo que era peor era el hecho de que Lester sabía quién era Jake. Lo estaba burlando. Frotándolo en su cara. Usando su propio nombre en su contra.

Lester acababa de hacerlo personal.

CAPÍTULO 71

REFUGIO

A Lester le dolían los músculos. Estaba fatigado y mentalmente agotado. La Comunión se había acabado rápido, demasiado rápido. Mucho antes de lo que le habría gustado, pero sabía que era necesario. Cuanto más tiempo pasaba en la casa, más llamaba la atención sobre sí mismo y más se arriesgaba a que lo atraparan. De hecho, había ido muy justo de tiempo. El bastardo del marido se había quedado a escasos segundos de pillarlo. Durante la Comunión, el marido de su víctima le había enviado un mensaje de texto para decirle que estaba a la vuelta de la esquina, que salía tarde del trabajo. Lester vio el mensaje y salió por el jardín trasero. Se había visto obligado a escribir a toda prisa el mensaje que había dejado en la pared. Quería haberle dedicado más tiempo, más cuidado, más precisión. Pero, en su lugar, había tenido que sacrificar esos lujos y darse prisa. El mensaje seguía siendo el mismo.

La oscuridad se había apoderado de las calles de Stratford y las carreteras estaban débilmente iluminadas con un tinte naranja y amarillo intenso. Lester se dirigió al oeste por Temple Mills Lane, cruzó el puente sobre las vías del tren y esperó en la parada de autobús más cercana, protegiéndose de las inclemencias del tiempo. Se apoyó en el estrecho banco, y su peso arqueó el anuncio de plástico sobre la disfunción eréctil que tenía a sus espaldas. Arriba

estaba el panel digital que mostraba el horario de llegada de los próximos tres autobuses. El número setenta y tres —el que lo llevaría a su siguiente ubicación— estaba a solo unos minutos de distancia.

Mientras esperaba, revivió la Comunión, volvió a experimentar el poco tiempo que había pasado en compañía de la mujer. La expresión de su rostro cuando recuperó el conocimiento justo antes de que él le cortara el cuello. Su piel suave. La del bebé, más suave todavía. Qué poco habían protestado. Los Malos se habían quedado satisfechos. Pero solo por poco tiempo.

A estas alturas, estaba seguro de que la policía ya habría encontrado los cuerpos y lo estarían buscando, lo que significaba que no podía permitirse ni un solo error. Ahora no. Tenía que pensar con calma, racionalmente y lógicamente. La mayoría de los asesinos, violadores y criminales cometían siempre sus primeros errores en las dos primeras horas tras el delito. Lester no iba a convertirse en una estadística más.

Un minuto después, llegó el autobús. De dos pisos. Lester levantó la cabeza, miró al conductor y subió al vehículo. Pagó con un billete de cinco libras y subió al piso de arriba, buscando un asiento en la parte delantera. Su favorito. Ahora podía verlo todo por delante de él.

Mientras el autobús entraba y salía de las zonas de parada y recorría las calles en dirección norte por la A112, una docena de vehículos policiales pasaron a toda velocidad, con las sirenas aullando y las luces parpadeando.

Lester necesitaba un lugar donde quedarse cerca. Urgentemente. Algún sitio donde pudiera esconderse, algún lugar que pasara desapercibido. La propiedad de Carl y Jessica estaba descartada por el momento; estaba demasiado lejos. Y cuanto más tiempo pasara a la intemperie, más riesgo corría de que lo vieran.

Pero tenía la respuesta perfecta: la otra propiedad que nadie conocía. El chalé pareado de dos dormitorios en el norte de Stratford. Su pequeño secreto. El que mantenía desocupado todo el año precisamente para este propósito. En una ocasión incluso había

invitado a alguien a una Comunión. Hasta tenía su propio dormitorio rojo inspirado en el de Jessica y Steven Arnholt.

Lester se bajó del autobús a cien yardas de la casa en Nutfield Road, deambuló calle arriba y calle abajo, haciendo un reconocimiento de la vía y de la vivienda, antes de dar media vuelta e introducir la llave en la cerradura. Al entrar, sus sentidos y su cuerpo estaban en alerta máxima ante cualquier señal de atención no deseada.

No había nadie —ni nada— a la vista. Nadie sabía que estaba allí. Nadie sabía que la propiedad existía. Era perfecto.

Lester fue recibido por el olor a humedad; la casa no se había usado en mucho tiempo, y empezaba a notarse. Entró y cerró la puerta con suavidad tras de sí. Junto a la puerta había un espejo de dos metros de largo. Lester se detuvo y se miró. Tenía el pelo húmedo y despeinado, y unas gruesas cejas rubias como orugas flotaban a centímetros de sus ojos. Tenía la piel roja, encendida por la emoción y la adrenalina, y sus ojos se habían vuelto negros. Lester sonrió ante lo que veía. No era un monstruo. No era un animal. Por supuesto que no. Era un ser humano normal que llevaba una vida normal. *Y que se joda cualquiera que diga lo contrario*.

—Una última vez —se dijo a sí mismo—. Una última vez. Una última vez no hace daño a nadie. Y después de eso, a esconderse. Te pisan los talones. Lo de hace un momento ha sido por los pelos. Una última vez.

Lester se acercó más al espejo, y su aliento empañó la parte inferior de su rostro. —Pero si vas a hacer esto, tienes que hacerlo bien. Que sea una que nunca olvides.

CAPÍTULO 72

TODO ESTÁ LISTO

Lester salió de la ducha y puso los pies sobre la alfombrilla del baño. El vapor trepaba lentamente por el espejo del baño mientras se envolvía en una toalla. La ducha le había ayudado a relajarse, a calmarse antes de la próxima visita de Los Malos.

Con la toalla aún puesta, se echó al suelo e hizo unas flexiones, apoyando los pies en la tapa del váter para un mejor desarrollo y crecimiento de la región superior de sus pectorales. Después de hacer cincuenta, limpió el vapor del espejo y se quedó mirando los músculos hinchados que el breve ejercicio había producido. Era un ejemplar —un magnífico ejemplar— y tenía la intención de que siguiera siendo así.

Salió del baño y se dirigió al dormitorio. En el centro de la habitación había una gran cama doble en la que nunca se había dormido. Una fina capa de polvo cubría todo lo que alcanzaba la vista. Junto a la cama había una mesa. Se acercó a ella, abrió el primer cajón y sacó un teléfono móvil y una tarjeta de visita.

Se sentó en la cama y jugueteó con la tarjeta entre los dedos. La sentía vieja y blanda, como si el prolongado resguardo del oxígeno en el cajón hubiera debilitado el material. Aun así, el contenido era visible.

Era el número de un burdel. Uno que había utilizado hacía años, después de celebrar el décimo aniversario de la muerte de sus padres. Entonces había necesitado una descarga de emoción, y ahora necesitaba otra. De hecho, a Lester le encantaba tanto su servicio que se había quedado con sus datos.

Encendió el teléfono, esperó a que cargara y marcó el número. La tarjeta SIM estaba registrada a su nombre, pero el uso era tan infrecuente, y el contrato tan barato, que rara vez recibía llamadas de marketing o comerciales para que actualizara su tarifa. Era casi como si el número no existiera. Mientras siguiera pagando la factura cada mes, no había problema: el proveedor recibía su dinero y él recibía el servicio. Y le gustaba que las cosas siguieran así.

Lester miró la silueta de una mujer en la tarjeta y se lamió los labios. Le evocaba imágenes de su última experiencia con ellos. Martina. Ese era su nombre. Era preciosa, y ella había hecho que la velada fuera aún más hermosa para él. Recordaba la mirada de sorpresa y leve excitación en su rostro cuando le había mostrado el esfuerzo que había dedicado al dormitorio. Quería que ella se sintiera cómoda, que pudiera disfrutar de su primera vez juntos. Había querido que fuera memorable. Y, para su sorpresa, lo fue. Para ambos. Martina le había dicho que era la mejor experiencia que había tenido con un cliente. A día de hoy, seguía siendo uno de sus mayores logros.

—Martina —susurró, y se le puso dura al pronunciar su nombre.

Por un momento, Lester se preguntó si ella seguiría allí y si podría conseguir que fuera a su casa. Pero sabía que no sería posible. Ella era lo opuesto a Jessica, y no podía empañar su experiencia con alguien que tuviera un aspecto diferente. El pelo rojo. Las caderas curvas. La cara pecosa. Los ojos verdes. No estaba bien. No, si se desviaba del patrón ahora, todo por lo que había trabajado se habría echado a perder... y dejaría a Los Malos insatisfechos.

Ella tenía que ser perfecta. Cualquier otra cosa no serviría.

Lester marcó el número.

Saltó el buzón de voz.

Lo intentó de nuevo.

Esta vez, alguien respondió.

—¿Dígame? —Esta vez era una mujer.

—Me gustaría pedir cita para la peluquería —dijo Lester. Esperaba que la frase clave no hubiera cambiado desde la última vez que usó el número.

—¿Cuándo?

—Ahora. Lo antes posible.

—¿Dónde?

—En mi casa. Le enviaré la dirección por mensaje cuando terminemos la llamada.

—De acuerdo. Déjeme ver si tenemos a alguien disponible. ¿Tiene algún requisito específico?

—Sí —dijo Lester con entusiasmo—. Tiene que ser alta, bronceada, delgada y de pelo castaño. Debe tener los ojos marrones y tiene que llamarse Jessica.

—Un momento —dijo la voz de mujer. Hubo una larga pausa y Lester intentó mantener la calma, pero le resultaba difícil. Con cada segundo que pasaba, su ritmo respiratorio aumentaba, al igual que su presión sanguínea.

—¿Hola? —preguntó la voz después de un rato—. Sí. Tenemos una chica que se ajusta a lo que busca y está disponible de inmediato, pero se llama Jennifer. ¿Le parece bien?

—No —espetó Lester—. Jessica. Tiene que ser Jessica. No estaría bien si fuera cualquier otro nombre. Lo siento, pero espero que lo entienda. Su nombre tiene que ser Jessica.

Lester se tocó mientras pronunciaba el nombre.

—Un momento, por favor. —La mujer volvió a desaparecer y Lester esperó. Su momento de erotismo disminuyó y su pene se quedó flácido rápidamente. La sensación había sido fugaz, pero sabía que estaba preparándose para algo mayor.

La voz de la mujer lo distrajo de nuevo.

—Acabo de encontrar a alguien para usted. Es exactamente lo que busca. Alta. Pelo oscuro. Delgada. Y se llama Jessica. Pero tardará una hora en llegar. ¿Le parece bien?

Lester consultó el despertador de la mesita de noche. Eran poco más de las nueve. Una hora serviría.

—Sí —dijo, intentando ocultar la emoción en su voz—. Estará bien. Dígale a Jessica que tengo muchas ganas de verla. Le envío mi dirección ahora mismo. Estaré esperándola. Espero que esté lista. Dígale que no necesita traer nada. Ya tengo todo aquí.

CAPÍTULO 73

SIN NOMBRES

Jake, Liam y el resto del Equipo de Investigación de Homicidios seguían en la escena del crimen, intentando reconstruir lo sucedido. En la última media hora, apenas habían avanzado. Excepto por la llamada que habían hecho a Stratford Cabs para preguntar por el trayecto de Lester. Jake —y el resto del equipo— se enteraron de que Lester había usado el nombre de Jake para la reserva. Al oír la noticia, se sintió aún más indispuesto de lo que ya estaba. Ahora Lester se burlaba de él, y Jake no estaba dispuesto a tolerarlo.

Estaba de pie en medio del umbral de la cocina, incapaz de apartar la vista de los cadáveres. Los nombres de las víctimas eran Nina Deckart y su hija Maxine. La visión del bebé pequeño en el suelo horrorizó a Jake. Le hizo pensar en Ellie. En cómo la habían arrancado de Elizabeth como forma de traerla a la existencia; en cómo, paradójicamente, a otro bebé lo habían arrancado de la existencia el mismo día.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Jake, dando la espalda a la cocina y centrándose en sus compañeros en el pasillo. Liam, Drew y Garrison lo miraron con la mente en blanco.

—Vaya, no me digas —dijo Garrison—. No se me había ocurrido. ¿Por qué no hemos pensado en preguntarnos dónde está? Podríamos habernos ahorrado un montón de tiempo si se nos

hubiera ocurrido preguntarlo antes. Tenemos aquí a un auténtico genio.

—Cállate —dijo Jake, aún consciente de que tenía un aviso de la Regulación 13 pendiendo sobre su cabeza. Todavía no había recuperado el favor de todo el mundo—. Quiero decir… ¿*dónde* está? ¿*A dónde* habría ido? ¿A dónde *podría* haber ido? ¿Eh?

Silencio.

Jake reflexionó en voz alta, dejando que su mente volara libremente, independientemente de lo que los demás pensaran o dijeran. —Lester necesitaría buscar un lugar seguro. Un lugar que conozca. Un lugar donde se sienta a salvo… cómodo. Un lugar que nadie más conozca. —Jake hizo una pausa—. Acaba de atacar de nuevo. Está eufórico. Está excitado, rebosante de adrenalina. Su mente está demasiado nublada para pensar con racionalidad. Como un animal asustado, corre de vuelta a algún lugar seguro. Quizás incluso algo paternal. Maternal. Necesita un lugar donde pueda calmarse y pensar. Necesita un lugar donde recuperarse. ¿Dónde?

Los tres hombres lo miraron, carentes de cualquier expresión.

—Lo último era una pregunta de verdad…

—Ah —balbuceó Garrison.

—Él… él… —masculló Drew.

—Un hogar —dijo Liam—. Necesita un hogar. Su casa. Una de ellas.

—¿Cuál? —preguntó Garrison.

—No puede ser ninguna de las que estamos vigilando; los agentes de uniforme no me han dicho nada que sugiera que ha vuelto a ninguna de sus propiedades registradas.

—Tiene que ser una que no conozcamos —añadió Jake—. ¿El lugar donde mató a las víctimas no identificadas el otro día? Algún sitio cerca. Algún sitio que siga en la ciudad. Si ha ido a pie, estará aún más cerca. Si ha ido en transporte público, eso amplía el radio, pero solo marginalmente. Tiene que ser un lugar al que pueda llegar rápido.

—¿Y cómo piensas encontrarlo, genio? —preguntó Drew con desprecio. Jake intuyó que no estaba muy convencido con el plan—. Hemos revisado todos los registros, hemos cruzado las bases de

datos… hemos encontrado todas las propiedades de las que es casero.

—Tal vez ha usado un alias. Tal vez es de un familiar y nunca cambió la titularidad. Tal vez ha usado el nombre de Sampson. Todos sabemos cuánto idolatraba a ese loco. Supongo que podría ser cualquier nombre.

—Eso reduce mucho las opciones —replicó Drew—. Cualquiera. Podría ser cualquier cosa. Es como lo de la rueda de prensa otra vez: estamos totalmente perdidos.

—Mira, o ayudas —dijo Jake—, o te puedes ir a casa y dejar que terminemos el trabajo sin ti. Es así de sencillo. Si no tienes nada mejor que hacer que insultarme y mofarte de mis sugerencias… Si te crees tan héroe, Sherlock, ¿por qué no propones algo tú?

Drew guardó silencio y se puso pálido. Bajó la mirada hacia la mesa al quedarse sin respuesta. Ninguno de los tres hombres dijo nada. Jake se preguntó si era porque de repente se sentían intimidados por él o porque estaban sumidos en sus pensamientos. Jake pensó que ninguna de las dos situaciones era probable.

—Ampliad la búsqueda —dijo Liam, pillándolos a todos por sorpresa—. Mirad si alguno de sus familiares o amigos tiene alguna propiedad por ahí desperdigada.

—Heredó el negocio de su padre; eso tiene que significar algo.

—Nos encargaremos —dijo Drew.

Jake salió del pasillo y entró en el salón. Miró la hora: las 21:55. Habían matado a Nina y Maxine hacía poco menos de dos horas, y todos seguían de brazos cruzados. Además, se estaba haciendo tarde. Elizabeth y el bebé estarían durmiendo, agotados tras los acontecimientos del día, pero él quería oír la voz de su mujer, o al menos saber que estaba bien.

Jake llamó a su madre.

—¿Jake? —empezó ella—. ¿Pasa algo?

—Nada. Estoy bien. Solo quería saber cómo estáis todos. ¿Dónde estás?

—Aún en el hospital. Estoy con Martha y Alan.

—¿Elizabeth? ¿Ellie? ¿Maisie?

—Están todas bien, Jake. Están durmiendo ahora mismo. Elizabeth lleva ya horas frita.

—Bien. —Se le dibujó una sonrisa—. Solo quería saber que estaban bien.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Deberías estar llamando?

—Probablemente no. No puedo explicarlo…

—No pasa nada. Lo entiendo. Siempre que estés a salvo.

—Claro que lo estoy —dijo Jake—. ¿No va siendo hora de que te acuestes?

—Qué gracioso. Aunque creo que Martha está intentando hacer un concurso para ver quién aguanta más. Se equivoca si cree que puede ganarme…

En ese momento, el móvil de trabajo de Jake empezó a vibrar. Miró la pantalla. Era otra llamada de un número desconocido.

—Escucha, mamá… lo siento, tengo que… tengo que colgar. Hablamos luego. Te quiero. ¡Adiós!

Jake cortó la llamada con su madre y contestó al otro teléfono.

—¿Diga? —dijo.

—¿Inspector Tanner? Me dijeron que me pusiera en contacto con usted si recibíamos otra llamada…

CAPÍTULO 74

22:03

—¿Estás seguro de esto, Jake? —preguntó Liam mientras se apresuraban hacia su coche.

—Al cien por cien.

—¿Por qué no me has dicho nada antes?

—Te lo estoy diciendo ahora... —dijo Jake con timidez.

Liam suspiró—. Si esto no funciona, será culpa tuya.

Jake era plenamente consciente de las ramificaciones de sus actos y de su toma de decisiones. Si resultaba estar equivocado —y dejaban que Lester se les escapara de las manos otra vez—, estaba preparado para aceptar el expediente disciplinario. Hasta entonces, tendría que mantener la firmeza de sus convicciones.

—¿Cómo de fiable es la información? —preguntó Liam mientras subían al coche.

—Eso es interpretable, jefe —respondió Jake—. Lester utilizó una agencia cuando mató a Jessica-Anne. Diamond Geezers; la misma que Archie Arnold. Me fijé en que tenían tatuajes en las muñecas que eran casi idénticos.

—Quizá eran muy buenos amigos —dijo Liam. Jake no estaba seguro de si lo decía en broma o si era una sugerencia seria.

En cualquier caso, optó por ignorarlo. Continuó: —Pero esta vez he recibido una llamada de otra agencia, Rough and Tough, diciendo

que alguien había solicitado una prostituta que cumpliera con los requisitos específicos de Lester. Es demasiada coincidencia para que no estén relacionados. No me imagino que estén en posición de hacer bromas telefónicas a la policía.

—Más vale que no. —Liam metió la llave en el contacto y arrancó el motor—. ¿Cuál es la dirección?

Jake se la dio y observó cómo Liam la introducía en el navegador. La pantalla del dispositivo se quedó en negro y luego cambió a un mapa de las calles del este de Londres. Su destino aparecía como un pequeño marcador rojo a menos de un kilómetro de distancia. Según el aparato, tardarían cinco minutos en llegar debido al tráfico. Era demasiado tiempo.

Mientras bajaban a toda velocidad hacia el otro extremo de Colegrave Road, dando botes sobre los resaltos y los baches, Jake volvió a marcar el número misterioso.

—Soy yo —dijo—. ¿Cuál es el número de la chica? Tenemos que decirle que no entre en la casa.

—Puedo hacerlo yo —dijo la voz de Europa del Este al otro lado.

—No —respondió Jake—. Esto es una investigación policial. Se lo recuerdo por si lo ha olvidado. Ya ha sido más que servicial.

Se hizo el silencio.

—Papel y boli —dijo la voz ronca.

Jake cogió el teléfono de Liam de la consola central, lo desbloqueó e introdujo el número de la prostituta.

—Estará allí a las diez, ¿verdad?

—Sí. Quizá un poco antes.

Jake miró de reojo el reloj del salpicadero.

—Iremos muy justos. Llegaremos tan pronto como podamos. —Jake colgó y miró a Liam—. Va a estar muy apretado. Tiene que estar en la casa a las diez.

—Nuestra hora de llegada prevista son las 22:03.

—¿Crees que podemos arañar tres minutos?

—Podemos morir en el intento.

Liam pisó el acelerador a fondo y lanzó el coche hacia adelante, hundiendo a Jake en el asiento. Su mano se aferró al asidero que

había sobre su cabeza, junto a la ventanilla del copiloto, y se le blanquearon los nudillos.

Mientras volaban por la A112, Jake marcó el número de la prostituta.

CAPÍTULO 75

CUARTO DE BAÑO

—¿Es aquí, amor? —preguntó el hombre al volante.

—Sí. Aquí estará bien, gracias —respondió ella.

—¿Segura? No me importa dejarte justo en la puerta.

—No hace falta. Con esto vale. —Tenía por costumbre bajarse siempre cerca de su próxima cita, pero nunca delante de la puerta. Era una superstición que se le había quedado grabada. De ese modo, nadie sabía a dónde iba, por si acaso la seguían. Había tenido un acosador en una ocasión, y eso fue suficiente para que comprobara todo tres veces cada vez que iba a visitar a un cliente, fuera nuevo o antiguo.

—Tú mandas —dijo el taxista, deteniéndose a un lado de la carretera.

Ella buscó en su bolso los veinte pavos que le había costado el trayecto, se inclinó hacia delante y se los entregó al conductor.

—Un placer hacer negocios con usted... ¿?

—Jessica —dijo ella.

El taxista le guiñó un ojo mientras ella salía del coche y sintió un escalofrío de repulsión. Odiaba a los viejos verdes. Y esperaba que su próximo cliente fuera alguien más joven, más maduro, diferente a su clientela habitual. No sabía por qué, pero le parecía que siempre solían preferir a las chicas más jóvenes. Tal vez fuera la

manifestación de algún complejo que habían desarrollado en su vida adulta.

Casi le dice al taxista su nombre real: Jennifer. Pero se detuvo a tiempo al recordar que, esta noche, era Jessica. Ese había sido el requisito específico del cliente. Dimitri había insistido mucho en ese punto. Pasara lo que pasara, su nombre era Jessica.

Debería haberle parecido extraño, pero no fue así. No era la primera vez que recibía una petición inusual. En su experiencia, había visto el lado más oscuro de la naturaleza humana y, concretamente, de los hombres. Cuando se trataba de sexo, mostraban una faceta completamente distinta. Animal. Ritualista. A veces la asustaba. Otras veces, no. Todo formaba parte del oficio; algo que había llegado a aceptar con los años.

Jessica avanzó por la calle sin prisas, con sus tacones de aguja repiqueteando sobre el pavimento. Llevaba un bolso de mano bajo el brazo con lo esencial: su cartera, el móvil, las llaves de casa y varios preservativos. Tenía por norma examinar a todos sus clientes antes de entablar cualquier actividad física con ellos. Era beneficioso para ambos y tenía sentido empresarial: cuanto menos probable fuera que se contagiara de algo, a más clientes podría atender y más dinero podría ganar.

Mientras caminaba, se ajustó el tanga para que no se le subiera. Llevaba su lencería favorita después de que su jefe le dijera que se trataba de un cliente muy especial. Tenía requisitos particulares y estaba dispuesto a pagar el precio más alto por ellos. Y ella estaba más que encantada de recompensárselo.

Comprobó la dirección en su teléfono y fue contando los números de las casas hacia atrás.

Cuando por fin vio la puerta con el 126 grabado, se apresuró hacia ella y llamó con los nudillos contra uno de los paneles de madera.

Mientras esperaba, le sonó el teléfono. Miró la pantalla, vio que era un número desconocido y lo ignoró. Estaba trabajando; era poco profesional aceptar llamadas. La puerta principal se abrió en cuanto volvió a meter el móvil en el bolso de mano.

—¿Jessica? —dijo una voz suave. Era entrañable y sonaba casi asustada. Como si fuera la primera vez para su cliente.

La puerta se abrió del todo y le reveló al hombre con el que pasaría la próxima hora o dos. Vestía pantalones cortos, pero no llevaba nada en la parte superior, dejando a la vista un cuerpo sorprendentemente bien esculpido. Calculó que andaría por los cuarenta y pocos, y se conservaba muy bien. Estaba claro que se cuidaba. Su rostro era relativamente atractivo —aceptable, teniendo en cuenta que ella tendría los ojos cerrados la mayor parte del tiempo, de todos modos— y no le dio la impresión de ser un tipo raro.

—¿Y cómo debo llamarte? —dijo ella, tras darse cuenta de que se había pasado un tiempo considerable mirándole a la cara.

—Puedes llamarme Steven —dijo él, apartándose para dejarla pasar—. Por favor, entra. Debes de estar pasando frío. Y te estarás mojando.

Steven cerró la puerta tras ella y le tomó la mano. Estaba cálida y suave, y ligeramente húmeda. Un olor a gel de ducha y champú flotaba en el aire y agudizó sus sentidos.

—Espero que no te importe —comenzó ella—. He llegado un poco antes.

—En absoluto. En absoluto.

—Tienes un sitio muy bonito —dijo ella, observando lo que la rodeaba.

Steven sonrió, desapareció en la cocina y regresó con dos copas de vino y una botella en la mano. —¿Espero que te guste el tinto?

—¿Estás intentando emborracharme? —dijo ella antes de soltar una risita juguetona. No sabía qué le estaba pasando. Normalmente no era así; siempre iba directa al grano, «entrar y salir». Pero había algo en este hombre que era diferente. Quizás era su encanto. Quizás era esa sonrisa desarmante. O quizás era porque parecía tan dulce e inocente que casi sentía lástima por él.

—Tal vez sí. —Él se sonrojó—. ¿Qué me harás como castigo?

Jessica le lanzó una mirada sugerente. —Lo que tú quieras que haga.

—Esperaba que dijeras eso. —Vaciló—. Sabes, hace poco estuve en casa de alguien y ni siquiera me enseñaron el lugar. ¿Te gustaría que te hiciera un recorrido?

Jessica miró de arriba abajo el hueco de la escalera. —No veo qué daño podría hacer. Siempre que seas rápido. Tengo hambre. —Le guiñó un ojo.

—Por aquí entonces.

Steven sirvió el vino en las copas, le entregó la suya a Jessica y luego la condujo al salón antes de enseñarle la cocina. No era nada del otro mundo. Tenía todos los electrodomésticos y las comodidades que ella tenía en su propia cocina. Lo mismo ocurría con el resto de la casa: un despacho pequeño, un armario para la ropa blanca, un cuarto de baño. Nada de aquello resultaba espectacular. Después de la enorme cantidad de casas que había visto, la novedad se perdía al cabo de un tiempo; al final, todas empezaban a parecer iguales.

Finalmente, Steven le enseñó el dormitorio.

—¿Estás lista? —preguntó él, de pie con la mano aferrada al pomo de la puerta.

Ella asintió.

Cuando Steven abrió la puerta, el móvil de ella volvió a vibrar. Miró rápidamente la identificación de la llamada y colgó.

—¿Alguien importante? —preguntó Steven, cambiando ligeramente de actitud. Se volvió más rígido, preocupado.

—Mi representante. Le gusta asegurarse de que llego bien a mis citas.

—Qué detallista —dijo él—. ¿Quieres cogérselo?

—No, no. No pasa nada. Soy mayorcita. Sé cuidarme sola.

Steven volvió a sonreír con sorna, mostrando sus dientes blancos. —¿Tienes muchos clientes?

—Tengo mi buena ración.

—¿Has tenido a alguien como yo antes?

Ella se acercó más a él, subiéndose la falda por el muslo. Apenas unos centímetros los separaban; entonces, ella puso el brazo sobre el hombro de él y lo bajó hasta su pecho.

—Cariño, nunca he tenido un cliente como tú —dijo ella.

Steven presionó el pomo y abrió la puerta. Una pared de color rojo la golpeó en la cara y, desde fuera, vio una serie de látigos, cadenas y juguetes sexuales en la pared y sobre la cama.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo Steven y, antes de que Jessica pudiera reaccionar, la agarró del codo y la empujó al interior de la habitación.

Sus sentidos se pusieron en máxima alerta. Nunca había experimentado nada sádico ni masoquista en su vida. Las fantasías de otros clientes habían sido mansas, reservadas... normalmente implicaban los pies o ponerla en posturas incómodas. Nunca nada como esto. Nunca algo tan perverso. Jessica intuyó que esto iba a cambiar su vida sexual para siempre. Y, en ese momento, de pie a pocos palmos de aquellos instrumentos, no sabía si sería para mejor o para peor.

Lester cerró la puerta. La habitación se oscureció con un tono de rojo más profundo. —¿Qué te parece? —Alzó su copa en el aire.

—Yo... yo...

—Sin palabras. Imaginé que te quedarías así. Por favor, ponte cómoda. Tenemos una larga noche por delante.

—Ah, sí —dijo Jessica—. Sobre eso...

Lester metió la mano en el cajón de la mesita de noche y sacó un fajo de billetes.

—Lo sé: quieres el dinero por adelantado. Me parece bien.

Se lo entregó; esa era su parte favorita del trabajo.

—Eso es por las primeras horas. Hay un poco más de tu tarifa habitual. Y hay mucho más de donde ha salido eso, dependiendo de cuánto dure nuestra velada juntos.

Jessica guardó el dinero en su bolso. —Por tu bien, espero que dure mucho tiempo.

Lester dejó su copa sobre la mesa. —Voy a introducirte en un mundo de dolor y placer; una de las combinaciones más letales que existen.

—Estoy deseando...

El teléfono de Jessica empezó a sonar de nuevo. El rostro de Lester decayó. Frunció el ceño y entornó los ojos.

—Lo siento —dijo Jessica, sintiéndose ligeramente intimidada—. Es mi jefe otra vez. Probablemente debería cogerlo. Solo para quitármelo de encima.

—Está bien. Pero sé rápida —espetó Steven. Todo su semblante se había agriado.

Jessica salió apresuradamente del dormitorio y se dirigió al baño, donde cerró la puerta tras de sí y se sentó en la tapa del váter.

—¿Diga?

—Jennifer, soy el agente Jake Tanner, de la policía. Actúa con normalidad.

Ella hizo una pausa de un segundo, procesando la instrucción. —Oh, eh... hola, cielo. ¿Estás bien?

—El hombre con el que estás ahora mismo es increíblemente peligroso.

—Sí, sí. Todo va bien. —Jessica saltó del asiento y se acercó de puntillas a la puerta—. He llegado bien, aunque el taxista intentaba ligar conmigo por el camino.

—Tienes que mantenerte lo más lejos posible de él.

Conteniendo el aliento, deslizó con cautela el cerrojo hasta su posición. Exhaló con fuerza al oír cómo bloqueaba la puerta.

—¿Estás en un lugar seguro?

—No sé cuánto tiempo tardaré —dijo ella—. He pasado un momento al baño antes de empezar.

—Estamos de camino, Jessica. Tienes que mantenerte fuera de su vista y asegurarte de que no se te acerque bajo ningún concepto.

—Creo que vas a tener que cancelarme los otros clientes de esta noche. —Habló en voz alta, por si Steven estaba escuchando detrás de la puerta del baño—. Tengo la sensación de que esto va a durar toda la noche. Incluso tiene juguetes y armas para que los usemos... No, yo tampoco los he probado nunca.

—Resiste, ¿vale? —dijo Jake—. Estamos a un minuto.

—No te preocupes, cariño. Estaré a salvo. Llevo en este negocio el tiempo suficiente para saber lo que hago.

Jessica colgó el teléfono. Su cuerpo había estado funcionando a base de adrenalina durante toda la conversación y, ahora que había terminado, esta desapareció por completo. Su cuerpo se quedó

paralizado por el impacto y su mente se disoció de todo. Quería respirar, pero no podía. Quería moverse, pero no podía. Quería gritar y salir corriendo y desear no haber venido nunca, pero no podía.

Su mano aflojó el agarre sobre el teléfono, dejándolo caer al suelo. Se hizo añicos contra las baldosas. Fragmentos de cristal salieron despedidos y rebotaron contra su pierna. Jessica soltó un pequeño grito ahogado y se inclinó para recogerlo.

En una fracción de segundo, llamaron a la puerta.

—¿Va todo bien ahí dentro? —preguntó Steven. Casi podía sentir el aliento de él sobre ella, reptando por su cuello, moviéndose alrededor de su oreja hacia el lado de su cara.

—¡Estoy bien! —gritó—. Bien. Bien. Solo se me ha c-caído el móvil, nada más. —Se puso en pie, buscó en su bolso y sacó una barra de labios y una máscara de pestañas. Le temblaban las manos violentamente—. No tardaré mucho, solo me estoy ret-tocando.

Silencio. Creyó oír sus pasos alejándose de la puerta, pero por el ensordecedor sonido de su corazón y su respiración agitada, no podía estar segura. Quitó la tapa de la barra de labios y se la pasó por los labios. Sus manos seguían temblando de forma incontrolable, emborronando la cera roja por su boca.

Se detuvo y se quedó petrificada. Lentamente, giró la cabeza hacia la puerta. La fina línea de luz que recorría la parte inferior se distorsionó y cambió. Ahora había dos sombras oscuras de unos pocos centímetros de ancho. Él estaba al otro lado. Estaba allí, listo, esperando.

Le resultaba difícil de asimilar. Había sido tan calmado y reservado, y a la vez discretamente seguro de sí mismo. Había parecido encantador y carismático... ¡y guapo!

Se quedó perfectamente inmóvil y aguzó el oído. La respiración de Steven se había acelerado y, con cada segundo que pasaba, se volvía más y más pesada, hasta convertirse en un gruñido hueco.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? —preguntó Steven, con una voz más profunda que los abismos más oscuros del océano.

—Y-yo... —tartamudeó Jessica.

—¿Conoces el cuento de los tres cerditos?

Antes de que Jessica pudiera responder, un golpe seco la sobresaltó, haciéndola caer de espaldas sobre el váter. Una parte de la puerta se hundió, revelando una rendija de luz procedente del pasillo.

Al sonido le siguió otro golpe.

Y luego otro.

Y luego otro.

Y entonces Jessica lo vio. El martillo, y la montaña de maldad en los ojos de su cliente. Él arremetía repetidamente contra la puerta, lanzando trozos de astillas y plástico al interior del baño. Jessica gateó por encima de la bañera y se acurrucó en posición fetal, esperando que aquello la protegiera. Intentó gritar, pero sus pulmones no funcionaban.

Unos segundos después, Steven metió el brazo por el hueco que había creado en la puerta y giró el pomo.

CAPÍTULO 76

HISTORIA

—¡Salid! ¡Salid! ¡Salid! —gritó Jake mientras Liam frenaba el coche en seco y los neumáticos terminaban de besar el bordillo.

Liam y Jake fueron los primeros en llegar, seguidos inmediatamente por Drew y Garrison y un convoy de agentes armados en la parte trasera de un vehículo de respuesta armada blanco y sin distintivos.

Jake saltó del coche y echó a correr hacia la casa. Los agentes armados que venían tras él daban gritos y alaridos, ordenándole que se apartara y despejara el camino. El procedimiento dictaba que los AFO —agentes de armas de fuego autorizados— debían entrar y asegurar la zona primero para que él y el resto del equipo pudieran inspeccionar los daños. Presa del pánico por las voces estentóreas, Jake saltó a un lado y dejó paso a los miembros de la SO19. Cada integrante del equipo iba ataviado con chalecos de Kevlar, cascos y portaba una carabina SIG MCX 556 entre los brazos. Todas sus miras apuntaban a la casa.

Se desplegaron a ambos lados de la puerta principal. Uno de ellos —el del extremo derecho— se acercó a la puerta. En la mano sostenía un ariete. A la de tres, descargó el ariete contra la puerta y la dobló, haciendo añicos la cerradura en una docena de pedazos.

—¡Policía armada! ¡Policía armada! —gritaron mientras el resto del equipo irrumpía en la casa, distribuyéndose por toda la propiedad.

En cuanto estuvieron dentro, Jake entró tras ellos. Algo en su mente había olvidado los protocolos. No le importaba si debía esperar a que dieran el visto bueno. Las normas no eran importantes en ese momento. Su único objetivo era salvar la vida de la víctima. Por teléfono, ella había sonado angustiada y aterrorizada, y en cuanto le dijo que estaba en el cuarto de baño, Jake se alarmó sobremanera.

Subió las escaleras a toda prisa. Mientras ascendía los peldaños, aguzó el oído buscando cualquier señal de que Jennifer estuviera gritando, cualquier indicio de que siguiera viva entre los gritos y el caos de los agentes armados.

No había nada.

Las escaleras giraban a la izquierda y, al llegar al último peldaño, se quedó petrificado. El baño. Lester. Medio desnudo. De pie sobre el cuerpo de Jennifer. Con un martillo en la mano. La sangre brotaba a chorros de la cabeza de ella.

Dos agentes armados estaban delante de Jake, a cada lado de la puerta del baño. Le gritaban a Lester para que bajara el arma.

—¡Suelte el arma!

—¡Tírela o dispararemos!

El pecho de Lester subía y bajaba como un trampolín mientras contemplaba el caos que había provocado. Antes de hacer nada, se rió. Giró el cuerpo lentamente y, de cara a los agentes armados, bajó el arma, la dejó caer al suelo y levantó los brazos.

En cuestión de segundos, estaba inmovilizado contra los azulejos y esposado. Jake observaba, paralizado.

Los agentes armados levantaron a Lester a pulso y lo sacaron a rastras del baño. Jake retrocedió al verlo. Aquella sonrisa, esos dientes, el pelo, los ojos; todo aquello quedaría grabado a fuego en su memoria durante mucho tiempo.

—Más suerte la próxima vez, Tanner —dijo Lester con la boca goteando saliva.

—¡Cállese! —dijo el agente armado más cercano a Jake. Acto seguido, agarró a Lester por la cabeza y se la hundió contra el pecho.

En cuanto estuvieron fuera de vista, Jake entró corriendo al baño.

El cuerpo de Jennifer seguía allí, inerte. La sangre continuaba manando de su cabeza.

—¡Jennifer! ¡Jennifer! ¡Jennifer! —Jake se inclinó a su lado y buscó el pulso en su cuello. Era débil. —¡Despierta! ¡Vamos!

Se volvió hacia la puerta y pidió ayuda a gritos. Un segundo después, llegaron Liam y Drew. Soltaron un taco al unísono al ver a Jennifer tendida en el baño.

—¡Traed a un médico! —ladró Jake, soltando saliva por la boca.

Drew desapareció escaleras abajo y pidió asistencia. Mientras esperaba, Jake intentó restañar la sangre que brotaba de la cabeza de Jennifer para mantenerla con vida.

Después de lo que pareció una eternidad, Drew regresó con dos paramédicos detrás. Traían consigo un equipo de emergencia. Al entrar en el baño, ordenaron a Drew y a Liam que salieran y apartaron a Jake. No servía de nada y estaba cubierto de sangre.

—Dennos espacio, por favor —dijo uno de los paramédicos mientras el otro hablaba por la radio que llevaba en el hombro.

—¡Jake! —llamó una voz desde algún lugar—. ¡Jake!

Era Liam, haciéndole señas para que saliera del baño.

—Déjalos trabajar, tío. Sal. Deja que hagan su trabajo.

Jake lo ignoró, y no fue hasta que Liam lo agarró por el brazo y lo sacó de la habitación cuando finalmente perdió de vista a Jennifer. Se estaba muriendo. Y era culpa suya. Había sido demasiado lento.

Jake se detuvo al principio de las escaleras, se agachó y rompió a llorar, limpiándose las lágrimas con las manos ensangrentadas.

—Vamos, muchacho —dijo Liam, agachándose al lado de Jake.

—Es culpa mía —dijo entre sollozos—. Lo he fastidiado todo. Ahora han muerto otras tres personas.

—Lo hemos pillado. *Tú* lo has pillado. No podrá volver a hacer daño a nadie nunca más. Se acabó. Ya es historia. Y es gracias a ti. Si no hubieras llamado al chulo para empezar, no habríamos sabido

nunca dónde estaba; habríamos tenido que empezar de cero otra vez. —Liam pasó el brazo por la espalda de Jake y lo ayudó a levantarse—. Vamos, compañero. Lester no podrá tocar a nadie más. Creo que deberíamos llevarte a casa.

—Jennifer… —dijo Jake, mirando hacia la puerta del baño. Al llegar al último peldaño, otra pareja de paramédicos entró en la vivienda y subió corriendo.

—No hay nada que puedas hacer por ella. Has hecho todo lo que has podido, tío.

En el fondo, Jake no se creía nada de lo que Liam acababa de decir.

CAPÍTULO 77

JUEGOS PELIGROSOS

A la tarde siguiente —justo después de que Jake se hubiera despertado a mediodía—, Bow Green bullía con gente a la que Jake no reconocía. Muchos llevaban archivadores de palanca y tazas de té, dándose empujones y hablando con gran entusiasmo unos con otros. Había un furor de agitación que lo impregnaba todo y rebotaba por todo el lugar. Le resultaba muy inusual. Era como si se hubiera topado con un equipo completamente nuevo.

Jake cruzó la planta hacia el despacho de Liam, esquivando las caras nuevas que pasaban a su lado desde todos los ángulos, y llamó a la puerta.

Un par de segundos después, apareció el rostro de Liam.

—¿Y a qué viene todo esto? —preguntó Jake, señalando la sala.

Una sonrisa se dibujó en la cara de Liam.—Bueno, como has decidido dormir media jornada, hemos tenido que sustituirte.

—¿Con tantos? —preguntó Jake, con las cejas arqueadas.

—Tómalo como un cumplido —Liam se hizo a un lado—. Pasa, por favor. Estaba esperando a que aparecieras.

Jake entró en el despacho de Liam y, al instante, notó algo diferente. O tal vez era algo diferente en Liam. No lo sabía. Pero había un aroma agradable flotando en el aire. Como si los años de

sudor y abuso de alcohol de los ocupantes anteriores hubieran desaparecido de un plumazo.

Antes de que pudiera darle más vueltas, le ordenaron que tomara asiento.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Liam.

—Bien —dijo Jake—. He estado intentando no pensar en ello.

—Te llevará un tiempo acostumbrarte, pero al final lo harás.

—¿Cómo está ella?

—Crítica. Pero estable. Lester le machacó el cráneo y le causó contusiones cerebrales. Tuvo suerte de que ningún fragmento le perforara nada. Es demasiado pronto para saber en qué estado estará cuando se despierte... *si* es que se despierta.

Jake agachó la cabeza. Visiones de la cabeza de Jennifer descansando en sus manos cruzaron su mente. La sangre. El peso de su cuerpo. La pequeña hendidura en su cabeza donde Lester se la había hundido con el martillo.

—¿Y Lester? —preguntó Jake, mirando a Liam.

—Hablando. Sorprendentemente. O mejor dicho, nada sorprendente. Nos está dando hasta el último detalle. De alguna manera, está disfrutando con todo esto.

—Es un narcisista. Quiere saciar su ego. Probablemente se esté dando un atracón mental pensando en lo bueno que es y en el revuelo que todos estamos armando por él.

Hubo una pausa.

—Ha confesado algo que ninguno de nosotros sabía —empezó Liam.

—¿El qué? —preguntó Jake, con curiosidad creciente.

—Sampson Decker. Lo mató la noche que fuisteis a hablar con él.

—Espera —dijo Jake, atónito—. ¿La noche que Drew se quedó dormido cuando se suponía que debía estar escuchando la vigilancia?

Liam levantó una mano en el aire, adelantándose a las protestas de Jake.—No te preocupes por eso. Me estoy encargando del DS Richmond ahora mismo.

Jake suspiró y se miró el regazo. Inspiró por la nariz y expiró por la boca en un intento de calmarse.—¿Cuántas víctimas más cree que

encontraremos cuando todo esto termine?

—Espero que ninguna. Va a pasar el resto de su vida en prisión, pase lo que pase. Pero si me preguntas a mí, eso no es suficiente. Por lo que hizo... —Liam hizo una breve pausa—. Por lo que hizo, deberíamos reinstaurar la pena de muerte.

—Vaya, eso es demasiado político para mi gusto —dijo Jake—. Quizá sufra más pudriéndose dentro de una cajita.

Fuera del despacho de Liam, estalló una carcajada.

—Todavía no me ha dicho qué está pasando ahí fuera —dijo Jake.

—Hemos reclutado ayuda para archivar todo y reunir las pruebas para la fiscalía.

—¿No es suficiente con una confesión?

—No si hay alguna posibilidad de que intente alegar enajenación mental o algo así. Él y su abogado van a intentar esa vía, creo. Están en la sala de interrogatorios ahora mismo... ¿Te apetece hablar con él?

Jake sacudió la cabeza.—Paso, gracias. No tengo nada que decirle. Y las preguntas que sí tengo, creo que preferiría no saber las respuestas.

—A veces es mejor no saber nada; así nunca pueden herirte.

Liam hizo una pausa de un momento; Jake pudo ver que había algo que quería decir.

—Escucha... —empezó—, tenemos que hablar.

A Jake no le gustó cómo sonaba aquello.

—Estoy seguro de que en los últimos días has tenido suficiente estrés y cosas de las que preocuparte sin la presión añadida de la notificación del Reg 13 que te entregaron. Sé que has querido hablar conmigo sobre ello, y sé que no he sido el más cooperativo, pero quería decirte que se acabó.

—¿Cómo dice? —dijo Jake. La tensión en su espalda, hombros, cuello y puños se disipó.

—Nunca hubo un Reg 13. Fue una prueba. Una broma pesada. Quería ver cómo reaccionabas, ver cómo improvisabas y empezabas a demostrar lo que vales.

—Pero... yo...

—No hace falta que digas nada. Pero al menos puedes descansar tranquilo, no habrá ninguna reunión y tu expediente no se va a manchar... por el momento. —Liam le dedicó a Jake una pequeña sonrisa burlona.

—Yo... yo... —Jake suspiró profundamente y sacudió la cabeza—. Es un juego jodidamente peligroso, señor, si no le importa que se lo diga.

—Tenía plena fe en que estarías bien. Aunque no sé qué admiro más: tu tenacidad por demostrar tu valía, o el hecho de que tuvieras huevos para intentar rebatirlo. Eres un buen tipo, Jake. Y es bueno saber que tenemos gente leal en este equipo dispuesta a luchar hasta el final, sin importar el coste. Ahora, ¿qué vas a hacer el resto del día?

—Bueno —dijo Jake—, si no le importa, señor, me gustaría ir a ver a mi mujer y a mi hija recién nacida, y quizá tomarme mi baja de paternidad ya que estamos.

—No veo ningún inconveniente.

—Eso es, ¿si ya no me necesita más para la investigación?

—Creo que te lo has ganado. ¿Habéis decidido ya el nombre?

Jake sonrió con sorna.—No le va a gustar.

—¿Cuál es?

—¿Promete que no se le subirá a la cabeza?

Las aletas de la nariz de Liam vibraron.—Lo has hecho, ¿verdad? Has elegido Ellie.

Jake asintió.

Liam se levantó de un salto de su silla y le tendió la mano.—Sabía que siempre podía confiar en que harías lo correcto, Jake. No te arrepentirás, créeme. Ahora, lárgate de aquí y tómate todo el tiempo que necesites.

CAPÍTULO 78

PERFECTO

Jake bajó los escalones de dos en dos y echó a correr hacia su coche. Estaba impaciente por salir del edificio y olvidarse de todo en el futuro inmediato.

Su trabajo estaba hecho. Habían arrestado a Lester, que pronto estaría sentado en una celda como se merecía. Jennifer estaba en la cama de un hospital, recuperándose. Y él había recuperado su empleo. Tenía seguridad laboral. Y sabía que aquello significaba que volvería al equipo. Volvería a ser respetado. Podría participar de nuevo en la camaradería, las bromas y la lealtad que cada miembro mostraba a los demás.

Entonces le asaltó una idea.

Al llegar a la puerta de su coche, la abrió, se montó de un salto y se estiró hacia la guantera. Las quinientas libras que el equipo le había dado a principios de semana seguían allí. Sacó el fajo de billetes y los hizo pasar entre sus dedos. Se sentía bien. Hacía mucho tiempo que no tenía tanto dinero en sus manos.

Y tenía la idea perfecta sobre cómo gastarlo.

De camino al hospital, entró en el centro comercial Stratford, se apresuró a entrar en un PC World y realizó una compra.

Regresó a toda prisa con la bolsa en la mano y una sensación de logro en el corazón.

Mientras volvía al coche, llamó a Elizabeth y le dijo que iba de camino.

—Estaré allí en una hora —dijo—. ¿En qué habitación estás ahora?

—En la misma de antes.

—Perfecto. Me muero de ganas de verte.

CAPÍTULO 79

DEDO

El rostro de Elizabeth se iluminó cuando Jake entró en la habitación del hospital. Estaba sentada en la cama con la sábana subida hasta el pecho. Extendió los brazos mientras él se acercaba.

—Me alegro tanto de que estés bien —dijo Elizabeth—. He estado muerta de preocupación.

Jake dejó la bolsa de PC World en el suelo, se inclinó sobre Elizabeth y la abrazó. Deseó que aquel momento durara toda la vida, pero se vio superado por un repentino impulso de besarla. Se separó un poco y la besó en los labios, en la frente y en la mejilla.

—Te dije que volvería sano y salvo. —Jake se sentó a su lado y le acarició la cara. Sentía su piel suave bajo la suya, pero, mientras estaba allí sentado, la sensación se vio empañada por fogonazos de la cabeza ensangrentada de Jennifer la noche anterior. Trató de sacudirse el recuerdo de la mente. Para su sorpresa, desapareció, aunque sabía que solo sería una solución temporal.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Elizabeth, apretándole la pierna.

—Horrible. Pero no tienes que preocuparte por eso, ni por mí. No quiero que te estreses. Ya ha pasado. Se acabó. Ya estoy aquí. Soy todo tuyo.

Elizabeth le tendió la mano.

—Soy Elizabeth. Encantada de conocerte. Creo que no nos han presentado.

Jake cogió su mano y la besó.

—El placer es mío, señorita.

Ella hizo un pequeño gesto y mostró su mano izquierda, haciendo girar la alianza de boda en su dedo.

—Señora —corrigió ella.

—Mis disculpas. Ese hombre es muy afortunado.

—Bah, no está mal.

Jake soltó una risita. Le gustaba su sentido del humor: el hecho de que aún pudieran comportarse como niños y salirse con la suya, a pesar de estar a mitad de la veintena y de acabar de tener a su segundo hijo. Todos los demás aspectos de sus vidas eran serios, así que ¿por qué no podían ser su relación y su familia su vía de escape?

Jake se agachó y cogió la bolsa.

—Te he comprado una cosita.

—¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Con qué dinero?

—¿A qué viene tanto interrogatorio? ¿No es ese mi trabajo?

Elizabeth frunció el ceño.

—Responde.

Jake sabía que era mejor no discutir.

—¿Cuándo? Hoy. ¿Por qué? Quería tener un detalle contigo, y es una pequeña disculpa por mi ausencia estas últimas semanas. ¿Y con qué dinero? Los compañeros del trabajo nos dieron algo para felicitarnos por Ellie.

—¿Cuánto? —preguntó Elizabeth. Había pasado al modo serio y preocupado.

—Quinientas libras.

—¡Qué!

—Se me olvidó decírtelo el otro día cuando traje la tarjeta a casa.

—¿Y te lo has gastado todo?

—En una inversión —señaló Jake.

—¿A qué te refieres con una inversión? Podrías haber usado eso para pagar el seguro del coche que está vencido. O las otras facturas que se nos están acumulando.

—Es una inversión —repitió Jake, entregándole la bolsa.

Ella metió la mano y sacó una caja. En cuanto vio la marca en el lateral, se quedó boquiabierta.

—¡Oh, Jake! —dijo, sosteniendo el regalo entre las manos.

—¿Es el correcto?

Elizabeth asintió. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es el que dijiste que querías, ¿verdad? Y con suerte podrás hacer mejores fotos con él. Y con esas fotos mejores, ganarás más dinero. Y con ese dinero, se recuperará lo gastado en el objetivo. Ya ves... ¡una inversión!

—¡Así no es como se trata a una mujer sensible! —dijo con un nudo en la garganta.

—Puedes usarlo con Ellie. Pruébalo con ella. Asegúrate de que funcione bien. ¿Te gusta? —preguntó Jake con una sonrisa que esperaba que no terminara nunca.

—Me encanta. Es perfecto. ¿Has traído mi cámara?

La sonrisa de Jake desapareció de inmediato. Aquello le dijo a Elizabeth todo lo que necesitaba saber.

—Idiota —dijo ella, riendo entre dientes.

—Lo siento.

—No seas tonto, no pasa nada.

—¿Cómo está ella? —preguntó Jake finalmente.

—Está bien. Los médicos la han estado cuidando toda la noche. Dicen que está en perfecto estado.

—¿Dónde está?

—Durmiendo ahora mismo. Mi madre está con ella.

Jake se puso en pie y se sacudió las perneras del pantalón.

—¿Quieres venir conmigo?

—Ahora mismo no —respondió Elizabeth—. Iré más tarde.

Jake se inclinó y besó a Elizabeth en la frente de nuevo. Había leído en alguna parte que era común que las madres sufrieran depresión posparto. Y Elizabeth había reaccionado de la misma manera cuando nació Maisie, como si sintiera algún tipo de resentimiento hacia el bebé. Jake la conocía lo suficiente como para no presionarla. Con el tiempo, llegaría.

Se despidió, le dijo que la quería y se apresuró hacia la sala de neonatos. Allí encontró a su suegra sentada en una silla, trasteando con su Blackberry.

—Quién te iba a decir que te vería por aquí —dijo Jake.

—Siento no ser tu madre de verdad —respondió Martha, manteniendo la vista fija en la pantalla—. Ella se ha ido hace unas horas.

—Ella sabe cuidarse sola.

Martha levantó la mirada hacia él.

—He oído lo del trabajo. Felicidades. El Destripador de Stratford por fin está fuera de las calles.

—Un día más en la oficina —respondió Jake con suficiencia.

Martha se puso el teléfono bajo la pierna.

—Hablando de la oficina... ¿te quedarás allí?

Jake asintió.

—Lo han retirado todo. Dijeron que solo me estaban poniendo a prueba para ver qué tal me las apañaba bajo presión.

—¿Y supongo que ahora que has arrestado a Lester Bain, has aprobado con matrícula de honor?

—Un poco exagerado, pero lo acepto.

—Bien —dijo Martha—. Nos alegramos por ti. Sigue así.

Jake sabía en el fondo que estaba siendo sincera, por muy sarcástico que sonara cuando lo decía.

—Es un gusto tenerte cerca —dijo Jake con sarcasmo, esperando que ella lo notara. Sin embargo, su relación era cordial; ambos habían acordado mutuamente —y en silencio— respetarse.

Martha recogió sus cosas, se las puso bajo el brazo, le dio a Jake un breve abrazo y salió para reunirse con Elizabeth.

En cuanto Martha desapareció de su campo de visión, Jake la borró por completo de su mente. Lo único importante ahora era su preciosa niña, envuelta en una manta, durmiendo.

Apoyó la mano en el cristal. Una matrona entró por una puerta al otro lado del tabique. Jake la reconoció como la que le había ayudado en el parto. Se acercó a Ellie, la sacó de la cuna, desapareció por la puerta al otro lado del cristal y volvió por la misma puerta por la que Martha acababa de salir.

—¿Le gustaría sostenerla? —preguntó la enfermera al aparecer.

—Más que nada —dijo Jake, extendiendo ya los brazos.

Ellie pesaba más de lo que esperaba, y tuvo que ajustar su postura al cogerla. Se despertó en sus brazos, abriendo los ojos para revelar un impresionante color castaño avellana. Jake le dio un beso en la frente y luego hundió la nariz en su mejilla. Le tendió el dedo para que Ellie lo agarrara, y ella lo hizo, envolviéndolo por completo con su puñito.

—Hola, Ellie —dijo, embargado por la emoción—. Soy tu papá. Y voy a asegurarme de que nadie te haga daño jamás. Te lo prometo.

CAPÍTULO 80

LA CÁBALA

Más tarde, esa misma noche, los médicos les habían dado el alta tanto a Ellie como a Elizabeth para que pudieran salir del hospital y terminar de instalarse en casa. Jake estaba llevando a Ellie en brazos hacia el coche cuando le sonó el teléfono. Echó un vistazo a la identidad del autor de la llamada mientras hacía malabarismos con las llaves del vehículo.

Abrió la puerta, dejó a Ellie en el asiento trasero e indicó a Elizabeth que le abrochara el cinturón de seguridad.

—Lo siento, tengo que coger esto —dijo, alejándose del coche para responder a la llamada. Mantuvo la voz baja, fuera del alcance del oído de Elizabeth—. ¿Diga?

—¿Te ha dicho mi nombre? —preguntó una voz automatizada.

—¿Perdone? —preguntó Jake, mirando de reojo hacia Elizabeth y las niñas, asegurándose de que estuvieran bien.

—¿Te ha dicho mi nombre?

—¿Quién?

—Tu amigo, Elliot Bridger. ¿Te ha dicho mi nombre?

Jake vaciló un momento antes de responder. —No... —dijo en voz baja, temeroso de lo que pudiera ocurrir en cuanto lo pronunciara.

—Entonces deja que te lo diga yo —dijo la voz automatizada—. De ese modo no se te olvidará. Mi nombre es La Cábala. Y considera

esto tu primer aviso.

—¿Primer aviso para qué?

—No volverás a saber de Elliot en una buena temporada.

—¿Qué? No. No le he dicho nada a nadie. Lo prometo.

—Ya se han encargado de él para el futuro inmediato.

—No he dicho nada a nadie. Tienes que creerme.

—Hacía mucho que debería haberse hecho. Elliot era un problema, y hemos erradicado ese problema. Igual que podemos hacer contigo. Así que deja que Elliot Bridger sea un ejemplo brillante para ti de lo que ocurrirá si decides ignorar sus consejos. Es muy importante que no interfieras en cosas que no comprendes, Jake Tanner. Somos más grandes de lo que puedes llegar a concebir. No puedes confiar en nadie. Ni siquiera en tu mujer y tus dos hijas pequeñas. ¿Cómo está la pequeña, por cierto? Si quieres mantenerla a ella y al resto de tu familia sanos y salvos por la noche, harías bien en recordar lo que te he dicho. Te hemos dado una advertencia justa. Esta es la primera y la última. No se te volverá a avisar.

EPÍLOGO

Lester Bain alegó demencia en su comparecencia ante el tribunal. Su reclamación fue desestimada y fue condenado a cincuenta años de prisión. No volverá a poner un pie fuera de la cárcel nunca más.

MICHAEL Y DANNY CIPRIANO salieron de la prisión preventiva e ingresaron en el Programa de Protección de Testigos el 21 de mayo de 2010. Su paradero exacto solo es conocido por un puñado de personas.

LA ÚLTIMA VÍCTIMA DE LESTER, Jennifer Warren, lamentablemente perdió la vida tras meses luchando contra sus lesiones cerebrales en cuidados intensivos. Sus padres pusieron en marcha una organización benéfica destinada a evitar que las jóvenes entren en el mundo de la prostitución. Jake Tanner es uno de los rostros de la campaña.

EL SARGENTO DETECTIVE ELLIOT BRIDGER se retiró posteriormente de la policía de Surrey a la edad de 40 años, y vive de su pensión en su casa de Surrey Hills.

TRAS VARIOS INTENTOS DE CLAUSURARLA, La Comunidad sigue existiendo, aunque a sus usuarios se les recuerda dolorosamente el efecto que tuvo en algunos de sus miembros cada vez que inician sesión. Un equipo policial dedicado supervisa cualquier muerte significativa relacionada con los miembros de La Comunidad; en particular, la del primero en la tabla de clasificación: Handsome Mike.

SE RETIRARON todos los posibles cargos contra Archie Arnold, aunque posteriormente fue interrogado en relación con redes de tráfico de seres humanos y prostitución en la zona de Stratford. No se prosiguió con ninguna línea de investigación.

FIN

Pero no del todo. La historia continúa en Bajo la Raya, el segundo libro de la serie:

Los muertos no pueden hablar.

Cuando el cuerpo de Danny Cipriano aparece enterrado en una tumba de hormigón en el Estadio Olímpico de Londres, algo queda claro: el antiguo líder de Los Crimsons sabía demasiado.

Y alguien quería silenciarlo.

Para siempre.

El único problema es que el agente Jake Tanner cree saber quién fue y empieza a señalar con el dedo de inmediato. Pero a medida que la investigación avanza, se da cuenta de que los tentáculos de la corrupción se han extendido por todas partes, y de que los beneficios económicos que se pueden obtener de ella son mucho mayores de lo que imaginaba. Con sus propias presiones financieras, y con la traición y el engaño marcando cada decisión de sus compañeros, Jake se encuentra en el punto de mira y ante una encrucijada. ¿Cederá a la tentación de seguir el camino que prometió no tomar jamás, o traicionará a quienes creía que podía confiar?

Pero cuando no puedes fiarte de los tuyos, ¿en quién puedes confiar?

¡Descubre qué sucede en Bajo la Raya en Amazon ahora! ¡Haz clic AQUÍ para conseguir tu copia!

SERIE DE NOVELA NEGRA BRITÁNICA DEL DETECTIVE JAKE TANNER

La serie de Jake Tanner

Abarcando el crimen organizado, la corrupción y el antiterrorismo, la serie de Jake Tanner sigue a un detective desde las calles del este de Londres hasta la primera línea del SO15, el Comando Antiterrorista de la Policía Metropolitana. Ya sea persiguiendo a asesinos en serie, enfrentándose a las familias criminales más despiadadas de Londres o corriendo contrarreloj para impedir el próximo atentado en suelo nacional, los casos de Jake lo llevan al límite de lo que es capaz de soportar, y a sus seres más cercanos al límite de lo que son capaces de perdonar. La serie se divide en tres arcos conectados entre sí:

Serie de novela negra británica del detective Jake Tanner

Novelas completas que combinan procedimiento policial, crimen organizado y corrupción policial.

LIBRO 1: PISA LA RAYA

Una pequeña joyería de Guildford High Street es asaltada y deja a la policía dando palos de ciego. Los primeros informes apuntan a los Crimson, una organización criminal a la que la policía lleva años persiguiendo. Cuando la dueña de la tienda es secuestrada y le colocan un collar de pinchos alrededor del cuello, Jake descubre que uno de los suyos está implicado: un agente de policía. Mientras persigue a la banda en una búsqueda inútil, Jake cuestiona todo lo que creía saber sobre su equipo. ¿En quién puede confiar? ¿Y está preparado para averiguarlo?

→ Lee Pisa la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 2: EN LA RAYA

Una pareja que oculta un secreto inconfesable es brutalmente asesinada en su galería de arte londinense. Sus cuerpos limpiados. Sus miembros descuartizados. Y la palabra MENTIROSA grabada en el pecho de la mujer. Para Jake Tanner pronto se hace evidente que no se trata de un asesinato por venganza. Hay un asesino en serie suelto por las calles de Stratford. Y lo único que conecta a las víctimas es su nombre: Jessica. Jake es llevado al límite de su cordura cuando descubre The Community, un foro en línea donde solteros y parejas se conocen. Pero hay un solo problema: el asesino lo estaba esperando… y está hambriento de su próxima víctima.

→ Lee En la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 3: BAJO LA RAYA

El DC Jake Tanner creía haber dejado atrás el tormento del caso que estuvo a punto de matarlo. Se equivocaba. Cuando el cuerpo de Danny Cipriano es descubierto enterrado en una tumba de hormigón, las heridas de Jake vuelven a abrirse. Pero una cosa se hace pronto evidente. El antiguo líder de los Crimson sabía demasiado. Y alguien quería silenciarlo. Para siempre. El único problema es que Jake sabe quién.

→ Lee Bajo la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 4: CRUZAR LA RAYA

Durante años, Henry Matheson ha sido intocable, controlando el tráfico de drogas en el este de Londres. Hasta que el cuerpo de su rival más cercano aparece calcinado y atado a una farola en su barrio. ¿Una guerra de bandas que salió mal, o un asesinato calculado? Solo un hombre tiene el valor de plantarle cara y averiguarlo. Pero, como Jake Tanner no tarda en descubrir, Matheson juega sucio. Y en el barrio no hay reglas.

→ Lee Cruzar la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 5: PASARSE LA RAYA

Han pasado meses desde que Henry Matheson, uno de los criminales más peligrosos del este de Londres, fue arrestado y enviado a prisión. Desde entonces, el DC Jake Tanner y el equipo de la brigada de investigación criminal de Stratford se han asegurado de que el caso sea inatacable. Pero cuando un repentino y desastroso fraude arrasa las finanzas personales de Jake, este se ve arrastrado a las profundidades de un submundo oscuro y peligroso, del que pocos resurgen.

→ Lee Pasarse la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 6: MÁS ALLÁ DE LA RAYA

La Cábala está muerta. O eso creía Jake. Pero cuando Rupert Haversham, abogado de los bajos fondos de la ciudad, aparece muerto en su casa de Londres, Jake empieza a pensar lo contrario. La Cábala ha vuelto, y ahora silencia a quienes saben demasiado. Jake incluido.

→ Lee Más Allá de la Raya en Kindle y Kindle Unlimited

DC Jake Tanner: Expedientes Antiterroristas del SO15

Novelas cortas, lecturas fulgurantes que puedes leer en cualquier lugar. Acompaña a Jake mientras se une al Comando Antiterrorista en la lucha contra la peor clase de mal.

NOVELA CORTA 1: EL LOBO

Un cine sitiado. Una carrera para salvar a todos los que están dentro. Un detective impaciente. Acompaña a Jake mientras se adentra en la oscuridad.

→ Lee El Lobo en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 2: LA NOCHE MÁS LARGA

El cabecilla de una célula terrorista aparece muerto frente a su piso en las primeras horas de la Nochebuena. ¿Qué hacía fuera? ¿Por qué llevaba un chaleco suicida atado al cuerpo? ¿Y qué tiene que ver con su muerte la nota escondida en su calcetín?

→ Lee La Noche Más Larga en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 3: EL OJO

El descubrimiento de una fábrica de bombas deja a Jake y a su equipo desesperados por encontrar respuestas. Pero ¿podrán hallarlas a tiempo?

→ Lee El Ojo en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 4: ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO

Una advertencia siniestra —y mortal— pone en marcha a Jake y a su equipo. Se avecina un atentado contra uno de los monumentos emblemáticos de Londres. Pero ¿dónde? ¿Y cuándo? Un fracaso podría ser catastrófico.

→ Lee Entre el Cielo y el Infierno en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 5: APAGÓN

¿Qué ocurre cuando todas las luces de Londres se apagan y se corta toda la electricidad? ¿Qué ocurre cuando una ciudad cae de rodillas? Jake Tanner está a punto de descubrirlo. Y se encuentra justo en el centro de todo.

→ Lee Apagón en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 6: OJO POR OJO

La venganza es dulce. Pero no cuando va dirigida contra ti. No cuando usan a tu familia para llegar a ti. La familia es intocable. Y Jake Tanner hará lo que sea para proteger a la suya.

→ Lee Ojo por Ojo en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 7: MILLA 17

Cada año, miles de corredores y espectadores inundan las calles de Londres para celebrar el Maratón de Londres. Salvo que este año no habrá nada que celebrar.

→ Lee Milla 17 en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 8: EL GRAN PASEO

El día más feliz de tu vida: el día de tu boda. Pero cuando se trata de una boda real, hay mucho más en juego. Sobre todo cuando alguien quiere matar a la novia.

→ Lee El Gran Paseo en Kindle y Kindle Unlimited

NOVELA CORTA 9: EL DESENLACE

Jake Tanner no va a un partido de fútbol desde hace años. Pero cuando una célula terrorista ataca el estadio de su equipo favorito, matando a decenas de personas e hiriendo a cientos más, Jake siente a la vez alivio y horror: el día anterior estuvo entre esa misma multitud, viviendo el mismo ambiente. Pero ahora debe dejarlo atrás y concentrarse en encontrar a los responsables. Y rápido. Porque se acerca otro atentado.

→ Lee El Desenlace en Kindle y Kindle Unlimited

Las Novelas de Terror y Suspense de Jake Tanner

Novelas completas que siguen a Jake a través del Comando Antiterrorista, donde lo que está en juego nunca ha sido tan alto.

LIBRO 1: SIN SALIDA

El verano de 2017. Jake Tanner trabaja para el SO15, la unidad antiterrorista de la Policía Metropolitana. Y una pareja de terroristas se apodera de tres trenes con destino al aeropuerto. A bordo hay cientos de kilos de explosivos y miles de vidas. Jake se ve pronto atrapado en una carrera contrarreloj, un juego del gato y el ratón para impedir que los trenes exploten. Pero lo que descubra por el camino lo cambiará todo.

→ Lee Sin Salida en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 2: EL PISO 68

A trescientos metros de altura, tus peores pesadillas se hacen realidad. Charlie Paxman va a cambiar el mundo con un virus letal. Su método de propagación: el último piso del edificio más alto de Londres, The Shard. Pero solo un hombre puede detenerlo: Jake Tanner. Atrapado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Encerrado dentro de la torre, Jake se enfrenta a un ejército de escalones y a un científico desquiciado que amenaza con diezmar a la humanidad. Pero ¿podrá impedir que suceda?

→ Lee El Piso 68 en Kindle y Kindle Unlimited

LA SERIE DE MISTERIOS DE ASESINATO DEL DS TOMEK BOWEN

Ambientada en Southend-on-Sea y las azotadas marismas e islas de Essex, la serie del DS Tomek Bowen sigue a un detective sargento perspicaz y tenaz que aún lleva el peso de la muerte de su hermano. Mientras intenta equilibrar su vida como padre soltero, Tomek investiga algunos de los crímenes más extraños e inquietantes del condado: asesinatos rituales, azafatas desaparecidas, parlamentarios muertos y huesos arrastrados por la marea. Nunca sabe qué caso podría costarle todo.

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: el detective sargento Tomek Bowen —determinado, tenaz y marcado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que ha visto jamás. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones apuntan a que era un hombre con un pasado. Un pasado que le granjeó muchos enemigos.

→ Leer La Justicia de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta aparcado frente a su colegio y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto poco después, colgando de un columpio en un parque infantil de Canvey Island.

→ Leer Las Garras de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se disipa una mañana de diciembre en Essex, el cuerpo de una adolescente aparece boca abajo en un campo. El caso aterriza rápidamente en el escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta adaptarse a su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desenterrar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

→ Leer El Toque de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo… Cuando el cadáver de un vagabundo aparece en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, los habitantes de Essex apenas arquean

una ceja. Pero cuando la autopsia revela que se trata del parlamentario local Herbert Tucker, la ciudad empieza a prestar atención.

→ Leer El Beso de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se borran… En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto de Mulberry, a poco más de una milla mar adentro. Poco después, su cuerpo aparece en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

→ Leer El Sabor de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 6: EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche de fiesta en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera.

→ Leer El Ángel de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 7: EL SALVADOR DE LA MUERTE

En plena tormenta, un DJ de radio local es brutalmente asesinado en su mansión de Essex. Cuando las nubes y la lluvia se dispersan a la mañana siguiente, el DS Tomek Bowen y su equipo descubren una escena del crimen que parece sacada de los libros de historia.

→ Leer El Salvador de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 8: EL ALIENTO DE LA MUERTE

La isla de Mersea. Con más de 2.500 acres de tierras de cultivo, marismas y varios campings, es hogar de 7.000 personas. Pero durante el fin de semana festivo de agosto, acoge a dos residentes más: el DS Tomek Bowen y su hija Kasia, decididos a aprovechar el final de las vacaciones escolares, el final del verano y el final del largo período de Tomek lejos del trabajo. Sin embargo, cuando una mañana aparece un cadáver atado a una boya, Tomek se ve arrastrado al turbio mundo del asesinato y la muerte antes de lo previsto.

→ Leer El Aliento de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 9: LA MARCA DE LA MUERTE

El DS Tomek Bowen regresa tras una breve suspensión que casi le costó su carrera, y quiere ponerse manos a la obra de inmediato. Pero una llamada telefónica inesperada desde la cárcel sacude su concentración y amenaza con arrastrarlo a una red de mentiras y traición.

→ Leer La Marca de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 10: LA HISTORIA DE LA MUERTE

Cuando una poderosa marea sube y revuelve unos huesos en lo más profundo de las marismas del sur de Essex, las esperanzas del DS Tomek Bowen de pasar un tranquilo invierno se desvanecen rápidamente.

→ Leer La Historia de la Muerte en Kindle y Kindle Unlimited

LA INSPECTORA STEPHANIE BROADBENT: SERIE DE THRILLERS POLICÍACOS

Ambientada en la engañosa tranquilidad de las colinas de Surrey, la serie de la Inspectora Stephanie Broadbent sigue a una detective cuyo regreso a casa reabre heridas que esperaba haber enterrado. Cada caso es más oscuro y ritualista que el anterior: muñecos de vudú y monstruos de infancia, cuerpos carbonizados y retorcidos juegos tallados en carne viva. A medida que los cadáveres se acumulan, Stephanie debe enfrentarse no solo a una serie de perturbadores asesinos, sino también al pasado del que regresó a casa para escapar.

LIBRO 1: EL ASESINO DEL VUDÚ

Regresó a casa para empezar de nuevo. En cambio, despertó la oscuridad que creía haber enterrado. Antes de instalarse siquiera, una estudiante universitaria aparece muerta en su residencia tras una noche de fiesta. Lo que en un principio parece un caso sencillo da un giro inquietante cuando se encuentra un muñeco de vudú cerca del cuerpo. Stephanie se ve obligada a enfrentarse a los fantasmas de su pasado mientras corre para detener a un asesino cuyo próximo movimiento ya está tomando forma entre hilos y tela.

→ Leer El Asesino del Vudú en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 2: EL COCO

Hace treinta años, los habitantes de Guildford vivían aterrorizados por una figura que se colaba en los dormitorios de los niños y los observaba dormir. Al marcharse, dejaba un único globo de fiesta. Y entonces desapareció. Las visitas cesaron. Ahora está volviendo a ocurrir.

→ Leer El Coco en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 3: EL HOMBRE EN LLAMAS

Cuando se encuentran los restos calcinados de un cuerpo en las pintorescas colinas de Surrey, se reaviva el trauma del pasado de la inspectora Stephanie Broadbent. Cuando aparece otro cadáver, Stephanie descubre una conexión que amenaza con prender fuego al mundo — y a más cuerpos.

→ Leer El Hombre en Llamas en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 4: TRES EN RAYA

En lo profundo de las colinas de Surrey, aparece un cadáver con un juego de tres en raya tallado en su carne. La víctima jugó la misma partida en línea antes de

morir. Perdió. Ahora la inspectora Stephanie Broadbent y su equipo deben trabajar para detener los asesinatos antes de que más jugadores sean señalados para morir.

→ Leer Tres en Raya en Kindle y Kindle Unlimited

LIBRO 5: PALOS Y PIEDRAS

Un hombre mutilado y delirante emerge de un bosque de Surrey en mitad de la noche y se desploma en el interior del Hospital de Haslemere. Cuando los cirujanos lo colocan en la mesa de operaciones, lo que descubren deja a la inspectora Stephanie Broadbent sin palabras.

→ Leer Palos y Piedras en Kindle y Kindle Unlimited

AGRADECIMIENTOS

La redacción de esta novela se ha visto enormemente beneficiada por la labor de mis diversos editores, ya que, sin ellos, el libro se encontraría en una posición mucho peor.

El mundo de los procedimientos policiales es un laberinto complejo y espinoso de obstáculos y, sin la ayuda del antiguo superintendente jefe de investigación Graham Bartlett, no habría sido capaz de orientarme. Por supuesto, hay algunos casos en los que se han derribado vallas y se han atajado caminos, pero esas desviaciones del procedimiento correcto son responsabilidad mía con el fin estrictamente de obtener una licencia creativa y dramática. A veces hay que conocer las reglas para poder romperlas.

Espero que la disfrutéis.

GLOSARIO

AFO — Authorised Firearms Officer. Agente de policía autorizado para el uso de armas de fuego. Un agente que ha sido formado, acreditado y autorizado para portar un arma de fuego.

ANPR — Automatic Number Plate Recognition. Reconocimiento automático de matrículas. Un sistema de alta precisión capaz de leer las matrículas de los vehículos.

ARV — Armed Response Vehicle. Vehículo de respuesta armada. Vehículos especialmente adaptados que albergan equipamiento especializado y transportan a los agentes de armas de fuego autorizados a incidentes que requieren su presencia, generalmente en situaciones de alto riesgo.

BDU — Bomb Disposal Unit. Unidad de desactivación de explosivos.

CID — Criminal Investigation Department. Departamento de investigación criminal.

CSI/SOCO — Crime Scene Investigator/Scenes of Crime Officer. Investigador de la escena del crimen/agente de inspecciones oculares. Analistas forenses que acuden a las escenas del crimen en busca de huellas dactilares, ADN, etc.

DC — Detective Constable. Agente de la policía judicial (rango de detective).

DCI — Detective Chief Inspector. Inspector jefe de la policía judicial.

DCS — Detective Chief Superintendent. Superintendente jefe de la policía judicial.

DI — Detective Inspector. Inspector de la policía judicial.

DS — Detective Sergeant. Sargento de la policía judicial.

EOD — Explosive Ordnance Disposal. Desactivación de artefactos explosivos. Equipo responsable de la retirada segura de dispositivos explosivos.

HOLMES — Home Office Large and Major Enquiry System. Sistema informático nacional del Ministerio del Interior para el almacenamiento de todas las entradas en investigaciones de gran envergadura e importancia. Capaz de registrar decisiones, acciones y declaraciones, permitiendo realizar el análisis de la información recogida.

IMEI — International Mobile Equipment Identity. Identidad internacional de equipo móvil. Un número de quince dígitos único para un teléfono móvil específico que puede ser rastreado y localizado.

MIT — Major Investigation Team. Equipo de investigación de casos graves.

OFC — Operational Firearms Commander. Mando operativo de armas de fuego. Responsable de garantizar que se ponga en marcha la estrategia establecida por los mandos estratégicos de armas de fuego.

PC — Police Constable. Agente de policía.

PS — Police Sergeant. Sargento de policía.

RTC — Road Traffic Collision. Accidente de tráfico.

SFC — Strategic Firearms Commander. Mando estratégico de armas de fuego. Responsable de asegurar que exista una estrategia de respuesta ante una situación de alto riesgo.

SIO — Senior Investigating Officer. Oficial jefe de la investigación. Agente al mando global de una investigación importante, normalmente con el rango de inspector jefe de la policía judicial.

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

